

ARGUMENTOS

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES



AÑO 7
N° 1
2026

ARGUMENTOS

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

Año 7 • N° 1 • 2026

ISSN 2076-7722

ARGUMENTOS es una revista académica de ciencias sociales que publica investigación sobre el Perú y América Latina. La estructura de la revista es de acceso libre, gratuita, arbitrada bajo el sistema “doble ciego”, temática amplia y publicación semestral. Los artículos de investigación original analizan temas desde las diferentes ramas de las ciencias sociales, particularmente aquellas asociadas a la vida institucional del IEP: antropología, arqueología, ciencia política, economía, educación, historia y sociología.



Horacio Urteaga 694 - Jesús María

Teléfono: 200-8500

E-mail: argumentos@iep.org.pe

Director: Ricardo Cuenca
Editora: Patricia Vera Solano
Corrección de estilo: Lilian Calisaya Gutiérrez
Diseño y diagramación: Gino Becerra Flores

Consejo editorial

Aileen Agüero (Economista) / Jorge Aragón (Politólogo) / Carolina de Belaúnde (Historiadora)
María Luisa Burneo (Antropóloga) / Marcos Cueto (Historiador) / Yusuke Murakami (Politólogo)
Rolando Rojas (Historiador) / Ricardo Cuenca (Psicólogo social) / Paolo Sosa Villagarcía (Politólogo)

Comité científico internacional

La revista Argumentos tiene en su Comité Científico Internacional a reputados investigadores peruanistas y expertos en América Latina:

- Cristobal Aljovín de Losada, Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Perú)
 - Roberto Angulo, Inclusión SAS (Colombia)
- Florence Babb, University of North Carolina at Chapel Hill (Estados Unidos)
- Julio Berdegú, Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe
 - José Joaquín Brunner, Universidad Diego Portales (Chile)
- Marisol de la Cadena, University of California, Davis (Estados Unidos)
 - Alicia del Águila, Pontificia Universidad Católica del Perú (Perú)
- Inés Dussel, Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional (México)
 - Ignacia Fernández, Centro de Investigación para el Desarrollo Rural (Chile)
 - Flavia Freindenberg, Universidad Nacional Autónoma de México (México)
 - Luis Miguel Glave, Universidad de Sevilla (España)
 - Elizabeth Jelín, Instituto de Desarrollo Económico y Social (Argentina)
 - Juan Pablo Luna, Pontificia Universidad Católica de Chile (Chile)
 - Carmen McEvoy, Sewanee: The University of the South (Estados Unidos)
 - Cecilia Méndez, University of California, Santa Barbara (Estados Unidos)
 - Núria Sala i Vila, Universidad de Gerona (España)
 - Charles Walker, University of California, Davis (Estados Unidos)

Contenido

ARTÍCULOS

- 5 *Ver sin padecer, padecer sin ver: percepción y tolerancia a la desigualdad en el Perú*
César Julinho García Ríos
- 39 *El «terruqueo» como tecnología de poder en la producción psicopolítica de la exclusión en el Perú contemporáneo*
Juan José Soza Herrera
- 57 *De Estocolmo a CEPAL: La ISI como respuesta estructural latinoamericana*
Dilas Ubaldo
- 86 *Adaptación y resistencia sindical: Trayectorias divergentes de resiliencia organizativa en Perú (CGTP) y Argentina (CGT) ante rupturas autoritarias e imposición neoliberal*
Bruno Mago Cuneo
- 155 *El desayuno electoral como escenario de politización de la familia: representaciones y reacciones en la elección presidencial peruana de 2021*
Jairo Rodríguez Bustamante

RESEÑAS

- 175 *La montonera liberal del cura Chumán. Norte del Perú, 1910* / Piedad Pareja Pflücker y Alfredo Muro Flores
Isaac Trujillo
- 183 *Cuando éramos dioses. Historia de la última guerra asháninka en el Palcazu* / Natalí Durand.
Bhin Palacios Gamboa
- 191 *Estallido popular. Protesta y masacre en el Perú, 2022-2023* / Gustavo Montoya y Homero Quiroz (eds.)
Fernando Enrique Pazos Ruiz

TESIS

- 199 *En la confluencia de los caminos feministas en Cusco*
Alice Pecheur
- 207 *«En primera línea» Experiencia psicosocial en brigadistas voluntarios de salud desplegados en las protestas sociales de diciembre del 2022 a febrero del 2023 en Perú.*
Luis Ricardo Yapura Sequeiros

Ver sin padecer, padecer sin ver: percepción y tolerancia a la desigualdad en el Perú

César Julinho García Ríos

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú /
Centro Federal de Educação Tecnológica Celso Suckow da Fonseca, Brasil
<https://orcid.org/0009-0000-5697-1947>
cesar.rios@aluno.cefet-rj.br

Recibido: 15.04.2026

Aprobado: 04.06.2026

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.258>

Resumen

¿Por qué quienes más padecen la desigualdad son también quienes menos la perciben? Este artículo analiza esa paradoja a partir de las dos ediciones de la Encuesta Nacional de Percepción de Desigualdades (ENADES 2022 y 2024), producidas por el Instituto de Estudios Peruanos y OXFAM Perú. Mediante análisis de correspondencias múltiple, regresión logística ordenada y análisis de origen social intergeneracional, se compara la evolución de la percepción, las causas atribuidas y la tolerancia a la desigualdad entre ambos períodos. Los resultados confirman que la paradoja perceptiva persiste: el nivel socioeconómico A/B (NSE A/B) percibe mayores niveles de desigualdad (67.7 %) que el NSE D/E (43.3 %), a pesar de experimentar esta problemática en menor medida. En ese sentido, se identifican tres hallazgos en 2024. En primer lugar, la clase media emerge como nuevo predictor significativo de una mayor percepción de desigualdad; seguido de «conocer a la gente adecuada» que desplaza al modelo meritocrático puro como segunda causa percibida del éxito; y, finalmente, la ideología de derecha se convierte en predictor significativo de mayor tolerancia en un contexto preelectoral. El análisis de origen social muestra que quienes ascendieron vía educación desde posiciones desfavorables perciben menos desigualdad que sus pares de origen privilegiado, lo que es consistente con el rol que la literatura atribuye a las narrativas meritocráticas en la invisibilización de las barreras estructurales.

Palabras clave: *percepción de desigualdad, tolerancia a la desigualdad, pobreza, justificación del sistema, meritocracia, ancho de banda cognitivo, origen social, ENADES, Perú*

Seeing without suffering, suffering without seeing: perception and tolerance of inequality in Peru

Abstract

Why do those who suffer most from inequality also perceive it the least? This article examines this paradox using data from the two available editions of Peru's National Survey on Perceptions of Inequality (ENADES 2022 and 2024), produced by the Instituto de Estudios Peruanos and OXFAM Peru. Using multiple correspondence analysis, ordered logistic regression, and intergenerational social origin analysis, the study compares the evolution of inequality perception, attributed causes, and tolerance between both periods. Results confirm the perceptual paradox persists: the highest socioeconomic group (NSE A/B) perceives higher levels of inequality (67.7%) than the lowest (NSE D/E, 43.3%), despite experiencing it to a lesser extent. Three findings emerge in 2024. First, the middle class becomes a significant predictor of higher inequality perception; second, «knowing the right

people» displaces the purely meritocratic model as the second most cited cause of economic success; and third, right-wing ideology becomes a significant predictor of greater tolerance in a pre-electoral context. Social origin analysis shows that upwardly mobile individuals who accessed higher education from disadvantaged backgrounds perceive less inequality than their privileged-origin peers, which is consistent with the role that the literature attributes to meritocratic narratives in concealing structural barriers.

Keywords: *inequality perception, inequality tolerance, poverty, system justification, meritocracy, cognitive bandwidth, social origin, ENADES, Peru*

Ver sem padecer, padecer sem ver: percepção e tolerância à desigualdade no Peru

Resumo

Por que aqueles que mais sofrem com a desigualdade são também os que menos a percebem? Este artigo analisa esse paradoxo com base nas duas edições da Pesquisa Nacional de Percepção de Desigualdades (ENADES 2022 e 2024), produzidas pelo Instituto de Estudios Peruanos e pela OXFAM Peru. Por meio de análise de correspondências múltiplas, regressão logística ordenada e análise de origem social intergeracional, compara-se a evolução da percepção, das causas atribuídas e da tolerância à desigualdade entre os dois períodos. Os resultados confirmam que o paradoxo perceptivo persiste: o grupo socioeconômico mais alto (NSE A/B) percebe maiores níveis de desigualdade (67,7%) do que o mais baixo (NSE D/E, 43,3%), apesar de experimentá-la em menor medida. Três achados emergem em 2024. Em primeiro lugar, a classe média surge como novo preditor significativo de maior percepção de desigualdade; em segundo lugar, «conhecer as pessoas certas» substitui o modelo puramente meritocrático como segunda causa percebida do sucesso econômico; e, por fim, a ideologia de direita se torna um preditor significativo de maior tolerância em um contexto pré-eleitoral. A análise de origem social mostra que indivíduos com mobilidade ascendente via educação, a partir de posições desfavorecidas, percebem menos desigualdade do que seus pares de origem privilegiada, o que é consistente com o papel que a literatura atribui às narrativas meritocráticas na invisibilização das barreiras estruturais.

Palavras-chave: *percepção de desigualdade, tolerância à desigualdade, pobreza, justificação do sistema, meritocracia, largura de banda cognitiva, origem social, ENADES, Peru*

1. Introducción

En 2024, la pobreza monetaria afectó al 27.6 % de la población peruana —9 millones 395 mil personas—, y la pobreza extrema al 5.5 %, según el informe técnico del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI, 2025). Estas cifras revelan una recuperación incompleta: la tasa de pobreza sigue siendo 7.4 puntos porcentuales mayor que la de 2019, y el Perú es uno de los pocos países de América Latina que aún no recuperó sus niveles prepandémicos. Sin embargo, hay otro dato que resulta más difícil de procesar: entre quienes enfrentan las condiciones materiales más adversas —los sectores D/E, los ámbitos rurales, quienes tienen educación básica—, la percepción de la desigualdad cae de manera pronunciada. Es decir, las personas que más la padecen son quienes menos la ven y cuando se les pregunta si les parece aceptable, son también quienes más la toleran.

Esta inversión no es un error de medición ni una peculiaridad peruana, es una paradoja documentada con mecanismos identificables y consecuencias políticas concretas. Quien no percibe la desigualdad como problema colectivo, difícilmente la convierte en demanda redistributiva y quien la tolera como condición aceptable tiene menos incentivos para exigir que cambie. En el Perú de 2026, esta pregunta adquiere urgencia renovada. El 12 de abril se celebró la primera vuelta de las elecciones generales —con una segunda vuelta presidencial programada para el 7 de junio y elecciones regionales y municipales a finales de año— y la desigualdad y la pobreza estuvieron prácticamente ausentes de los debates entre candidatos y de la agenda mediática. Este artículo no analiza ese ciclo electoral, pero los datos que presenta —recogidos en 2024— ofrecen un retrato de las percepciones ciudadanas en la antesala de ese proceso. El hecho que los partidos políticos llegaran al ciclo electoral sin una propuesta articulada frente a los casi 9.4 millones de peruanos en situación de pobreza no es solo un vacío programático, sino una señal de que la paradoja perceptiva, que este artículo documenta, tiene consecuencias reales en la política: lo que no se percibe como problema colectivo tampoco se convierte en exigencia electoral.

Este artículo analiza esa paradoja a partir de las dos ediciones disponibles de la Encuesta Nacional de Percepción de Desigualdades (ENADES), producidas por el Instituto de Estudios Peruanos y OXFAM Perú en 2022 y 2024. Se trata de la primera investigación que compara sistemáticamente ambas ediciones, identificando qué cambió, qué persiste y qué emergió como nuevo en la manera en que los peruanos y las peruanas se relacionan con la desigualdad entre sí mismos. El punto de partida es un ensayo previo sobre la base de la ENADES 2022 (autor/a, 2023), que documentó la paradoja con datos de la primera edición. Este artículo amplía ese análisis en tres direcciones; en concreto, incorpora los datos de 2024, introduce la dimensión intergeneracional del origen social como variable explicativa —

disponible por primera vez en la ENADES 2024— y actualiza el marco teórico con bibliografía reciente sobre percepción de desigualdad, justificación del sistema y ancho de banda cognitivo.

Los hallazgos muestran que la paradoja perceptiva no solo persiste, sino que se ha profundizado en algunos de sus rasgos más significativos. La percepción de mucha desigualdad bajó levemente a nivel agregado —de 56.4 % en 2022 a 51.9 % en 2024—, pero la brecha entre extremos socioeconómicos se mantiene intacta. Además, aparecen novedades que no existían dos años atrás, entre ellas la clase media peruana (NSE C) se convierte por primera vez en predictor significativo de mayor percepción de desigualdad; «conocer a la gente adecuada» emerge como segunda causa percibida del éxito económico; y la ideología de derecha se vuelve un predictor significativo de mayor tolerancia en el año en que el debate electoral se intensifica.

El artículo se organiza del siguiente modo. La sección 2 presenta el marco teórico, articulado en torno a tres ejes: la percepción de desigualdad como fenómeno social mediado, el ancho de banda cognitivo como mecanismo que limita esa percepción entre los más vulnerables, y la teoría de justificación del sistema como explicación de la tolerancia. En la sección 3 se describe las fuentes de datos y la estrategia metodológica. La sección 4 presenta los resultados en cuatro subsecciones tales como percepción, causas, tolerancia y origen social. La sección 5 discute esos resultados a la luz de la literatura. La sección 6 cierra con conclusiones e implicancias de política pública.

2. Marco teórico

América Latina es, desde hace décadas, la región más desigual del mundo. Eso no es una sorpresa. Lo que sí sorprende es la brecha entre lo que los datos objetivos muestran y lo que la ciudadanía percibe. La CEPAL (2024) advierte que, pese a una leve mejora en los indicadores de distribución del ingreso durante la recuperación pospandemia, la región continúa registrando coeficientes de Gini muy por encima del promedio global, con el Perú entre los países de desigualdad moderada-alta. El Banco Mundial (2023) añade que esa recuperación fue desigual en sí misma, ya que benefició más a los estratos medios y altos que a los más vulnerables. Sin embargo, cuando se pregunta a la ciudadanía cuánta desigualdad percibe, los resultados no siguen la misma lógica que los datos. Son los sectores más privilegiados —quienes menos la padecen— los que más la reportan. ¿Cómo se explica ese fenómeno? Tres cuerpos de literatura ofrecen respuestas complementarias, y son los que sustentan el análisis de este artículo.

2.1 La percepción de la desigualdad como fenómeno social mediado

El primer supuesto que conviene abandonar es que la percepción de la desigualdad refleja directamente la experiencia de vivir en ella. La evidencia comparada muestra que no funciona así. Mijs (2021) demostró, en un análisis de datos longitudinales de múltiples países, que la percepción de la desigualdad está mediada por la exposición social, las personas que viven en entornos más segregados —donde los distintos grupos socioeconómicos rara vez se encuentran— tienden a subestimar las brechas existentes, precisamente porque no las ven en su vida cotidiana. La desigualdad no percibida no es la que duele menos, es la que permanece invisible desde donde se mira.

Este hallazgo tiene una implicancia directa para el contexto latinoamericano. Reyes y Gasparini (2022) encontraron que, en la región, la percepción de desigualdad no sigue de manera lineal los niveles objetivos de inequidad, factores como la segregación residencial, el acceso diferenciado a medios de comunicación y la exposición a la diversidad social median de manera determinante esa percepción. Hauser y Norton (2017) añaden que las creencias personales sobre la estructura social —si se piensa que la jerarquía es natural o que el esfuerzo determina la posición— también moldean cuánta desigualdad se está dispuesto a ver. La percepción, en suma, no es un espejo de la realidad, es una construcción social que depende del lugar desde dónde se enuncia, con qué información y con qué marcos interpretativos se mira esa realidad.

Para el Perú, esta perspectiva abre una pregunta central: ¿qué condiciones estructurales —nivel socioeconómico, ámbito geográfico, nivel educativo— determinan la capacidad de percibir la desigualdad? ¿Y cómo han cambiado esas condiciones entre 2022 y 2024, en un contexto marcado por la recuperación pospandémica y la aproximación de un nuevo ciclo electoral?

2.2 El ancho de banda cognitivo entendido como la escasez que no deja ver

Una de las explicaciones más poderosas para entender por qué quienes más padecen la desigualdad son también quienes menos la perciben proviene de la economía del comportamiento. La hipótesis del ancho de banda cognitivo propone que los recursos mentales de las personas —atención, memoria de trabajo, capacidad de planificación— son limitados, y que la escasez material los consume de manera sistemática. Schilbach et al. (2016) fueron los primeros en articular, de forma rigurosa, el argumento de que quienes viven bajo condiciones de pobreza deben dedicar una parte desproporcionada de su energía cognitiva a resolver necesidades inmediatas, lo que reduce su capacidad de procesar información compleja, planificar a largo plazo o reflexionar sobre fenómenos estructurales como la desigualdad.

Esta línea de investigación ha ganado respaldo experimental acumulado en los últimos años. Kaur et al. (2025) confirmaron, mediante experimentos de campo en contextos de escasez real, que la presión cognitiva de la pobreza reduce la capacidad de tomar decisiones complejas de manera sistemática —no por falta de inteligencia, sino por saturación del sistema de atención—. Lichand y Mani (2020) encontraron evidencia similar en Brasil: los agricultores con mayor estrés financiero antes de la cosecha mostraban un rendimiento cognitivo significativamente inferior al que tenían después de recibir ingresos. El ancho de banda se amplía cuando la escasez cede. Un metaanálisis reciente (de Almeida et al., 2024), que sistematizó décadas de estudios sobre escasez y cognición, concluyó que el mecanismo es robusto y se replica en contextos culturales muy distintos. En ese sentido, la pobreza no degrada las capacidades intelectuales de las personas, pero sí reduce temporalmente los recursos cognitivos disponibles para tareas que no son urgentes. Y la desigualdad estructural, vista como fenómeno colectivo, difícilmente entra en la categoría de lo urgente cuando falta el pan de mañana.

Lo que esta literatura establece, en definitiva, es que la menor percepción de desigualdad entre los sectores más vulnerables no refleja conformidad ni desinterés, refleja el costo de sobrevivir, el cual tiene consecuencias políticas: si quienes más padecen la desigualdad son también quienes menos la reconocen como problema colectivo, la demanda ciudadana por políticas redistributivas queda debilitada en la base social donde más se necesitaría.

2.3 Justificación del sistema y creencias meritocráticas: cuando el orden parece justo

El tercer eje teórico aborda la dimensión ideológica de la paradoja. ¿Por qué las personas toleran la desigualdad, incluso cuando la reconocen como un problema? La teoría de justificación del sistema, desarrollada por Jost (2020) a lo largo de décadas de investigación experimental, propone que los seres humanos tienen una motivación psicológica activa para percibir el orden social en el que viven como legítimo, justo y necesario —aun cuando ese orden los perjudique—. Esta motivación cumple funciones psicológicas precisas, entre ellas reduce la incertidumbre, proporciona coherencia y permite sostener una imagen positiva del entorno en el que se ha crecido y en el que se vive.

Goya-Tocchetto et al. (2024), en un conjunto de ocho estudios experimentales con muestras representativas, demostraron que quienes tienen mayor motivación para justificar el sistema socioeconómico perciben consistentemente las brechas de ingreso como menores de lo que son. No se trata de ignorancia ni de falta de información, sino de un proceso motivacional que ajusta la percepción para hacerla compatible con la creencia de que el sistema es justo. Valdes et al. (2025), en un análisis comparado de 42 países, encontraron que esta dinámica se intensifica

en países con niveles medios de movilidad social como el perfil del Perú, donde la percepción de progreso individual convive con la persistencia de desigualdades estructurales.

Una expresión particularmente relevante de la justificación del sistema en el contexto latinoamericano es la creencia meritocrática. Castillo et al. (2025) proponen distinguir entre meritocracia normativa —el ideal de que el esfuerzo debería determinar los resultados— y meritocracia descriptiva —la percepción de que efectivamente lo hace en la práctica—. En sociedades muy desiguales, ambas creencias pueden coexistir en tensión; es decir, se valora el mérito como principio al mismo tiempo que se reconoce, en abstracto, que las barreras estructurales existen. Batruch et al. (2023) añaden que la narrativa meritocrática es especialmente intensa entre quienes experimentaron movilidad social ascendente. Si el sistema permitió progresar, tiene sentido percibir ese sistema como justo. Vargas-Salfate et al. (2018), en el contexto chileno, mostró que la identificación con la derecha política modera esa relación, reduciendo la sensibilidad a la desigualdad objetiva entre quienes creen que el esfuerzo individual es la variable determinante del éxito.

Estos tres cuerpos de literatura —la percepción mediada socialmente, el ancho de banda cognitivo y la justificación del sistema— no son excluyentes, son complementarios. Cada uno ilumina una dimensión distinta de la misma paradoja: ¿cómo es posible que, en una sociedad con niveles objetivos de desigualdad persistentes, los sectores más afectados sean también los que menos la perciben, menos la cuestionan y más la toleran? Las páginas que siguen ponen esa paradoja a prueba con datos del Perú en 2022 y 2024.

3. Datos y metodología

3.1 Fuentes de datos

Este artículo analiza las dos ediciones disponibles de la Encuesta Nacional de Percepción de Desigualdades (ENADES), producidas por el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y OXFAM Perú. Ambas encuestas fueron diseñadas con el mismo objetivo central, orientado a capturar no solo la magnitud de la desigualdad económica en el país, sino las percepciones, actitudes y disposiciones de la ciudadanía frente a ella. Su carácter de encuestas transversales comparables —aplicada con el mismo diseño en 2022 y 2024— permite hacer algo que pocas fuentes de datos en el Perú posibilitan: comparar cómo se distribuyeron esas percepciones en dos momentos distintos, en el mismo contexto nacional y con instrumentos equivalentes.

La ENADES 2022 se aplicó entre el 13 de mayo y el 3 de junio de 2022, mediante encuesta telefónica a celulares bajo la modalidad CATI (entrevista telefónica asistida

por computadora, por sus siglas en inglés) a una muestra de 1,530 personas en 24 departamentos, 159 provincias y 453 distritos del país, con un nivel de confianza del 95 % y un error máximo estimado de ± 2.5 puntos porcentuales (IEP y OXFAM Perú, 2022). La ENADES 2024 replicó ese diseño entre el 19 de abril y el 26 de mayo de 2024, con una muestra de 1,508 personas distribuidas en 24 departamentos, 171 provincias y 519 distritos —una cobertura distrital aún más amplia que la edición anterior (IEP y OXFAM Perú, 2024)—. El error máximo estimado se mantiene en ± 2.5 puntos porcentuales al 95 % de confianza. En ambas encuestas, el marco muestral se construyó a partir de los números de telefonía celular registrados en el Ministerio de Transportes y Comunicaciones, lo que garantiza cobertura nacional en zonas urbanas y rurales.

Un aspecto técnico relevante para la comparabilidad es la ponderación. Ambas bases de datos incluyen factores de expansión —la variable pondera en la ENADES 2022 y en la ENADES 2024— que ajustan los resultados por características sociodemográficas de la población de referencia y corrigen eventuales sesgos de cobertura. Todos los análisis de este artículo aplican esos factores de ponderación.

Vale señalar una diferencia estructural entre ambas ediciones que no debe pasar inadvertida. La ENADES 2024 incorpora dos elementos nuevos que amplían la capacidad analítica de la encuesta respecto al 2022. Primero, la variable de origen social, construida a partir del nivel educativo de los progenitores del encuestado, lo que se traduce en que, si alguno de ellos alcanzó educación superior, la persona es clasificada como de origen privilegiado; en caso contrario, como de origen no privilegiado. Segundo, la opción «conocer a la gente adecuada» fue añadida como respuesta posible a la pregunta sobre los factores que determinan el éxito económico. Esta incorporación introduce una limitación de comparabilidad que conviene reconocer: al ampliar el campo de respuestas disponibles, no es posible descartar que parte de los encuestados que en 2022 habrían elegido otras opciones, se hayan desplazado hacia esta nueva alternativa. Teniendo eso presente, el hallazgo abre preguntas de investigación que este artículo aprovecha en la cuarta capa del análisis.

3.2 Estrategia metodológica

El análisis se organiza en tres capas complementarias que avanzan de la descripción comparativa hacia la explicación estadística y, finalmente, hacia una exploración intergeneracional disponible solo en 2024.

La primera capa corresponde al análisis comparativo entre ambos períodos. Para cada una de las tres dimensiones sustantivas —percepción de desigualdad, causas percibidas y tolerancia— se construyeron tablas de frecuencias ponderadas y se aplicaron pruebas de chi-cuadrado con ajuste de Rao-Scott, que incorporan el

diseño muestral complejo para evitar la subestimación de los errores estándar que ocurre cuando se aplican pruebas convencionales a datos con ponderación. El corazón visual de esta capa son los mapas perceptuales, obtenidos mediante Análisis de Correspondencias Múltiple (ACM). Esta técnica permite representar en un plano bidimensional las relaciones de asociación entre múltiples variables categóricas simultáneamente, algo que las tablas de contingencia tradicionales no logran cuando el número de variables cruzadas supera dos o tres. En términos prácticos, el mapa perceptual muestra qué perfiles sociodemográficos tienden a aparecer cerca de qué actitudes frente a la desigualdad; la proximidad en el gráfico equivale a asociación en los datos. Se construyeron seis mapas en total —tres dimensiones por dos años— utilizando el paquete FactoMineR del lenguaje estadístico R, con pesos muestrales incorporados en el cálculo. Los dos primeros ejes factoriales explican entre el 23 % y el 25 % de la inercia total en los distintos mapas, valores moderados pero habituales en ACM con variables sociodemográficas, que tienden a producir asociaciones difusas por la heterogeneidad inherente de los datos de encuesta. La interpretación se basa en la posición relativa de las categorías en el plano, no en los porcentajes de varianza de manera aislada.

La segunda capa introduce modelos de regresión logística ordenada para identificar los predictores estadísticamente significativos de la percepción y la tolerancia a la desigualdad. A diferencia del ACM, que describe patrones de asociación, la regresión permite estimar el tamaño y la dirección del efecto de cada variable independiente —nivel socioeconómico, ámbito geográfico, nivel educativo, ideología política, percepción de la brecha entre ricos y pobres— controlando por las demás. Se estimaron cuatro modelos en total —percepción y tolerancia para cada año— mediante la función `svyolr()` del paquete `survey` de R, que incorpora los factores de expansión como pesos de diseño muestral en la estimación de los coeficientes y, crucialmente, en el cálculo de los errores estándar. Esta decisión metodológica es relevante porque los pesos de frecuencia convencionales tienden a subestimar los errores estándar en datos de encuesta, lo que puede producir significancias espurias.

Las variables dependientes son la percepción de desigualdad económica (escala ordenada: nada, poco, algo, mucho) y la tolerancia a la desigualdad (escala 1-10, agrupada en tres categorías ordenadas: inaceptable, neutro, aceptable). Las variables independientes incluyen nivel socioeconómico (A/B, C, D/E), ámbito geográfico (Lima Metropolitana, urbano, rural), nivel educativo (básica, superior), ideología política (izquierda, centro, derecha) y, en los modelos de tolerancia, percepción de la brecha entre ricos y pobres (aumentó, se mantiene, disminuyó). Las categorías de referencia son NSE D/E, ámbito rural, educación básica, centro ideológico y brecha se mantiene. Los resultados se expresan como *odds ratios* (OR) con intervalos de confianza al 95 % y p-valores. Se reportan también los resultados

significativos al 90 % de confianza ($p < 0.10$), señalados con el símbolo †, siguiendo la recomendación de transparencia estadística para encuestas con muestras de este tamaño.

El supuesto central de la regresión logística ordenada es el de *odds* proporcionales, según el cual el efecto de cada predictor es constante a lo largo de los puntos de corte de la variable dependiente. Se verificó este supuesto mediante el test de Brant aplicado a modelos equivalentes sin ponderación. Los resultados indican que el supuesto se viola a nivel global en los cuatro modelos ($p < 0.05$), con violaciones parciales concentradas en las variables de ámbito geográfico (modelos de percepción) e ideología política y percepción de brecha (modelos de tolerancia). Dado que las violaciones son parciales y no afectan a los predictores centrales del análisis —SE y nivel educativo—, y que los patrones estimados son consistentes con los observados en el ACM y en las tablas descriptivas, se optó por mantener la regresión logística ordenada como marco analítico principal. Esta decisión es consistente con la práctica habitual en la literatura empírica sobre percepción de desigualdad, donde la violación parcial del supuesto se reporta y discute sin que invalide los hallazgos.

Como medidas de bondad de ajuste se reportan el pseudo- R^2 de McFadden y el Criterio de Información de Akaike (AIC). Los valores de pseudo- R^2 oscilan entre 2.1 % y 4.4 %, lo cual es esperable en modelos con variables dependientes actitudinales y datos de encuesta, donde la función del modelo no es predecir respuestas individuales, sino identificar la dirección, magnitud y significancia de los predictores. Para evaluar la asociación entre variables independientes se calculó la V de Cramér entre todos los pares de predictores; el valor más alto fue 0.46 (entre NSE y nivel educativo), por debajo del umbral convencional de 0.50 que indicaría multicolinealidad preocupante. Las matrices completas se presentan en el Anexo.

La tercera capa, disponible únicamente para 2024, explora la relación entre el origen social intergeneracional y la percepción de la desigualdad. Partiendo de la variable de origen social, incorporada en la ENADES 2024, se comparan las distribuciones de percepción y movilidad social percibida entre personas de origen privilegiado y no privilegiado, con una desagregación adicional por nivel educativo alcanzado.

Todos los análisis fueron realizados en R (versión 4.4.1), utilizando los paquetes *haven* para la lectura de archivos .dta, *survey* para el diseño muestral complejo y la regresión ordenada, *FactoMineR* y *factoextra* para el ACM, *MASS*, además de *brant* para el diagnóstico de *odds* proporcionales, y *ggplot2* para la visualización. Los *scripts* de análisis están disponibles para replicación.

4. Resultados

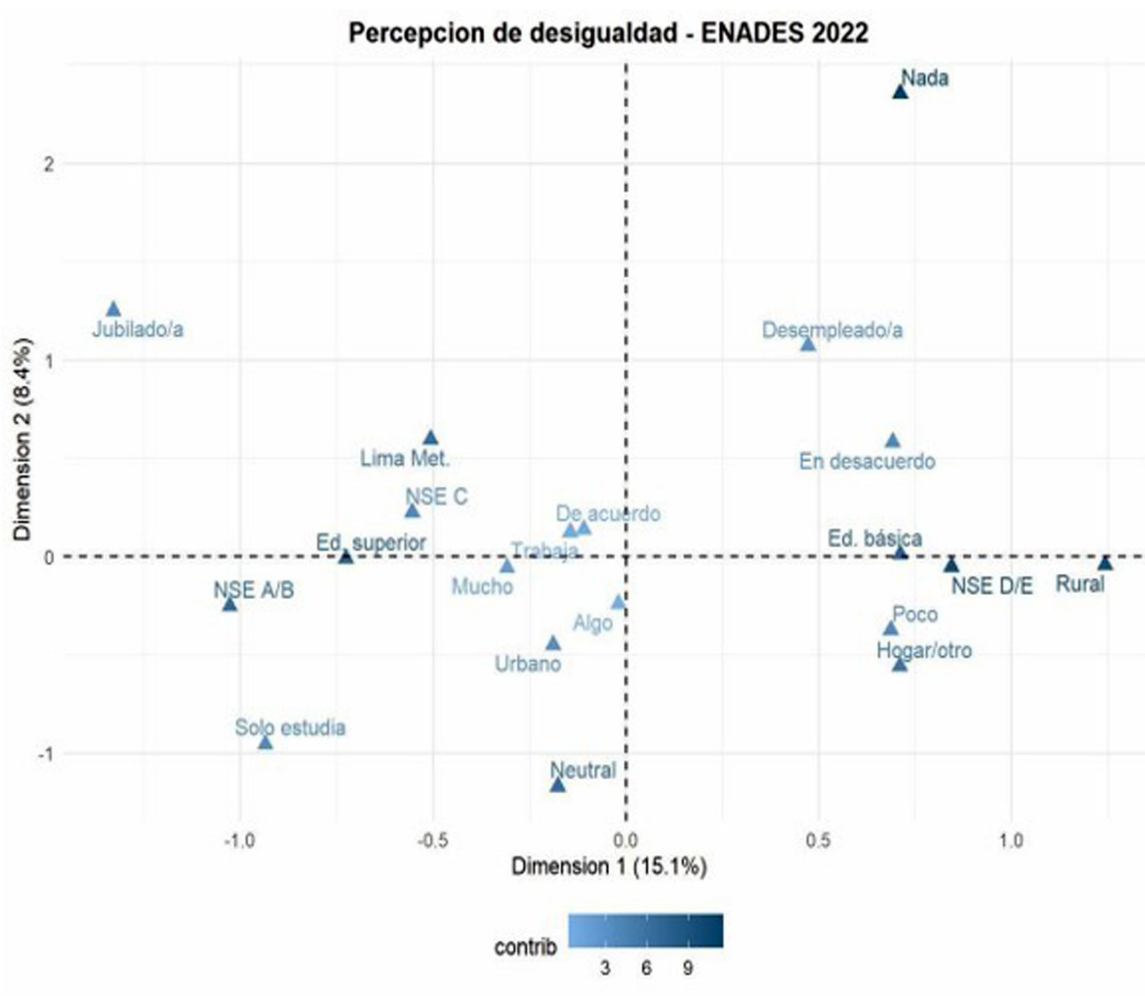
4.1 Percepción de la desigualdad económica se revela como una paradoja que persiste y se profundiza

Entre 2022 y 2024, la proporción de peruanos que percibe «much» desigualdad económica en el país disminuyó de 56.4 % a 51.9 %. Aunque esta diferencia de 4.5 puntos porcentuales sugiere una tendencia descendente, la prueba de chi-cuadrado ajustada por diseño muestral no la confirma como estadísticamente significativa ($F=1.92$, $p=0.124$). Lo que sí resulta significativo y más revelador, son quienes perciben más o menos desigualdad, porque cuando se analiza la distribución por características sociodemográficas, el panorama es considerablemente más complejo.

El análisis de correspondencias múltiples aplicado a la ENADES 2022 revela que el eje horizontal —que explica el 15.1 % de la varianza total— separa con claridad dos mundos. Hacia la izquierda del mapa perceptual se agrupan NSE A/B, educación superior y Lima Metropolitana, todos asociados a una percepción de «much» desigualdad. Hacia la derecha, NSE D/E, educación básica y ámbito rural se asocian a percepciones de «poca» o «nada» desigualdad (véase Gráfico 1). En otras palabras, quienes viven en mejores condiciones son los que más perciben la desigualdad, mientras que quienes la padecen con mayor intensidad tienden a percibirla menos.

Gráfico 1

Mapa perceptual: Percepción de la desigualdad-ENADES 2022

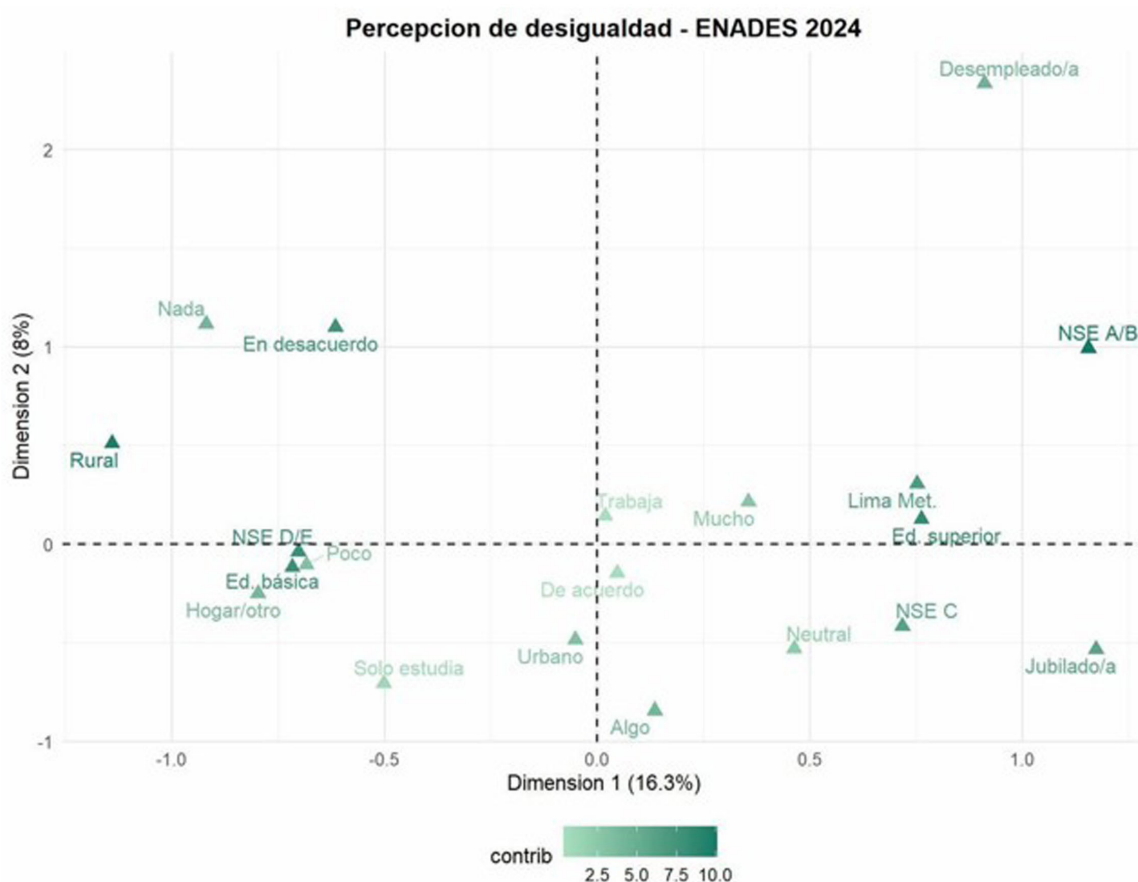


Nota. Análisis de correspondencias múltiple. Variables: percepción de desigualdad (mucho, algo, poco, nada), NSE (A/B, C, D/E), ámbito (Lima Met., urbano, rural) y nivel educativo (básico, superior). Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 (IEP y OXFAM Perú, 2022).

En efecto, el mapa perceptual correspondiente a la ENADES 2024 muestra que el primer eje factorial explica ahora el 16.3 % de la varianza —mayor que en 2022— y que el NSE A/B se desplazó hacia el extremo derecho del mapa, alejándose aún más del polo asociado a los sectores vulnerables (véase Gráfico 2). La brecha perceptiva entre quienes tienen más y quienes tienen menos no solo persiste, se amplía en el espacio factorial.

Gráfico 2

Mapa perceptual: Percepción de la desigualdad-ENADES 2024



Nota. Análisis de correspondencias múltiple. Variables: percepción de desigualdad (mucho, algo, poco, nada), NSE (A/B, C, D/E), ámbito (Lima Met., urbano, rural) y nivel educativo (básico, superior). Elaboración propia sobre la base de ENADES 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2024).

Los modelos de regresión logística ordenada, estimados con diseño muestral complejo, permiten cuantificar esta brecha con mayor precisión. En 2022, pertenecer al NSE A/B aumentaba en 88 % la probabilidad de percibir mayor desigualdad frente al NSE D/E ($OR=1.88$, $IC95\%=[1.31, 2.68]$, $p<0.001$). En 2024, este efecto se mantiene en magnitud similar ($OR=1.93$, $IC95\%=[1.35, 2.77]$, $p<0.001$). Del mismo modo, haber alcanzado educación superior predice consistentemente una mayor percepción de desigualdad en ambos años ($OR=1.80$ en 2022, $p<0.001$; $OR=1.98$ en 2024, $p<0.001$). Estos patrones son consistentes con lo planteado por Schilbach et al. (2016) sobre el papel del acceso a información y capital cultural en la capacidad de reconocer inequidades estructurales, aunque los datos no permiten confirmar ese mecanismo de manera directa.

Un hallazgo nuevo y relevante en 2024 es que el NSE C aparece como predictor significativo de mayor percepción de desigualdad ($OR=1.63$, $IC95\%=[1.24, 2.14]$, $p<0.001$), a diferencia de lo observado en 2022 ($OR=1.16$, $p=0.345$). Una lectura

posible, consistente con la literatura sobre ancho de banda cognitivo, es que los sectores medios —que en la última década ganaron acceso a educación superior, conectividad y mercados de consumo— hayan ampliado su capacidad de procesar fenómenos estructurales como la desigualdad. Los datos son compatibles con esa interpretación, aunque no permiten confirmarla.

Respecto a la ideología política, en 2022 la identificación con la izquierda mostraba una asociación negativa con la percepción de desigualdad que no alcanzaba significancia convencional (OR=0.75, $p=0.051$, †), mientras que en 2024 esa asociación se fortalece y alcanza significancia plena (OR=0.58, $p<0.001$). La identificación con la derecha, por su parte, se asocia a menor percepción de desigualdad en ambos años (OR=0.69, $p=0.004$ en 2022; OR=0.75, $p=0.028$ en 2024). Estos resultados sugieren que la percepción de la desigualdad no es independiente de la posición ideológica, y que esa relación se intensificó entre ambos períodos, aunque, al tratarse de muestras transversales independientes, no es posible atribuir ese cambio a una transformación de las mismas personas.

Los resultados completos de los modelos de percepción, incluyendo *odds ratios*, intervalos de confianza, p-valores, umbrales y estadísticos de ajuste, se presentan en el Cuadro 1.

Cuadro 1

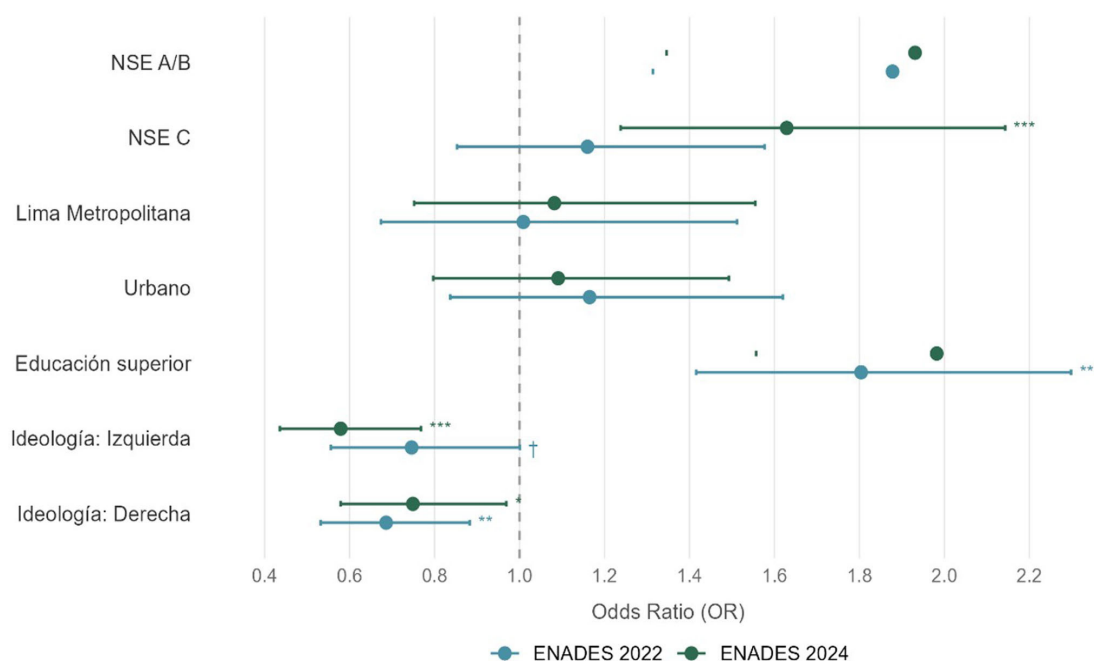
Predictores de percepción de desigualdad económica-ENADES 2022 y 2024

Variable	ENADES 2022				ENADES 2024			
	OR	IC inf	IC sup	p	OR	IC inf	IC sup	p
NSE A/B vs. D/E	1.878	1.314	2.684	0.001 ***	1.931	1.346	2.770	<0.001 ***
NSE C vs. D/E	1.160	0.853	1.577	0.345	1.629	1.238	2.143	0.001 ***
Lima Met. vs. Rural	1.009	0.674	1.512	0.965	1.082	0.752	1.555	0.672
Urbano vs. Rural	1.165	0.837	1.620	0.366	1.091	0.797	1.493	0.587
Ed. superior vs. básica	1.804	1.416	2.298	<0.001 ***	1.982	1.557	2.523	<0.001 ***
Izquierda vs. Centro	0.746	0.556	1.001	0.051 †	0.579	0.436	0.768	<0.001 ***
Derecha vs. Centro	0.686	0.532	0.883	0.004 ***	0.749	0.579	0.969	0.028 *
N	1,372				1,317			
Pseudo-R ² McFadden	0.028				0.044			
AIC	2,908.6				2,955.0			

Nota. Regresión logística ordenada con diseño muestral complejo (svyolr). Variable dependiente: percepción de desigualdad (nada < poco < algo < mucho). Categorías de referencia: NSE D/E, ámbito rural, educación básica, centro ideológico. OR = odds ratio; IC = intervalo de confianza al 95 %. *** $p<0.001$; ** $p<0.01$; * $p<0.05$; † $p<0.10$. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 y 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2022, 2024).

Gráfico 3

Predictores de percepción de desigualdad económica-ENADES 2022 y 2024



Nota. *Odds ratios* (OR) con intervalos de confianza al 95 %, obtenidos de modelos de regresión logística ordenada con diseño muestral complejo (svyolr). Variable dependiente: percepción de desigualdad (nada < poco < algo < mucho). Categorías de referencia: NSE D/E, ámbito rural, educación básica, centro ideológico. OR > 1 indica mayor probabilidad de percibir desigualdad. *** p<0.001; ** p<0.01; * p<0.05; † p<0.10. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 y 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2022, 2024).

4.2 Las causas percibidas de la desigualdad: del capital económico al capital social

¿Qué es lo que da ventaja para progresar en el Perú? La respuesta mayoritaria en 2022 era clara: tener buena educación, mencionada por el 74 % de los encuestados como la característica que más favorece una mejor posición económica, seguida de lejos por provenir de una familia rica (9.5 %), hablar bien el castellano (6.9 %), ser hombre (2 %) y ser blanco (1.4 %). En 2024, esta jerarquía experimenta una transformación significativa que merece atención.

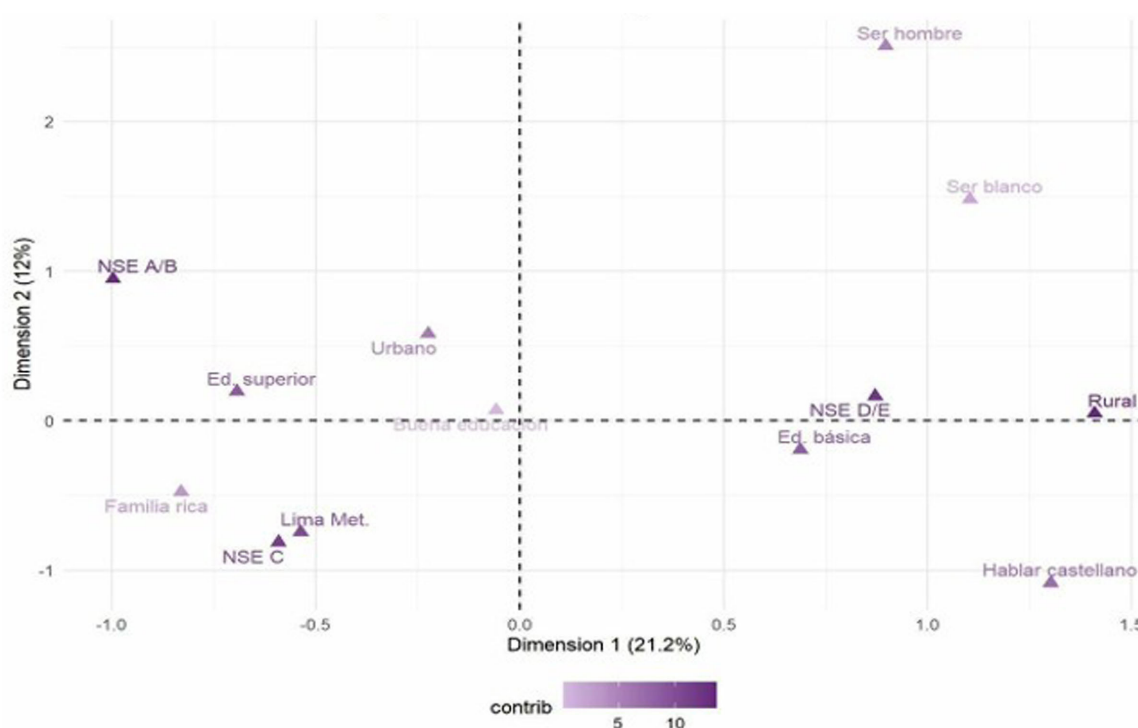
La ENADES 2024 introdujo una nueva opción en esta pregunta: «conocer a la gente adecuada». Esta opción obtuvo el 18.8 % de las menciones, convirtiéndose en la segunda más señalada, por encima de «provenir de una familia rica» (6.3 %) y «hablar bien el castellano» (3.8 %). La educación sigue siendo la ventaja más valorada (69.5 %), aunque con una caída de más de cuatro puntos porcentuales respecto del 2022. Cabe advertir, sin embargo, que parte de ese desplazamiento podría reflejar el efecto de la nueva opción sobre el campo de respuestas; es decir, que los encuestados que en 2022 habrían marcado «buena educación» u otras

alternativas hayan migrado hacia «conocer a la gente adecuada» simplemente porque la opción estaba disponible. El hallazgo es sugerente, pero debe leerse con esa limitación en mente.

El análisis de correspondencias múltiple confirma y enriquece este hallazgo. En el mapa perceptual de 2022, «buena educación» aparece como un valor centralizado y compartido, sin asociación clara con ningún grupo socioeconómico en particular (véase Gráfico 4). «Hablar bien el castellano» y «ser hombre» se ubican hacia la derecha, asociados a NSE D/E y ámbito rural, mientras que «provenir de una familia rica» se agrupa con NSE A/B y Lima Metropolitana.

Gráfico 4

Mapa perceptual: Causas percibidas de la desigualdad-ENADES 2022

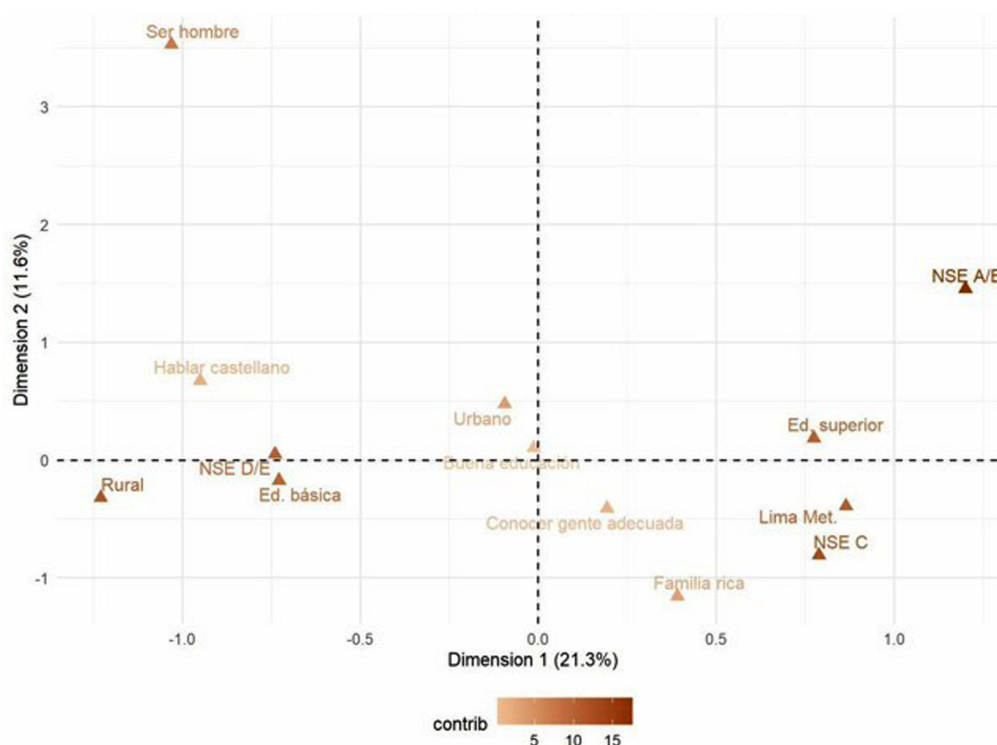


Nota. Análisis de correspondencias múltiples. Variables: característica percibida como ventaja económica, NSE (A/B, C, D/E), ámbito (Lima Met., urbano, rural) y nivel educativo (básico, superior). Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 (IEP y OXFAM Perú, 2022).

En el mapa de 2024, la opción «conocer gente adecuada» se ubica en el cuadrante asociado a NSE C, Lima Metropolitana y «provenir de una familia rica» (véase Gráfico 5). Esto indica que la percepción del capital social como mecanismo de ventaja es predominantemente urbana y de clase media, no de los sectores más vulnerables. Para estos últimos —NSE D/E, ámbito rural, educación básica—, «hablar bien el castellano» sigue siendo una ventaja percibida con mayor frecuencia relativa que en otros grupos, lo que refleja las barreras lingüísticas y culturales que aún estructuran el acceso a oportunidades en el Perú.

Gráfico 5

Mapa perceptual: Causas percibidas de la desigualdad-ENADES 2024



Nota. Análisis de correspondencias múltiple. Variables: característica percibida como ventaja económica, NSE (A/B, C, D/E), ámbito (Lima Met., urbano, rural) y nivel educativo (básico, superior). Elaboración propia sobre la base de ENADES 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2024).

Resulta llamativo, además, que «ser hombre» migró en 2024 hacia el cuadrante asociado a contextos rurales y vulnerables. Esto sugiere que la percepción de la ventaja de género está más presente en quienes habitan territorios donde las brechas entre hombres y mujeres son históricamente más pronunciadas, lo que abre una agenda de investigación sobre la intersección entre género, territorio y percepción de la desigualdad que excede los límites de este artículo, pero que merece atención en futuras investigaciones.

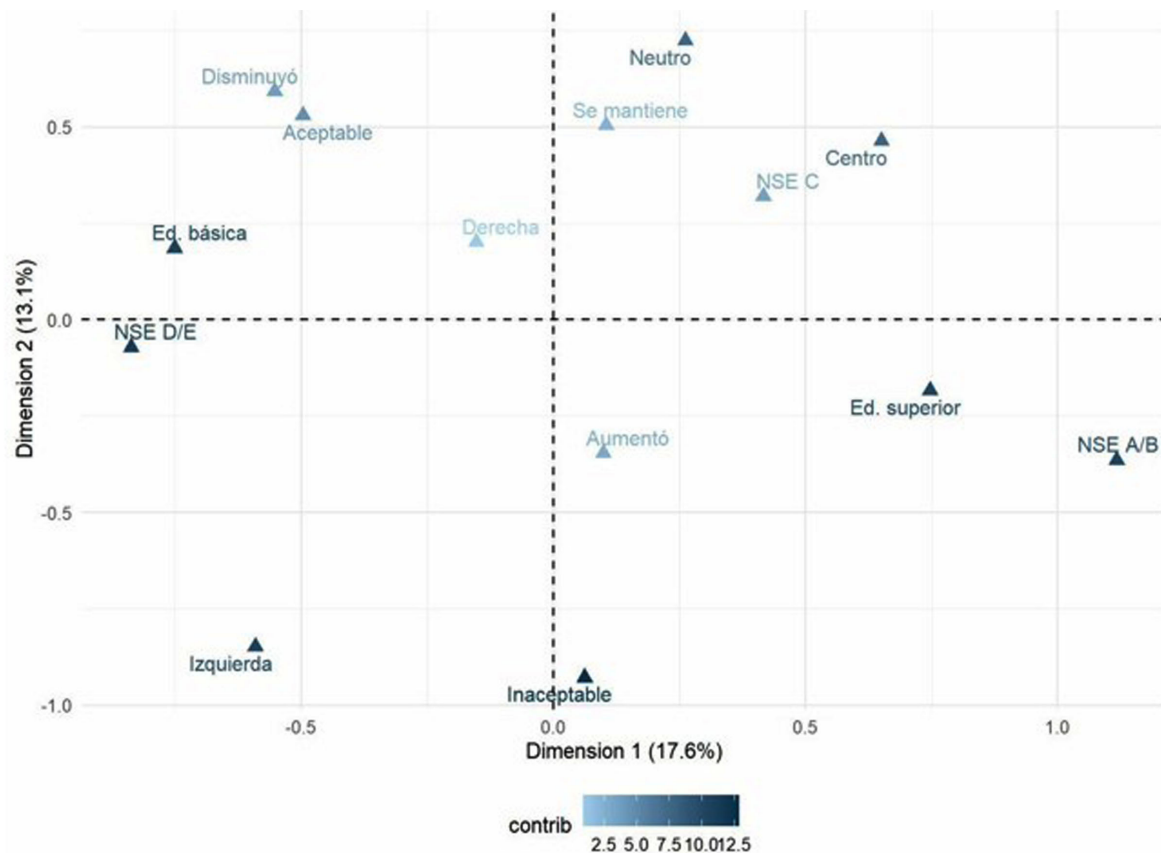
4.3 Tolerancia a la desigualdad: el rechazo crece, pero la paradoja se mantiene

En 2022, el 41.5 % de los peruanos consideraba inaceptable la desigualdad. En 2024, esa proporción creció a 45.3 % y expresa un aumento que la prueba de chi-cuadrado, ajustada por diseño muestral, confirma como estadísticamente significativo ($F=3.55$, $p=0.029$). Este es un dato que merece atención: mientras la percepción agregada de desigualdad no registra un cambio significativo entre ambos períodos, el rechazo a la desigualdad sí lo hace. Más peruanos la consideran inaceptable en comparación a hace dos años.

Sin embargo, ¿quiénes son esos peruanos? Al desagregar por características, emerge nuevamente la paradoja. El mapa perceptual de 2022 muestra que «inaceptable» se agrupa en el cuadrante asociado a NSE A/B, educación superior, ideología de izquierda y la percepción de que la brecha entre ricos y pobres ha aumentado (véase Gráfico 6). NSE D/E, educación básica y la percepción de que la brecha disminuyó o se mantiene, en cambio, se asocian a «aceptable» o «neutro». En 2024, esta estructura se reproduce con notable estabilidad, aunque con matices importantes (véase Gráfico 7).

Gráfico 6

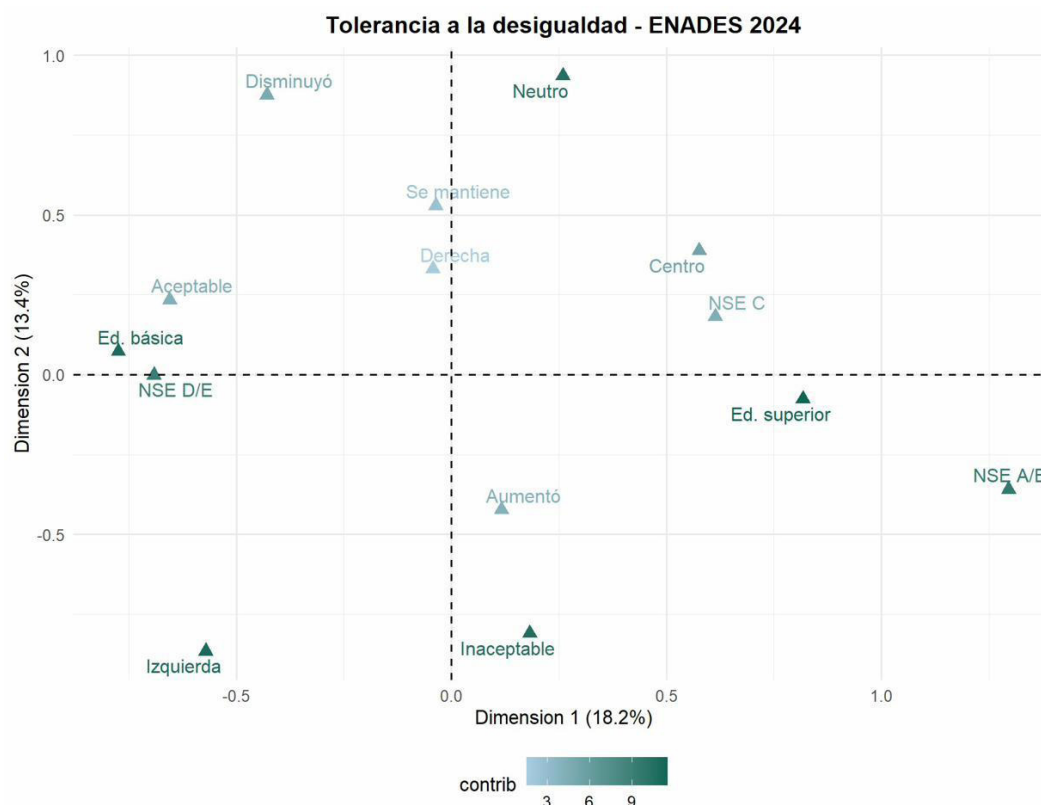
Mapa perceptual: Tolerancia a la desigualdad-ENADES 2022



Nota. Análisis de correspondencias múltiple. Variables: tolerancia a la desigualdad (inaceptable, neutro, aceptable), NSE (A/B, C, D/E), nivel educativo (básico, superior), ideología política (izquierda, centro, derecha) y percepción de la brecha entre ricos y pobres. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 (IEP y OXFAM Perú, 2022).

Gráfico 7

Mapa perceptual: Tolerancia a la desigualdad-ENADES 2024



Nota. Análisis de correspondencias múltiple. Variables: tolerancia a la desigualdad (inaceptable, neutro, aceptable), NSE (A/B, C, D/E), nivel educativo (básico, superior), ideología política (izquierda, centro, derecha) y percepción de la brecha entre ricos y pobres. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2024).

Los modelos de regresión logística ordenada, estimados con diseño muestral complejo, confirman que la paradoja persiste y en algunos casos se intensifica. En 2022, pertenecer al NSE A/B se asociaba a menor tolerancia a la desigualdad frente al NSE D/E, aunque con significancia marginal ($OR=0.72$, $IC95\%=[0.52, 1.00]$, $p=0.053$, †). En 2024, esa asociación se fortalece y alcanza significancia plena ($OR=0.61$, $IC95\%=[0.42, 0.88]$, $p=0.008$). Los sectores más privilegiados son, paradójicamente, quienes más rechazan la desigualdad y ese rechazo se consolidó entre ambos períodos.

La educación superior muestra un patrón similar: en 2022, su asociación con menor tolerancia era marginal ($OR=0.80$, $p=0.063$, †), mientras que en 2024 alcanzó significancia convencional ($OR=0.79$, $IC95\%=[0.62, 0.99]$, $p=0.041$). Este hallazgo refuerza la lectura de que el acceso a mayor capital educativo no solo amplía la percepción de la desigualdad —como muestran los modelos de percepción— sino que también se asocia a un mayor rechazo de esta.

Dos hallazgos en 2024 merecen particular atención. Primero, Lima Metropolitana muestra una asociación con menor tolerancia que, si bien no alcanza significancia convencional ($OR=0.71$, $IC95\%=[0.50, 1.01]$, $p=0.060$, †), merece ser señalada. Este resultado adquiere relevancia cuando se considera el contexto estructural. Según el informe técnico del INEI (2025), la pobreza monetaria en el Perú mostró en 2024 un «rostro más urbano», con más del 70 % de la población pobre viviendo en zonas urbanas y Lima Metropolitana concentrando más del 30 % de los pobres del país. La expansión de la pobreza urbana y la asociación —aunque marginal— entre Lima y menor tolerancia no son fenómenos necesariamente desconectados, aunque los datos no permiten establecer un vínculo causal entre ambos.

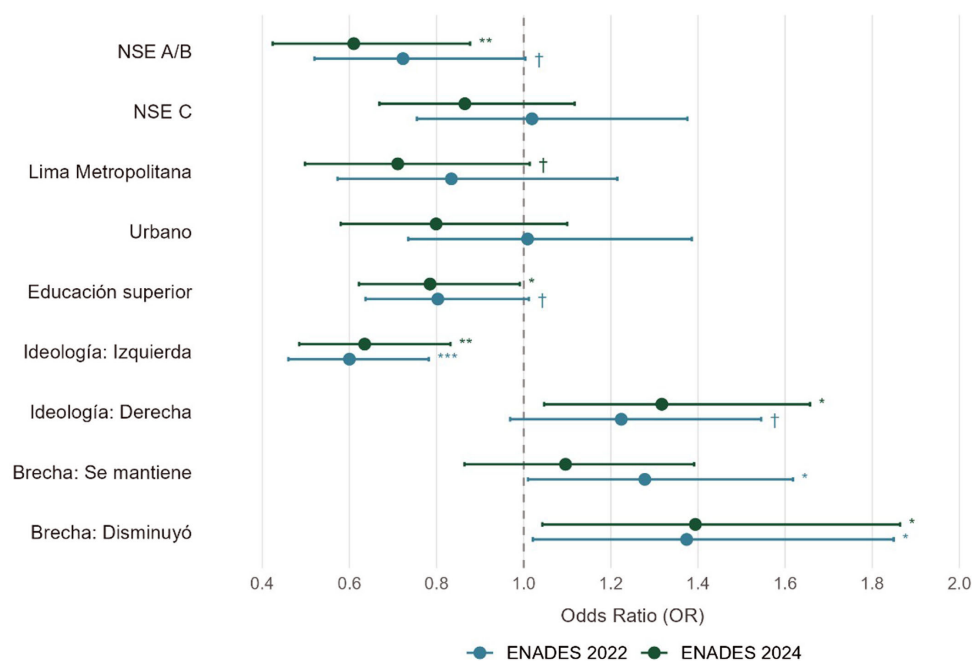
Segundo, la ideología de derecha aparece como predictor significativo de mayor tolerancia en 2024 ($OR=1.32$, $IC95\%=[1.05, 1.66]$, $p=0.019$), cuando en 2022 esa asociación no alcanzaba significancia convencional ($OR=1.22$, $p=0.091$, †). Este dato resulta especialmente sugerente en el contexto del ciclo electoral de 2026, aunque conviene precisar que los datos son de 2024 y no permiten establecer una relación directa con ese proceso. La primera vuelta presidencial del 12 de abril derivó en una segunda vuelta para el 7 de junio que enfrenta a dos candidaturas con visiones poco alineadas, y a fin de año se celebrarán elecciones regionales y municipales. Una lectura contextual posible es que la ausencia de la desigualdad en los debates presidenciales y la polarización ideológica de la tolerancia forman parte de un mismo fenómeno, pero esa interpretación va más allá de los datos que este artículo pueden respaldar directamente.

La ideología de izquierda, por su parte, se mantiene como predictor fuerte de menor tolerancia en ambos años ($OR=0.60$, $p<0.001$ en 2022; $OR=0.64$, $p=0.001$ en 2024). Quienes se identifican con la izquierda rechazan la desigualdad con mayor intensidad que el centro, un patrón consistente y estable.

Finalmente, quienes perciben que la brecha entre ricos y pobres ha disminuido son consistentemente más tolerantes a la desigualdad en ambos años ($OR=1.37$, $p=0.036$ en 2022; $OR=1.39$, $p=0.025$ en 2024), lo que es coherente con la teoría de justificación del sistema (Jost, 2020), aunque los datos no miden directamente ese mecanismo. El Gráfico 8 permite visualizar de manera comparada la dirección, magnitud y significancia estadística de todos estos predictores en ambos años. Los resultados completos de los modelos de tolerancia se presentan en el Cuadro 2.

Gráfico 8

Predictores de tolerancia a la desigualdad-ENADES 2022 y 2024



Nota. *Odds ratios* (OR) con intervalos de confianza al 95 %, obtenidos de modelos de regresión logística ordenada con diseño muestral complejo (svyolr). Variable dependiente: tolerancia a la desigualdad (inaceptable < neutro < aceptable). Categorías de referencia: NSE D/E, ámbito rural, educación básica, centro ideológico, brecha aumentó. OR > 1 indica mayor probabilidad de tolerar la desigualdad; OR < 1 indica mayor rechazo. *** p<0.001; ** p<0.01; * p<0.05; † p<0.10. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 y 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2022, 2024).

Cuadro 2

Predictores de tolerancia a la desigualdad-ENADES 2022 y 2024

Variable	ENADES 2022				ENADES 2024			
	OR	IC inf	IC sup	p	OR	IC inf	IC sup	p
NSE A/B vs. D/E	0.723	0.520	1.004	0.053 †	0.610	0.424	0.877	0.008 **
NSE C vs. D/E	1.019	0.755	1.376	0.901	0.865	0.669	1.117	0.266
Lima Met. vs. Rural	0.834	0.573	1.215	0.345	0.711	0.498	1.014	0.060 †
Urbano vs. Rural	1.009	0.735	1.386	0.955	0.799	0.580	1.100	0.168
Ed. superior vs. básica	0.803	0.637	1.012	0.063 †	0.785	0.622	0.991	0.041 *
Izquierda vs. Centro	0.600	0.460	0.782	<0.001 ***	0.635	0.485	0.832	0.001 ***
Derecha vs. Centro	1.224	0.969	1.545	0.091 †	1.317	1.047	1.657	0.019 *
Brecha: Se mantiene vs. Aumentó	1.278	1.010	1.618	0.041 *	1.096	0.864	1.391	0.451
Brecha: Disminuyó vs. Aumentó	1.374	1.021	1.849	0.036 *	1.394	1.043	1.864	0.025 *
N	1,372				1,317			
Pseudo-R ² McFadden	0.021				0.024			
AIC	2,900.5				2,767.1			

Nota. Regresión logística ordenada con diseño muestral complejo (svyolr). Variable dependiente: tolerancia a la desigualdad (inaceptable < neutro < aceptable). Categorías de referencia: NSE D/E, ámbito rural, educación básica, centro ideológico, brecha aumentó. OR = odds ratio; IC = intervalo de confianza al 95%. *** p<0.001; ** p<0.01; * p<0.05; † p<0.10. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 y 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2022, 2024).

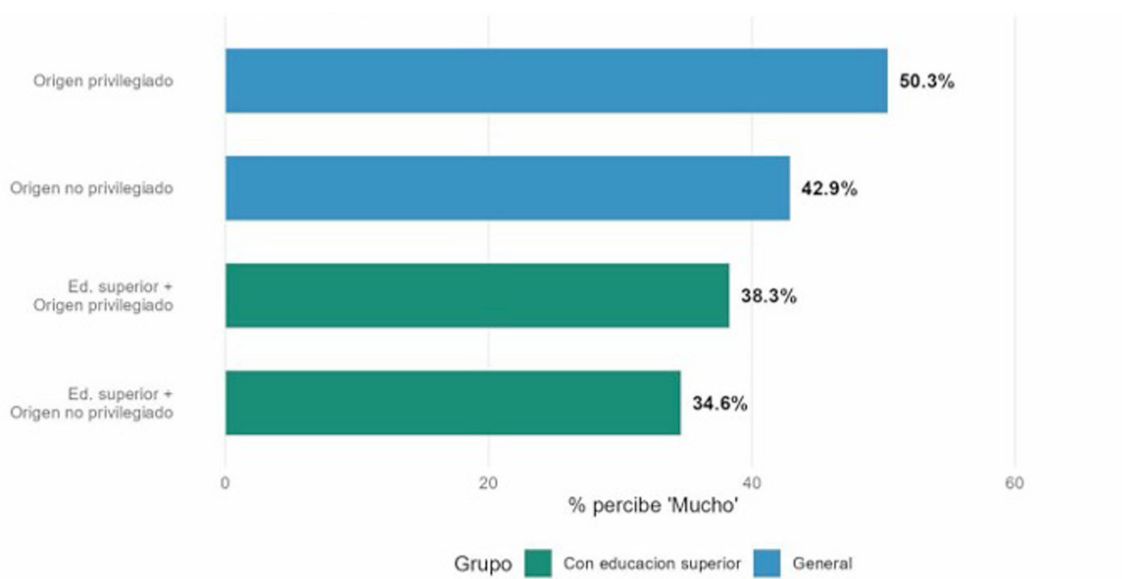
4.4 Origen social y percepción de la desigualdad: una mirada intergeneracional

Un aporte inédito de la ENADES 2024 es la incorporación de la variable de origen social, construida a partir del nivel educativo de los padres del encuestado. Esta variable permite distinguir entre quienes provienen de un origen privilegiado —al menos uno de sus progenitores alcanzó educación superior— y quienes tienen un origen no privilegiado. Esta distinción abre una pregunta que el ensayo original de 2022 no podía responder: ¿la paradoja perceptiva se explica solo por las condiciones actuales de las personas, o también por su trayectoria intergeneracional?

Los resultados muestran que la paradoja se replica también por origen social. El 50.3 % de las personas de origen privilegiado percibe «much» desigualdad, frente al 42.9 % de quienes tienen un origen no privilegiado (véase Gráfico 9). Esta diferencia de casi ocho puntos porcentuales, en la misma dirección que los hallazgos por NSE y nivel educativo, sugiere que las condiciones estructurales de partida —no solo las actuales— moldean la capacidad de percibir las inequidades del entorno.

Gráfico 9

Percepción de «much» desigualdad por origen social y nivel educativo-ENADES 2024



Nota. Porcentaje de encuestados que percibe «much» desigualdad económica, desagregado por origen social (privilegiado/no privilegiado) y nivel educativo alcanzado. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2024).

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando se controla por el nivel educativo alcanzado? Aquí emerge el hallazgo más fino de este análisis. Entre las personas con educación superior, quienes provienen de un origen privilegiado perciben más desigualdad (38.3 %) que quienes provienen de un origen no privilegiado (34.6 %). Dicho de otra manera, haber ascendido socialmente a través de la educación, cuando se parte de una posición desfavorable, reduce aún más la percepción de la desigualdad estructural.

Una posible explicación para este hallazgo se encuentra en la literatura sobre justificación del sistema (Goya-Tocchetto et al., 2024; Castillo et al., 2025). Una interpretación plausible es que quienes lograron superar su origen desfavorable, a través del esfuerzo y la educación, tiendan a desarrollar narrativas meritocráticas que atribuyen las diferencias socioeconómicas al mérito individual antes que a las estructuras. No obstante, establecer esa relación causalmente excede lo que estos datos permiten afirmar. Esta narrativa, lejos de ser una distorsión irracional, cumple una función psicológica, ya que permite sostener la coherencia entre el esfuerzo invertido y los resultados obtenidos. Sin embargo, al mismo tiempo, puede operar como un mecanismo que dificulta el reconocimiento de las barreras sistémicas que otros aún enfrentan.

En cuanto a la movilidad social percibida, se destaca el dato llamativo de que tanto las personas de origen privilegiado (60.2 %) como las de origen no privilegiado (60.5

%) creen estar mejor que sus padres en términos económicos, con una diferencia prácticamente nula entre ambos grupos. Este optimismo intergeneracional generalizado coexiste con una percepción de desigualdad estructural persistente, lo que puede ayudar a entender por qué la tolerancia a la desigualdad se mantiene en niveles relativamente altos, incluso entre quienes la reconocen como un problema.

5. Discusión

Los hallazgos de este artículo confirman, actualizan y profundizan la paradoja perceptiva identificada en el ensayo de 2022: en el Perú, quienes enfrentan las condiciones materiales más desfavorables son también quienes menos perciben la desigualdad y más la toleran. Dos años después, con la primera vuelta de las elecciones generales recién celebrada el 12 de abril de 2026 y una segunda vuelta presidencial programada para el 7 de junio, esa paradoja no solo persiste, sino que revela nuevas dimensiones con urgencia renovada. La percepción de «much» desigualdad pasó de 56.4 % a 51.9 % entre 2022 y 2024, aunque esa diferencia no alcanza significancia estadística cuando se incorpora el diseño muestral complejo ($F=1.92$, $p=0.124$). La brecha entre extremos socioeconómicos, en cambio, se mantuvo intacta. El 67.7% del NSE A/B percibe mucha desigualdad frente al 43.3 % del NSE D/E. ¿Qué nos dice esa combinación? Que el promedio agregado puede ser engañoso. Detrás de una cifra que sugiere menor sensibilidad a la desigualdad convive una fractura estructural que no cede.

5.1 Ancho de banda cognitivo y percepción: ¿quién puede ver la desigualdad?

Una de las explicaciones más robustas para entender por qué la población más vulnerable percibe menos desigualdad proviene de la literatura sobre el ancho de banda cognitivo. Kaur et al. (2025) y Schilbach et al. (2016) argumentan que la escasez material —económica, de tiempo, de certidumbre— consume una parte sustancial de la capacidad cognitiva disponible de las personas. Quien destina energía mental a resolver cómo llegar a fin de mes tiene menos capacidad de procesar fenómenos abstractos como la desigualdad estructural. No es que no la vivan: es que el costo de «verla» como fenómeno colectivo les resulta, en términos cognitivos, un lujo inaccesible. Esta conclusión, lejos de ser especulativa, cuenta hoy con respaldo experimental sólido: un metaanálisis reciente (de Almeida et al., 2024) confirmó que las preocupaciones asociadas a la pobreza elevan el estrés y deterioran el desempeño cognitivo en un ciclo que tiende a perpetuarse, lo que los autores denominan una «doble carga» para quienes ya tienen menos.

Este marco ayuda a interpretar uno de los hallazgos nuevos más significativos de 2024: el NSE C resultó predictor estadísticamente significativo de mayor percepción de desigualdad en 2024 ($OR=1.63$, $p<0.001$), lo que no se observaba en 2022. Una

lectura posible, consistente con la literatura sobre ancho de banda cognitivo, es que la clase media peruana –que en la última década ha ganado acceso a educación superior, conectividad y mercado de consumo– haya ampliado su capacidad de procesar fenómenos estructurales como la desigualdad. Los datos son compatibles con esa interpretación, aunque no permiten confirmarla. Mijs (2021) observa que la percepción de desigualdad está mediada por la exposición a la diversidad social: quienes viven en entornos más heterogéneos, con mayor acceso a información, tienden a percibir más desigualdad. El crecimiento urbano y la expansión digital en el Perú de los últimos años podrían estar operando en esa dirección para las clases medias.

5.2 Del mérito a las redes: un cambio silencioso en la narrativa de oportunidades

Si en 2022 la explicación predominante del éxito económico era «tener una buena educación» (74%), en 2024 esa respuesta sigue siendo la más frecuente (69.5%), pero con una novedad significativa: «conocer a la gente adecuada» emerge en segundo lugar con el 18.8% de las menciones. Este resultado merece una lectura cuidadosa, ya que la opción no existía en 2022, por lo que no es posible saber con certeza si su prominencia refleja un cambio real en las percepciones o el efecto de su disponibilidad como alternativa. Aun así, que casi uno de cada cinco encuestados la haya señalado espontáneamente como la segunda ventaja más importante es un dato que merece atención.

Chetty et al. (2022) demostraron, a partir de datos masivos de redes sociales en Estados Unidos, que la exposición a redes de capital económico elevado es uno de los predictores más fuertes de movilidad intergeneracional. La CAF (2022) extendió este hallazgo a América Latina, señalando que en la región los retornos del capital social son especialmente altos en contextos de baja movilidad estructural. En el Perú de 2024, los mapas ACM muestran que «conocer a la gente adecuada» se asocia con el NSE C y Lima Metropolitana: precisamente los sectores que han ganado acceso parcial a los mercados pero que aún experimentan el peso de los techos informales que separan las oportunidades de quienes tienen redes de quienes no las tienen.

Reyes y Gasparini (2022) advierten que, en contextos de alta desigualdad post-pandémica, la percepción de las causas estructurales tiende a desplazarse desde los factores individuales hacia los relacionales e institucionales. El auge de «conocer a la gente adecuada» en 2024 podría ser una expresión de ese proceso: una resignificación progresiva de cómo se explica el éxito en una sociedad que siente que las reglas del juego no son del todo transparentes.

5.3 Tolerancia a la desigualdad: cuando la ideología entra en escena

El porcentaje de peruanos y peruanas que considera la desigualdad «inaceptable» aumentó de 41.5 % a 45.3 % entre 2022 y 2024, un cambio que la prueba ajustada por diseño muestral confirma como significativo ($F=3.55$, $p=0.029$). El NSE A/B sigue siendo el predictor más consistente de intolerancia: en 2022 esa asociación era marginal ($OR=0.72$, $p=0.053$, †), pero en 2024 se fortalece y alcanza significancia plena ($OR=0.61$, $p=0.008$). La paradoja es completa: quienes más perciben la desigualdad y más la rechazan son, al mismo tiempo, quienes menos la padecen en su vida cotidiana.

¿Cómo se explica la polarización ideológica? La teoría de justificación del sistema ofrece una respuesta. Jost (2020) sostiene que la motivación para percibir el orden social existente como legítimo y necesario se intensifica en contextos de incertidumbre política. Goya-Tocchetto et al. (2024), en un estudio experimental con muestras representativas, demostraron que quienes tienen mayor motivación para justificar el sistema perciben consistentemente las brechas de ingreso como menores. No ven menos desigualdad porque haya menos, la ven menos porque el sistema necesita ser defendido. Vargas-Salfate et al. (2018) encontraron, en un análisis comparado de 19 países, que el estatus social alto se asocia a mayor justificación del sistema a través de la satisfacción con la vida, un patrón que en el contexto latinoamericano ayuda a entender por qué la identificación con la derecha política modera la sensibilidad a la desigualdad.

Lo que esto implica para la política pública es directo. Busso et al. (2025), en un análisis comparado de preferencias redistributivas en ocho países latinoamericanos, encontraron que la percepción de injusticia no se convierte en demanda redistributiva cuando la desconfianza institucional es alta. Liaquat et al. (2023) añaden que la motivación a justificar el sistema actúa además como fuente de resistencia activa frente a las políticas de reducción de desigualdad. No basta con que la ciudadanía perciba la desigualdad como inaceptable. Si el sistema político no genera confianza, esa inconformidad difícilmente se transformará en presión redistributiva, tiende a quedarse, como señalan Busso et al. (2025), atrapada en el malestar sin traducirse en demanda política.

5.4 Origen social y narrativa meritocrática: el hallazgo más importante

El aporte metodológico más novedoso de este artículo respecto al ensayo de 2022 es la incorporación del origen social como variable de análisis. Los resultados confirman que la paradoja perceptiva no depende solo de las condiciones actuales de vida, también está moldeada por la trayectoria intergeneracional. Las personas de origen privilegiado perciben más desigualdad (50.3%) que quienes provienen de un origen no privilegiado (42.9%). La brecha de casi ocho puntos porcentuales replica el patrón observado por NSE y nivel educativo.

El hallazgo más fino emerge al controlar por nivel educativo alcanzado. Entre las personas con educación superior, quienes provienen de un origen privilegiado perciben más desigualdad (38.3%) que quienes provienen de un origen no privilegiado (34.6%). ¿Cómo se explica esto? Castillo et al. (2025) proponen distinguir entre meritocracia normativa —el ideal de que el esfuerzo debería determinar los resultados— y meritocracia descriptiva —la percepción de que efectivamente lo hace en la práctica. Lo que los datos de la ENADES 2024 sugieren es que quienes ascendieron desde un origen no privilegiado tienden a inclinar esa balanza hacia la meritocracia descriptiva: una narrativa comprensible desde sus propias trayectorias, aunque los datos no permiten confirmar ese vínculo de manera directa. Esa narrativa no es falsa ni irracional, es la historia de sus propias vidas. Pero puede operar, al mismo tiempo, como un mecanismo que reduce la sensibilidad ante las barreras que otros aún no han podido superar.

La teoría de justificación del sistema ofrece una explicación complementaria. Goya-Tocchetto et al. (2024) demostraron experimentalmente que quienes están más motivados a percibir el sistema como justo tienden a ver las brechas económicas como más pequeñas. Batruch et al. (2023) agregan que este mecanismo es especialmente intenso entre quienes provienen de posiciones de partida desfavorables y alcanzaron movilidad a través de la educación. Precisamente, el grupo que los datos de la ENADES 2024 ponen en el centro del hallazgo.

Finalmente, alrededor del 60% de las personas de origen privilegiado y no privilegiado por igual cree estar en mejor situación económica que sus padres. La percepción de movilidad ascendente es prácticamente universal en el Perú de 2024 y no distingue trayectorias de origen. Este optimismo intergeneracional generalizado convive, sin embargo, con una percepción de desigualdad estructural persistente. Si la percepción de movilidad individual actúa como amortiguador de la demanda redistributiva — y si la desconfianza institucional impide que el malestar se convierta en presión política (Busso et al., 2025) —, las intervenciones para reducir la desigualdad no pueden limitarse a mejorar las condiciones materiales. Valdes et al. (2025), en su análisis comparado de 42 países, encontraron que la justificación del sistema tiende a ser mayor en países con niveles medios de movilidad social — exactamente el perfil del Perú. Sin esa visibilidad, el optimismo individual puede seguir siendo el mejor aliado de la desigualdad colectiva.

6. Conclusiones e implicancias de política pública

La pregunta que abrió este artículo sigue siendo válida al cerrarlo: ¿por qué quienes más padecen la desigualdad son también quienes menos la perciben y más la toleran? Los datos de la ENADES 2022 y 2024 no disuelven esa paradoja. La confirman, la actualizan y la vuelven más compleja. Y al hacerlo, señalan con

precisión creciente los mecanismos que la sostienen y los grupos en los que esos mecanismos operan con mayor intensidad.

El primer resultado que merece subrayarse es la persistencia estructural de la paradoja. Entre 2022 y 2024, la percepción de mucha desigualdad cayó levemente a nivel nacional — de 56.4 % a 51.9 % —, pero la brecha entre el NSE A/B (67.7 %) y el NSE D/E (43.3 %) se mantuvo prácticamente intacta. Lo que cambió no fue la estructura de la paradoja, sino su composición interna, en concreto la clase media peruana aparece en 2024 como actor que percibe más desigualdad, la ideología política muestra una polarización de la tolerancia más pronunciada que en 2022, y la dimensión intergeneracional del origen social se revela como una variable explicativa que el diseño de 2022 no permitía explorar.

El segundo resultado relevante es el cambio en la narrativa de las oportunidades. Que «conocer a la gente adecuada» haya concentrado el 18.8% de las menciones en 2024 —convirtiéndose en la segunda respuesta más frecuente— es un dato sugerente, aunque su interpretación no es directa, dado que la opción no existía en 2022. No es que el mérito haya dejado de ser valorado, la educación sigue siendo la primera respuesta con 69.5%. Es que la noción de que las redes y los contactos también pesan está ganando espacio en la conciencia colectiva. Eso es un punto de partida para conversaciones públicas más honestas sobre la igualdad de oportunidades.

El tercer resultado que no puede pasarse por alto es la polarización ideológica de la tolerancia. Que la ideología de derecha figure como predictor estadísticamente significativo de mayor tolerancia a la desigualdad en 2024 indica que la desigualdad no es solo un problema técnico de distribución del ingreso es también un campo de disputa política. La coincidencia temporal con el inicio del ciclo electoral de 2026 es un elemento de contexto que merece atención, aunque establecer una relación causal entre ambos fenómenos excede lo que estos datos permiten afirmar. Los comicios presidenciales del 12 de abril de 2026 derivarán en una segunda vuelta el 7 de junio, y las elecciones regionales y municipales de fin de año mantendrán abierta la disputa. Que la pobreza y la desigualdad hayan estado prácticamente ausentes en los debates entre candidatos es una señal de alerta de que los datos de este artículo ayudan a interpretar que cuando la tolerancia a la desigualdad se polariza ideológicamente, reducir las inequidades deja de ser una agenda transversal para convertirse en una posición de partido. Eso hace más difícil —no más fácil— construir políticas redistributivas con amplio respaldo ciudadano.

El cuarto resultado —y quizás el más fino del análisis— es el que emerge del origen social. Entre las personas con educación superior, quienes provienen de un origen no privilegiado perciben menos desigualdad (34.6 %) que quienes provienen de un origen privilegiado (38.3 %). Haber ascendido socialmente a través de la educación,

cuando se parte desde abajo, reduce la sensibilidad a las barreras que otros aún enfrentan. La narrativa meritocrática que sostiene ese ascenso es comprensible, pero tiene el costo colectivo de invisibilizar las condiciones estructurales que impiden que ese mismo recorrido esté al alcance de todos por igual.

¿Qué hacer con todo esto? Las implicancias de política pública apuntan en al menos tres direcciones. La primera, las políticas de reducción de la desigualdad necesitan estrategias paralelas de visibilización —comunicación, educación cívica, deliberación pública— que permitan que la desigualdad estructural sea reconocida como problema colectivo por quienes más la padecen. Sin esa percepción, la demanda redistributiva tiende a concentrarse entre quienes menos la necesitan. Un patrón que los datos de 2022 y 2024 confirman con notable consistencia. La segunda: fortalecer las políticas de capital social; si «conocer a la gente adecuada» es ya la segunda causa percibida del éxito, las intervenciones para ampliar las redes de oportunidad —mentorías, pasantías, espacios de encuentro intergeneracional— tienen respaldo empírico que antes no era tan claro. La tercera: reducir la segregación social y residencial que impide que distintos estratos se expongan a las condiciones de vida de los demás. La desigualdad que no se ve difícilmente se combate.

Este artículo tiene limitaciones que conviene señalar con honestidad. La primera y más importante es que la ENADES 2022 y 2024 son encuestas transversales independientes, no un panel que siga a los mismos individuos en el tiempo. Esto significa que las diferencias observadas entre ambos períodos reflejan cambios en la composición de las muestras, así como posibles transformaciones en las actitudes de la población. Los patrones de asociación identificados son descripciones estadísticas robustas, pero no permiten establecer relaciones causales entre las variables analizadas ni atribuir los cambios observados a trayectorias individuales. Los mecanismos teóricos invocados en la discusión —ancho de banda cognitivo, justificación del sistema, narrativa meritocrática— son interpretaciones consistentes con los datos, no procesos confirmados por ellos.

La segunda limitación se refiere a la comparabilidad del instrumento. La incorporación de la opción «conocer a la gente adecuada» en la ENADES 2024 amplió el campo de respuestas disponibles en la pregunta sobre ventajas económicas. Esto impide descartar que parte de los desplazamientos observados entre 2022 y 2024 en esa pregunta —incluyendo la caída de «buena educación» de 74 % a 69.5 %— refleje parcialmente el efecto de la nueva opción sobre las respuestas, y no exclusivamente un cambio en las percepciones. Los hallazgos sobre causas percibidas deben leerse con esa limitación en mente. Del mismo modo, el análisis de origen social, disponible solo en 2024, no puede compararse hacia atrás en el tiempo.

La tercera limitación es de orden técnico. El test de Brant indica que el supuesto de *odds* proporcionales se viola a nivel global en los cuatro modelos de regresión, con violaciones parciales concentradas en las variables de ámbito geográfico (modelos de percepción) e ideología política y percepción de brecha (modelos de tolerancia). Se optó por mantener la regresión logística ordenada dado que las violaciones no afectan a los predictores centrales del análisis y que los patrones estimados son consistentes con los del ACM y las tablas descriptivas, pero futuros estudios podrían explorar modelos logísticos multinomiales o modelos de *odds* parcialmente proporcionales como alternativa. Los pseudo- R^2 de McFadden oscilan entre 2.1 % y 4.4 %, valores esperables en modelos actitudinales con datos de encuesta, pero que indican que una proporción sustancial de la varianza en percepciones y tolerancia no es capturada por las variables incluidas. Asimismo, algunos resultados alcanzan significancia solo al 90% de confianza —particularmente NSE A/B y educación superior en el modelo de tolerancia 2022, y Lima Metropolitana en el de tolerancia 2024 —, lo que exige prudencia interpretativa.

Estas limitaciones señalan una agenda de investigación futura que incluye encuestas panel que permitan seguir trayectorias individuales, experimentos de información que prueben si visibilizar la desigualdad modifica las actitudes, y análisis comparados con otros países latinoamericanos. La paradoja que este artículo documenta no se resolverá con un solo estudio, pero nombrándola con precisión, se vuelve más difícil de ignorar.

Referencias

Banco Mundial. (2023). *Nine key facts about poverty and inequality in Latin America* [entrada de blog]. World Bank Data Blog. <https://blogs.worldbank.org/en/opendata/key-facts-about-poverty-and-inequality-in-latin-america>

Batruch, A., Jetten, J., Van de Werfhorst, H., Darnon, C. y Butera, F. (2023). Belief in school meritocracy and the legitimization of social and income inequality. *Social Psychological and Personality Science*, 14(5), 621–635. <https://doi.org/10.1177/19485506221111017>

Busso, M., Ibáñez, A. M., Messina, J. y Quigua, J. (2025). Preferences for redistribution in Latin America. *Oxford Open Economics*, 4(Supplement 1), i534–i545. <https://doi.org/10.1093/ooec/odae015>

CAF. (2022). *RED 2022: Caminos para la movilidad social en América Latina y el Caribe*. CAF. <https://www.caf.com/media/4019958/red2022.pdf>

Castillo, J. C., Laffert, A., Carrasco, K. e Iturra-Sanhueza, J. (2025). Perceptions of inequality and meritocracy: Their interplay in shaping preferences for market justice in Chile (2016–2023). *Frontiers in Sociology*, 10, 1634219. <https://doi.org/10.3389/fsoc.2025.1634219>

Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2024). *Panorama Social de América Latina y el Caribe 2024*. CEPAL. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/80858-panorama-social-america-latina-caribe-2024-desafios-la-proteccion-social>

Chetty, R., Jackson, M. O., Kuchler, T., Stroebe, J., Hendren, N., Fluegge, R. B., Gong, S., Gonzalez, F., Grondin, A., Jacob, M., Johnston, D., Koenen, M., Laguna-Muggenburg, E., Mudekereza, F., Rutter, T., Thor, N., Townsend, W., Zhang, R., Bailey, M., ... Wernerfelt, N. (2022). Social capital I: Measurement and associations with economic mobility. *Nature*, 608, 108–121. <https://doi.org/10.1038/s41586-022-04996-4>

de Almeida, F., Scott, I. J., Soro, J. C., Fernandes, D., Amaral, A. R., Catarino, M. L., Arêde, A. y Ferreira, M. B. (2024). Financial scarcity and cognitive performance: A meta-analysis. *Journal of Economic Psychology*, 101, 102702. <https://doi.org/10.1016/j.joep.2024.102702>

Goya-Tocchetto, D., Kay, A. C. y Payne, B. K. (2024). System justification makes income gaps appear smaller. *Journal of Experimental Social Psychology*, 115, 104663. <https://doi.org/10.1016/j.jesp.2024.104663>

Hauser, O. P., y Norton, M. I. (2017). (Mis)perceptions of inequality. *Current Opinion in Psychology*, 18, 21–25. <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2017.07.024>

Instituto de Estudios Peruanos y OXFAM Perú. (2022). *I Encuesta Nacional de Percepción de Desigualdades (ENADES 2022)*. Instituto de Estudios Peruanos y OXFAM Perú. <https://iep.org.pe/noticias/i-encuesta-nacional-de-percepcion-de-desigualdades-enades2022/>

Instituto de Estudios Peruanos y OXFAM Perú. (2024). *II Encuesta Nacional de Percepción de Desigualdades (ENADES 2024)*. Instituto de Estudios Peruanos y OXFAM Perú. <https://iep.org.pe/noticias/ii-encuesta-nacional-de-percepcion-de-desigualdades-enades-2024/>

Instituto Nacional de Estadística e Informática. (2025). *Perú: Evolución de la pobreza monetaria 2015-2024*. INEI. <https://www.gob.pe/institucion/inei/informes-publicaciones/6763186-peru-evolucion-de-la-pobreza-monetaria-2015-2024>

Jost, J. T. (2020). *A theory of system justification*. Harvard University Press.

Kaur, S., Mullainathan, S., Oh, S. y Schilbach, F. (2025). Do financial concerns make workers less productive? *The Quarterly Journal of Economics*, 140(1), 635–689. <https://doi.org/10.1093/qje/qjae038>

Liaquat, U., Jost, J. T. y Balcetis, E. (2023). System justification motivation as a source of backlash against equality-promoting policies — and what to do about it. *Social Issues and Policy Review*, 17(1), 131–154. <https://doi.org/10.1111/sipr.12093>

Lichand, G., y Mani, A. (2020). *Cognitive droughts* (Working Paper No. 341). University of Zurich, Department of Economics. <https://doi.org/10.2139/ssrn.3540149>

Mijs, J. J. B. (2021). The paradox of inequality: Income inequality and belief in meritocracy go hand in hand. *Socio-Economic Review*, 19(1), 7–35. <https://doi.org/10.1093/ser/mwy051>

Reyes, C. M., y Gasparini, L. (2022). *Perceived inequality in Latin America* (Working Paper No. 300). CEDLAS, Universidad Nacional de La Plata. https://www.cedlas.econo.unlp.edu.ar/wp/wp-content/uploads/doc_cedlas300.pdf

Schilbach, F., Schofield, H., y Mullainathan, S. (2016). The psychological lives of the poor. *American Economic Review: Papers & Proceedings*, 106(5), 435–440. <https://doi.org/10.1257/aer.p20161101>

Vargas Salfate, S., Páez, D., Liu, J. H., Pratto, F. y Gil de Zúñiga, H. (2018). A comparison of social dominance theory and system justification: The role of social status in 19 nations. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 44(7), 1060–1076. <https://doi.org/10.1177/0146167218757455>

Anexo

Anexo 1

Matriz de asociación (V de Cramér) entre variables del análisis — ENADES 2022

	Percepción	NSE	Ámbito	Educación	Ideología	Brecha	Tolerancia
Percepción	1.000	0.147	0.102	0.203	0.092	0.150	0.113
NSE	0.147	1.000	0.379	0.442	0.162	0.057	0.086
Ámbito	0.102	0.379	1.000	0.265	0.118	0.035	0.045
Educación	0.203	0.442	0.265	1.000	0.141	0.084	0.084
Ideología	0.092	0.162	0.118	0.141	1.000	0.036	0.156
Brecha	0.150	0.057	0.035	0.084	0.036	1.000	0.081
Tolerancia	0.113	0.086	0.045	0.084	0.156	0.081	1.000

Nota. V de Cramér entre pares de variables categóricas. Valores en negrita indican asociación moderada ($V \geq 0.30$). Criterios de interpretación: 0.00-0.10 = despreciable; 0.10-0.30 = débil; 0.30-0.50 = moderada; 0.50+ = fuerte. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2022 (IEP y OXFAM Perú, 2022).

Anexo 2

Matriz de asociación (V de Cramér) entre variables del análisis — ENADES 2024

	Percepción	NSE	Ámbito	Educación	Ideología	Brecha	Tolerancia
Percepción	1.000	0.184	0.126	0.268	0.122	0.168	0.120
NSE	0.184	1.000	0.325	0.464	0.127	0.046	0.104
Ámbito	0.126	0.325	1.000	0.301	0.137	0.060	0.082
Educación	0.268	0.464	0.301	1.000	0.157	0.094	0.126
Ideología	0.122	0.127	0.137	0.157	1.000	0.036	0.156
Brecha	0.168	0.046	0.060	0.094	0.036	1.000	0.081
Tolerancia	0.120	0.104	0.082	0.126	0.156	0.081	1.000

Nota. V de Cramér entre pares de variables categóricas. Valores en negrita indican asociación moderada ($V \geq 0.30$). Criterios de interpretación: 0.00-0.10 = despreciable; 0.10-0.30 = débil; 0.30-0.50 = moderada; 0.50+ = fuerte. Elaboración propia sobre la base de ENADES 2024 (IEP y OXFAM Perú, 2024).

El «terruqueo» como tecnología de poder en la producción psicopolítica de la exclusión en el Perú contemporáneo

Juan José Soza Herrera

Universidad de San Martín de Porres, Perú

<https://orcid.org/0000-0001-9733-1866>

juanho.soza@gmail.com

Recibido: 30.03.2026

Aceptado: 16.06.2026

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.251>

Resumen

El presente artículo analiza el fenómeno del terruqueo en el Perú contemporáneo y propone su comprensión como una tecnología de poder antes que como una mera estrategia discursiva. En un contexto de creciente polarización política y conflictividad social, el terruqueo se ha consolidado como una práctica recurrente que deslegitima actores y restringe el debate público. A partir de un enfoque teórico que articula aportes de Foucault, Byung-Chul Han y Schmitt, se sostiene que el terruqueo opera como un dispositivo que clasifica, jerarquiza y regula la participación política mediante la producción de subjetividades y la movilización de afectos, particularmente el miedo y la sospecha. Asimismo, se examina su papel en la construcción del enemigo interno y en la legitimación de un orden social que naturaliza la exclusión y desactiva el disenso. El análisis muestra que sus efectos no se limitan al plano discursivo, sino que inciden en la configuración de la vida psíquica y social, para así promover dinámicas de autocensura, fragmentación social y normalización del estigma. Se concluye que una lectura crítica del fenómeno requiere problematizar sus condiciones de producción y sus efectos estructurales en la sociedad peruana.

Palabras clave: *Análisis del discurso, Psicopolítica, Exclusión social, Comunicación política, Poder simbólico*

«Terruqueo» as a Technology of Power in the Psychopolitical Production of Exclusion in Contemporary Peru

Abstract

This article analyzes the phenomenon of *terruqueo* in contemporary Peru, proposing its understanding as a technology of power rather than merely as a discursive strategy. In a context of growing political polarization and social conflict, *terruqueo* has become a recurrent practice that delegitimizes actors and constrains public debate. Drawing on a theoretical approach that articulates contributions from Foucault, Byung-Chul Han, and Schmitt, the article argues that *terruqueo* operates as a dispositif that classifies, hierarchizes, and regulates political participation through the production of subjectivities and the mobilization of affects, particularly fear and suspicion. It further examines its role in the construction of the internal enemy and in the legitimization of a social order that naturalizes exclusion and neutralizes dissent. The analysis demonstrates that its effects are not limited to the discursive plane but extend to the configuration of psychic and social life, fostering dynamics of self-censorship, social fragmentation, and the normalization of stigma. The article concludes that a critical reading of the phenomenon requires problematizing its conditions of production and its structural effects on Peruvian society.

Keywords: *Discourse analysis, Psychopolitics, Social exclusion, Political communication, Symbolic power*

O «terruqueo» como tecnologia de poder na produção psicopolítica da exclusão no Peru contemporâneo

Resumo

O presente artigo analisa o fenômeno do *terruqueo* no Peru contemporâneo, propondo sua compreensão como uma tecnologia de poder, e não como uma mera estratégia discursiva. Em um contexto de crescente polarização política e de conflitividade social, o *terruqueo* consolidou-se como uma prática recorrente que deslegitima atores e restringe o debate público. A partir de uma abordagem teórica que articula contribuições de Foucault, Byung-Chul Han e Schmitt, sustenta-se que o *terruqueo* opera como um dispositivo que classifica, hierarquiza e regula a participação política por meio da produção de subjetividades e da mobilização de afetos, particularmente o medo e a suspeita. Do mesmo modo, examina-se seu papel na construção do inimigo interno e na legitimação de uma ordem social que naturaliza a exclusão e desativa o dissenso. A análise demonstra que seus efeitos não se limitam ao plano discursivo, mas incidem na configuração da vida psíquica e social, promovendo dinâmicas de autocensura, fragmentação social e normalização do estigma. Conclui-se que uma leitura crítica do fenômeno exige a problematização de suas condições de produção e de seus efeitos estruturais na sociedade peruana.

Palavras-chave: *Análise do discurso, Psicopolítica, Exclusão social, Comunicação política, Poder simbólico*

1. El problema del terruqueo en el Perú contemporáneo

En los últimos años, el Perú ha experimentado un ciclo sostenido de conflictividad social, caracterizado por protestas recurrentes, crisis de representación política y una creciente polarización en el espacio público (Escárzaga, 2022; Pozo Tinoco & Aguirre Aroni, 2024). Lejos de constituir episodios aislados, estos procesos han puesto en evidencia fracturas históricas que atraviesan la estructura social del país, tales como desigualdades territoriales, tensiones entre lo urbano y rural, y disputas en torno al reconocimiento político y cultural (Surrallés, 2025).

En este escenario, el lenguaje político adquiere un papel central, no solo como herramienta de descripción, sino como mecanismo activo de configuración de la realidad social. En línea con las perspectivas críticas del poder, el discurso participa en la producción de los límites de lo decible y en la definición de quiénes pueden ser reconocidos como interlocutores legítimos dentro del espacio democrático (Foucault, 2008).

Es en este contexto donde el término *terruqueo* adquiere una relevancia analítica particular. Más que una expresión coyuntural, se ha consolidado como una práctica discursiva recurrente en el campo político, mediático, cotidiano y digital (Escárzaga, 2022; Mago, 2023). Su uso ya no remite exclusivamente al conflicto armado interno, sino que opera como un mecanismo de etiquetamiento que simplifica, deslegitima y clausura la posibilidad de reconocimiento del otro, convirtiendo la memoria del conflicto en una marca social de sospecha y estigmatización política (Méndez, 2021; Trelles Vizquerra, 2022; Villalba, 2022).

La designación —de manera explícita o implícita— de la condición de «terrorista» no representa simplemente una acusación, sino un mecanismo semiótico que invoca un repertorio simbólico y afectivo orientado hacia la noción de amenaza, violencia y exclusión. Este mecanismo afirma el ser, en sus múltiples acepciones, una realidad exterior a lo social; sus efectos escapan a lo meramente lingüístico e ingresan al campo de las lógicas estigmatizadoras propias de un proceso más amplio (Dajes, 2020; Müller, 2020; Lino y Machado, 2022).

Por ello, el presente trabajo propone un desplazamiento en la consideración del *terruqueo*. De su comprensión como estrategia discursiva se pasa a concebirlo como tecnología de poder. En esta orientación, su eficacia no radica tanto en lo que dice en sí mismo, sino en sus efectos: clasifica y ordena en términos de diferencia jerárquica y modula las territorialidades políticas dadas, delimitadas por medio de la constitución de fronteras simbólicas entre quienes pueden ser escuchados en los espacios públicos y quienes son sistemáticamente deslegitimados.

Se comprende al *terruqueo* entonces como estructura desvinculada del ejercicio

explícito de la coacción. No es necesario recurrir a este para su funcionamiento; es suficiente con su internalización y con la circulación insistente de sus significaciones en el espacio público (Azevedo, 2025; Loayza, 2020). La propuesta se inserta dentro de los marcos explicativos del poder contemporáneo, que lo conciben como productor de subjetividades e instituciones regidoras de los campos posibles y límites de lo visible y aceptado (Foucault, 2008; Han, 2020).

La postura adoptada responde a una mirada sostén psicopolítica crítica, cuya inquietud reside en pensar las formas actuales del ejercicio del poder más allá del plano estrictamente institucional para ingresar en las ideas-fuerza, orientadas a la organización misma de las experiencias subjetivas. En estos términos, el *terruqueo* puede ser visto como una instancia afectiva —de movilización o contención— donde procesos sociales específicos se articulan para dar forma a disposiciones, miradas e interacciones con el otro (Gutiérrez-Gómez et al., 2025).

Por lo tanto, el *terruqueo* no se concibe como un acto enunciativo aislado, sino como una intervención sobre la posición desde donde habla el sujeto, que incide en las condiciones desde las cuales este habla, se expresa o deja de hacerlo públicamente, en un contexto específico donde la memoria del conflicto armado interno funciona como un dispositivo interpretativo hegemónico (Asín, 2021; Chisari, 2022).

De esta manera, se propone pensar el *terruqueo* desde una perspectiva que articula discurso, emociones y poder, con el propósito de comprender sus efectos productores de exclusión en el Perú contemporáneo. El análisis no busca ofrecer una definición estricta y cerrada del fenómeno, sino abrir un campo problemático que permita examinar cómo determinadas formas de denominación producen realidades sociales específicas y cómo estos procesos intervienen en la configuración de lo político y de lo sensible (Ribul, 2020; Fernández García, 2023; Niño de Guzmán, 2021).

2. Del discurso al poder: el *terruqueo* como tecnología

Para comprender el *terruqueo* es necesario trasladar el análisis del objeto enunciado a las condiciones de posibilidad de su efectividad. En este sentido, resulta pertinente apelar a la noción de poder desarrollada por Michel Foucault:

El poder no es expresión de una relación de fuerzas que se encuentra sustancialmente preexistente. No es, en último término, un mecanismo de represión centralizado e independiente: se presenta como una multiplicidad de nexos que atraviesan todas las prácticas, los saberes y los modos de vida (Foucault, 1990, p. 92).

Desde este lugar, el poder no solo prohíbe ni censura, sino que produce, genera campos de visibilidad y delimita marcos dentro de los cuales los sujetos son distribuidos y reconocidos. De allí que no se pueda inscribir el *terruqueo* en la

categoría de los excesos discursivos ni dentro de la anomalía del debate público. Responde a una práctica específica imbricada en un entramado relacional demarcado por un régimen de poder que organiza el espacio social. Su recurrencia en los discursos políticos, mediáticos y cotidianos dan cuenta de que no se trata de un acontecimiento episódico azaroso, sino más bien de una operación estabilizada inserta en un régimen de producción de sentido (Escárzaga, 2022; Méndez, 2021).

De esta manera, se puede conceptualizar la expresión de *terruqueo* como una tecnología del poder en sentido foucaultiano: un conjunto estructurado y funcional, con sus respectivas relaciones entre elementos, procedimientos discretos e interrelacionados, que producen efectos sistemáticos sobre los cuerpos a partir del mecanismo específico de la reiteración.

El *terruqueo* no opera únicamente en función de la intención del hablante ni de sus características subjetivas. Se debe más bien a un conjunto de condiciones sociales que permiten que tal enunciado sea inteligible, creíble y funcional al interior del espacio social. De esta manera, el *terruqueo* es parte de lo que Foucault denomina régimen de verdad: determinadas tecnologías sociales producen interpretaciones específicas del conflicto social mientras cierran otras posibilidades; delimitarán qué discursos pueden circular en el espacio público con carácter legítimo (Trelles Vizquerra, 2022; Müller, 2020).

En su funcionamiento concreto, esta práctica opera como un mecanismo de clasificación social. La imputación, ya sea explícita o veladamente insinuada, de la condición de «terrorista» no solo asigna una categoría, sino que también sitúa a los sujetos dentro de un orden simbólico jerarquizado. Dicha operación implica la diferenciación entre actores legítimos y aquellos percibidos como amenaza, configurando un marco en el que la pertenencia política se define mediante criterios de inclusión y exclusión (Lino & Machado, 2022; Loayza, 2020).

Esta dimensión clasificatoria no debe interpretarse como una mera descripción de la realidad, sino como una intervención activa en su configuración. Al fijar identidades y delimitar pertenencias, el *terruqueo* contribuye a consolidar un orden en el que ciertos sujetos son sistemáticamente deslegitimados. En este sentido, su funcionamiento confirma la tesis foucaultiana según la cual el poder no solo reprime, sino que produce sujetos, categorías y formas de reconocimiento (Foucault, 2008).

La reiteración de esta práctica refuerza su carácter performativo. Cada activación del *terruqueo* no solo reproduce un significado, sino que reactualiza un campo de relaciones en el que ciertos actores son ubicados en posiciones de exclusión. Con el tiempo, esta dinámica tiende a naturalizarse, de modo que su uso deja de ser percibido como una operación política y pasa a asumirse como una respuesta

«evidente» frente a determinados acontecimientos. Es precisamente en esta naturalización donde reside parte de su eficacia, en tanto reduce la posibilidad de cuestionamiento y amplía su alcance en el espacio público (Pozo Tinoco & Aguirre Aroni, 2024; Niño de Guzmán, 2021).

En este contexto, el acto de nombrar adquiere una dimensión decisiva. Nombrar no constituye un gesto neutro ni meramente descriptivo, sino una práctica que organiza la realidad social y define las condiciones de posibilidad de la acción política. La imputación de la categoría de «terrorista» no solo afecta la imagen pública de los sujetos, sino que restringe su capacidad de intervención, condiciona su reconocimiento y redefine su posición dentro del campo político. De esta manera, el *terruqueo* se presenta como una tecnología discursiva que, al clasificarse, genera exclusión, poniendo de manifiesto la estrecha interrelación entre lenguaje y poder en la sociedad peruana contemporánea.

3. Psicopolítica de la exclusión

Para comprender el alcance del *terruqueo* en el Perú actual, es necesario ampliar la mirada hacia la dimensión psicopolítica del poder. En esta dirección, el prisma teórico de Byung-Chul Han permite visibilizar cómo operan las formas contemporáneas de dominación menos por el plano de lo exterior y más por el de la conformación misma de la subjetividad (Han, 2020). Lo que la psicopolítica nombra no es solo lo disciplinario foucaultiano asociado a la gran cárcel de la modernidad, sino a un rol inédito del poder que actúa sobre la interioridad del sujeto, modulando sus afectos, sensaciones y disposiciones.

Desde esta línea de pensamiento, el *terruqueo* podría ser pensado más como una práctica que produce y genera efectos en lugar de clasificar o deslegitimar (Lino & Machado, 2022). En este sentido, se entiende a partir de los efectos que genera su singular artefacto discursivo, entre los cuales el miedo ocupa un lugar fundamental. Este no opera necesariamente como una emoción íntima o individualizada, sino como construcción social que asocia conjuntas demandas u objetos con el peligro del desorden o de la violencia (Toyohama Arakaki, 2020).

Este mismo miedo perfora e impregna los distintos campos del discurso público y los imaginarios mediáticos, opera sobre las percepciones de lo otro etiquetado, pero también sobre la disposición contemplativa o la no apatía política propia. Más bien se refiere a una atmósfera general donde la sospecha se intercalará territorialmente entre las dos partes sociales y políticas implicadas, es decir, quienes observan y son observados.

Se configura una atmósfera atravesada por una relación misológica que separa y distancia para generar una predisposición naturalizante a la sospecha del otro.

Dicha caracterización se nutre fuertemente del imaginario mediático-terruquista, lo que produce una lógica dicotómica que organiza lo social en términos de amigo/enemigo (Escárzaga, 2022).

Junto al miedo nace la sospecha. Más que una acción pensada, consciente e intencionada, la sospecha se presenta como una lógica relacional programática. Siempre en relación con el otro: quien contradice el orden existente siempre será interpretado como portador latente del riesgo. No necesita demostrar evidencias concluyentes, ya que la mera insinuación será suficiente para activar mecanismos de deslegitimación que tienden a operar veloz y profundamente.

En este sentido, el terruqueo no necesita ser formulado de manera explícita. La mera insinuación de una posible vinculación con el terrorismo puede activar entre sus destinatarios visibles sentimientos de miedo, sospecha y desconfianza, además de favorecer procesos de estigmatización, autocensura y exclusión del debate público (Dajes, 2020; Lino & Machado, 2022).

Uno de los efectos más evidentes que produce esta dinámica es la autocensura (Loayza, 2020). Ante el temor a ser rotulado, la ciudadanía atenúa la argumentación, relativiza sus posiciones, se reserva y sale del espacio público. Proceso que no expresa esencialmente un cálculo deliberado y racional, sino más bien una serie de condiciones de enunciación (poderes) internalizada sobre los sujetos mismos: «el poder se ejerce sin necesidad de hacer nada; me hago yo mismo responsable de mis actos». Conducta regulada entonces por las posibles consecuencias que generen mis palabras ajenas al yo mismo en cada situación expuesta ante un otro siempre incierto.

Este mecanismo se articula con formas más amplias de producción de subjetividad. El *terruqueo* no solo incide en lo que los sujetos dicen, sino en cómo se perciben a sí mismos y a los otros. Configura un campo afectivo en el que predominan el miedo, la cautela y la desconfianza, y delimita los marcos dentro de los cuales ciertas identidades son reconocidas como legítimas, mientras otras son marcadas como peligrosas. Por ello, el *terruqueo* opera como un dispositivo psicopolítico que contribuye a la regulación del disenso y a la producción de exclusión en la sociedad peruana contemporánea.

4. La construcción del enemigo interno

La interpretación del *terruqueo* como tecnología de poder requiere entenderlo en relación con la lógica que articula la frontera de inclusión/exclusión que organiza el espacio político. En este sentido, la noción schmittiana de lo político resulta particularmente iluminadora. Para Carl Schmitt, el espacio político se constituye por la distinción amigo/enemigo. Esta dicotomía no es una distinción conceptual,

sino una frontera ontológica que establece quién está adentro y quién afuera; las condiciones de posibilidad de lo político (Schmitt, 2007).

De acuerdo con este esquema, el enemigo no es un adversario más con el cual se discute o se lucha, sino aquel cuya existencia misma es percibida como amenaza para la cohesión del grupo. Activarse esa distinción implica rearticular el espacio político a partir de la lógica inclusiva/excluyente. Esto adquiere carta de naturaleza en contextos donde la seguridad y amenaza aparecen como elementos constitutivos del imaginario hegemónico (Müller, 2020; Campos, 2020). En términos contemporáneos peruanos, la figura del enemigo interno parece correr por cuenta del significante «terrorista». El poder del significante radica en su capacidad de condensar en un único término significados históricos, afectivos y morales, heterogéneos al proceso social conocido como conflicto armado interno (Méndez, 2021; Trelles Vizquerra, 2022). Condensación que habilita al mismo tiempo al significante a funcionar como dispositivo totalizador reduciendo sujetos múltiples e irreducibles a una identidad única y estigmatizada.

La práctica terruqueadora se sostiene en esta operación simplificadora. La designación o insinuación de un sujeto como «terrorista» reduce la diversidad de sus identidades, demandas y posiciones políticas a una única categoría estigmatizada. Esta reducción no disminuye la eficacia del discurso; por el contrario, facilita una interpretación rápida, simplificada y afectivamente cargada del sujeto señalado (Escárzaga, 2022; Komata, 2020).

Complementariamente a esta operación simplificadora entre identificación e imputación se activa su funcionamiento aniquilador del matiz. La multiplicidad subjetiva se cancela bajo un mismo rostro negativo y fijo, que impide reconocer la singularidad de los sujetos y los somete a ser reconocidos exclusivamente en los términos impuestos por dicha categorización. En este sentido, la práctica terruqueadora contribuye al reforzamiento e intensificación de lógicas estigmatizadoras y esencializadoras del «otro», presentándolo como absoluto exterior a los contornos mismo del cuerpo político (Lino & Machado; Loayza, 2020).

Las consecuencias políticas son evidentes. Ser situado en la categoría enemiga implica cancelación del reconocimiento como interlocutor dentro del espacio público deliberativo. Desde ese momento, sus peticiones dejan de ser acatadas como argumentos para ser descalificadas con anticipación; las condiciones mismas para su ejercicio quedarán transformadas. El disenso será entendido no como una instancia legítima participativa e institucionalizada, sino como un acontecimiento peligrosamente subversivo.

La construcción del enemigo interno no solo organiza el conflicto, sino que delimita los márgenes de lo político. Al establecer quién puede ser reconocido como parte de

la comunidad y quién debe ser excluido de ella, el *terruqueo* contribuye a restringir el espacio del debate democrático y a consolidar formas de exclusión que operan en el nivel simbólico y discursivo.

5. El terruqueo y la legitimación del orden

Aparte de ser categorizador, el *terruqueo* es una herramienta que interviene en la reproducción del orden social. No solo expulsa a las personas del campo político, también cristaliza determinados modos de organización social, al presentar desigualdades como meros accidentes y jerarquías, preexistentes, como naturales (Pozo Tinoco & Aguirre Aroni, 2024; Niño de Guzmán, 2021).

El *terruqueo* no es una conmoción discursiva ante el conflicto; al contrario, se trata de una mutación en su sentido. Escapa del análisis de las condiciones estructurales que provocan la protesta y enfoca la atención en atribuciones de peligrosidad personal hacia quienes la representan, de esta forma se desactivan las raíces materiales del conflicto social y se alimenta un relato securitario que se articula con repertorios contemporáneos de la ultraderecha latinoamericana (Müller, 2020; Campos, 2020; Ubilluz & Bolo-Varela, 2024).

Una estrategia recurrente de este proceso es la naturalización de las desigualdades. Cuestionar demandas sociales provenientes con cierta frecuencia de la población tradicionalmente excluida a partir de imágenes e ideas de desorden y/o violencia, permite al *terruqueo* deslegitimarlas e instaurar miradas que naturalizan ciertas formas de exclusión (Escárzaga, 2022; Méndez, 2021).

De este modo, la desigualdad deja de ser vista como un fenómeno estructural para ser conceptualizada como un mal menor o efecto colateral necesario para mantener el orden. Las demandas sociales dejan de estar inscritas en el campo de la justicia para anclarse en el de la seguridad, a fin de facilitar su contención antes que su reconocimiento (Trelles Vizquerra, 2022; Asín, 2021).

En paralelo, el *terruqueo* legitima formas de violencia simbólica que, en otras circunstancias, podrían ser cuestionadas. La descalificación pública, la sospecha sistemática o la ridiculización de determinados actores adquieren una apariencia de normalidad cuando se inscriben en la lógica de la protección frente a una amenaza percibida (Loayza, 2020; Lino & Machado, 2022).

Asimismo, el *terruqueo* actúa como un dispositivo que contribuye a desactivar la protesta social. Al introducir el riesgo de ser asociado con el terrorismo, condiciona la participación y fragmenta la acción colectiva. Incluso cuando la etiqueta no se aplica de manera explícita, su posibilidad latente opera como un mecanismo de inhibición que limita la movilización social (Toyohama Arakaki, 2020; Gutiérrez-Gómez et al., 2025).

Esta lógica puede ser comprendida a la luz de los planteamientos de Achille Mbembe, quien señala que las formas contemporáneas de poder implican la capacidad de decidir no solo sobre la vida, sino sobre las condiciones de su valor y reconocimiento (Mbembe, 2019). En este marco, el *terruqueo* contribuye a trazar una línea entre quienes son considerados sujetos dignos de protección y aquellos que pueden ser simbólicamente descartados.

De esta manera, la exclusión no se presenta como una anomalía, sino como un elemento funcional del orden social. Al definir quién pertenece y quién no, el *terruqueo* favorece la reproducción de estructuras de poder que persisten incluso en contextos de alta conflictividad.

6. Efectos psicopolíticos en la sociedad peruana

Los efectos del *terruqueo* no son únicamente analíticos e inmediatamente excluyentes de ciertos actores del debate público (Foucault, 2008; Han, 2020), sino que tienen una inscripción psíquica y social que implica una modificación en la percepción, en la afectividad y en las relaciones intersubjetivas de los individuos. Puede considerarse al *terruqueo* como un operador psicopolítico que lleva a cabo una acción que afecta la misma topología del tejido social peruano con efectos que superan el propio momento de enunciación (Gutiérrez-Gómez et al., 2025; Azevedo, 2025) y que articulan con las modalidades específicas contemporáneas del poder sobre la subjetividad (Han, 2020).

Efecto de estos es la fragmentación social. El *terruqueo*, al instalar una lógica de sospecha y de diferenciación radical entre «nosotros» y «ellos», debilita las posibilidades de reconocimiento mutuo y de construcción de horizontes comunes. Las diferencias políticas, que podrían ser resueltas por medio del diálogo y el conflicto legítimo en un contexto democrático, se convierten en líneas de ruptura que dividen a los individuos en bandos moralmente incompatibles.

Dicha fragmentación no solo se manifiesta en el terreno político, sino también en las relaciones cotidianas, donde la desconfianza se vuelve una disposición extendida, sobre todo en contextos de alta polarización discursiva (Escárzaga, 2022; Pozo Tinoco & Aguirre Aroni, 2024), en sintonía con dinámicas de construcción del enemigo político (Schmitt, 2007).

Con relación estrecha a lo anterior, se puede observar una progresiva normalización del estigma. La repetición del *terruqueo* en diferentes lugares —medios de comunicación, discursos oficiales, encuentros sociales— hace que ciertos rótulos pierdan su condición excepcional y pasen a formar parte del repertorio normal de clasificación social.

Lo que en otro momento podría haber sido percibido como una acusación grave, pasa a ser usado con relativa ligereza, diluyendo la gravedad de sus implicancias. Esta normalización no elimina el daño que produce el estigma, por el contrario, lo hace más eficaz, al hacerlo menos visible y más difícil de cuestionar, de acuerdo con procesos de estigmatización social ampliamente documentados (Loayza, 2020; Lino & Machado, 2022), y coherente con formas de poder simbólico que operan en la producción de subjetividad (Foucault, 2008).

Otro efecto fundamental es la internalización del miedo. Como ya se ha señalado, el *terruqueo* activa un repertorio emocional que asocia ciertas posiciones o formas de expresión con el riesgo de ser excluidas o deslegitimadas. Con el tiempo, este miedo deja de estar determinado únicamente por estímulos externos y se integra en la subjetividad de las personas para así condicionar sus decisiones y acotar sus posibilidades de acción.

No se trata solamente de temer la sanción directa, sino de anticipar sus efectos, ajustando el comportamiento en función de esa expectativa, especialmente en contextos atravesados por memorias persistentes de violencia política (Dajes, 2020; Méndez, 2021; Asín, 2021), lo que refuerza su carácter como mecanismo psicopolítico de regulación (Han, 2020; Lazzarato, 2020).

El proceso se entrelaza con dinámicas de autocontrol y silencio. Ante la posibilidad de ser etiquetados, muchos sujetos eligen moderar sus opiniones, evitar ciertos temas o, en casos más extremos, retirarse del espacio público. Ese acallar no siempre es impuesto, muchas veces es el resultado de una autorregulación que obedece a las condiciones del entorno. De esta forma, el poder se ejerce de manera indirecta, pero efectiva; no es necesario prohibir la palabra cuando los propios sujetos aprenden a restringirla, de acuerdo con las formas contemporáneas de control discursivo e institucional (Toyohama Arakaki, 2020; Müller, 2020), propias de las tecnologías de gobierno que operan sobre la conducta y la subjetividad (Foucault, 2008).

Desde el punto de vista psicológico, estos efectos pueden entenderse como parte de un proceso más amplio de producción de subjetividad. El *terruqueo* no solo incide en lo que los sujetos dicen, sino también en cómo se perciben a sí mismos y a los otros. Influye en la construcción de la identidad, estableciendo marcos dentro de los cuales ciertas formas de ser y de pensar son reconocidas como legítimas, mientras que otras son marcadas como peligrosas o indeseables. Asimismo, modula la experiencia emocional, conformando un campo afectivo donde el miedo, la desconfianza y la cautela prevalecen, en contextos donde el discurso político e instituciones refuerzan estas formas de diferenciación (Campos, 2020; Niño de Guzmán, 2021; Surrallés, 2025).

7. Hacia una lectura crítica del *terruqueo*

Para comprender con mayor rigor el *terruqueo*, es necesario situarlo analíticamente en dos tiempos. Por un lado, es una práctica que remite a las memorias del conflicto armado interno, donde, en un contexto de violencia extrema y terror colectivo hacia la figura del «terrorista», se produce una ruptura social cuyas huellas siguen organizando formas contemporáneas de identificación, exclusión y disputa política (Agüero, 2021; Méndez, 2021; Trelles Vizquerra, 2022). Por otro lado, su persistencia y reconfiguración indican que no es un residuo del pasado, sino una práctica actual resignificada para intervenir en campos de batalla política contemporáneos.

Esta continuidad—no lineal, pero sí estructuralmente significativa—permite pensar el *terruqueo* como una práctica sustentada por una memoria social sedimentada, que, en condiciones de mediatización y polarización contemporáneas, se inscribe en procesos globales de securitización del discurso político (Müller, 2020) y en formas de gobierno donde memoria, poder y verdad se articulan (Foucault, 2008).

Desde aquí se hace necesario deshacer la apariencia de neutralidad que puede acompañar su uso. El *terruqueo* no es una reacción espontánea ni un recurso inocente, sino una práctica política intencionada que interviene activamente en la construcción del espacio público. Su uso no parece azaroso, ya que son los sujetos, quienes desestabilizan el orden o pertenecen a sectores sociales históricamente considerados subalternos, los que reciben esta denominación. Se presenta entonces como un recurso táctico, cuya operación estriba en negar la legitimidad del punto de vista expuesto sin contrarrestar sus argumentos, cambiando el foco de atención del contenido al sujeto: quién lo expresa y reforzando procesos de etiquetamiento social estigmatizante (Loayza, 2020; Lino & Machado, 2022).

Esta operación es consistente con las lógicas propias de clasificación y separación inscritas en las tecnologías del poder, cuyos dispositivos decimonónicos fueron elaborados bajo la base de discursos que encuentran en el lenguaje su principal mecanismo configurador (Foucault, 2008).

Reconocer el carácter no contingente del *terruqueo* implica también señalar su articulación con dispositivos más amplios. Su funcionamiento no reside solamente en la voluntad del sujeto que lo expresa, sino en un entramado social que lo apoya, lo reproduce e incluso lo naturaliza en muchos casos. En él se entrelazan memorias colectivas sedimentadas, discursos hegemónicos mediáticos e instancias estatales que habilitan su circulación. De este modo, el *terruqueo* no aparece como un fenómeno insular sino como parte funcional dentro de dinámicas más amplias de regulación-disenso y producción-dominación-efecto legitimador, especialmente en contextos donde la memoria disvaliosa se encuentra presente como objeto de

disputa simbólica (Dajes, 2020; Scaramucci, 2020; Azevedo, 2025). De esta forma, se podría considerar como un dispositivo de poder-memoria-afecto-exclusión.

Las repercusiones de este proceso son relevantes para la vida democrática. La reconfiguración de la figura del interlocutor como consecuencia del *terruqueo* determina las condiciones de posibilidad para el debate público. Se establece un empobrecimiento de los espacios deliberativos, ya que diversos puntos de vista se ven perjudicados por la descalificación previa a la comunicación, restringiendo las posibilidades de confrontación entre perspectivas distintas.

El disenso —componente esencial en toda democracia— es reemplazado por una lógica excluyente que desprecia lo distinto en favor de lo homogéneo y recela de la diferencia, en coincidencia con configuraciones discursivas que refuerzan relaciones de hegemonía política y factores de subrepresentación efectiva (Pozo Tinoco & Aguirre Aroni, 2024; Niño de Guzmán, 2021). Este fenómeno también está alineado con procesos de construcción del otro político que marcan límites sobre lo permisible dentro del ámbito público (Schmitt, 2007).

En consecuencia, el *terruqueo* no solo afecta a los sujetos que son objeto directo de esta práctica, sino que incide en el conjunto de la sociedad al restringir los márgenes de lo decible y de lo pensable. Una lectura crítica del fenómeno exige, por tanto, no solo describir sus mecanismos, sino también problematizar sus efectos y las condiciones que posibilitan su reproducción. Ello implica considerar el papel de las instituciones, los medios y los dispositivos de control en la consolidación de estas prácticas (Toyohama Arakaki, 2020; Campos, 2020; Gutiérrez-Gómez et al., 2025), así como su inscripción en formas contemporáneas de gobierno que operan sobre la subjetividad y la regulación del disenso (Foucault, 2008).

Solo desde esta problematización es posible abrir espacio a formas de comunicación política que, en lugar de clausurar el diálogo, amplíen sus condiciones de posibilidad y complejicen la experiencia democrática.

8. Conclusión: el *terruqueo* como forma de poder contemporáneo

El *terruqueo* se presenta como tecnología de poder atravesada por la puesta en escena de la exclusión en el Perú contemporáneo. Su eficacia radica en la posibilidad de ensamblar discurso, emoción y autoridad en un único dispositivo, obteniendo efectos que trascienden el plano lingüístico.

La principal aportación del artículo es complejizar la lectura del fenómeno, a partir de la confluencia entre aportes provenientes de la psicología, la teoría política y los estudios del discurso. En ese sentido, el *terruqueo* actúa más allá del sujeto al que

se dirige directamente y condiciona las propias condiciones de posibilidad para el ejercicio democrático.

El problema, por tanto, no se reduce a quien es terruqueado, sino al tipo de sociedad que hace posible esta práctica. Una sociedad en la que el disenso se convierte en amenaza y la diferencia en sospecha revela condiciones estructurales que limitan el pluralismo democrático. Pensar críticamente el *terruqueo* implica, en última instancia, abrir la posibilidad de formas de convivencia política que reconozcan la diferencia como parte constitutiva de lo común.

Referencias

- Agüero, J. C. (2021). *Cómo votan los muertos*. La Siniestra Ensayos.
- Asín, F. A. (2021). Turismo, terrorismo y crisis socioeconómica: El caso de Perú (1980–1992). *Turismo y Patrimonio*, (16), 89–104. <https://doi.org/10.24265/turpatrim.2021.n16.06>
- Azevedo, V. R. (2025). Elements of Peruvian necropolitics: The death of Abimael Guzmán and the discarding of ‘terrorist’ remains. *Human Remains and Violence*, 11(1). <https://doi.org/10.7227/hrv.11.1.5>
- Bolo-Varela, O. (2024). Terruqueo y negacionismo histórico: El singular, radical y modélico revisionismo de la ultraderecha peruana. *Revista Letras UNMSM*, 95(141), 279–303. <https://doi.org/10.30920/letras.95.141.17>
- Campos, M. V. (2020). *A influência das empresas de segurança privada para a construção do discurso da segurança* [Tesis doctoral, Universidade Federal de Uberlândia]. <https://doi.org/10.14393/ufu.di.2020.582>
- Carnut, L. (2020). Neofascismo como objeto de estudo: Contribuições e caminhos para elucidar este fenômeno. *Revista Katálysis*, 41(1), 81–92. <https://doi.org/10.5433/1679-0383.2020v41n1p81>
- Chisari, C. (2022). The judicial implementation of the right to the truth. *Pravni Zapisi*, 13(2), 353–372. <https://doi.org/10.5937/pravzap0-39985>
- Dajes, T. (2020). Peru’s living dead: Spectrality, untimeliness, and the internal armed conflict. *Romance Quarterly*, 67(3), 181–195. <https://doi.org/10.1080/08831157.2020.1807818>
- Escárzaga, F. (2022). The election of Pedro Castillo: Polarization, racism, and “terruqueo” in the presidential elections. *Anuario Latinoamericano – Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales*, (13), 77–91. <https://doi.org/10.17951/al.2022.13.77-91>
- Fernández García, M. (2023). Evaluación de la política y estrategia nacional para la gestión integrada de recursos hídricos. *Cuadernos de Trabajo*, (26). <https://doi.org/10.58211/cdt.vi26.77>
- Foucault, M. (2008). *The birth of biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978–1979*. Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1057/9780230594180>
- Gutiérrez-Gómez, E., Aronés-Cisneros, A., & González-Ríos, R. C. (2025). Process of evaluation and attention to victims of socio-political violence at the national university. *Journal of Ecohumanism*, 4(2). <https://doi.org/10.62754/joe.v4i2.6528>
- Han, B.-C. (2017). *Psychopolitics: Neoliberalism and new technologies of power*. Verso.
- Lazzarato, M. (2020). *Capital hates everyone: Fascism or revolution*. Semiotext(e).
- Lino, L. A., & Machado, B. A. (2022). Imaginários e representações sociais acerca da violência e do crime organizado. *Revista Quaestio Iuris*, 15(4), 1919–1942. <https://doi.org/10.12957/rqi.2022.68686>

- Loayza, J. (2020). Inmigración venezolana y estigmatización laboral en el Perú. *Investigaciones Sociales*, 23(43), 153–168. <https://doi.org/10.15381/is.v23i43.18492>
- Mago, B. (2023). La identidad al filo de la palabra: El fenómeno del terruqueo en el ciberespacio, formas y representaciones hegemónicas. *Lengua y Sociedad*, 22(1), 449–487. <https://doi.org/10.15381/lengsoc.v22i1.23139>
- Méndez, C. (2021). The paths of terrorism in Peru. En C. Méndez (Ed.), *The Cambridge history of Peru* (pp. 314–338). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108556248.017>
- Müller, M.-M. (2020). Enter 9/11: Latin America and the global war on terror. *Journal of Latin American Studies*, 52(3), 545–573. <https://doi.org/10.1017/S0022216X20000565>
- Niño de Guzmán, S. X. (2021). De la representación descriptiva a la representación sustantiva en Perú. *South American Journal of International Relations*, 2(1). <https://doi.org/10.51798/sijis.v2i1.80>
- Pozo Tinoco, J. M., & Aguirre Aroni, V. J. (2024). La democracia en el discurso nacionalista de izquierda en el Perú. *ISHRA. Revista del Instituto Seminario de Historia Rural Andina*, (12). <https://doi.org/10.15381/ishra.n12.19243>
- Ribul, M. (2020). Il caso peruviano delle sterilizzazioni: La politicizzazione del corpo femminile. *Studi Culturali*, 17(3), 447–462. <https://doi.org/10.13130/2612-6672/13655>
- Scaramucci, M. (2020). Monumentos precários: Luto (im)possível e memória. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 35(102). <https://doi.org/10.1590/2316-4018602>
- Schmitt, C. (2007). *The concept of the political* (Expanded ed., G. Schwab, Trans.). University of Chicago Press. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226738925.001.0001>
- Surrallés, A. (2025). Política «presentativa» contra el Estado en la Alta Amazonía. *Revista de Antropología*, 68(1). <https://doi.org/10.11606/1678-9857.ra.213234>
- Trelles Vizquerra, J. (2022). El terrorismo y la gobernabilidad en el Perú. *Revista de Ciencia e Investigación en Defensa – CAEN*, 3(3). <https://doi.org/10.58211/recide.v3i3.81>
- Ubilluz, J. C., & Bolo-Varela, O. (2024). El enjambre de la ultraderecha latinoamericana. *Revista Letras UNMSM*, 95(141), 4–11. <https://doi.org/10.30920/letras.95.141.1>
- Villalba, F. V. (2022). De las batallas por la memoria a la marca del conflicto: «Terruqueo», estigmatización y violencia en el Perú reciente. *el@tina. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 20(80).

De Estocolmo a CEPAL: La ISI como respuesta estructural latinoamericana

Dilas Ubaldo

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú

<https://orcid.org/0009-0006-7703-1106>

dylan.dilas@unmsm.edu.pe

Recibido: 02.04.2026

Aceptado: 22.06.2026

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.252>

Resumen

La industrialización por sustitución de importaciones (ISI) fue una estrategia adoptada en América Latina tras la crisis de 1930, cuyos resultados fueron heterogéneos entre países. Este artículo propone que dichas diferencias se explican por la capacidad de generar encadenamientos productivos, mientras que la restricción externa define sus límites de sostenibilidad. El análisis se basa en un enfoque histórico-estructural comparativo entre Brasil, Argentina y Perú (1930–1980), utilizando indicadores de industrialización, empleo y bienestar.

Los resultados muestran que Brasil desarrolló encadenamientos productivos más profundos, lo que permitió sostener su proceso de industrialización, mientras que en Argentina estos fueron incompletos y en Perú débiles, limitando sus efectos sobre el nivel de vida.

Se concluye que el desempeño de la ISI dependió principalmente de la capacidad de generar encadenamientos productivos, condicionados por el tamaño del mercado interno y limitados por la restricción externa, lo que explica su impacto desigual en la región y evidencia diferencias estructurales respecto a las economías industriales desarrolladas.

Palabras clave: *Industrialización por sustitución de importaciones, mercado interno, estrangulación externa, eslabonamientos, términos de intercambio.*

From Stockholm to ECLAC: The ISI as a Latin American Structural Response

Abstract

Import-substitution industrialization (ISI) was a strategy adopted in Latin America following the 1930s crisis, with mixed results across countries. This article argues that these differences can be explained by the ability to generate production linkages, while external constraints define the limits of their sustainability.

The analysis is based on a comparative historical-structural approach between Brazil, Argentina, and Peru (1930–1980), using indicators of industrialization, employment, and welfare.

The results show that Brazil developed deeper production linkages, which allowed it to sustain its industrialization process, while in Argentina these were incomplete and in Peru weak, limiting their effects on living standards.

It is concluded that the performance of the ISI depended mainly on the capacity to generate productive linkages, conditioned by the size of the domestic market and

limited by external constraints, which explains its uneven impact across the region and highlights structural differences compared to developed industrial economies.

Keywords: *Import-substitution industrialization, domestic market, external stranglehold, linkages, terms of trade.*

De Estocolmo à CEPAL: a ISI como resposta estrutural latino-americana

Resumo

A industrialização por substituição de importações (ISI) foi uma estratégia adotada na América Latina após a crise de 1930, cujos resultados foram heterogêneos entre os países. Este artigo propõe que tais diferenças se explicam pela capacidade de gerar cadeias produtivas, enquanto a restrição externa define seus limites de sustentabilidade.

A análise baseia-se em uma abordagem histórico-estrutural comparativa entre Brasil, Argentina e Peru (1930–1980), utilizando indicadores de industrialização, emprego e bem-estar.

Os resultados mostram que o Brasil desenvolveu cadeias produtivas mais profundas, o que permitiu sustentar seu processo de industrialização, enquanto na Argentina estas foram incompletas e no Peru fracas, limitando seus efeitos sobre o nível de vida.

Conclui-se que o desempenho da ISI dependia principalmente da capacidade de gerar cadeias produtivas, condicionadas pelo tamanho do mercado interno e limitadas pela restrição externa, o que explica seu impacto desigual na região e evidencia diferenças estruturais em relação às economias industriais desenvolvidas.

Palavras-chave: *Industrialização por substituição de importações, mercado interno, estrangulamento externo, elos produtivos, termos de troca.*

1. Introducción

La industrialización por sustitución de importaciones ha sido ampliamente debatida en Sudamérica como un proceso con resultados divergentes, tanto en términos de éxito como de fracaso. Si bien la literatura se ha concentrado predominantemente en sus efectos macroeconómicos, este trabajo se centra en evaluar si dicho proceso contribuyó a mejorar la calidad de vida de los trabajadores urbanos.

Dada la heterogeneidad de los resultados entre países, resulta necesario analizar no solo las causas de estas diferencias, sino también los factores que permitieron su sostenibilidad en el tiempo. Se argumenta que estas diferencias responden a la forma en que la ISI transformó la estructura productiva y el empleo urbano.

Si bien la ISI compartió con el keynesianismo la defensa de una mayor intervención estatal, sus fundamentos y objetivos fueron distintos. Mientras el keynesianismo buscaba estabilizar economías ya industrializadas mediante el manejo de la demanda, la intervención estatal en América Latina tuvo un carácter más estructural: construir una base industrial inexistente. Por ello, sus fundamentos teóricos específicos pueden rastrearse en los aportes de Myrdal, Hirschman y Prebisch.

Este trabajo contribuye a demostrar que los encadenamientos productivos —la capacidad de las industrias para articularse entre sí mediante insumos (hacia atrás) y productos que usaran otras industrias (hacia adelante)— constituyen el mecanismo central que explica los resultados de la ISI.

Para sostener este proceso, los estados requerían importar maquinarias e insumos industriales, lo que exigía divisas, un recurso escaso en muchas economías latinoamericanas. Esta limitación estructural al crecimiento es conocida como restricción externa.

Respecto a las fases que mencionaremos, cabe aclarar lo siguiente. Tavares (1972) explica que la fase inicial de la ISI —centrada en bienes de consumo— se agotó cuando el proceso exigió importar bienes de capital, dando paso a una fase 2 de mayor complejidad industrial. Esta secuencia se verificó de forma desigual: Brasil la completó con mayor profundidad, Argentina parcialmente, y Perú no logró consolidarla.

Se propone como hipótesis que los resultados de la ISI no dependieron únicamente del grado de intervención estatal, sino de la capacidad de generar encadenamientos productivos (hacia adelante y hacia atrás), cuya efectividad estuvo condicionada por el tamaño del mercado interno y limitada por la persistencia de la restricción externa.

El artículo se organiza de la siguiente manera. En la segunda sección se presenta el marco teórico, en la tercera la estrategia metodológica, en la cuarta los resultados, en la quinta su discusión y, finalmente, en la sexta sección se exponen las conclusiones.

2. Marco teórico

2.1 *Los antecedentes suecos: La Escuela de Estocolmo*

La Escuela de Estocolmo se desarrolló en Suecia durante las décadas de 1920 y 1930, integrando críticas al pensamiento económico ortodoxo con enfoques monetarios heterodoxos. Knut Wicksell constituye un antecedente teórico relevante al problematizar la estabilidad del equilibrio monetario, particularmente a través de la relación entre la tasa natural y la tasa de mercado. No obstante, será Gunnar Myrdal (1953) quien profundice esta ruptura al introducir la distinción entre variables *ex ante* y *ex post* para mostrar que el equilibrio no es una condición inherente del sistema económico, sino una construcción teórica inestable. Este giro resulta fundamental para el posterior desarrollo del pensamiento estructuralista.

Sin embargo, son estos mismos supuestos los que reciben críticas de parte de Myrdal (1953), puesto que criticó el concepto de tasa natural debido a que estas eran diferentes en cada tipo de inversión. En el segundo punto desarrolla su mayor aporte, pues explica que el ahorro e inversión al final del día (*ex-post*) son siempre iguales por definición contable. Pero es diferente antes (*ex-ante*) porque lo que la gente planea ahorrar y lo que las empresas planean invertir casi no coinciden. Finalmente, en el último punto menciona que es complicado que en una economía donde la tecnología mejora y la productividad sube que los precios se mantengan inalterables, lo normal sería que los precios bajen.

Lo importante de esta escuela es su visión de la economía como una estructura propensa al desequilibrio, que anticipa el marco con el que posteriormente se analizará la industrialización en Brasil, Argentina y Perú.

Keynes, por su lado, teoriza con supuestos de una economía industrial mucho más asentada, pero con problemas de demanda y plantea la intervención estatal como una solución para volver al estado de equilibrio.

2.2. *La realidad sudamericana y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe*

Sin embargo, la CEPAL adaptó estas ideas a realidades estructuralmente distintas: mientras Keynes asumía economías industrializadas con pleno empleo potencial (solo rigideces nominales), América Latina enfrentaba empleo rural masivo improductivo, ausencia de industria pesada y deterioro de los términos de intercambio. Esto requirió un Estado desarrollista que no solo estabilizara demanda, sino que creara oferta industrial desde cero vías ISI planificada.

Estas ideas quedan aún más claras en el libro *Teoría económica y regiones subdesarrolladas* de Gunnar Myrdal de 1957, donde explica, de una manera más

detallada, la realidad de este tipo de sociedades y cómo su realidad es muy diferente a las planteadas en los modelos neoclásicos.

Myrdal (1944) ya advertía que el equilibrio no existe en los sistemas sociales y que estos tienen una inercia propia que puede ser destructiva, diferenciándose así del pensamiento keynesiano.

La ruptura total llegó en 1957. Aquí explica los términos que serán de mucha utilidad en el pensamiento cepalino más maduro (de los años 60).

Explica que las desigualdades en los países ricos son menores a las que sufren los pobres, además que los primeros gozan de un desarrollo ininterrumpido y ascendente. Critica también la exclusión de factores no económicos, pero son estos factores los que suelen reaccionar de forma desequilibrante, lo que invalida modelos económicos puramente estáticos.

Uno de sus más grandes aportes empieza como un ejemplo incipiente de un círculo viciosos, por ejemplo, la pobreza y la enfermedad, la primera genera la segunda y viceversa y se concluye pensando que «un país es pobre porque es pobre». De igual manera, con un ejemplo de prejuicios de los blancos contra la población negra. Si el prejuicio causa discriminación se mantienen bajos los niveles de empleo, salud y educación, esto genera más apatía y el prejuicio de los blancos. Myrdal entonces asegura que una intervención en uno de esos problemas puede romper el círculo vicioso. Estos círculos viciosos son llamados la causación circular. (Myrdal, 1944, 1957)

Esta causación funciona debido a los siguientes mecanismos:

Detalla que la migración, movimientos de capital y el comercio funcionan como efectos retardadores (*backwash effects*), puesto que para las regiones pobres el capital es selectivo, llega el de menor calidad de mano de obra, el capital suele ser absorbido por el sistema bancario y el comercio al operar con rendimientos crecientes en los centros más ricos, frena y destruye la pequeña industria.

También existen efectos impulsores (*spread effects*), estos se ven en centros que requieren materias primas de zonas circundantes, si el impulso es lo suficientemente fuerte pueden transformar regiones alejadas en nuevos centros de expansión. Una región se estanca o progresa dependiendo de la fuerza de sus efectos impulsores.

En el marco de la causación circular y acumulativa propuesta por Myrdal (1957), el proceso será regresivo cuando predominen los *backwash effects*, es decir, cuando la concentración de capital, trabajo calificado y actividad productiva en las regiones o países más dinámicos drene sistemáticamente recursos desde las zonas rezagadas, reforzando trayectorias de subdesarrollo. Por el contrario, la causación circular será progresiva cuando los *spreads effects* logren contrarrestar

dichos efectos de arrastre negativo, permitiendo la difusión de tecnología, ingresos y capacidades productivas hacia las regiones periféricas, generalmente a través de una intervención estatal deliberada y sostenida.

2.3 De los precursores de la ISI a la aplicación empírica

Por su parte, en Latinoamérica había comenzado un periodo de incipiente industrialización en diversos países desde 1930, esto es analizado y sistematizado por diversos pensadores. Alejandro Ernesto Bunge (1880–1943) fue uno de los más relevantes teóricos de esta nueva realidad, pero fue Raúl Prébisch (1901–1986) quien publica en 1949 *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*, texto considerado el manifiesto de la CEPAL.

Albert O. Hirschman (1980) señala que la economía del desarrollo se aparta del keynesianismo en dos dimensiones centrales: la persistencia del subempleo rural y el carácter de industrialización tardía en las economías periféricas. A diferencia de las sociedades de bienestar de Europa Occidental —inspiradas en John Maynard Keynes—, que operaban sobre estructuras productivas ya industrializadas y relativamente diversificadas, América Latina partía de una base agraria con excedente de mano de obra y una débil capacidad manufacturera. En este contexto, mientras el keynesianismo actúa sobre economías complejas buscando estabilizar el uso de recursos existentes, el enfoque de la CEPAL, articulado por Raúl Prebisch, plantea la necesidad de una intervención estatal orientada a crear capacidades productivas inexistentes, más que a gestionar fluctuaciones del ciclo económico.

En esa línea, aunque la teoría de John Maynard Keynes permitió superar la visión ortodoxa al introducir el problema de los recursos ociosos, su aplicabilidad en Sudamérica es limitada. En las economías avanzadas, el desempleo responde a desequilibrios temporales dentro de un sistema industrial consolidado, susceptibles de corrección mediante políticas de demanda agregada. En contraste, como subraya Albert O. Hirschman, en el subdesarrollo no se trata de desviaciones respecto a un equilibrio eficiente, sino de un equilibrio de bajo nivel donde la pobreza y la baja productividad son estructurales. Por ello, la intervención estatal en la ISI no se orienta a reactivar la economía en el corto plazo, sino a transformar su estructura productiva, impulsando la industrialización como condición necesaria para salir de ese equilibrio.

Estas formulaciones no permanecieron confinadas al ámbito teórico. Desde la década de 1930, diversas economías latinoamericanas comenzaron a aplicar, de manera pragmática y no sistematizada, políticas que anticipaban lo que posteriormente sería conceptualizado como industrialización por sustitución de importaciones. En Brasil, el primer gobierno de Getúlio Dornelles Vargas (1930–1945) constituye el ejemplo más representativo de esta fase inicial, desarrollada con anterioridad a la formulación cepalina de Raúl Prebisch.

Brasil no se analiza aquí por haber constituido el caso más exitoso de industrialización en América Latina, sino por haber sido uno de los primeros países en ingresar, desde la década de 1930, en una fase temprana de industrialización por sustitución de importaciones, lo que lo convierte en un caso particularmente ilustrativo para examinar el origen práctico de este proceso.

En su primera fase, la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) enfrentó un límite estructural decisivo: la estrechez del mercado interno. En amplias zonas rurales de América Latina persistían relaciones agrarias tradicionales —en varios casos de carácter servil—, junto con una alta concentración de la tierra y una baja monetización de la economía campesina. Estas condiciones restringían la capacidad de consumo de amplios sectores rurales y limitaban la formación de una demanda efectiva nacional integrada. En numerosos espacios, el campesinado permanecía vinculado a economías de hacienda con pagos en especie o sistemas de vales, lo que dificultaba su incorporación plena al circuito capitalista nacional.

Sin embargo, el agotamiento de la primera fase no obedeció únicamente a la estrechez del mercado interno. El crecimiento inicial de la industria sustitutiva —con un PIB industrial regional que creció en promedio alrededor de 6.5 % anual entre 1950 y 1970, según estimaciones históricas de la CEPAL para América Latina— incrementó la demanda de insumos importados, bienes intermedios y bienes de capital, generando presiones recurrentes sobre la balanza de pagos. La restricción de divisas reveló que la sustitución de bienes de consumo livianos era insuficiente para sostener el proceso de acumulación y profundización industrial.

Paralelamente, la propia dinámica industrial urbana alteró los incentivos migratorios. De acuerdo con el modelo de John R. Harris y Michael P. Todaro, la migración rural-urbana responde al salario esperado más que al salario efectivo. La expansión de la industria protegida elevó el diferencial salarial urbano-rural, incentivando flujos migratorios incluso cuando la absorción laboral era insuficiente. El resultado fue un crecimiento acelerado de la población urbana, acompañado de desempleo estructural e informalidad, configurando un mercado laboral dual. Este proceso amplió la monetización y la masa salarial urbana, pero también generó presiones sociales y económicas que exigían una nueva etapa de expansión productiva.

2.4 La fase dos de la ISI como necesidad

La transición hacia la segunda fase de la ISI respondió, por tanto, a una doble dinámica: por un lado, a la necesidad de superar la restricción externa mediante la sustitución de bienes intermedios y de capital —estrategia sistematizada por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe—; por otro, a la transformación estructural del mercado interno inducida por la urbanización

acelerada. La ampliación de la masa salarial, junto con reformas agrarias en algunos países y la progresiva descomposición de estructuras rurales tradicionales, expandió la demanda interna e integró sectores previamente marginados al circuito capitalista nacional.

No obstante, los resultados fueron divergentes. En México, la temprana reforma agraria cardenista y la consolidación de un aparato estatal integrador favorecieron la formación de un mercado interno relativamente más dinámico. En Brasil, en cambio, la persistencia de estructuras agrarias concentradas coexistió con un proceso de industrialización y urbanización aceleradas —especialmente en el eje paulista— que compensó parcialmente dichas limitaciones mediante la expansión de un mercado interno predominantemente urbano.

La segunda etapa empezaría en Brasil durante el mandato de Juscelino Kubitschek (1956-1961). En este marco se establecieron 31 metas.

ENERGÍA (Metas 1–5)		TRANSPORTE (Metas 6–12)	
1. Aumento de la generación hidroeléctrica.		6. Construcción y pavimentación de carreteras troncales.	
2. Expansión de la generación termoeléctrica.		7. Integración vial del territorio nacional.	
3. Ampliación y modernización de redes de transmisión eléctrica.		8. Modernización y expansión ferroviaria.	
4. Expansión de la producción y refinación de petróleo.		9. Modernización de puertos.	
5. Incremento de la producción de carbón mineral.		10. Desarrollo de la marina mercante.	
		11. Expansión de la aviación civil.	
		12. Construcción de infraestructura aeroportuaria.	
ALIMENTACIÓN (Metas 13–15)		INDUSTRIA DE BASE (Metas 16–25)	
13. Aumento de la producción de trigo.		16. Expansión de la siderurgia.	
14. Expansión de la producción de carne y otros alimentos básicos.		17. Desarrollo de la industria del aluminio.	
15. Modernización del almacenamiento y distribución de alimentos.		18. Producción de metales no ferrosos.	
		19. Desarrollo de la industria mecánica pesada.	
		20. Creación y consolidación de la industria automotriz.	
		21. Producción nacional de maquinaria y equipos.	
		22. Desarrollo de la industria química pesada.	
		23. Producción de fertilizantes.	
		24. Expansión de la industria del cemento.	
		25. Desarrollo de la industria de celulosa y papel.	
EDUCACIÓN (Metas 26–30)			
		26. Expansión de la educación primaria.	
		27. Ampliación de la educación técnica.	
		28. Formación de ingenieros y técnicos industriales.	
		29. Fortalecimiento de la investigación científica aplicada.	
		30. Expansión de la infraestructura educativa.	

El objetivo 31 sería la construcción de Brasilia. Vemos que los objetivos fueron diversos, y que el corazón de la fase 2 son las establecidas en la industria de base. Furtado quiso continuar con las reformas, pero no logró sus objetivos, en parte por el golpe militar del 64. Los resultados de la industria brasileña, tanto macroeconómicos como de índice de desarrollo humano, se analizarán en la sección de resultados y discusión.

La realidad peruana, por su lado, era muy diferente en todos los ámbitos. Las migraciones —explicadas en parte por el modelo Harris-Todaro— aumentaron desde 1930 y no encontraban un mercado que las absorbiera. La crisis de los años 30 derivó en un tercer militarismo que limitó la implementación de ideas, modelos o políticas novedosas. Fue apenas en el período de 1939-1945, con la llegada de la primavera democrática, que se inició una incipiente fase 1 de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), especialmente enfocada en la harina de pescado, con su central en Chimbote. El agro entraba en franca decadencia y las migraciones internas se incrementaron durante los años 40.

La década de 1950 fue percibida por algunos como un período de mejoras macroeconómicas, pero no por reformas estructurales profundas, sino por el aprovechamiento coyuntural y políticas populistas. Algunas de sus bases se sentaron durante la misión Klein-Saks en 1949, que asesoró al presidente Manuel Odría. La combinación de esta política con el contexto internacional —el Plan Marshall y la Guerra de Corea— permitió al régimen mantener resultados macroeconómicos positivos sin cambios estructurales significativos. El retorno de gobiernos civiles en 1956 no condujo a la adopción de políticas sistemáticas comparables, por ejemplo, al plan de metas implementado en Brasil o a las iniciativas de CORFO en Chile. Persistían así problemas estructurales como relaciones serviles en mercados agrarios, ausencia de encadenamientos industriales y tensiones sociales, incluyendo el surgimiento de guerrillas en la sierra influenciadas por la Revolución Cubana.

2.5 El estancamiento de la fase 2, eslabonamientos débiles y estrangulamiento externo

La década de 1960 representó un período crítico. El avance de estos problemas llamó la atención de Estados Unidos, que intentó aplicar reformas para contener tanto la insurgencia como las contradicciones internas que generaba. La Alianza para el Progreso constituyó su primer intento de reformas estructurales, especialmente en el sector agro, pero el asesinato de su principal impulsor y la magnitud del plan diluyeron sus resultados. El interludio de Ricardo Pérez Godoy y Nicolás Lindley (1962-1963) sentó algunas bases importantes para la posterior fase 2 de la ISI en Perú, con la creación del Instituto Nacional de Planificación y la Ley de Bases de la Reforma Agraria, una especie de piloto de la reforma de 1969, cuyo alcance se limitó al Valle de La Convención, en el Cusco.

El golpe de estado de 1968 buscó retomar algunas de estas reformas, pero su implementación se vio limitada por retrasos, corrupción, insuficiente capital humano para gestionar las cooperativas y un contexto de estanflación hacia finales de los años 70. En el plano estructural, la teoría de Hirschman ayuda a explicar por qué la fase 2 de la ISI falló en Perú: no se establecieron eslabonamientos lo suficientemente fuertes o extensos como para dinamizar el mercado interno. Esto se evidencia en dos casos clave: la estatización parcial de la IPC y la industria de montaje de automóviles.

La estatización parcial de la International Petroleum Company (IPC) generó beneficios al país, permitiendo que Petroperú obtuviera utilidades significativas entre 1969 y 1982. No obstante, su implementación enfrentó restricciones externas que condicionaron la disponibilidad de divisas. En este contexto se negociaron acuerdos con el gobierno de Estados Unidos para resolver compensaciones derivadas de la expropiación del complejo petrolero de La Brea y Pariñas, que incluyeron la firma del llamado *De la Flor-Greene Agreement* el 9 de agosto de 1973, mediante el cual se estableció un paquete global de compensaciones por empresas norteamericanas expropiadas, incluida la IPC.

Como parte de ese proceso, el Estado peruano realizó un primer pago el 18 de diciembre de 1974, y un segundo pago en 1979, como cumplimiento de las obligaciones pactadas en el marco del acuerdo. La necesidad de financiar estos compromisos con préstamos externos y las condiciones restrictivas a inversiones estadounidenses —como las derivadas de la enmienda Hickenlooper— redujeron la liquidez en divisas disponible para sostener la profundización de la industrialización. La restricción de divisas complicó la importación de bienes de capital e intermedios necesarios para la fase 2 de la ISI; cuando esta escasez se vuelve tan aguda que paraliza el proceso industrial, Tavares lo denomina estrangulamiento externo, consecuencia directa de la restricción externa.

En cuanto a los términos coyunturales, dos factores agravaron el fracaso de la fase 2. Primero, la corrupción sistemática durante el docenio 1968-1980, documentada claramente por Alfonso Quiroz en *Historia de la corrupción del Perú*. Segundo, las reiteradas crisis del petróleo en 1973 y 1979, junto con su impacto en el costo de vida y en la balanza de pagos, limitaron la capacidad de acumulación de capital y afectaron la sostenibilidad de la industrialización.

No obstante, la industria pesada tuvo cierta influencia positiva. La siderurgia, con Acero Arequipa, logró generar productos con mayor valor agregado, como hilos de cobre, representando un avance respecto a la exportación de cobre en bruto. Esto permitió una leve reducción del desempleo oficial en los años 70, que nunca superó el 5 %.

En síntesis, la combinación de factores estructurales y coyunturales explica por qué la fase 2 de la ISI nunca se consolidó plenamente en Perú. La falta de eslabonamientos robustos señalada por Hirschman, sumada al estrangulamiento externo y a la corrupción destacada por Tavares, limitó la capacidad del país para consolidar una industrialización integrada y sostenida. Estos elementos muestran que, si bien hubo avances parciales y sectores con cierto dinamismo, el modelo no logró transformar la estructura económica peruana de manera duradera.

El estancamiento de la fase 2 de la Industrialización por Sustitución de Importaciones puede comprenderse, en términos estructurales, como el resultado de la profundización de las propias contradicciones del proceso de industrialización periférica. La expansión hacia la producción de bienes intermedios y de capital no eliminó la dependencia externa, sino que la reconfiguró en un nivel tecnológico más complejo, incrementando la necesidad de importaciones de insumos estratégicos, maquinaria y conocimiento incorporado, lo que elevó la elasticidad-importación del crecimiento y reprodujo de manera más aguda la restricción externa (Tavares, 1972).

La industria avanzó sobre sectores de mayor sofisticación sin haber resuelto previamente la heterogeneidad estructural del sistema productivo, consolidando una brecha persistente entre un sector primario con alta productividad y capacidad de generación de divisas y un sector industrial con menores niveles de competitividad internacional y mayores requerimientos de protección. Esta estructura productiva desequilibrada generó tensiones cambiarias recurrentes, dado que el sostenimiento de la rentabilidad industrial exigía tipos de cambio elevados, mientras que los sectores exportadores y urbanos presionaban por monedas apreciadas para abaratar importaciones y contener precios internos, alimentando dinámicas inflacionarias y ciclos de expansión y estrangulamiento externo (Diamand, 1972).

De este modo, la fase 2 quedó atrapada en un patrón de crecimiento inestable, en el que cada impulso expansivo encontraba rápidamente el límite de la disponibilidad de divisas, revelando que el problema no era meramente de escala o eficiencia puntual, sino de configuración estructural del aparato productivo y de su inserción subordinada en la economía mundial.

En el plano coyuntural, el agotamiento se vio acelerado por factores asociados a la dinámica política interna, las condiciones de financiamiento y las transformaciones del contexto internacional. La ampliación hacia sectores más complejos no logró consolidar escalas eficientes ni mercados internos suficientemente amplios para absorber la producción, lo que deterioró la rentabilidad industrial en un contexto de alta inestabilidad macroeconómica y conflictos distributivos persistentes (Schvarzer, 1983).

A ello se sumó la creciente disponibilidad de financiamiento externo durante los años setenta, que permitió sostener transitoriamente desequilibrios fiscales y externos sin resolver los problemas de competitividad subyacentes, desplazando el eje de la estrategia desde la profundización productiva hacia el endeudamiento y la valorización financiera. Las alteraciones del sistema monetario internacional, los shocks petroleros y la volatilidad de los flujos de capital reforzaron la vulnerabilidad de economías ya estructuralmente restringidas en divisas, de modo que el cambio en el entorno global amplificó los desequilibrios internos y precipitó el abandono progresivo de la estrategia industrialista (Ferrer, 1979).

Así, el estancamiento de la fase 2 emergió de la convergencia entre límites estructurales acumulados y un escenario coyuntural que redujo drásticamente los márgenes de maniobra de la política económica.

3. Metodología

El estudio adopta un enfoque histórico-estructural comparativo con capacidad explicativa sobre la base de la inferencia analítica entre casos. Dichas inferencias se realizan luego de observar los resultados y compararlo entre países.

La estrategia de análisis se basa en una comparación de estructuras entre Brasil, Argentina y Perú. El supuesto es que las variaciones en los resultados son explicadas por diferencias en las condiciones de los países, así como en la profundidad del proceso de industrialización aplicado. Esto permitirá identificar la diferencia entre los patrones aplicados en cada sociedad —como encadenamientos productivos, expansión del empleo urbano y tamaño del mercado— y los resultados observados en términos de nivel de vida y desigualdad.

El trabajo busca identificar la relación entre la profundidad del proceso de industrialización y los resultados en términos de bienestar, considerando como mecanismo intermedio la generación de empleo urbano, los encadenamientos y el tamaño del mercado. Por lo tanto, a partir de ahora, cada vez que mencionemos «profundidad del proceso», nos referimos a esos 3 puntos.

Respecto al diseño analítico, se busca explicar la siguiente hipótesis.

Hipótesis: La implementación de la ISI en Perú, Brasil y Argentina entre 1930 y 1980 mejora el nivel de vida (índice histórico de nivel de vida, IHNV) en la medida en que logra generar encadenamientos productivos y expandir el empleo urbano formal; en ausencia de estos, sus efectos son limitados y no reducen la desigualdad.

Las unidades de análisis serán Perú, Brasil y Argentina, entre 1930 y 1980. Los países se eligieron precisamente por sus diferencias estructurales en tamaño demográfico, mercado interno y trayectoria institucional. Esta heterogeneidad no es una limitación

del diseño comparativo, sino su condición de posibilidad: permite identificar en qué medida dichas diferencias explican los resultados desiguales de la ISI en cada caso.

El mecanismo central propuesto es que la ISI impacta el nivel de vida a través de la expansión del empleo urbano formal y los encadenamientos productivos. La expansión y los encadenamientos se ven facilitados al contar con un mercado asalariado y con capacidad adquisitiva. Cuando estos encadenamientos generan demanda de trabajo y se articulan los sectores, es cuando se incrementa el ingreso y acceso a bienes y servicios. Cuando los encadenamientos son débiles o son fuertes parcialmente (solo hacia atrás o adelante) y el tamaño del mercado no es suficiente para absorber la demanda, es cuando la industrialización no logra difundirse al resto de la economía, limitando sus efectos distributivos.

3.1 Variables

Se trabajará con variables para explicar cuatro tipos de realidades: nivel y profundidad de industrialización, restricción externa, eslabonamientos productivos y transformación estructural del mercado interno.

3.1.1 Nivel y profundidad de la industrialización

Se evaluará las variables de peso relativo de la industria y dinamismo industrial, para ello los indicadores serán los siguientes:

- Participación del sector manufacturero en el PIB (%)
- Estructura del mercado en 1970 (%)

3.1.2 Restricción externa

Aquí se explica la limitación estructural al crecimiento derivada de la disponibilidad insuficiente de divisas para sostener la acumulación industrial, esto mediante los siguientes indicadores.

- Términos de intercambio
- Índice de concentración de productos básicos

3.1.3 Resultados macroeconómicos

Aquí se verá la capacidad del sector industrial generar resultados en los principales indicadores macroeconómicos.

- PIB per cápita en 1970 (%)
- PIB: Tasa media de crecimiento anual (%)

3.1.4 Distribución del ingreso y niveles de vida

En este apartado se explica el porcentaje de la distribución de la renta al total de la población mediante el coeficiente Gini, este dato solo se encontró para Brasil y Argentina. Además de variables para explicar los niveles de vida

- Coeficiente GINI
- Tasa de analfabetismo (%)
- Esperanza de vida
- Índice histórico del nivel de vida (IHNV), por décadas
- Índice relativo de nivel de vida (IRNV), por décadas

Los mecanismos centrales para explicar el correcto funcionamiento de la ISI son los eslabonamientos productivos (hacia adelante y atrás) y la restricción externa. Los mecanismos secundarios son el tamaño del mercado, y la institucionalidad.

La restricción externa se analiza mediante los términos de intercambio y la concentración de exportaciones, que capturan la capacidad de generar divisas necesarias para sostener la ISI. El tamaño del mercado interno se aproxima a través de la estructura del empleo y la participación del sector formal urbano.

El análisis se organiza en torno a tres dimensiones: (i) profundidad de la industrialización (aproximada por la participación manufacturera y la estructura del empleo), (ii) restricción externa (medida a través de términos de intercambio y concentración exportadora), y (iii) resultados en bienestar (capturados mediante indicadores de nivel de vida y desigualdad).

3.2 Tipo de datos

Se utilizarán series históricas de una fuente secundaria, específicamente el trabajo de Rosemary Thorp, *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX* (1998). De dicha fuente se extraen los siguientes datos:

- Participación del sector manufacturero en el PIB
- Estructura del mercado en 1970
- Términos de intercambio
- Índice de concentración de productos básicos
- PIB per cápita

- Tasa media de crecimiento anual
- Coeficiente Gini
- Tasa de analfabetismo
- Esperanza de vida
- Índice histórico del nivel de vida (IHNV)
- Índice relativo de nivel de vida (IRNV)

3.3 Alcances y límites

Este no es un estudio econométrico causal, ni mide eficiencia microeconómica. Se centra en la dinámica estructural macro. En algunos casos no se encontraron los datos exactos y se tuvo que recurrir a proxys.

Dado que variables como encadenamientos productivos no son directamente observables en series históricas, se utilizan indicadores indirectos. Como participación manufacturera y la estructura del empleo. Esto muestra cómo dicho sector fue cada vez más relevante en los mercados sudamericanos, y dado que la manufactura requiere de insumos, es un buen indicador.

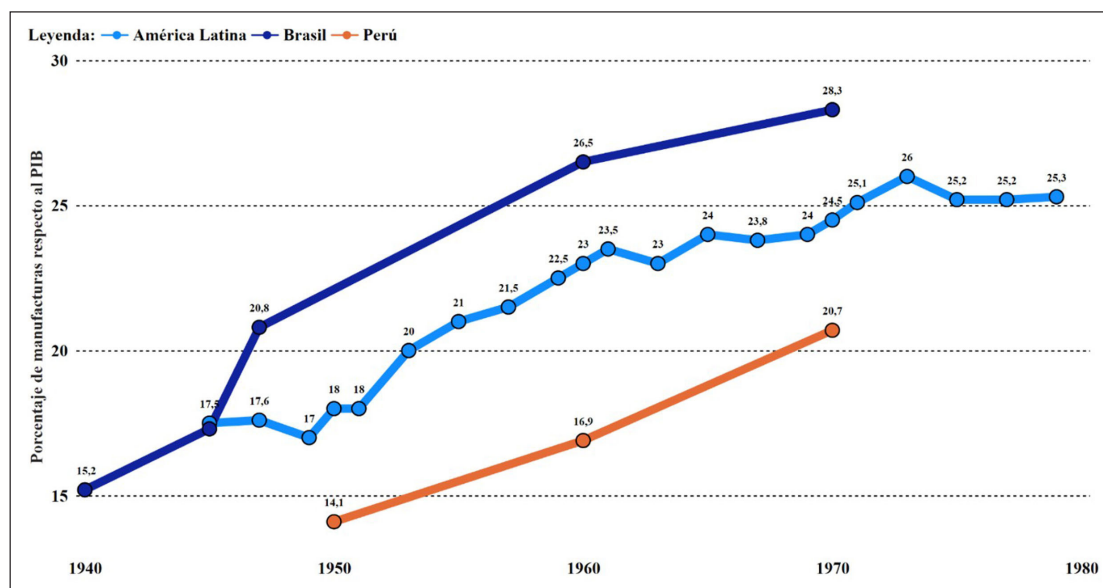
Este estudio no establece relaciones causales en sentido econométrico, sino que lo hace a través de una inferencia estructural basada en la consistencia de patrones entre casos. Esto permite identificar mecanismos, aunque no puede aislar efectos individuales con precisión estadística.

Se utilizaron herramientas de inteligencia artificial como apoyo en la mejora de la redacción, organización del texto y síntesis de literatura académica. Estas herramientas fueron empleadas para resumir textos de referencia, sin sustituir la revisión de las fuentes originales. La interpretación teórica, el desarrollo del argumento y las conclusiones son responsabilidad exclusiva del autor.

4. Resultados

Gráfico 4.1

Participación de la manufacturas en el PIB

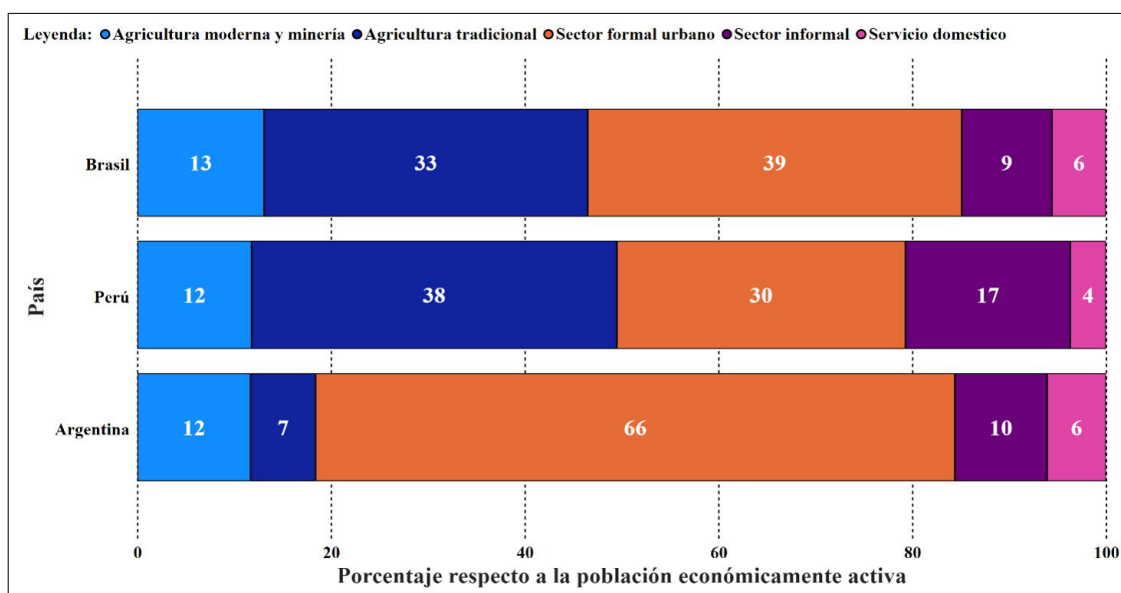


Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.1 muestra la heterogeneidad de los resultados en la región, así como la creciente divergencia de Brasil respecto al resto de América Latina.

Gráfico 4.2

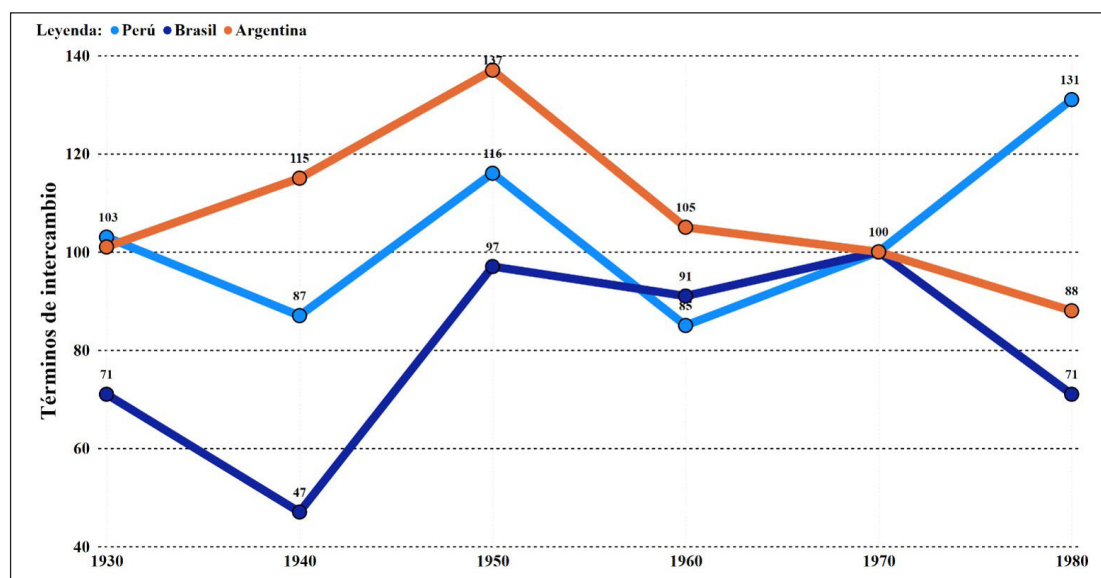
Estructura del mercado en 1970



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.2 muestra la estructura económica de los países analizados durante el cenit de la ISI, así como las diferencias entre ellos.

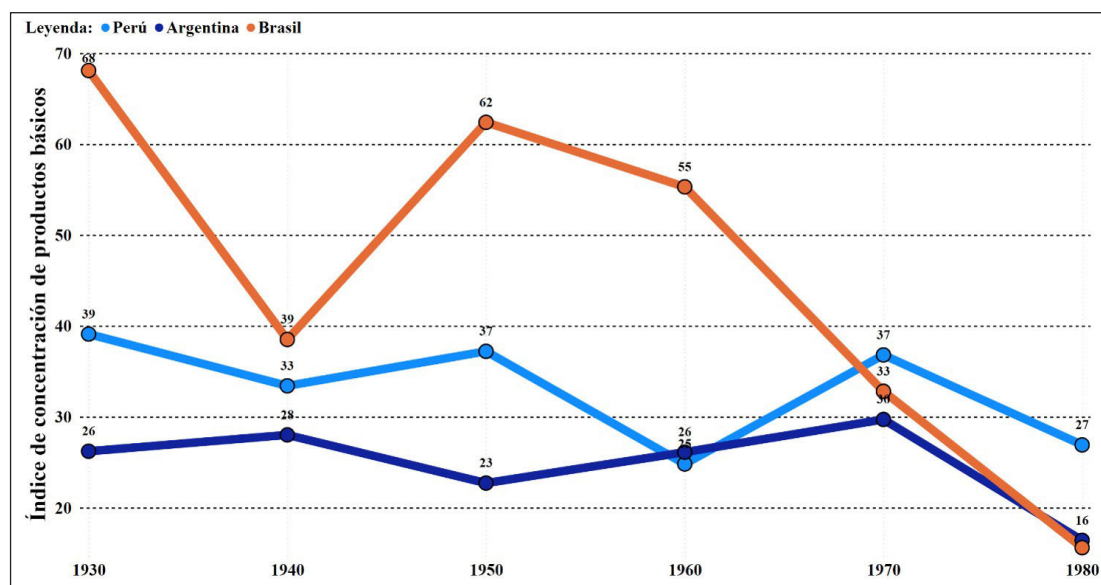
Gráfico 4.3
Términos de intercambio



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.3 muestra el deterioro de los términos de intercambio tras la crisis de 1930, así como su evolución posterior.

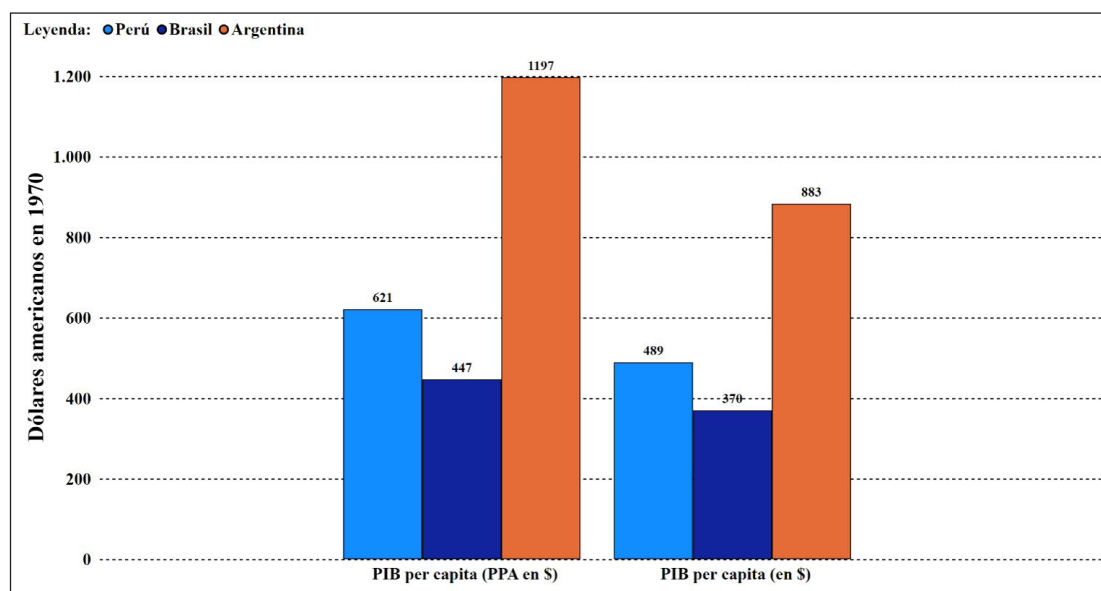
Gráfico 4.4
Índice de concentración de productos básicos



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.4 muestra el grado de dependencia de un país respecto a un solo producto de exportación. A mayor valor del índice, mayor es dicha dependencia.

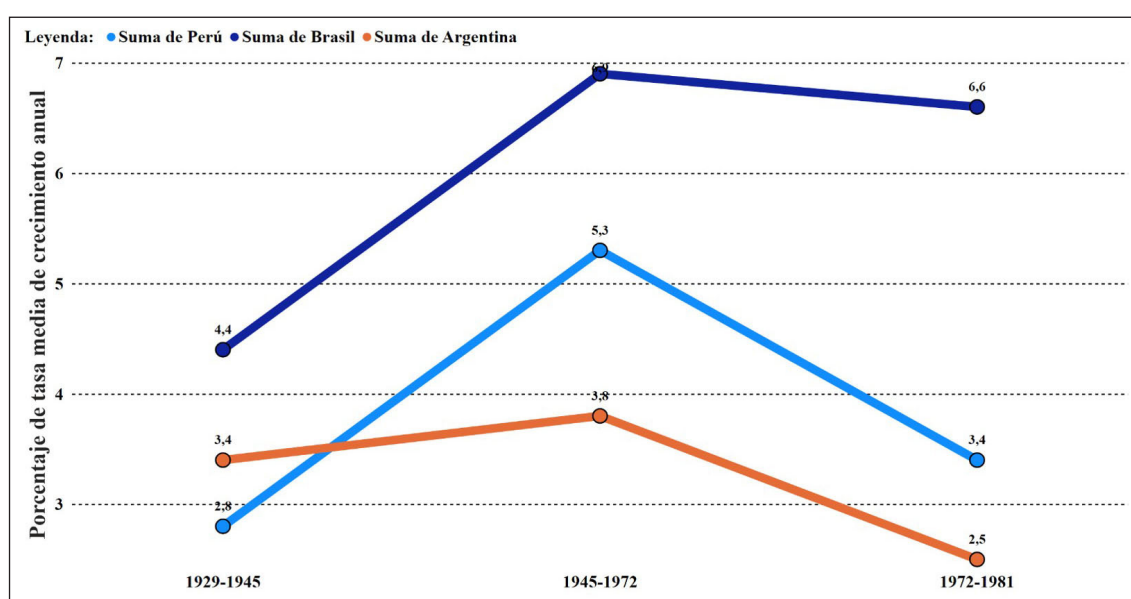
Gráfico 4.5
PIB per capita 1970



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.5 muestra que Argentina presenta mayor volatilidad que Brasil en algunos indicadores y que, en términos de PIB per cápita, mantiene niveles superiores a los de los otros dos países.

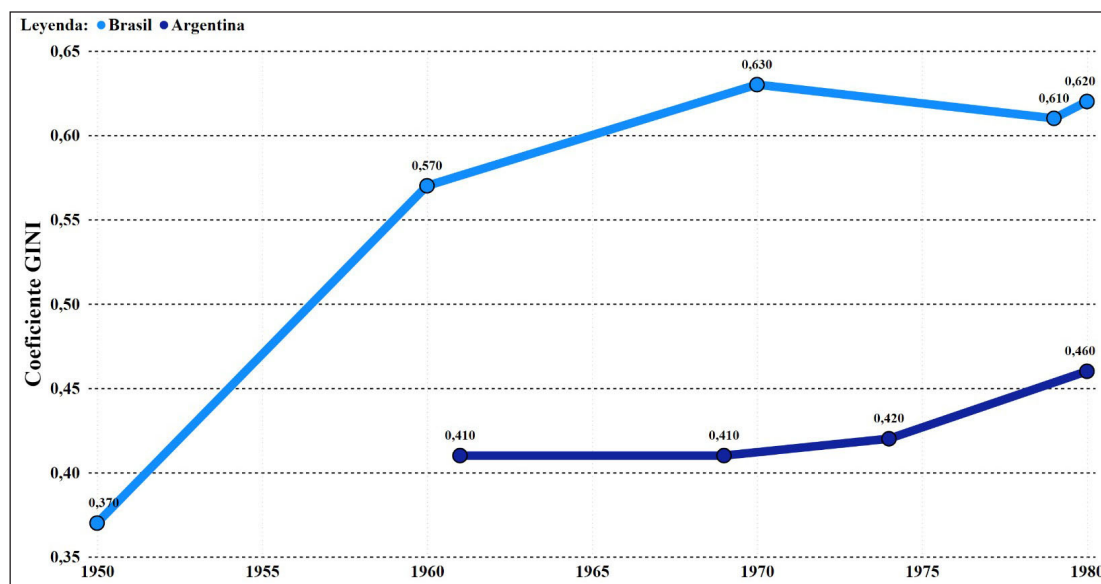
Gráfico 4.6
Tasa media de crecimiento anual



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.6 muestra la tasa media de crecimiento anual, se aprecia que el punto más alto fue entre los años 1945 a 1972.

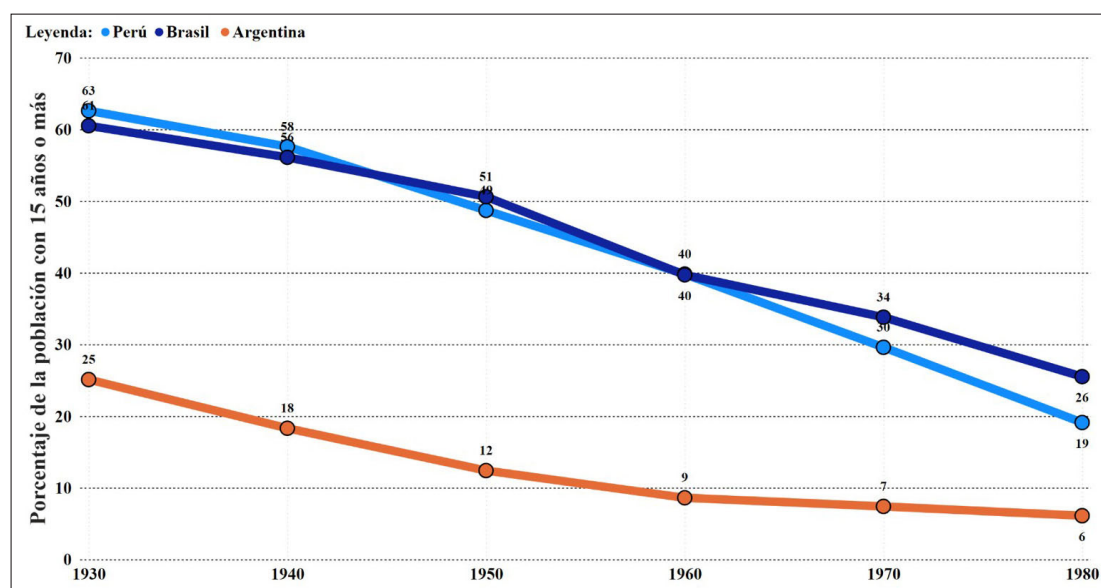
Gráfico 4.7
Coeficiente GINI



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.7 muestra un aumento sostenido de la desigualdad salarial en la región, medido a través del coeficiente GINI.

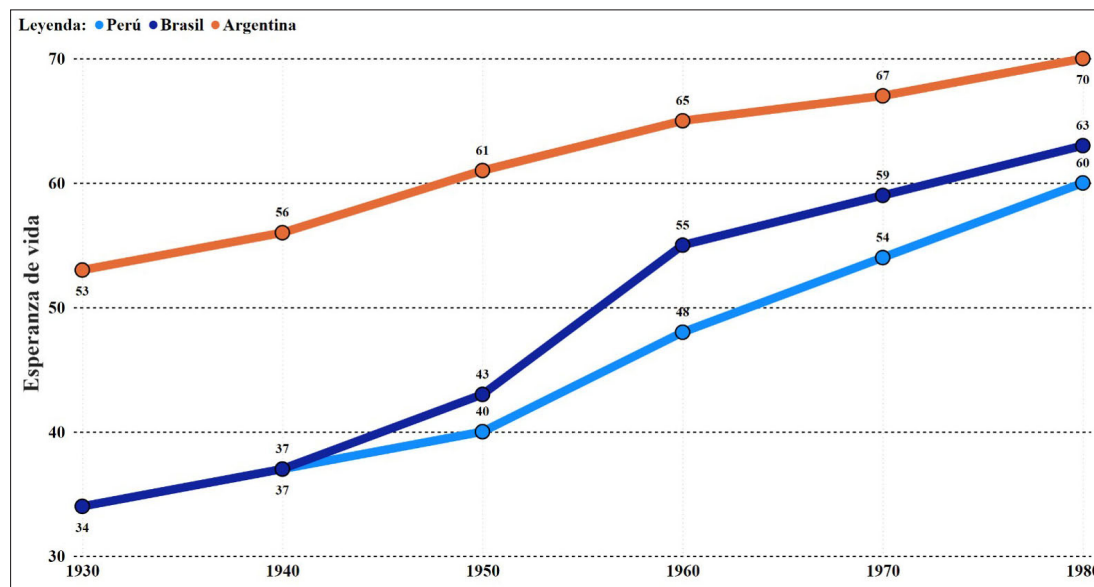
Gráfico 4.8
Tasas de analfabetismo



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.8 muestra una reducción sostenida de la tasa de analfabetismo en los países analizados a lo largo del periodo.

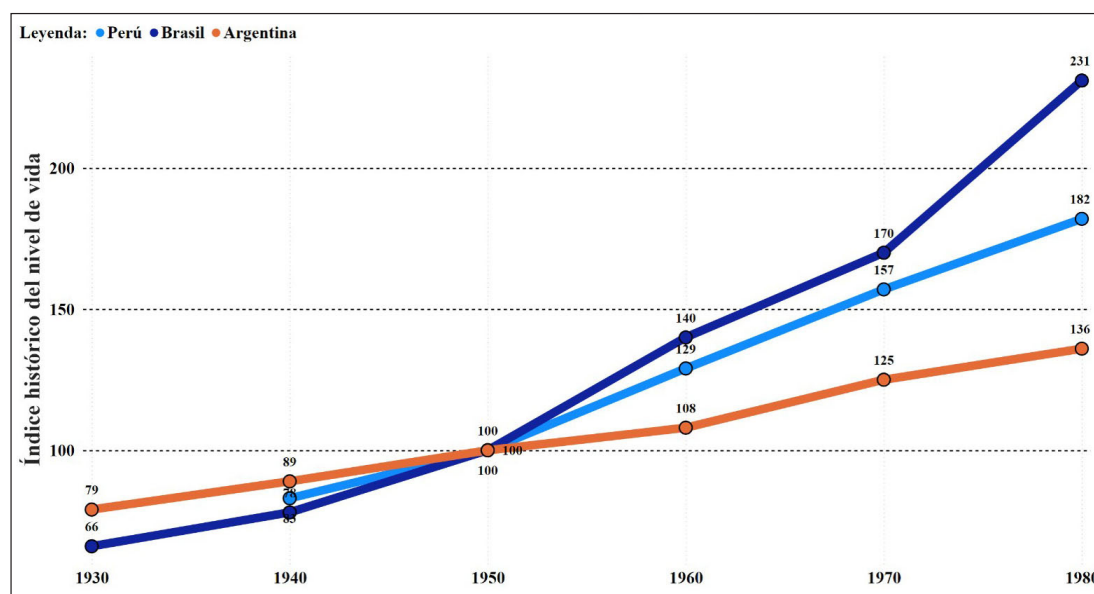
Gráfico 4.9
Esperanza de vida



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.9 muestra un aumento sostenido de la esperanza de vida en los países analizados, con diferencias en la magnitud del incremento entre ellos.

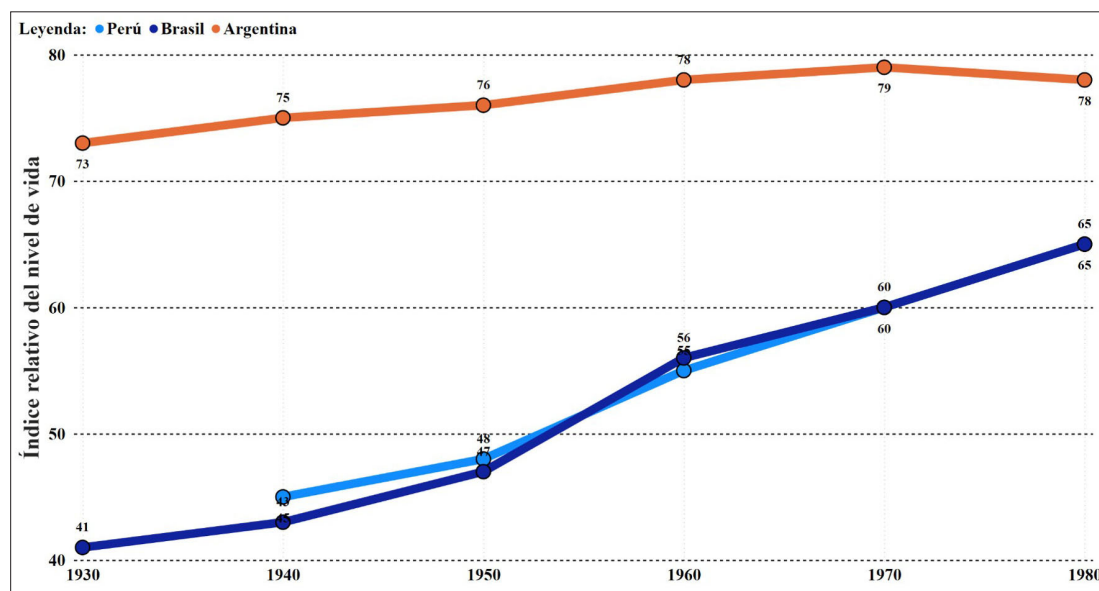
Gráfico 4.10
Índice histórico del nivel de vida (1950=100, promedios a tres años)



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.10 muestra el índice histórico del nivel de vida como una aproximación al desarrollo humano antes de su formalización en la década de 1990.

Gráfico 4.11
Índice realtivo del nivel de vida



Fuente: *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América en el siglo XX* (Rosemary Thorp, 1998) La elaboración de los gráficos es propia

El gráfico 4.11 muestra el índice relativo de nivel de vida (IRNV), que mide el nivel de vida de cada país en relación con el de Estados Unidos.

5. Discusión

En términos generales, la ISI contribuyó a mejorar la calidad de vida en distintos ámbitos sociales. Sin embargo, estos avances fueron heterogéneos y significativamente más notorios en Brasil, lo que responde a factores estructurales y de política económica diferenciados.

A mediados de la década de 1940, este país aún se situaba en torno al promedio regional; no obstante, a partir de entonces, la manufactura comenzó a adquirir un peso creciente en el PIB. Este proceso refleja la existencia de una heterogeneidad estructural no solo entre Europa y América Latina, sino también entre los propios países de la región.

Hacia 1970, la fase 2 del proceso de industrialización ya se encontraba presente en la región, aunque con resultados disímiles según el país.

El IHNV integra el PIB per cápita (PPA), la esperanza de vida y la tasa de alfabetismo, permitiendo una evaluación más completa del bienestar.

Argentina destaca claramente por encima del resto, manteniendo además una trayectoria relativamente estable a lo largo del periodo analizado. Esto en referencia al IRNV.

Respecto al índice GINI, los resultados muestran que la ISI no logró reducir la desigualdad salarial de forma sostenida. Tanto en Brasil como en Argentina se observa una tendencia creciente —más acelerada en el primero—, lo que sugiere una limitación estructural del modelo para corregir este desequilibrio.

En este punto, el enfoque de Raúl Prebisch resulta especialmente pertinente, ya que su planteamiento de 1949 se ajusta con precisión a la dinámica observada en este periodo.

Brasil aparece como el país más afectado, alcanzando un mínimo histórico en torno a 1940. La fuerte caída del precio del café —principal producto de exportación y sostén de la balanza de pagos—, cercana al 40 %, evidencia el alto grado de vulnerabilidad externa. Este escenario refuerza la necesidad de diversificar la estructura exportadora. Aunque se observa una recuperación progresiva, esta no se consolida sino hasta aproximadamente 1960, cuando el país se acerca nuevamente a los niveles de sus vecinos.

El caso peruano, en contraste, presenta una trayectoria marcada por altibajos: una profunda crisis en los años 30, una recuperación asociada al contexto internacional en los 40 (fase 1 incipiente de la ISI) y un nuevo deterioro en los 50. En este contexto, la capacidad exportadora no responde a cambios estructurales, sino a condiciones coyunturales, como el impacto del Plan Marshall y la Guerra de Corea (1948–1950). Recién en la década de 1960, con la transición hacia una fase más avanzada del proceso de industrialización, se observa una mejora gradual en los términos de intercambio, que se intensifica en los años 70.

En este marco, el planteamiento de Raúl Prebisch sobre el deterioro relativo de los productos primarios frente a los manufacturados encuentra un respaldo empírico consistente, particularmente en el caso brasileño previo a la ISI.

Argentina fue el país menos dependiente de un solo producto de exportación (en comparación con los otros dos) entre 1930 y 1960, un periodo considerable si se toma en cuenta que el estudio abarca aproximadamente cincuenta años. Asimismo, se observa que los niveles más bajos de dependencia se registran entre las décadas de 1940 y 1960. Esto podría interpretarse como un periodo en el que el peronismo generó resultados favorables en el corto plazo, aunque con costos que se manifestarían posteriormente. Si bien el incremento posterior no fue abrupto, la dependencia volvió a aumentar hacia finales de los años sesenta.

Brasil presenta un sector formal urbano considerable, cercano al 40 %, así como aproximadamente un 13 % en agricultura moderna y minería. Para un país que contaba con 94.5 millones de habitantes en ese periodo, esto evidencia la existencia de un mercado interno amplio y con capacidad de demanda. En este sentido, Tavares señalaba que solo un mercado de gran tamaño puede absorber de manera sostenida la oferta industrial que él mismo genera.

Se observa el inicio complejo del proceso de industrialización en Brasil como política de Estado, más allá del mero aprovechamiento de coyunturas externas. El índice de concentración de productos básicos es elevado en la década de 1930, pero presenta una caída igualmente pronunciada en los años cuarenta, en línea con el inicio de la fase 1, bajo el gobierno de Getulio Vargas. En este contexto, resulta difícil negar la influencia de las políticas implementadas. No obstante, el repunte del índice durante los años cincuenta plantea interrogantes sobre la consistencia del proceso. A partir de la fase 2, la tendencia vuelve a ser descendente, con una reducción sostenida que se acelera desde la década de 1960.

Brasil registra valores inferiores a los de los otros dos países; sin embargo, la tendencia es creciente, primero de manera gradual en los años cuarenta y luego con mayor aceleración en la década de 1950.

Perú presenta una trayectoria marcada por discontinuidades, donde los avances responden principalmente a coyunturas externas más que a transformaciones estructurales. La persistencia de un mercado interno reducido y formas de trabajo no plenamente monetizadas limitó la capacidad de demanda y la consolidación del proceso industrial.

Perú vuelve a presentar una trayectoria volátil; sin embargo, durante la fase más intensa de la ISI (1950–1970) el índice se mantiene por debajo de los 37 puntos. Aunque este no corresponde a su mínimo histórico (alcanzado posteriormente, hacia 1980), sí representa un periodo prolongado de niveles persistentemente bajos.

El país evidencia un crecimiento más lento, pero sostenido, lo que sugiere una mejora relativamente estable. No obstante, su valor máximo nunca logra superar al de Argentina a lo largo de todo el periodo analizado.

Argentina se sitúa en una posición intermedia. Si bien su sector formal urbano es considerable en términos relativos, resulta menor en magnitud absoluta frente al caso brasileño, dada la diferencia poblacional (poco más de 23 millones de habitantes hacia 1970). No obstante, este enfoque puede resultar insuficiente, por lo que es necesario complementar el análisis con otros indicadores.

No es casual que Argentina haya sido el país menos afectado, dado que su

estructura exportadora estaba diversificada en productos como carne, trigo, cereales y lana. Esto se traduce en un desempeño favorable durante el periodo, con un crecimiento que se intensifica en la década de 1940 bajo el peronismo. No obstante, los desequilibrios asociados a este modelo comenzarían a manifestarse a partir de los años sesenta y se acentuarían en la década de 1970.

Al analizar el PIB per cápita en términos de paridad de poder adquisitivo, el desempeño argentino pasa de ser alto a claramente superior, alcanzando valores que prácticamente duplican a los del resto. Este resultado refleja un nivel de ingreso elevado, pero al mismo tiempo sugiere que la distribución de la riqueza no constituyó un objetivo central dentro del proceso de industrialización por sustitución de importaciones.

El caso argentino puede interpretarse a través del esquema «stop and go» (Diamand), donde fases de expansión son seguidas por restricciones externas derivadas de la escasez de divisas (Ferrer). Esto explica la desaceleración progresiva del crecimiento sin una caída del nivel de vida.

A diferencia de la evolución de la desigualdad salarial, la reducción del analfabetismo coincide temporalmente con los periodos de mayor expansión industrial, lo que sugiere una asociación estructural entre ambos procesos. El mecanismo más plausible es la urbanización y la expansión del empleo formal, que amplió el acceso a servicios educativos y generó demanda de mano de obra más calificada. No obstante, políticas públicas de alfabetización y tendencias demográficas también contribuyeron, por lo que no es posible atribuir esta mejora exclusivamente a la ISI.

Asimismo, se observa que la reducción del analfabetismo en Perú es más pronunciada entre las décadas de 1950 y 1970, aunque la magnitud de la diferencia no es considerable. No obstante, sí se evidencia un proceso más estable y sostenido en la disminución de esta tasa.

Si bien la esperanza de vida tiende a aumentar independientemente del modelo económico, la velocidad del incremento sí muestra diferencias relevantes entre países y periodos. El vínculo más plausible con la ISI es indirecto: la expansión del empleo urbano formal amplió el acceso a sistemas de salud y seguridad social para sectores previamente excluidos. En Brasil, la década de 1950 concentra el mayor salto histórico en este indicador, coincidiendo con la fase de mayor expansión industrial.

En el caso argentino, la esperanza de vida presenta una trayectoria relativamente estable, con un crecimiento sostenido y sin variaciones significativas a simple vista. En contraste, Brasil y Perú muestran dinámicas más diferenciadas en este indicador.

Tavares señala que el tamaño del mercado brasileño constituye uno de los factores fundamentales que explican la expansión de la demanda interna durante este periodo. A ello se suman políticas estatales consistentes y orientadas a la industrialización. En este marco, el programa de metas de Kubitschek representa una de las expresiones más concretas de este proceso.

Argentina siguió una trayectoria distinta. Durante la década de 1940, el peronismo impulsó una expansión del gasto que generó mejoras en el corto plazo, pero también desequilibrios que se manifestarían posteriormente. En este sentido, Diamand interpreta estas fluctuaciones a través del modelo «stop and go», donde las fases de expansión («go») son seguidas por periodos de restricción («stop»).

Aldo Ferrer explica que estas fases diferenciadas responden a una dinámica en la que la expansión inicial, asociada a la importación de maquinaria, es seguida por una etapa de restricción externa, producto de la escasez de divisas generada por dichas importaciones.

En este marco, Argentina no logró implementar las reformas propias de la fase 2 al mismo nivel que Brasil. Las causas estructurales pueden explicarse a partir del concepto de estrangulamiento externo desarrollado por Tavares, mientras que los factores coyunturales son abordados por Ferrer.

Por su parte, Perú presenta una trayectoria marcada por fuertes discontinuidades a lo largo de todo el periodo analizado: inestabilidad política en los años treinta, aprovechamiento coyuntural de la Segunda Guerra Mundial en los cuarenta y políticas de corte populista en la década de 1950. A ello se suma la existencia de un mercado interno reducido que, hasta 1969, mantenía incluso formas de trabajo remunerado en especie en el ámbito agrario, lo que limitaba significativamente la capacidad de demanda.

Para cuando se intentó consolidar la fase 2, las crisis del petróleo, junto con problemas de gestión —incluyendo corrupción e ineficiencia en diversas empresas estatales—, contribuyeron a un proceso de estancamiento que no logró revertirse en el periodo analizado.

La ISI evidencia una diferencia estructural entre sus dos fases. Mientras que la fase 1 se apoya en la expansión del empleo industrial y en la sustitución de bienes de consumo, generando un cierto equilibrio entre producción y demanda, la fase 2 introduce una nueva restricción: la necesidad de importar bienes de capital. En este punto, la dependencia externa no desaparece, sino que se reconfigura, trasladándose desde los bienes de consumo hacia los insumos y maquinaria necesarios para sostener la industrialización. Esto incrementa la presión sobre la balanza de pagos y exige una expansión sostenida de las exportaciones para financiar dichas importaciones. En ausencia de encadenamientos productivos

suficientemente profundos —tanto hacia atrás como hacia adelante— y de un mercado interno con escala y capacidad adquisitiva adecuadas, esta dinámica tiende a volverse insostenible. En consecuencia, la ISI no elimina la restricción externa, sino que la transforma, estableciendo un límite estructural a su propio desarrollo, lo que confirma la hipótesis planteada en este estudio.

Los resultados sugieren que la ISI solo mejora de manera significativa el nivel de vida cuando logra articular encadenamientos productivos, expandir el empleo urbano y que dicha expansión sea lo suficientemente grande para que demande productos de su mismo mercado. En ausencia de una o varias de estas premisas, como Perú o Argentina, sus efectos son limitados o temporales.

6. Conclusiones

La industrialización por sustitución de importaciones emergió como una respuesta estructural al colapso del sistema internacional de comercio tras la crisis de 1929 y la posguerra, lo que evidenció la vulnerabilidad del modelo primario-exportador y la necesidad de transformar la estructura productiva en América Latina. Este trabajo muestra que los mecanismos que permiten dicho proceso son los encadenamientos productivos hacia adelante y hacia atrás, mientras que su límite estructural está dado por la restricción externa. A su vez, la posibilidad de desarrollar estos encadenamientos depende del tamaño del mercado interno.

En este contexto, la experiencia latinoamericana no puede ser interpretada bajo los mismos supuestos que las economías europeas analizadas por el keynesianismo. Mientras estas partían de estructuras productivas industrializadas y enfrentaban problemas de demanda agregada, las economías de América Latina se caracterizaban por la persistencia del subempleo estructural, una base agraria predominante y una industrialización tardía. En consecuencia, la intervención estatal no se orientó únicamente a estabilizar el ciclo económico, sino a transformar la estructura productiva.

Los resultados obtenidos en el análisis comparativo confirman que la ISI logró mejorar el nivel de vida en los países estudiados, aunque de manera desigual y condicionada por la profundidad del proceso de industrialización. En aquellos casos donde se desarrollaron encadenamientos productivos más robustos y se logró expandir el empleo urbano formal, los efectos sobre el bienestar fueron más sostenidos. Por el contrario, en economías donde estos encadenamientos fueron débiles o incompletos, los avances resultaron limitados o transitorios, sin lograr una transformación estructural duradera. Esto evidencia que la industrialización no opera como un mecanismo automático de desarrollo, sino como un proceso dependiente de condiciones estructurales específicas.

En consecuencia, la ISI no puede entenderse como un modelo intrínsecamente exitoso o fallido, sino como un proceso estructural con potenciales y límites claramente definidos. Su desarrollo muestra que la industrialización en economías periféricas requiere no solo intervención estatal, sino condiciones que permitan sostener la acumulación, evitar la reproducción de la restricción externa y articular de manera efectiva el sistema productivo. En este sentido, su estudio mantiene vigencia no como una estrategia a replicar en su forma original, sino como una experiencia histórica que permite comprender los desafíos persistentes del desarrollo en América Latina y las condiciones necesarias para superarlos.

Agradecimiento

“A todos los que, en algún momento, creyeron en mí”

Referencias

- Baer, W. (1972). *The Brazilian economy: Growth and development*. Praeger.
- Bunge, A. E. (1940). *Una nueva Argentina*. Editorial Guillermo Kraft.
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, 12(45), 25–47.
- Ferrer, A. (1979). *El crecimiento económico en la Argentina: 1810–1970*. Fondo de Cultura Económica.
- Furtado, C. (1959). *Formação econômica do Brasil*. Editora Fundo de Cultura.
- Harris, J. R., & Todaro, M. P. (1970). Migration, unemployment, and development: A two-sector analysis. *The American Economic Review*, 60(1), 126–142.
- Hirschman, A. O. (1958). *The strategy of economic development*. Yale University Press.
- Keynes, J. M. (1936). *The general theory of employment, interest, and money*. Palgrave Macmillan.
- Myrdal, G. (1944). *An American dilemma: The Negro problem and modern democracy*. Harper & Brothers.
- Myrdal, G. (1953). *The political element in the development of economic theory*. Routledge.
- Myrdal, G. (1957). *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. (1949). *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. Naciones Unidas.
- Quiroz, A. W. (2013). *Historia de la corrupción en el Perú* (5.^a ed.). Instituto de Estudios Peruanos.
- Schvarzer, J. (1983). Cambios en el liderazgo industrial argentino en el período de Martínez de Hoz. *Desarrollo Económico*, 23(91), 395–422.
- Tavares, M. C. (1972). *Da substituição de importações ao capitalismo financeiro*. Zahar Editores.
- Thorp, R. (1998). *Progreso, pobreza y exclusión: Una historia económica de América Latina en el siglo XX*. Banco Interamericano de Desarrollo; Unión Europea.
- Wicksell, K. (1898). *Geldzins und Güterpreise [Interés monetario y precios de los bienes]*. Gustav Fischer.

Adaptación y resistencia sindical: Trayectorias divergentes de resiliencia organizativa en Perú (CGTP) y Argentina (CGT) ante rupturas autoritarias e imposición neoliberal.

Bruno Mago Cuneo

Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú

<https://orcid.org/0000-0003-3634-9506>

bmago@pucp.edu.pe

Recibido: 16.04.2026

Aceptado: 15.06.2026

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.259>

Resumen

Esta investigación analiza empíricamente la profunda divergencia en los niveles de resiliencia organizativa y densidad de afiliación entre la Confederación General del Trabajo (CGT) de Argentina y la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP). Pese a enfrentar coyunturas críticas análogas —dictaduras militares en los setenta y sorprendentes *shocks* neoliberales en los noventa—, el sindicalismo peruano sufrió un colapso organizativo continuo, mientras la central argentina mantuvo un formidable poder representativo. Mediante un análisis comparado y el rastreo de procesos (*process tracing*), el estudio sostiene que esta brecha responde a las distintas trayectorias de dependencia (*path dependencies*) forjadas en sus modelos fundacionales de relacionamiento político. La CGT cimentó su resiliencia en una histórica integración corporativa con el peronismo y en sólidos recursos institucionales, resistiendo al neoliberalismo mediante un pragmático “sindicalismo empresarial”. En contraste, la CGTP operó bajo un “sindicalismo clasista”, caracterizado por la confrontación directa, el aislamiento partidario y una extrema atomización en precarios sindicatos de empresa. Se concluye que la supervivencia institucional exige entrelazar la defensa material con una inserción estratégica en el sistema político, no dependiendo únicamente de la combatividad.

Palabras clave: *sindicalismo, movimientos sindicales, análisis comparado, resiliencia institucional, historia, CGTP, CGT, Perú, Argentina.*

Union Adaptation and Resistance: Divergent Paths of Organizational Resilience in Peru (CGTP) and Argentina (CGT) in the Face of Authoritarian Breakdowns and Neoliberal Impositions

Abstract

This study empirically analyzes the significant divergence in levels of organizational resilience and membership density between Argentina’s General Confederation of Labor (CGT) and Peru’s General Confederation of Workers (CGTP). Despite facing similar critical junctures—military dictatorships in the 1970s and sudden neoliberal shocks in the 1990s—Peruvian trade unionism suffered a continuous organizational collapse, while the Argentine union maintained formidable representative power. Through comparative analysis and process tracing, the study argues that this gap stems from the different path dependencies forged in their foundational models of political engagement. The CGT built its resilience on a historical corporate integration with Peronism and on solid institutional resources, resisting neoliberalism through a pragmatic “corporate unionism.” In contrast, the CGTP operated under a “class-based unionism,” characterized by

direct confrontation, partisan isolation, and extreme fragmentation into precarious company unions. It is concluded that institutional survival requires intertwining material defense with strategic integration into the political system, rather than relying solely on militancy.

Keywords: *trade unionism, labour movements, comparative analysis, institutional resilience, history, CGTP, CGT, Peru, Argentina.*

Adaptação e resistência sindical: Trajetórias divergentes de resiliência organizacional no Peru (CGTP) e na Argentina (CGT) face a rupturas autoritárias e à imposição neoliberal

Resumo

Esta investigação analisa empiricamente a profunda divergência nos níveis de resiliência organizacional e densidade de filiação entre a Confederação Geral do Trabalho (CGT) da Argentina e a Confederação Geral dos Trabalhadores do Peru (CGTP). Apesar de enfrentarem conjunturais críticas análogas —ditaduras militares na década de 70 e choques neoliberais inesperados na década de 90—, o sindicalismo peruano sofreu um colapso organizacional contínuo, enquanto a central argentina manteve um formidável poder representativo. Através de uma análise comparativa e do rastreio de processos (process tracing), o estudo defende que esta disparidade resulta das diferentes trajetórias de dependência (path dependencies) forjadas nos seus modelos fundacionais de relacionamento político. A CGT cimentou a sua resiliência numa integração corporativa histórica com o peronismo e em recursos institucionais sólidos, resistindo ao neoliberalismo através de um pragmático «sindicalismo empresarial». Em contraste, a CGTP operou sob um «sindicalismo de classe», caracterizado pelo confronto direto, pelo isolamento partidário e por uma extrema atomização em sindicatos empresariais precários. Conclui-se que a sobrevivência institucional exige entrelaçar a defesa material com uma inserção estratégica no sistema político, não dependendo apenas da combatividade.

Keywords: *sindicalismo, movimientos sindicales, análise comparativa, resiliência institucional, história, CGTP, CGT, Peru, Argentina.*

“Por eso compañeros, es necesario afirmar los sindicatos; es necesario apuntalar la CGT; es menester que todos los trabajadores de la Patria, en este inmenso movimiento sindical, terminen por establecer que en esta tierra los trabajadores son uno para todos y todos para uno. Y así unidos los sindicatos y el pueblo argentino, custodiarán y defenderán en el futuro sus reivindicaciones, y será el pueblo y los trabajadores, marchando del brazo por la ancha calle de la historia, quienes escribirán el último capítulo justicialista de esta querida Patria argentina. [...] La defensa de los trabajadores se hace solo por los trabajadores mismos. Que en el futuro las organizaciones sindicales se vigilen a sí mismas y vigilen a las fuerzas de la reacción. Que sean ellos el artífice de su destino, porque nadie lo hará en su reemplazo.”

General Juan Domingo Perón
Discurso del Día del Trabajador
Plaza de Mayo (1950)

1. Introducción

Desde su nacimiento en el fragor del industrialismo, gestados del originario antagonismo entre capital y trabajo, los sindicatos se han constituido como uno de los canales más relevantes y efectivos para la articulación, defensa y canalización de las demandas de la clase trabajadora en las formaciones sociales capitalistas (Fernández, 2010). Su rol, lejos de verse circunscrito a la disputa económica en el espacio laboral, ha trascendido, proyectándose hacia la esfera pública como instrumento histórico fundamental para la articulación política de los trabajadores, erigiéndose actores indispensables en la democratización social y la ampliación de derechos laborales y ciudadanos (Fernández, 2010). En el contexto actual del Perú, caracterizado por un amplio consenso politológico y académico respecto a la profunda crisis de representación y el colapso definitivo del sistema de partidos tradicionales (Zapata, 2021), el estudio de las organizaciones de la sociedad civil adquiere una urgencia renovada. Frente al vacío dejado por una «democracia sin partidos» (Tanaka, 2005) protagonizada por instituciones políticas que han devenido en meras maquinarias electorales o «coaliciones de independientes» (Zavaleta, 2014) sin arraigo social o compromiso ideológico-programático, surge un natural interés por formas no partidistas de representación de intereses y canalización de demandas.

La literatura académica ha evidenciado su interés por el estudio de las organizaciones de trabajadores en el país; sin embargo, como reconoce Manky (2021), gran parte de esta producción ha tendido a concentrarse de manera aislada en los periodos históricos de mayor auge y movilización —como el anarcosindicalismo de inicios del siglo XX o la explosión del clasismo entre 1968 y 1978—, dejando un vacío analítico respecto a las dinámicas de resistencia y

supervivencia organizativa de los trabajadores frente a los *shocks* neoliberales más recientes (Manky, 2021). En este escenario de crisis, vaciedad y fragmentación, los movimientos sociales y, de manera muy particular, los gremios y sindicatos, emergen teóricamente como interlocutores cruciales para la mediación entre el Estado y la sociedad, fundamentales para la representación y movilización de demandas y reivindicaciones de la clase trabajadora (Arciniega, 1996).

Al observar la realidad peruana resulta ineludible darse con la constatación de una paradoja profunda, puesto que, a pesar de la evidente necesidad estructural de canales de representación efectivos, el sindicalismo —encabezado históricamente por la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP)— retiene, a día de hoy, unas muy magras tasas de afiliación. Tras sufrir un desplome ininterrumpido desde la década de 1990, la densidad sindical se ha estancado en niveles críticos, promediando apenas un 5 % en el sector privado formal (Ministerio de Trabajo y Promoción del Empleo [MTPE], 2023; Villavicencio, 2015), cifras que resultan cuanto menos insuficientes para la canalización efectiva de demandas. Esta precariedad organizativa resulta aún más llamativa cuando se somete al análisis comparado. En nuestra vecina regional, la República Argentina —un país que atravesó crisis macroeconómicas, dictaduras y planes de ajuste estructural similares a los experimentados en el Perú— la principal central obrera, la Confederación General del Trabajo (CGT), ha logrado mantener niveles de representatividad y poder de veto formidables, ostentando en la actualidad una tasa de sindicalización que bordea el 39 % de los asalariados registrados (Tomada et al., 2018; Orsatti, 2025).

A partir de este marcado contraste empírico, surge la pregunta que da génesis y vertebrata la presente investigación: ¿Por qué las tasas de sindicalización y el poder de representación obrera son tan bajos en el Perú y, en contraposición, por qué el sindicalismo en Argentina logra mantener niveles de afiliación institucional tan sólidos y respetables frente a contextos globales hostiles de naturaleza similar? Para responder a esta interrogante, se sitúa el foco analítico en las trayectorias históricas, institucionales y políticas de ambas organizaciones. Apoyándose en el análisis comparado, la investigación hace hincapié en el concepto de «trayectorias de dependencia» (*path dependencies*), postulando que las divergencias actuales en la fortaleza organizacional de la CGTP y la CGT son el resultado directo de los distintos modelos fundacionales de organización sindical y, primordialmente, de sus estrategias diferenciadas de relacionamiento con el Estado, los partidos políticos y movimientos sociales (Collier y Collier, 1991; Hyman, 2001).

El análisis de estas trayectorias cobra especial visibilidad cuando se somete a las organizaciones al impacto de sucesivas «coyunturas críticas» (*critical junctures*) (Capoccia y Kelemen, 2007). Las dictaduras de los años setenta y las sorpresivas reformas neoliberales de los años noventa —implementadas mediante giros

radicales y políticas de ajuste estructural por figuras como Alberto Fujimori en Perú y Carlos Menem en Argentina (Stokes, 2001)— operaron como choques exógenos análogos. Frente a estos escenarios, el mecanismo causal que explica la profunda diferencia en los destinos organizativos de ambas centrales no fue la crisis en sí misma, sino la naturaleza de sus vínculos político-partidarios, las decisiones estratégicas en cuanto a su relacionamiento, y la solidez de sus recursos institucionales, factores que determinaron su capacidad de adaptación y resistencia (Hyman, 2001; Levitsky, 2003). En ese sentido, la hipótesis central de este estudio sostiene que la brecha en las tasas de sindicalización actuales se explica por los niveles dispares de «resiliencia organizativa» desarrollados por cada central y desplegados en episodios de crisis, los cuales estuvieron determinados por su matriz de relacionamiento estratégico y vinculación política.

2. Metodología

La presente investigación adopta una estrategia metodológica cualitativa basada en el método comparado. Para la selección de casos de estudio, se ha optado por un diseño de sistemas de máxima similitud (*Most Similar Systems Design*), aplicando lo que se conoce como método de la diferencia. Como se vio líneas arriba, esta aproximación metodológica consiste en seleccionar casos que presentan similitudes en una serie de variables de contexto y antecedentes históricos, pero que presentan resultados divergentes en el fenómeno de interés o variable dependiente (Pérez-Liñán, 2007).

El primer ámbito de delimitación es regional, centrando la óptica en el escenario latinoamericano; sin embargo, tras una exploración somera de experiencias sindicales en países como Colombia, Brasil, Chile y Uruguay, se determinó que la comparación de mayor potencial heurístico e investigativo se encuentra entre los casos de Argentina y Perú, de la CGT y la CGTP, respectivamente. La justificación de esta selección responde a los criterios de máxima similitud y al método de la diferencia previamente mencionados, los cuales exigen seleccionar casos que compartan características estructurales e históricas fundamentales, pero que presenten resultados opuestos en el fenómeno a explicar (Pérez-Liñán, 2007). En términos histórico-estructurales, Argentina y Perú constituyen un par comparativo clásico al compartir el modelo que Collier y Collier (1991) denominan «populismo laboral» durante la incorporación inicial de sus clases trabajadoras, lo cual los distingue de casos como Chile y su Central Unitaria de Trabajadores (CUT) —cuyo movimiento obrero experimentó una «incorporación estatal»— o el PIT-CNT de Uruguay —marcado por una «movilización electoral por partidos tradicionales»— (Collier y Collier, 1991). Además, se optó por el descarte de otras centrales sindicales dada la inevitable similitud entre algunos ejemplos —cuya inclusión resultaría reiterativa antes que enriquecedora— así como la exclusión

de aquellas con marcos temporales que no serían óptimos para el análisis, como el caso colombiano, ya que los años de actividad sindical no superan las seis décadas, a diferencia del resto de centrales sindicales que están próximas a alcanzar el centenario de existencia y actividad.

De este modo, en el marco del análisis comparativo, se consideran dos casos regionales de similar relevancia en términos de supervivencia-longevidad, y en línea con el método de la diferencia, la CGT argentina representa un caso de «éxito» relativo al mantener una alta densidad sindical y capacidad de veto político, mientras que la CGTP peruana ilustra, en contraparte, un caso de declive o estancamiento en cifras mínimas de representación. La comparación permite, por tanto, aislar y hallar aquellos factores explicativos de la diferencia presentes en un caso y ausentes o configurados de manera distinta en el otro (Pérez-Liñán, 2007). Tanto la CGT como la CGTP enfrentaron choques exógenos análogos, tales como las experiencias autoritarias en los setenta, crisis hiperinflacionarias en los ochenta y la radical imposición de un «neoliberalismo por sorpresa» liderado en los noventa por presidentes democráticamente electos y que traicionaron, en la *praxis*, a sus bases, como Carlos Menem y Alberto Fujimori (Stokes, 2001) —cuyo gobierno dejó de ser democrático y devino dictatorial tras el autogolpe de Estado de 1992—, a diferencia del ajuste neoliberal chileno impuesto *ab initio* bajo el régimen militar del dictador Augusto Pinochet. Frente a estímulos similares, ambas centrales presentaron valores diametralmente opuestos en la principal variable de interés, lo que se opta por definir «resiliencia organizacional sindical», operacionalizada y manifestada en sentido formal a través de las tasas de sindicalización, reflejo tangible y cuantificado del alcance o poder de afiliación, es decir, la capacidad efectiva propia de las centrales sindicales de influir en la clase trabajadora y garantizar su adhesión y permanencia a los organismos gremiales. De modo que, mientras la central peruana experimentó un colapso organizativo, la central argentina evidenció una extraordinaria resiliencia institucional (Levitsky, 2003). Finalmente, reconociendo el lugar de enunciación del presente estudio, formular esta investigación desde el Perú resulta un ejercicio imperativo para comprender por qué el sindicalismo peruano, a pesar de su longeva y combativa tradición, fue incapaz de retener el peso estructural y político-institucional que sí lograron preservar sus pares regionales ante escenarios de hostilidad similar.

La utilización de este concepto de «resiliencia organizacional sindical» no es arbitraria, por el contrario, para dar sustento a la comprensión de la presente variable de interés, la investigación se apropia y resignifica el concepto de «resiliencia organizacional» tomado a partir de la normativa internacional ISO 22316:2017. Si bien de origen pensada para el ámbito de gestión de seguridad y riesgos empresariales, la norma define dicha noción en un sentido amplio como la «capacidad de una organización para absorber y adaptarse a un entorno

cambiante» permitiendo, más allá de la mera supervivencia, garantizar su prosperidad incluso pese a la incertidumbre y a las circunstancias amenazantes, sean repentinas o graduales (Organización Internacional de Normalización [ISO], 2017). De este modo, se realiza una extrapolación teórica del concepto, trasladándolo de su matriz originaria —gestión operativa de negocios— hacia un marco de análisis político-institucional enfocado en estructuras gremiales. En ese sentido, como parte de la definición de dicha variable de interés, se toman atributos clave de la norma, como la «visión y propósitos compartidos», capacidad de «anticipar y gestionar el cambio», adaptabilidad y «liderazgo eficaz» para aplicarlos al análisis de las centrales sindicales y su acción ante episodios de crisis; en otras palabras, la capacidad institucional de estas organizaciones obreras para resistir, absorber el impacto y adaptarse estratégicamente ante momentos determinantes de hostilidad política —dictaduras— y económica —neoliberalismo—, preservando su integridad organizativa y su rol de representación y articulación de demandas (ISO, 2017).

Ahora bien, eludiendo una extrapolación que resulte meramente mecánica, esta resignificación incorpora la advertencia que Offe y Wiesenhal (1980) formulan respecto a las distintas «lógicas de la acción colectiva», reconociendo que las organizaciones del capital —empresas— y las del trabajo —gremios y sindicatos— no operan bajo las mismas lógicas ni disponen de los mismos recursos estructurales. Siguiendo a los autores, por un lado, las empresas actúan bajo una lógica «monológica», instrumental y utilitaria basada en el cálculo monetario para gestionar el «trabajo muerto» —es decir, el capital, la maquinaria y los recursos materiales que son fácilmente cuantificables y fusionables—, definiendo sus intereses colectivos de manera vertical mediante el cálculo estricto de costos y utilidades (Offe y Wiesenhal, 1980). Por otro lado, los sindicatos enfrentan la compleja tarea de organizar el «trabajo vivo», es decir, la fuerza de trabajo inseparable de las voluntades y necesidades subjetivas de cada individuo, debiendo conciliar una amplia y contradictoria gama de necesidades cualitativas —salud, estabilidad, tiempo libre, salario— de trabajadores atomizados en el mercado laboral, irreductibles a una simple fórmula económica (Offe y Wiesenhal, 1980). Por consiguiente, la «resiliencia» en un sindicato no equivale a la mera eficiencia gerencial o de supervivencia financiera, sino que exige repensar esta «resiliencia organizacional» (ISO, 2017) a partir del desarrollo y preservación de una lógica «dialógica», construida sobre la base de un proceso continuo de comunicación, debate interno y construcción de una identidad colectiva que permita definir objetivos comunes frente a la atomización del mercado laboral y sostener la disposición a actuar de sus bases, neutralizando así los altos costos de la acción colectiva frente a un entorno adverso (Offe y Wiesenhal, 1980). Es esta dimensión organizativa y política la que dota a las centrales sindicales de la capacidad real para absorber y adaptarse a los impactos de las rupturas institucionales y las crisis macroeconómicas.

En cuanto a la herramienta analítica, la investigación encuentra sustento metodológico en el «rastreo de procesos» (*process tracing*), herramienta que se presenta como una estrategia idónea para el hallazgo y validación de los mecanismos causales que conectan las variables explicativas con los resultados observados (Collier, 2011; Seawright, 2016). El análisis longitudinal planteado se estructura, inevitablemente, en torno a dos conceptos fundamentales del institucionalismo histórico, las «coyunturas críticas» (*critical junctures*) y las «trayectorias de dependencia» (*path dependency*). En primer lugar, siguiendo la línea metodológica propuesta, se identifica lo que Capoccia y Kelemen (2007) describen como momentos históricos de fluidez estructural y alta contingencia, donde las restricciones habituales sobre la acción política se volatilizan, lo cual permite que las decisiones de los actores —en este caso, las dirigencias de la CGT y CGTP— tengan un impacto decisivo sobre el desarrollo institucional posterior.

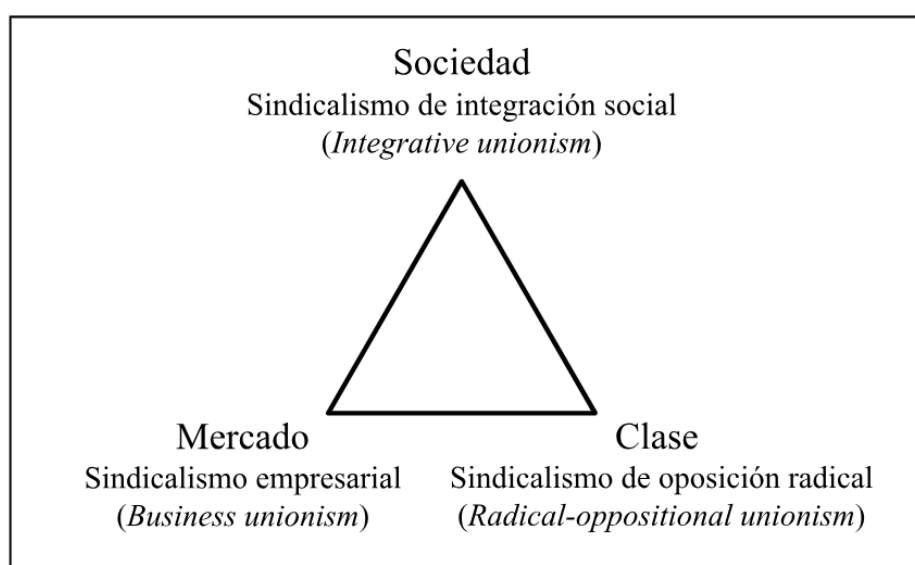
Para comprender estas trayectorias divergentes, esta investigación asume que la resiliencia no se explica exclusivamente a través de los tradicionales recursos de poder económico o político que los gremios ostentan frente al Estado. Como argumenta Duhalde (2015), resulta indispensable incorporar el análisis del «recurso organizativo», entendido como la capacidad de articulación y cohesión política interna de la institución sindical. Es esta dimensión organizativa la que permite a las centrales definir estrategias de acción unitarias y asegurar su supervivencia frente a escenarios adversos (Duhalde, 2015). No obstante, resulta fundamental precisar que la consolidación de este recurso no depende de manera exclusiva de la voluntad o capacidad de agencia del actor gremial, sino que se encuentra estructuralmente condicionada por el orden jurídico que rige y configura el «modelo sindical» en cada país (Florian, 2024). En este sentido, la dicotomía normativa entre un modelo estructurado sobre «sindicatos de rama» frente a uno centrado en «sindicatos de empresa» es de suma relevancia a la hora de explicar las posibilidades reales de acumulación de poder interno (Florian, 2024; Senén et al., 2021; Villavicencio, 2015).

En el marco de esta investigación, en cuanto a su delimitación temporal, se prioriza partir desde el momento de origen —gestación y consolidación de las centrales sindicales— y comprender las suficientes «coyunturas críticas» para poder establecer comparaciones significativas entre ambos casos. Así, se observa que los momentos de génesis se sitúan entre las décadas de 1930 y 1940, y que los episodios fundamentales mencionados se ubican en el tránsito hacia regímenes autoritarios y la posterior imposición de reformas neoliberales y ajuste estructural «por sorpresa» en las décadas de 1970 dilatándose hasta el albor de los años 2000 (Stokes, 2001). Asimismo, para comprender la divergencia estratégica entre ambas centrales, resulta indispensable recurrir a la tipología del «triángulo eterno» (*eternal triangle*) propuesta por Hyman (2001). Según el autor, las identidades e

ideologías sindicales —y, con ello, su *praxis*— se configuran en virtud de la tensión entre tres orientaciones fundamentales (ver Figura 1) el Mercado —la función económica de negociación colectiva—, la Clase —la movilización y oposición radical frente al capital— y la Sociedad —la integración institucional y el diálogo social— (Hyman, 2001). Desde un nivel puramente teórico, estos tres vértices del triángulo representan las orientaciones o «tipos ideales» de identidad sindical «pura», a raíz de un ejercicio analítico para imaginar cómo actuaría un sindicato si se aislara de forma exclusiva en uno solo de estos extremos.

Figura 1

«Triángulo eterno» y geometría del sindicalismo



Fuente: Elaborado a partir de Hyman (2001)

Siguiendo a Hyman (2001), en un primer escenario hipotético, si una organización se situara únicamente en el vértice del Mercado, operaría bajo la lógica de una agencia económica enfocada sustancialmente en la negociación colectiva de reivindicaciones económicas y condiciones de empleo. Bajo este formato, afín al «sindicalismo de negocios» o «empresarial» (*business unionism*), la función principal de la organización es regular el mercado laboral para asegurar beneficios económicos y contrarrestar la vulnerabilidad del trabajador frente al empleador, limitando su campo de acción a los intereses ocupacionales inmediatos, sin buscar transformaciones políticas mayores (Hyman, 2001). Por su parte, de situarse totalmente en el vértice de la Clase, la organización asumiría una identidad radical-opositora, erigiéndose como un ente de lucha que confronta a los empleadores en un marco de antagonismo interclasista, donde el objetivo del sindicato es desafiar el sistema de explotación capitalista, priorizando la militancia, la movilización sociopolítica y la defensa de los intereses de clase frente al capital y al Estado (Hyman, 2001). Finalmente, de responder con exclusividad al vértice de la Sociedad,

los sindicatos se entenderían a sí mismos como instituciones integradoras y como componentes esenciales del tejido social, buscando actuar como un vehículo de diálogo social y cooperación con el orden institucional, con miras a elevar el estatus de los trabajadores mediante la integración, el mantenimiento de la paz social y la promoción de la justicia, asumiendo cuotas de responsabilidad por la estabilidad sociopolítica y macroeconómica del sistema (Hyman, 2001).

Sin embargo, la propuesta fundamental del modelo del autor radica en que un cuerpo que descansa sobre un solo vértice resulta estructuralmente inestable, de modo que un sindicalismo puro de mercado o de negocios es inviable frente a severas crisis económicas; un sindicalismo puramente clasista resulta insostenible si no garantiza conquistas materiales inmediatas para sus bases; y un sindicalismo orientado exclusivamente a la integración social pierde legitimidad representativa si ignora las demandas de sus bases (Hyman, 2001). Por consiguiente, las organizaciones rara vez se ubican en los extremos —más que como abstracciones teóricas—, sino que construyen su identidad situándose dinámicamente dentro del triángulo formado por estos vértices, inclinándose hacia combinaciones y posicionamientos específicos para resolver sus tensiones internas (Hyman, 2001).

De esta manera, el polígono que se forma a partir de estos vértices de la «geometría sindical» de Hyman (2001) —Mercado, Clase y Sociedad— representa el campo de posibilidad en el que pueden ubicarse trayectorias de acción sindical diferenciadas. A propósito de exponer ello, el propio autor asocia a los lados de la figura tres casos paradigmáticos en la historia del sindicalismo europeo (Hyman, 2001). El primer lado, el eje Mercado-Clase, enmarca un accionar gremial de radicalismo reivindicativo que negocia bajo la presión constante del conflicto y que Hyman (2001) ilustra con el caso de Gran Bretaña, cuyo concepto articulador es la «negociación colectiva libre» (*free collective bargaining*), modelo donde los sindicatos utilizan su fuerza y militancia clasista para extraer beneficios económicos directos a los empleadores en el mercado, de tal forma que mantienen una autonomía frente a la intervención del Estado. El segundo lado, la convergencia Sociedad-Mercado, da lugar a un sindicalismo pragmático orientado al intercambio político, para cuya ejemplificación Hyman (2001) recurre al caso de Alemania y su paradigma de la «economía social de mercado» (*soziale Marktwirtschaft*). En este modelo, los sindicatos fungen como garantes del orden productivo, de tal manera que, si bien aceptan la lógica de la competitividad y la eficiencia del mercado, exigen a cambio una densa red de coestión institucional y de bienestar estatal que resguarde las relaciones laborales (Hyman, 2001). Finalmente, la articulación Clase-Sociedad supone el esfuerzo por proyectar la movilización obrera hacia transformaciones o responsabilidades sociales y políticas más amplias. Para el autor, este eje se ve representado por la trayectoria de Italia y su noción particular del «compromiso histórico» (*compromesso storico*) (Hyman, 2001). En este escenario, un sindicalismo

heredero de una fuerte identidad clasista y de oposición radical se ve forzado a moderar su accionar y establecer alianzas interclasistas y con el Estado a manera de salvaguardar el orden democrático y la estabilidad económica nacional, asumiendo un rol de integración en la sociedad civil y de cooperación institucional (Hyman, 2001).

Es así que, como lo demuestra el ejercicio empírico del autor, la utilidad metodológica de este modelo geométrico reside en su carácter dinámico, dado que asume, en principio, la posibilidad de distintas configuraciones posibles bajo las cuales enmarcar el accionar sindical, y además, que, ante coyunturas críticas y transformaciones macroeconómicas o radicales alteraciones sociales, las organizaciones sindicales se ven forzadas precisamente a reorientar su posicionamiento dentro del triángulo (Hyman, 2001). En ese sentido, y a modo de hipótesis, se sostiene que este desplazamiento estratégico —o la incapacidad de lograrlo— frente determinadas coyunturas críticas es lo que permitirá entender las trayectorias divergentes de resiliencia entre ambas centrales objeto de estudio (Collier y Collier, 1991; Capoccia y Kelemen, 2007). De esta manera, se argumenta que las diferentes decisiones estratégicas adoptadas por las centrales sindicales durante sus respectivas coyunturas críticas, entendidas en línea con Hyman (2001) como reubicaciones divergentes dentro del modelo geométrico propuesto, fueron determinantes de su devenir histórico y su situación vigente.

Según se desarrollará más adelante, en Argentina, la opción histórica por una vinculación orgánica con el poder político y la gestión de recursos corporativos impulsó a la CGT a desplazarse a lo largo del eje Mercado-Sociedad, lo que aseguró su supervivencia mediante un pragmático intercambio político. En contraste —y en los términos del modelo geométrico de Hyman (2001)— la férrea defensa de una autonomía confrontacional en el Perú confinó a la CGTP a un aislamiento estructuralmente inestable en el vértice de la Clase, careciendo de anclajes en los otros dos puntos. Estas herencias espaciales e ideológicas generaron legados institucionales difíciles de revertir, estableciendo trayectorias de dependencia (*path dependencies*) que encerraron a los sindicatos en lógicas particulares de reproducción organizativa (Capoccia y Kelemen, 2007), lo cual explica la brecha histórica de resultados, cuantificada en sus disímiles tasas de sindicalización. En suma, este marco permite rastrear cómo, ante estímulos externos análogos —dictaduras y neoliberalismo—, las distintas coordenadas de relacionamiento configuradas dentro del triángulo sindical condujeron a mecanismos causales divergentes, lo que devino en la alta resiliencia organizacional del modelo argentino frente a la vulnerabilidad y el colapso de la densidad sindical en el modelo peruano.

3. Análisis de casos: sindicalismo(s) en Argentina y Perú

La Confederación General del Trabajo (CGT) de Argentina y la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) representan dos trayectorias sindicales de notable relevancia histórica que, aunque similares en sus orígenes de lucha laboral y en su continuidad hasta el presente, han tomado caminos divergentes frente a las coyunturas críticas de rupturas autoritarias y abruptas reformas económicas neoliberales. Estas divergencias han devenido en resultados distintos con respecto al poder o capacidad de adhesión y movilización de ambas centrales, manifestada en términos formales de tasas nacionales de sindicalización. En el posterior análisis se argumenta que, en el caso argentino, la CGT consolidó su influencia al sostenerse sobre el legado previo de una estrecha vinculación política e institucional histórica con el peronismo, permitiéndole convertirse en un actor clave del sistema político argentino y disputando espacios de diálogo y negociación colectiva, así como de representación política. En contraste, lo que dilucida el caso peruano es que la CGTP, sin una vinculación política sólida robustecida por partidos y gobiernos precedentes, optó por una independencia relativa, adoptando una línea de sindicalismo más clasista y confrontacional, limitando su capacidad de negociación con el Estado peruano y restringiendo su impacto sobre la clase trabajadora, así como sus oportunidades de «resurgimiento» o «revitalización» post dictatorial y post ajuste estructural. La siguiente sección de la investigación explorará cómo estas diferentes estrategias de vinculación política han influido en sus niveles de sindicalización y poder de convocatoria, reflejando el papel crucial que juegan las alianzas políticas y la vinculación institucional en la fortaleza y alcance de los movimientos sindicales en América Latina, iniciando con el abordaje del caso argentino (CGT) y prosiguiendo con el análisis del caso peruano (CGTP).

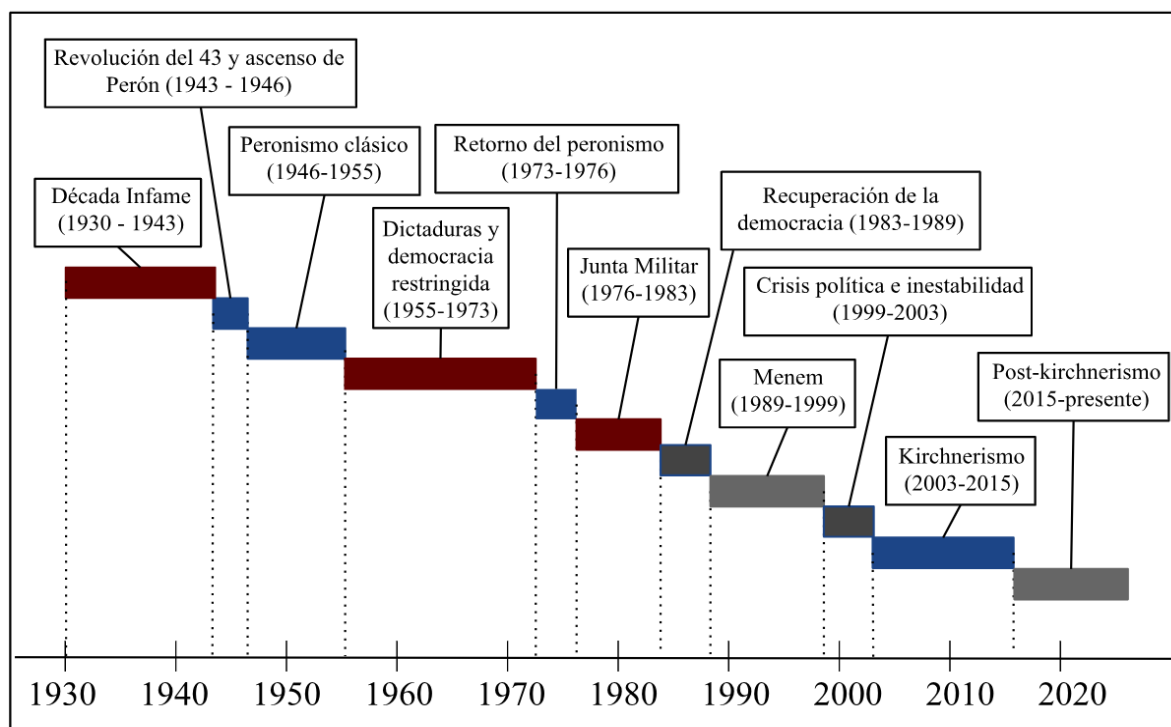
3.1 desarrollo del sindicalismo en Argentina y la Confederación General del Trabajo (CGT)

Para comprender la resiliencia organizacional de la CGT y su capacidad para mantener altas tasas de afiliación —en comparación con el caso peruano— es imprescindible analizar su trayectoria a través de las coyunturas críticas que redefinieron la relación tripartita entre Estado, mercado y sindicatos (Collier y Collier, 1991). A diferencia de otras experiencias regionales, el sindicalismo argentino consolidó un modelo de unicidad promocionada y una vinculación orgánica con el movimiento político peronista (Doyon, 1984; Fernández, 2010), lo que le otorgó recursos institucionales clave para sobrevivir a los quiebres democráticos y a las imprevistas reformas neoliberales de fin de siglo (Levitsky, 2003; Stokes, 2001). En las siguientes secciones se analiza esta trayectoria a través de los hitos históricos seleccionados.

El desarrollo inicia con el Peronismo clásico, marcado por su fase gestacional desde la Revolución del 43 y su triunfo formal en 1946. Este ciclo enfrentó su primera crisis ante el Golpe de Estado de 1955, lo que abrió una extensa etapa de proscripción y resistencia que se prolongó hasta 1973. A continuación, se aborda el retorno del Peronismo al poder, por un breve lapso de 1973 hasta 1976, abruptamente interrumpido por el advenimiento del segundo momento crítico, la dictadura de la Junta Militar y el período de terrorismo de Estado, de 1976 hasta la recuperación de la democracia en 1983. Durante este período, la CGT sufrió intervenciones estatales y una feroz estrategia persecutoria y represiva; sin embargo, empujada a la reorganización desde la clandestinidad en un contexto de hostilidad recrudescida, el movimiento obrero experimentó una fractura táctica entre sectores participacionistas —que propugnaban el diálogo y la concertación con el régimen— y a las confrontacionistas que lideraron la resistencia social. Tras la recuperación democrática de 1983 y un ciclo de fuerte confrontación sindical bajo el gobierno de Alfonsín, irrumpe la tercera coyuntura crítica. Distinta en naturaleza, pero análoga en su fuerza disruptiva, esta fase se consolida a partir de 1989 con el determinante y sorpresivo giro neoliberal del presidente peronista Carlos Menem. El impacto del «paquetazo neoliberal» —reformas económicas, políticas de austeridad, privatización y flexibilización laboral que afectaron a los sindicatos— lideradas por Menem no fue menor, dada la introducción de severas políticas de austeridad, privatización y flexibilización laboral que amenazaron las bases materiales del sindicalismo. A continuación, superando la crisis económica experimentada a comienzos de los años 2000, como punto de inflexión, se inicia el período del kirchnerismo en 2003, lo que dio inicio al momento conocido como «revitalización sindical», fenómeno que se extendió hasta 2015. Finalmente, el desarrollo histórico analizado concluye con el retroceso y la adopción de una postura de resistencia defensiva por parte de la central obrera ante el giro político hacia la derecha, inaugurado con el triunfo del liberal Mauricio Macri.

Figura 2

Procesos políticos de Argentina



En principio, el presente caso de análisis referido al desarrollo del sindicalismo argentino se caracteriza por un proceso de consolidación y fusión que dio origen a la Confederación General del Trabajo (CGT), la cual se ha mantenido como la central sindical dominante desde 1930 y consolidándose —hasta la fecha— como el actor gremial más importante del país. De esta forma ha mantenido una elevada tasa de sindicalización, que en 2018 registraba un promedio del 35 % en el sector privado y 46 % en el público (Tomada et al., 2018), aunque, como sostiene Orsatti (2025) también ha experimentado una reciente caída de densidad sindical no menor, por el contrario, muy marcada, de un sólido 45 % en los años 2010 y 2011 a un promedio, en comparación reducido, de 25 % en el período 2019-2023.

3.1.1 los orígenes sindicales, la revolución del 43 y el Peronismo clásico (1946-1955)

En cuanto al análisis histórico, durante las primeras décadas del siglo XX, el movimiento obrero en Argentina estaba dividido en diversas organizaciones, entre ellas la Confederación Obrera Argentina (COA) y la Unión Sindical Argentina (USA), que representaban corrientes sindicales diversas, activas entre 1922 y 1930. La búsqueda de unidad frente a la creciente represión y la urgencia de las demandas laborales culminó en la creación de la CGT mediante la fusión de la COA y la USA en 1930 (Dawyd, 2016; Doyon, 1984; Fernández, 2010). Una vez consolidada la

CGT como actor sindical único o «centralizador», resulta imprescindible resaltar el rol determinante que tuvo el auge del peronismo a la hora de robustecer las capacidades de la central sindical, así como afianzar y profundizar diversos vínculos con el aparato político, tanto de representación directa como espacios de mediación, diálogo y de negociaciones colectivas (Dawyd, 2016; Doyon, 1984; Senén et al., 2021). Tal como sostiene la presente investigación, es precisamente este modelo de relacionamiento el que actúa como el diferenciador crítico y explicativo de la disparidad de resultados entre ambos casos de análisis, en cuanto al alcance de la afiliación sindical.

Ahora, sería imposible hacer una suerte de «historia mínima» del desarrollo del sindicalismo argentino sin un capítulo fundamental, comenzado *in media res* por el ascenso del General Juan Domingo Perón, siempre estrechando la mano de alianza con su base social trabajadora, como punto de partida para la sindicalización masiva en Argentina (Murmis y Portantiero, 1974; Doyon, 1988). Según Fernández (2010), el ascenso peronista representó el inicio del «período que cambiaría las formas organizativas y la ideología del movimiento obrero organizado [...] gracias al apoyo popular que recibieron las muchas leyes sociales dictadas» (p. 18). Ahora bien, incluso antes de su victoria electoral formal en 1946, el peronismo como fuerza política experimenta su coyuntura fundacional en el ocaso de la denominada «Década Infame» de gobiernos conservadores y la irrupción de la Revolución Militar del 4 de junio de 1943, de orientación nacionalista (Fernández, 2010; Levitsky, 2003). Este quiebre institucional, impulsado por el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), puso fin a la hegemonía de la burguesía terrateniente y agroexportadora que mantenía al movimiento obrero marginado mediante el fraude electoral y la exclusión política (Fernández, 2010; Levitsky, 2003).

Hasta ese momento, los sindicatos enfrentaban un entorno hostil caracterizado por la represión gubernamental y la férrea resistencia patronal, lo que limitaba severamente su inserción en el creciente sector industrial; sin embargo, la designación del entonces coronel Juan Domingo Perón al frente de la recién creada Secretaría de Trabajo y Previsión a fines de 1943 alteró radicalmente la matriz de las relaciones laborales (Doyon 1984, 1988; Fernández, 2010; Levitsky, 2003). Desde esta plataforma estatal, Perón abandonó el tradicional abstencionismo gubernamental para impulsar activamente un proyecto de sindicalización masiva (Doyon, 1984). El Estado comenzó a proveer asistencia legal a las organizaciones obreras, forzó a los empresarios a sentarse en mesas de negociación colectiva y sancionó un cuerpo sin precedentes de derechos sociales (Doyon 1984; Fernández, 2010; Levitsky, 2003). Fernández (2010) sostiene con claridad que «la ejecución de la política justicialista de desarrollo nacional implicaba la incorporación activa del sindicalismo, siendo la ley de asociaciones profesionales de 1945 el instrumento para realizar esa integración» (p. 19). De manera que se impulsó una alianza

estratégica con la vieja guardia sindical, que culminó en el Decreto 23.852/45, normativa que otorgó el monopolio de la representación o «personería gremial» al sindicato más representativo por rama de actividad, centralizando el poder en la CGT y desalentando la fragmentación (Fernández, 2010). Sobre ello, señala lo siguiente:

[...] estableció el control del Estado sobre los ingresos y gastos de la organización sindical, además de la capacidad otorgada al Ministerio de Trabajo de adjudicar y retirar personerías gremiales [...] se otorgó al sindicalismo mayoritario por rama de actividad, afirmando desde el Estado la voluntad de estructurar un movimiento sindical unido e impidiendo la atomización de los intereses obreros. La medida más avanzada de esta legislación fue reconocer al sindicalismo el derecho de participar en política, con lo cual el Estado asumía, por primera vez, el contenido político de las luchas sindicales. (Fernández, 2010, p. 19)

Los sindicatos, por medio de la presión colectiva y tras protagonizar la histórica movilización del 17 de octubre de 1945, obtuvieron la libertad de Perón el mismo año, y anticipándose a las elecciones «formaron el Partido Laborista [luego disuelto y reconstituido como el Partido Justicialista] para apoyar la candidatura del jefe militar transformado en fundador de una nueva organización política» (Fernández, 2010, p. 18) que logró su llegada al poder democráticamente en 1946 (Levitsky, 2003). Desde entonces, Perón desarrolló e implementó gran parte del programa sindical histórico de Argentina, que convirtió al movimiento obrero sindicalizado en la verdadera fuerza motriz del partido peronista, «[adquiriendo] un claro *status* dentro de las estructuras de dirección del partido» (Dawyd, 2016, p. 54).

El impacto cuantitativo fue inmediato y profundo, como se explicita en las investigaciones sociohistóricas de Doyon (1988), quien registra que la afiliación evolucionó de un aproximado de 80 mil cotizantes en 1943 a casi 900 mil en 1946 —posterior a la ley de asociaciones profesionales—, a 1.5 millones en 1947, a casi 2 millones en 1950 y alcanzando un pico de 4 millones en 1955, en el momento cúspide del peronismo clásico (Doyon, 1988; Fernández, 2010; Santella y Montes de Oca, 2020). Lo que, en términos porcentuales, muestra un marcado crecimiento, pasando de un magro 4 % inicial en 1935, duplicando la tasa a un 8 y 9 % en 1944 y 1945, respectivamente, y dando un salto sustancial a partir de 1946, donde se registra un significativo 19.15 % que evoluciona a 25 % en 1947; 30.5 % en 1948 y a un elevado 42.5 % en 1954, identificado como momento cúspide del peronismo clásico (Campos y Orsatti, 2014; Doyon, 1988).

Sin lugar a duda, el proceso histórico expresa cómo a lo largo de los años la CGT conquistó un lugar destacado en la estructura gubernamental, logrando representación directa en el gabinete y un bloque sindical que llegó a ocupar un tercio de los escaños parlamentarios (Levitsky, 2004). Este período excedió la

mera masificación de la organización para consolidar una gran politización de la estructura sindical, integrándola como la «columna vertebral» del movimiento peronista (Fair, 2009). Los sindicatos, al trascender la discusión superficial y circunscrita al rubro económico de las disputas salariales, llegaron a gestionar sus recursos de bienestar e incluso a ocupar directamente cargos legislativos y ejecutivos, consolidando una identidad política tanto significativa como perdurable (Fernández, 2010). De la misma manera, resulta vital destacar, además de los vínculos políticos externalizados —o los nexos en sí—, las consecuencias a nivel interno o estructural que estos trajeron a la propia central sindical.

Se observa que, como resultado de esta proximidad y representación efectiva bajo el partido peronista, de 1945-1955 «la única tendencia en los sindicatos fue el propio peronismo y como se nucleaba en la CGT, no había necesidad de nucleamientos sindicales al margen de la central única, que al mismo tiempo era la rama sindical del movimiento peronista» (Dawyd, 2016, p. 59). En este sentido, la vinculación política de la CGT, que operaba como actor sindical principal y centralizador de la clase trabajadora, con el partido peronista, permitió el robustecimiento de su estructura y su consolidación efectiva como actor protagónico del movimiento obrero argentino en general (Doyon, 1984; Fernández, 2010; Senén et al., 2021). Se observa, en síntesis, que «la hegemonía política entre los trabajadores les ganó la hegemonía sindical» (Dawyd, 2016, p. 54) y el subsecuente estatus privilegiado dentro de la estructura partidaria. Ello, se sostiene, sería lo que actúa como factor decisivo a la hora de abordar las diferencias ulteriores entre capacidad o poder de sindicalización entre ambos casos de estudio.

Como vemos, bajo este período, el movimiento obrero experimentó un proceso importante de autodescubrimiento identitario y de jerarquización política. Según Fernández (2010), este hito permitió que el sindicalismo tomara «conciencia de su poder, su dignidad y su lugar en la historia nacional, y por primera vez, [sea] partícipe del sistema de poder estatal» (p. 20). En esta etapa se forjó un sólido sindicalismo de masas con una capacidad de movilización inmediata a través de complejos aparatos de dirección gremial (Fernández, 2010). Esta unificación orgánica impulsó, a su vez, una acelerada profesionalización de la dirigencia gremial (Doyon, 1984). Sin embargo, este fortalecimiento institucional trajo consigo tensiones estructurales, de modo que la autonomía política se vio restringida en favor de una creciente burocratización y un acentuado pragmatismo en sus liderazgos que, si bien facilitaba la negociación estatal, también propiciaba la intolerancia hacia la disidencia interna (Doyon, 1984; Fernández, 2010). En palabras de Fernández (2010) se pretendía «unificar el sindicalismo a toda costa y eliminar todo tipo de oposición a la conducción mayoritaria de la CGT» (p. 21). Así también, en última instancia, la celeridad con la que el gremialismo adquirió poder económico y político derivó en hábitos administrativos «proclives a la

arbitrariedad y, a veces, a la corrupción» (Fernández, 2010, p. 21) que, a largo plazo, terminarían por erosionar la credibilidad de los cuadros dirigentes y marcarían la cultura política de las generaciones sindicales sucesoras mediante una tendencia a la componenda y confusión ideológica.

3.1.2 El golpe y la revolución antiperonista: resistencia en dictaduras y democracia restringida (1955-1973)

La irrupción del golpe de Estado cívico-militar en septiembre de 1955 inauguró la primera gran coyuntura crítica para el sindicalismo argentino. Con el derrocamiento y posterior exilio de Juan Domingo Perón, se inició una etapa signada por la proscripción del Partido Justicialista y una hostilidad legal e institucional explícita orientada a la desarticulación del poder sindical, «cuando los proyectos de la autodenominada “Revolución Libertadora” y sus intentos de “desperonizar” la sociedad [pusieron] en funcionamiento una serie de dispositivos represivos a niveles desconocidos hasta ese momento en la Argentina» (Damin, 2010, p. 2) En la práctica, la estrategia del régimen dictatorial consistió en la intervención estatal de la CGT y de sus principales federaciones, la anulación de la legislación laboral y la proscripción de miles de dirigentes gremiales de la primera línea (Fernández, 2010). Trajtemberg y Borroni (2013) hablan de una línea gubernamental orientada por «sucesivas y periódicas suspensiones, intervenciones y limitaciones del accionar sindical, [con el objetivo de] despolitizar a los sindicatos, fomentando un sindicalismo gremialista, intentando quebrar a la línea peronista» (p. 43). Sin embargo, el objetivo de disciplinar a la fuerza de trabajo fracasó debido, fundamentalmente, a la capacidad de repliegue táctico del movimiento obrero y su resistencia organizada desde las bases y las comisiones internas (Duhalde, 2018). Frente a la intervención de las cúpulas sindicales por el régimen militar de 1955, el eje de la representación y la defensa obrera se vio obligado a desplazarse hacia las bases, en específico hacia las comisiones internas y los cuerpos de delegados en las fábricas. Tal como postula James (1981, como se citó en Duhalde, 2018) estas estructuras asumieron el rol de organizar y expresar la resistencia frente a los ataques directos sobre las condiciones de trabajo y la ofensiva antiperonista del gobierno, convirtiéndose efectivamente en el núcleo celular de la «Resistencia peronista» entre 1955 y 1958.

A mediano plazo, el vacío dejado por la ausencia del liderazgo emblemático de Perón y la proscripción del partido obligó a los sindicatos a asumir un doble rol funcional que terminaría por robustecer su poder institucional, el denominado «doble juego» (James, 2005, como se citó en Morris, 2018). Como bien establece Murillo (2013), ante escenarios de regímenes no democráticos, el vacío de representación deviene con rapidez una oportunidad estratégica, a partir de la cual los sindicatos condensan y canalizan las demandas del sector obrero que no

hallan otras vías de expresión. De este modo, al clausurarse el sufragio individual y las vías institucionales clásicas, las organizaciones sindicales actuaron, además de como representantes corporativos de los trabajadores, como la cabeza política de hecho y el único canal de expresión institucional del movimiento peronista en la era posterior a 1955 (Morris, 2018).

En el plano organizativo, esta doble representación se materializó tras el frustrado Congreso Normalizador de 1957, que dio origen a las «62 Organizaciones», el brazo político-sindical del peronismo que disputó el liderazgo frente a los gremios antiperonistas, nucleados institucionalmente en los llamados «32 Gremios Democráticos». (Dawyd, 2016; Levitsky, 2003). En este contexto de clandestinidad política y semilegalidad sindical, emergió un nuevo tipo de dirigencias caracterizadas por su aproximación realista al poder de turno, bajo el cual los colectivos obreros mantuvieron un estilo sindical que, según James (2005, como se citó en Morris, 2018) «combinaba negociación, pragmatismo y aceptación de los hechos crudos de la *realpolitik* [gobernante]» (p. 15). La figura arquetípica de esta era fue Augusto Vandor, líder de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), quien consolidó una estrategia de «golpear y negociar», táctica que consistía en utilizar la capacidad de movilización y la huelga general como elementos de presión para forzar a los débiles regímenes militares y civiles —como el gobierno de Frondizi o el de Illia— a sentarse a la mesa de negociaciones y asegurarse concesiones corporativas (Bozza, 2009; Fernández, 2010).

Ahora bien, una particularidad que señala James (1988 y 2006, como se citó en Duhalde 2018), está en que esta «resistencia sindical», postergando una crítica estructural al capitalismo, operó más bien como una acción colectiva de carácter eminentemente defensivo. El objetivo primordial de los trabajadores en los grandes centros urbanos fue la preservación del estatus y los derechos sociolaborales conquistados durante el decenio previo con el peronismo, reaccionando ante las políticas de racionalización productiva, despidos y represión del gobierno *de facto* (Duhalde, 2018). En este sentido, la demanda de las bases, contraria a dirigirse hacia una búsqueda ambiciosa de ruptura o transformación radical del orden social, apuntó a la restauración de los principios de justicia social y armonía de clases, pilares identitarios del peronismo que servían como marco de resistencia frente a la ofensiva autoritaria (James 1981, como se citó en Duhalde, 2018).

Durante los dieciocho años de este período, que puede denominarse como un episodio de «dictaduras y democracia restringida», la presidencia fue ocupada por diversos mandatarios, en una inestable sucesión que intercaló dictaduras militares —Lonardi, Aramburu, Onganía, Levingston, Lanusse— y frágiles gobiernos civiles —Frondizi, Guido, Illia—. Estos últimos fueron productos de una democracia espuria, en tanto se operaron bajo la estricta prohibición de la principal fuerza política de la nación (Fernández, 2010). Como correlato, el escenario nacional

experimentó un aumento significativo de la conflictividad social, la violencia política, el surgimiento de guerrillas y la represión estatal, exacerbada hacia finales de los 60 (Bozza, 2009; Fernández, 2010). Además, como destaca Duhalde (2018), el período se vio marcado por el Plan CONINTES —Conmoción Interna del Estado—, un régimen represivo, secreto en sus inicios, aplicado a partir de 1958 y legislado formalmente desde 1960, utilizado para facilitar la represión militar de las movilizaciones sociales. El plan, continuado por su sucedánea ley de «Represión de las Actividades Terroristas», se constituyó enfocado en la contención violenta de lo que se catalogó como «disturbios internos» (Cavarozzi, 2001, como se citó en Leibman, 2006). Bajo esta noción, se reprimieron protestas obreras, huelgas, manifestaciones estudiantiles, ciudadanas, o actividades ligadas a grupos de izquierda y a la resistencia peronista. Para diversos autores, esta maquinaria represiva representó el antecedente efectivo del terrorismo sistemático de Estado que se recrudecería en años posteriores (Damin, 2010). No es difícil dilucidar que, en la práctica, el objetivo explícito de estas medidas era cerciorarse el disciplinamiento de la fuerza de trabajo y la desarticulación de la organización política peronista, de base obrera, que resistía a la proscripción, identificando a los trabajadores organizados como «enemigo interno» de la nación (Leibman, 2006; Damin, 2010).

La necesidad de adaptarse a contextos tan volátiles generó fracturas en la cúpula sindical. Según Fernández (2010; 2023), se delinearon diversas tendencias, gestando divisiones internas entre el ala «dialoguista» del participacionismo¹ —proclive a la subordinación y cooperación con el Estado para asegurar la supervivencia corporativa— y el vandorismo² —negociador y pragmático—, y

1. Fernández (2023) define al «participacionismo» como un modelo sindical que representa la ruptura de la autonomía política frente al Estado en favor de una lógica corporativa, caracterizado por su subordinación al Estado y su cooperación con los sectores dominantes del capital. Esta tendencia pragmática y burocratizada se distingue porque supedita la acción política a la obtención de beneficios estatales, priorizando la defensa de intereses corporativos y sectoriales por sobre la lealtad ideológica, en defensa de una notable permeabilidad para la negociación que los llevó a mantener vínculos pragmáticos con regímenes *de facto* y a adoptar una actitud de oposición pasiva frente al autoritarismo en pos de asegurar su supervivencia institucional, la consolidación de sus propios aparatos de dirección y su poder económico (Fernández, 2023). Estos gestos, que a menudo boicotearon la unidad sindical, consolidaron un modelo de gestión gremial que trascendió al peronismo, buscando interlocución con cualquier actor de poder que garantizara la expansión de sus intereses sectoriales (Fernández, 2023).
2. La tendencia «vandorista» es caracterizada por Fernández (2023) como una corriente negociadora basada en el poder de los sindicatos industriales que intentó, sin éxito, suplantarse la conducción política del peronismo «ortodoxo». A diferencia de otros sectores más subordinados, el vandorismo aspiraba a una autonomía política que le permitiera influir en las decisiones estatales; no obstante, el autor subraya que no logró disciplinar a sus bases ni equilibrar las demandas de aquellas con las exigencias del gran capital dominante, lo que terminó por erosionar su margen de maniobra —más aun ante crisis económicas como en 1975—. Ello involuntariamente aceleró el apoyo empresarial al posterior golpe de Estado de 1976, lo cual facilitó la ofensiva autoritaria y neoliberal (Fernández, 2023).

sectores confrontacionistas y combativos. En ese contexto, la instauración de la Revolución Argentina (1966) —dictadura presidida por el General Juan Carlos Onganía— que además del clima represivo, creó condiciones materiales adversas que terminaron por profundizar las divisiones internas del movimiento obrero (Bozza, 2009; Fernández, 2010). En esa línea, siguiendo a Bozza (2009), el plan económico implementado por el régimen, que incluyó congelamiento salarial, eliminación de subsidios, racionalización del Estado y suspensión de paritarias, asestó un duro golpe a los trabajadores, cuyos intentos de movilización y huelga fueron contestados con represión, la intervención militar de los sindicatos y el encarcelamiento de varios dirigentes (Bozza, 2009).

No obstante, «la intempestiva reacción antisindical no engendró medidas de solidaridad por parte de la CGT, dominada por dirigentes acostumbrados a la negociación con los militares» (Bozza, 2009, p. 186). Ante la actitud vacilante y complaciente del vanderismo y el participacionismo, entró en ebullición el malestar y la disidencia en las bases más confrontativas. Esto condujo a la escisión del movimiento obrero en el Congreso Normalizador de marzo de 1968, dando nacimiento a la «CGT de los Argentinos» frente a la oficialista «CGT de Azopardo» —vanderistas y participacionistas— (Fernández, 2010). La nueva central aglutinó a los sectores más combativos y ensayó un programa de liberación antiimperialista, forjando alianzas con el movimiento estudiantil, federaciones universitarias y estratos medios radicalizados (Bozza, 2009). Asimismo, a la luz de una orientación descentralizadora, la organización incluyó a militantes y sectores del sindicalismo de las provincias dentro de los núcleos más combativos de la organización gremial, ampliando las manifestaciones de resistencia sindical y protesta social contra la dictadura a las regiones. De esta forma, se logró aglutinar en provincias periféricas como Mendoza a importantes gremios locales para disputar la hegemonía del movimiento obrero frente al colaboracionismo vanderista (Bozza, 2009; Emili, 2011). Por ello, fue crucial la reciprocidad y solidarización desarrollada entre los trabajadores, a través de la estructura sindical y los estudiantes, mediante sus respectivas federaciones.

En el marco de esta alianza, los reclamos de índole gremial se potenciaron con la estrategia política antidictatorial, en la cual se inscribieron las acciones por la recuperación de las libertades democráticas, los reclamos por la liberación de los presos políticos, gremiales y estudiantiles, la derogación de la ley universitaria prohijada por el régimen, las campañas contra la censura y el oscurantismo cultural, etc. (Bozza, 2009, p. 199)

Esta radicalización encontró su punto culminante en el «Cordobazo» —mayo de 1969—, una rebelión popular masiva en la capital provincial, gatillada «tras un encadenamiento de decisiones gubernamentales irritantes, agravios originados por conductas de empresarios, represiones al movimiento estudiantil y reacciones

conjuntas de trabajadores y estudiantes» (Bozza, 2009, p. 199). Semejante estallido social hirió de muerte al proyecto político de Onganía, lo que generó una crisis de legitimidad que debilitó su poder irreparablemente, y pavimentó el camino definitivo hacia su deposición poco más de un año después, en junio de 1970 (Fernández, 2010). Tras el impacto del «Cordobazo» el gobierno militar intentó recomponer su autoridad cediendo a las presiones del sindicalismo participacionista y vanderista (Fernández, 2010). Siguiendo al autor, aun con las intervenciones y estocadas que asestó el régimen a la organización sindical —a causa de las cuales la «CGT de los Argentinos» se hallaba disgregada en la clandestinidad y descabezada por la detención de su secretario general, y, por su lado, la «CGT de Azopardo» bajo tutela estatal tras la muerte de su líder—, el cuerpo trabajador agremiado no cesó en su resistencia (Fernández, 2010). Por el contrario, al canalizar el bullente descontento popular, en octubre de 1970, el vanderismo convocó un paro general, cuya presión consiguió que el gobierno ceda y otorgue nuevas concesiones, entre ellas la promulgación de la crucial Ley de Obras Sociales —que otorgó a los sindicatos el manejo de millonarios fondos para la administración de la salud— dotándolos de una sólida base económica y administrativa que afianzó de modo definitivo su estructura burocrática (Fernández, 2010). Ello, sumado a la estructura unificada de la CGT, que trascendía a sus disputas internas, permitió mantener la cohesión organizativa (Fernández, 2010; Bozza, 2009). De ese modo, con nuevos y más significativos recursos institucionales a su disposición, y habiendo demostrado su capacidad de presión y de veto efectivo sobre las decisiones gubernamentales, la CGT —liderada por el vanderismo y el participacionismo— emprendió su normalización, iniciando el movimiento de retorno a su rol movimientista para forzar, finalmente, la transición democrática (Fernández, 2010).

Con la destitución de Onganía a mediados de 1970, se hizo necesario para las Fuerzas Armadas recuperar algo de legitimidad precedida de una «salida política democrática a la explosiva situación generada por la primera etapa de la Revolución Argentina» (Fernández, 2010, p. 29). A raíz de ello, la CGT resolvió subordinar su accionar al movimiento peronista, lo que condujo a la recomposición de las «62 Organizaciones» como brazo gremial del Partido Justicialista. Esta organización lideró el retorno democrático y, con él, el regreso de Perón al país en 1973 (Fernández, 2010). Sin embargo, este giro hacia una estrategia netamente partidaria o «movimientista» enfrentó resistencias internas que pusieron a prueba la cohesión de la central. Por un lado, el sector participacionista se resistía a abandonar sus convenientes lazos con el esquema político del gobierno militar, mientras que, en el extremo opuesto, los sectores combativos presionaban por mantener un perfil de confrontación enfocado en reivindicaciones económicas radicales (Fernández, 2010). Pese a estas tensiones centrífugas, la resiliencia de la estructura sindical quedó demostrada durante el proceso electoral, puesto que el proyecto político moderado del vanderismo, al contar con el respaldo directo

de Perón, logró imponerse y disciplinar a las filas internas (Fernández, 2010). Los participacionistas terminaron subsumiéndose a la conducción oficial de la central, logrando aislar a las facciones más radicales o marxistas, las cuales quedaron reducidas a una ínfima minoría de federaciones marginadas de la estructura de poder hegemónica de la CGT (Fernández, 2010).

3.1.3 Primer intersticio: breve retorno peronista, pacto social y preludeo autoritario (1973-1975)

El retorno del peronismo al poder en 1973 reactivó la alianza orgánica entre el Estado y los sindicatos, pero bajo un escenario sociopolítico en gran medida tensionado. Según Trajtemberg y Borroni (2013), esta etapa se vio marcada por la implementación del Pacto Social, un acuerdo tripartito en el más alto nivel institucional entre la CGT, la central empresaria (CGE) y el Estado, pacto que reemplazó temporalmente la libre discusión de los niveles salariales en convenciones colectivas por un esquema centralizado, lo que estableció un aumento inicial, seguido de un congelamiento de precios y de las paritarias por dos años, sujetando futuros incrementos a la productividad. El objetivo gubernamental tangibilizó un esfuerzo bifurcado; por un lado, dirigido a frenar el proceso inflacionario, recomponiendo el poder de compra de los asalariados, y, por otro, a amortiguar la creciente conflictividad sindical que había caracterizado el devenir de los años previos (Trajtemberg y Borroni, 2013).

Para asegurar el cumplimiento de este pacto y mantener el control sobre un movimiento obrero cada vez más heterogéneo, la Ley de Asociaciones Profesionales fue reformada para así fortalecer aún más la centralización y la disciplina vertical de la cúpula de la CGT (Fernández, 2010; Trajtemberg y Borroni, 2013). Esta concentración de poder organizativo fue vital para la dirigencia tradicional a la luz del enfrentamiento de uno de sus mayores desafíos, que sería la creciente contestación de bases radicalizadas, fuertemente influidas por el peronismo combativo y por ideologías clasistas —ejes marxistas y trotskistas— (Fernández, 2010). Según el autor, frente a esta corriente contestataria y de mayor ánimo de beligerancia, la conducción ortodoxa cegetista apeló a la manipulación antidemocrática e, incluso, a la represión de los militantes maximalistas, lo que, si bien aumentó su desprestigio, en paralelo le permitió retener el control monopólico del aparato institucional organizativo (Fernández, 2010).

Sin embargo, tras la muerte de Perón en julio de 1974, el equilibrio que hasta ese entonces hallaba sostén en su liderazgo carismático se quebró de manera, en apariencia, irreversible (Trajtemberg y Borroni, 2013). Durante la presidencia de Isabel Martínez de Perón, el gobierno dio un brusco giro político y económico hacia la derecha, bajo la crucial influencia del ministro de Bienestar Social, José López Rega (Larraquy, 2007). Tras lograr hegemonizar el gabinete nacional con hombres de

su confianza, se erigió como el arquitecto de la sanguinaria Alianza Anticomunista Argentina —Triple A—, una organización parapolicial de ultraderecha dedicada a la eliminación sistemática de cualquier disidencia vagamente etiquetada como «izquierdista» (Larraquy, 2007; López de la Torre, 2020). Bajo su mando, la «Triple A» desplegó un incipiente terrorismo de Estado que no limitó su accionar persecutorio a organizaciones armadas, sino que extendió su violencia —mediante amenazas, atentados, asesinatos selectivos, ejecuciones sumarias y desapariciones forzadas— hacia un espectro civil de vasta amplitud de «opositores», incluidos intelectuales, artistas, periodistas, estudiantes, líderes religiosos de la teología de la liberación y activistas de diversas causas sociales. Acción que se enmarcó dentro de una «limpieza moral» y política (Merele, 2016; Zicolillo, 2013).

De ese modo, bajo la administración de «Isabelita» además de inaugurarse los «decretos de aniquilamiento» y los primeros centros clandestinos de detención, se consolidó con ello un palpable *modus operandi* de represión estatal sistemática (Merele, 2016). Esta mecánica de tortura, secuestro y ejecución extrajudicial de todo aquel sobre quien se imponga el apelativo de «subversivo», dejó de ser un hecho aislado para transformarse en el engranaje inicial que sentaría las bases logísticas y doctrinarias de lo que, seguidamente, devendría práctica generalizada; germen de un infame legado autoritario y del terrorismo de Estado institucionalizado (Novaro y Palermo, 2003, como se citó en Leibman, 2006).

Este giro a la derecha, a su vez, se materializó en el llamado «Rodrigazo» de 1975, un plan de ajuste brutal impulsado por el ministro de economía Celestino Rodrigo, que consistió en una fuerte devaluación de la moneda que destruyó la capacidad de compra del salario, desencadenando un serio deterioro de las condiciones de vida, acompañada de la negativa del Estado a homologar los aumentos salariales que los sindicatos habían acordado previamente en paritarias (Trajtemberg y Borroni, 2013). Es en esta coyuntura donde la resiliencia organizativa y el poder de veto de la CGT se manifestaron con mayor contundencia, de tal manera que, ante la amenaza directa a las bases materiales y condiciones de vida de sus representados agremiados, la CGT demostró una notable autonomía táctica, en el momento en que la lealtad partidaria cedió ante la defensa corporativa (Trajtemberg y Borroni, 2013). En una decisión sin precedentes, la central obrera convocó al primer paro general en la historia contra un gobierno peronista, forzando al Estado a ceder y habilitando la apertura de la ronda de negociaciones de 1975 (Trajtemberg y Borroni, 2013). El proceso de negociación colectiva que siguió fue masivo y operó bajo un patrón de negociación imitativo (*pattern bargaining*), donde los acuerdos logrados por el poderoso sindicato metalúrgico sirvieron como caso testigo para el resto de los gremios (Trajtemberg y Borroni, 2013). Para poder dimensionar la magnitud de estas negociaciones, se debe hacer mención de que se firmaron más de 600 convenios que comprendieron a más de 5 millones de asalariados, consolidando

una presión institucionalizada que logró que los salarios reales crecieran un 60 % en ese periodo y que los trabajadores lograran que la participación asalariada en el producto nacional alcanzara un máximo histórico (Trajtemberg y Borroni, 2013).

A pesar de este triunfo en la defensa corporativa de los obreros, el sindicalismo mostró evidentes limitaciones en el plano propiamente político. Aunque dirigentes próximos a la conducción sindical ocuparon carteras clave como el Ministerio de Trabajo y el de Economía entre agosto de 1975 y enero de 1976, se mostraron impotentes para estabilizar la crisis económica ante la presión del empresariado y el descontrol inflacionario (Fernández, 2010; Torre, 2004). El período concluyó en un estado de profunda anomia, legando un sindicalismo fracturado y burocratizado quedó aislado en medio del fuego cruzado entre la violencia de la guerrilla, el terrorismo paraestatal y la campaña de desprestigio impulsada por los sectores del capital que preparaban el camino para el golpe cívico-militar de marzo de 1976 (Fernández, 2010; Torre, 2004; Novaro y Palermo, 2003).

A modo de balance, la coyuntura 1973-1976 resulta de especial importancia para la presente investigación porque demuestra que el modelo de vinculación política de la CGT no implicaba sumisión acrítica. Los dirigentes sindicales argentinos lograron mantener el nivel de ingresos y el empleo apelando a su capacidad de movilización y al poder de veto económico-social (Fernández, 2010; Torre, 2004). A diferencia de otras centrales en la región, la CGT demostró que su resiliencia dependía de su capacidad para confrontar incluso a su propio partido de gobierno cuando las políticas —en este caso de claro tenor liberal ortodoxo— amenazaban su supervivencia institucional y las condiciones materiales de sus bases trabajadoras. (Trajtemberg y Borroni, 2013).

3.1.4 El «Proceso de reorganización nacional»: dictadura militar y terrorismo de Estado (1976-1983)

Más adelante en su desarrollo histórico, el vínculo privilegiado del sindicalismo con el Estado y la política enfrentaría serios desafíos con las transiciones al autoritarismo. El golpe de Estado de 1976, que derrocó al gobierno constitucional de Isabel Perón, representó el advenimiento de una nueva coyuntura crítica, signada por el ataque más feroz contra el movimiento obrero argentino. El objetivo central del autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» fue disciplinar a la fuerza laboral mediante el terrorismo de Estado y una reestructuración económica regresiva (Fernández, 2010). Esta etapa marcó la llegada de las primeras políticas neoliberales que introdujeron reformas orientadas a la liberalización económica, el ajuste estructural, la desindustrialización y, finalmente, el debilitamiento sistemático de las estructuras sindicales (Azpiazu y Schorr, 2010; Basualdo, 2013; Fernández, 2010). Sin cabida a dudas, este golpe de Estado cívico-militar tuvo como uno de sus principales objetivos terminar con el poder que habían alcanzado

los trabajadores en las fábricas y en los espacios laborales (Duhalde, 2018). Al principio, el quiebre institucional contaba con el apoyo del bloque social dominante —incluida la fracción de la burguesía nacional que antes había apoyado el retorno del peronismo— y de amplios sectores de las clases medias; sin embargo, la puesta en práctica del plan económico del «Proceso» erosionó con presteza esos apoyos (Fernández, 2010).

El plan económico del ministro Martínez de Hoz, se desplegó gradualmente por medio de una profunda reforma financiera y una sostenida apertura arancelaria, logró establecer los mecanismos fundamentales que terminaron por reorganizar la economía nacional, para así transferir el poder hacia el sector del capital financiero e intentar poner fin a cuarenta y seis años de regulación estatal mediante la imposición de una economía de mercado orientada a la especulación (Fernández, 2010). Esta transformación estructural se evidenció en tres tendencias letales para las bases materiales del sindicalismo; en principio, una profunda desindustrialización que paralizó el 30 % de la actividad manufacturera, la cual fue concebida como un proyecto refundacional deliberado por parte del poder económico para desarticular el patrón de acumulación que le otorgaba poder estructural a la clase obrera (Basualdo, 2013; Schorr, 2013; Azpiazu y Schorr, 2010); seguido del incremento de la actividad especulativa por encima de la inversión productiva; y por último, una considerable reducción del salario real, que hacia 1981 había caído entre un 20 % y un 30 % en relación a los niveles de 1974 (Fernández, 2010).

A pesar de la intervención de la CGT, la suspensión de garantías y la persecución abierta, la resiliencia organizativa del sindicalismo impidió su desaparición total. Para 1976, inmersos en un clima de profunda desmovilización y miedo inducido por la represión sistemática y la desaparición de miles de asalariados —muchos de ellos secuestrados en los propios lugares de trabajo bajo la complicidad de sus patrones (Basualdo, 2006; Duhalde, 2018; Gilly, 1998)—, algunos dirigentes que no habían sido encarcelados —el «Grupo de los Diez»— intentaron infructuosamente establecer un diálogo con el gobierno para asegurar la supervivencia de los aparatos sindicales (Fernández, 2010). Ante el fracaso de estas gestiones y el deterioro de la situación socioeconómica, emergió una persistente oposición obrera a la dictadura (Pozzi, 1988) que experimentó una división estratégica; por un lado, surgió la «Comisión de los 25», que asumió un rol confrontacionista y estaba integrada por sindicalistas de inspiración peronista verticalista, y por otro, se consolidó la Comisión Nacional de Trabajo (CNT), conformada por federaciones intervenidas y dirigentes proclives al participacionismo, que logró acercamientos con el gobierno militar y funcionó como el ala sindical tolerada por la dictadura (Fernández, 2010).

El ala confrontacionista intensificó su resistencia frente a la dictadura mediante una serie de huelgas sectoriales y medidas de fuerza dispersas, logrando elevar

significativamente la conflictividad laboral —en un 200 % respecto a 1976— y fundando en junio de 1978 el Movimiento Sindical Peronista, desde el cual se encabezó una resistencia abierta que culminó con el primer paro general en abril de 1979, el cual fue reprimido con severidad (Fernández, 2010). Meses más adelante, ante la inminente promulgación de la represiva Ley Sindical de 1979 (Ley 22.105), los sectores confrontacionistas y participacionistas lograron arribar a un consenso momentáneo, mediante una tregua transitoria y superando su división para conformar la Conducción Unificada de los Trabajadores Argentinos (CUTA) (Fernández, 2010). Sin embargo, esta frágil unidad fue efímera, fracturándose en abril de 1980 debido a divergencias insalvables sobre cómo oponerse a la política económica y enfrentar al régimen militar; diferencias profundas —que no eran simples discrepancias tácticas— y que respondían a dos proyectos fundamentalmente distintos de vinculación con el Estado, acentuados por la perpetuación del poder militar (Fernández, 2010). Hacia 1980, el fracaso del plan económico ortodoxo y los severos perjuicios ocasionados provocaron que industriales, comerciantes y productores agropecuarios se aglutinasen para presionar conjuntamente por el cese de Martínez de Hoz (Fernández, 2010). Esta coordinación táctica de intereses llevó a que el régimen militar cediese, lo cual se tradujo en el plano institucional en el reemplazo del dictador Videla por el general Roberto Viola, y en el posterior nombramiento de Lorenzo Sigaut en el Ministerio de Economía. No obstante, dada la carencia de un proyecto alternativo capaz de generar consensos sociales y de sustituir con efectividad al modelo previo, condujo a la parálisis económica y al estancamiento operativo en que quedó sumido el gobierno *de facto* (Fernández, 2010).

En este contexto de crisis del régimen y en un acto de desafío manifiesto, el ala confrontacionista reconstituyó la CGT en diciembre de 1980, violando las normas de la nueva Ley Sindical (Fernández, 2010). Durante 1981, esta central retomó contactos con los partidos políticos, convocó a un nuevo paro nacional en julio y organizó la primera gran manifestación de masas contra la dictadura —la histórica marcha de «Paz, Pan y Trabajo» de noviembre—, y en 1982, profundizaron su ofensiva con el «Plan de Movilización Pacífica», que culminó con una masiva concentración el 30 de marzo (Fernández, 2010). En contraste, el ala participacionista (CNT) mantuvo un diálogo lleno de fricciones con las distintas conducciones del «Proceso», de modo que no se adhirieron a los paros ni a las movilizaciones de 1981 y 1982, y su estrategia de interlocución con el gobierno militar solo les granjeó un enorme desprestigio sin obtener ningún beneficio real para sus bases. Esta práctica constante convirtió a la CGT y a la Comisión de los 25 en la fuerza de oposición social más numerosa frente al terrorismo de Estado (Fernández, 2010). Tres días después de la masiva protesta sindical del 30 de marzo de 1982, el gobierno militar, en un intento desesperado por generar consenso social frente a la protesta obrera, cohesionar sus propias crisis internas y recuperar

legitimidad, inició la ocupación de las Islas Malvinas (Aboy Carlés, 2001; Quiroga, 2004, como se citó en Fair, 2009). Sin embargo, el desenlace de la Guerra del Atlántico Sur funcionó como un efecto de retorno que aceleró la «anarquización» de las Fuerzas Armadas, marcando el colapso definitivo del régimen y el comienzo de la transición hacia la democracia (Novaro y Palermo, 2003; Fernández, 2010).

3.1.5 Segundo intersticio: Recuperación de la democracia, Alfonsín y la confrontación (1983-1989)

Con el retorno de la democracia en 1983, el sindicalismo peronista enfrentó un escenario paradójico: demostró una altísima resiliencia organizativa y poder de veto frente al Estado, pero simultáneamente sufrió un proceso de marginación política al interior de su propio partido (Fernández, 2010; Levitsky, 2004; Morris, 2018). Durante el gobierno de la Unión Cívica Radical (UCR) presidido por Raúl Alfonsín, el Poder Ejecutivo intentó democratizar y atomizar el poder sindical peronista mediante la propuesta de la «Ley Mucci» (Fernández, 2010). La CGT, unificada bajo el liderazgo de Saúl Ubaldini, resistió con éxito este intento en el parlamento y lanzó una ofensiva incesante de trece paros generales contra la política económica del radicalismo. De esta forma, consolidó su rol como la principal fuerza de oposición social frente a la crisis inflacionaria (Fernández, 2010; Morris, 2018). Este período reafirmó la inmensa capacidad de movilización y veto de la central obrera (Fernández, 2010).

Sin embargo, el triunfo electoral de Alfonsín en 1983 —la primera derrota nacional en la historia del peronismo— actuó como un catalizador para una profunda transformación interna del Partido Justicialista (Levitsky, 2004; Fernández, 2010). Convencidos de que la hegemonía y la imagen de los viejos caudillos sindicales alejaban al electorado independiente y de clase media, un sector de dirigentes políticos fundó la «Renovación Peronista», liderada por figuras como Antonio Cafiero y Carlos Menem (Levitsky, 2004; Fernández, 2010). De acuerdo con Levitsky (2004), este grupo impulsó un drástico proceso de «desindicalización» del partido, el cual fue posible gracias a la débil institucionalización histórica de los vínculos entre los sindicatos y el justicialismo. A diferencia de otros partidos de base obrera en Europa, las reglas de participación sindical en el peronismo —como el sistema del «tercio» para las candidaturas y el monopolio de «las 62 Organizaciones» como brazo político— eran informales y fluidas (Levitsky, 2004). Asimismo, al acceder a cargos públicos provinciales y municipales tras las elecciones de 1983, los políticos de la Renovación alteraron el equilibrio de poder, reemplazando gradualmente los recursos económicos y organizativos que históricamente proveían los sindicatos por recursos del Estado (Levitsky, 2004; Morris, 2018).

3.1.6 Menem y el “neoliberalismo por sorpresa” (1989-1999)

La década de 1990 constituyó una tercera coyuntura crítica fundamental de una naturaleza novedosa y distinta al quiebre autoritario previo. Durante el gobierno de Carlos Menem, se aplicó un programa de profundas reformas neoliberales —privatizaciones, flexibilización laboral— que contradecía de manera radical la doctrina y *praxis* histórica del peronismo (Fair, 2009; Levitsky, 2003; Stokes, 2001). Este giro, al igual que en el posterior caso peruano, lejos de limitar su arremetida a los derechos ganados, como sostiene Robles (2009) también pondría en peligro la propia cohesión interna de la CGT al confrontarla con la necesidad de adaptarse a un contexto de viraje político ante todo imprevisto, en el que su influencia se vería drásticamente limitada al hallarse apartados de los centros de poder y representación, y excluidos casi en su totalidad de los partidos políticos. Stokes (2001) argumenta sobre este componente retador de «imprevisibilidad» de las reformas económicas, al que refiere como «neoliberalismo por sorpresa» y que da título a su obra *Mandates and Democracy: Neoliberalism by Surprise in Latin America*, dado el modo inesperado en que devino el gobierno de Menem, del Partido Justicialista.

Al inicio de su campaña, con el objetivo de retener a su base social y electorado tradicional, Menem enarboló un discurso político enfocado de corte nacionalista y expansionista, centrado en la defensa de las clases trabajadora (Stokes, 2001). En estricta fidelidad a la doctrina histórica del justicialismo, el candidato prometió un modelo basado enfáticamente en el desarrollo industrial y en la preservación de un modelo tradicional peronista de gobierno, productivista y con propiedad estatal sobre industria pesada, petróleo y servicios públicos, e incluso recurrió a un discurso de «revolución productiva» y «salariazo» (Fair, 2009; Stokes, 2001). Incluso, trazaba una oposición directa con propuestas de liberalización económica o laboral, proponiendo, en su lugar, un «pacto social» para determinar precios y salarios, así como *shocks* positivos a los salarios (Stokes, 2001). Sin embargo, siguiendo a Stokes (2001), tras su triunfo electoral movilizado en gran medida por la clase trabajadora, se develan las primeras «sorpresas» del menemismo, como la inclusión en su gabinete de personajes ideológicamente opuestos y repudiados por el peronismo, como el acusado «vendepatrias capitalista» y exvicepresidente de la gran compañía Bunge & Born que se desempeñó en la cartera de economía, y que resultó en el posterior surgimiento e implementación del plan —coloquialmente homónimo— que se fundamentaba en una austeridad estructural, y que contemplaba un drástico ajuste fiscal, una dramática devaluación y privatizaciones agresivas, así la como eliminación de aranceles e impuestos (Stokes, 2001). En último término, y como ya se mencionaba en el párrafo anterior, estos ajustes imprevistos, además de imponer una reestructuración de la esfera económica, se tangibilizaron en efectos concretos sobre la capacidad sindical, producto de

la exclusión política que estos órganos gremiales experimentaron a lo largo del período (Robles, 2009).

La sorpresiva reestructuración neoliberal implementada por Menem afectó los derechos laborales y transformó radicalmente la coalición política que sostenía al peronismo (Stokes, 2001). Como demuestra Levitsky (2003, 2004), el Partido Justicialista experimentó un acelerado proceso de desindicalización, transitando de ser un «partido sindical» *de facto* a un convertirse en un aparato político de base clientelar. Esta marginación de la cúpula gremial fue factible porque, históricamente, los mecanismos de participación obrera en el peronismo —como las «62 Organizaciones» o el sistema del «tercio»— evidenciaban precarios grados de institucionalización. Ante la carencia de reglas internas formalizadas, los dirigentes políticos del justicialismo que accedieron a cargos públicos pudieron desplazar con facilidad la influencia sindical, reemplazando a los gremios por redes territoriales de patronazgo y clientelismo, que terminaron por sustituirlos como el canal primordial de vinculación entre el partido y los sectores populares (Levitsky, 2004).

Para garantizar lo que la literatura define como «supervivencia organizativa» frente a la ofensiva flexibilizadora del gobierno de Menem, la fracción mayoritaria de la CGT adoptó una estrategia pragmática y colaboracionista, priorizando la administración y retención de sus recursos corporativos —como las Obras Sociales y su incursión en las flamantes Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP)— a cambio de mitigar la resistencia ante las reformas del mercado laboral (Morris, 2018; Murillo, 1997). Esta mutación estratégica ilustra el tránsito hacia lo que Hattam (1993) y Hyman (2001) denominan «sindicalismo empresarial» (*business-unionism*), una actitud mediante la cual la cúpula sindical pasó a perseguir objetivos de rentabilidad económica y organizacional, dejando de lado las históricas demandas de reformas políticas amplias o las prácticas de integración social de sus bases. De esta manera, los sindicatos grandes —los «gordos»— negociaron la aquiescencia a las reformas a cambio de conservar el control de sus recursos organizacionales clave, como las Obras Sociales (Armellino, 2014 y Palomino, 2005, como se citaron en Morris, 2018; Murillo, 1997). En otras palabras, ante la exclusión política y el drástico ajuste económico, la respuesta del movimiento obrero fue en su mayoría de subordinación.

Además de las concesiones materiales entregadas a la cúpula gremial para garantizar su supervivencia organizativa frente a las reformas del mercado (Etchemendy, 2001; Murillo, 1997), la pasividad de las bases obreras se explica por la construcción gubernamental de un fuerte consenso hegemónico —de carácter pasivo— que logró desarticular la resistencia popular (Fair, 2009). De acuerdo con Fair (2009), el respaldo —o la falta de resistencia masiva— de los trabajadores al gobierno de Menem estuvo cimentado en el alivio que supuso la

estabilización monetaria tras el trauma de la hiperinflación de 1989, sumado a la eficacia de un discurso oficial que presentó a las reformas de mercado como la única alternativa posible. Esta visión «mecanicista» del nuevo orden global generó un consenso pasivo y un sentimiento de impotencia entre los sectores populares, fragmentando su capacidad para coordinar alternativas antagónicas y facilitando la implementación del ajuste (Fair, 2009).

La capacidad de la CGT para atravesar la ofensiva neoliberal menemista sin desintegrarse puede comprenderse a través de lo que Offe y Wiesenenthal (1980) categorizan teóricamente como una resolución «oportunista» del dilema sindical. Lejos de constituir una simple claudicación moral, esta actitud representó una estrategia organizativa racional mediante la cual la central argentina priorizó el patrón «monológico» de acción colectiva (Offe y Wiesenenthal, 1980). Ante el riesgo de desgaste de sus bases, la cúpula sindical optó por sustituir las frágiles garantías internas de supervivencia —basadas en la movilización y la solidaridad directa de los trabajadores— por garantías externas e institucionales provistas por el Estado, de modo que al asegurar el control corporativo sobre recursos millonarios como las Obras Sociales, la CGT logró independizar su supervivencia organizativa de la «disposición a actuar» de sus afiliados en un contexto de alta desocupación, asegurando su permanencia institucional a costa de asimilarse a los métodos burocráticos y utilitarios de las organizaciones del capital (Offe y Wiesenenthal, 1980).

Así también, como resultado de esta aquiescencia pragmática, se generó una fractura en el movimiento obrero; por un lado la CGT oficial, adoptando una línea colaboracionista y que prioriza los negocios y la administración de recursos; por otro, el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) que resistió a las políticas neoliberales desde dentro del peronismo; y en un tercer frente, la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) que rompió con el modelo de unicidad sindical y planteó, en su lugar, un sindicalismo de movimiento social, incorporando a estatales y desempleados (Fernández, 2023; Morris, 2018). Aun así, a pesar del aumento del desempleo y la informalidad, la tasa de sindicalización general se mantuvo relativamente alta —cerca del 40 % en asalariados formales— gracias a la gestión de los servicios de salud, lo que diferenció a Argentina del colapso sindical peruano en la misma época (Levitsky, 2004).

3.1.7 Kirchnerismo y revitalización sindical (2003-2015)

Tras la crisis de 2001, la llegada de Néstor Kirchner en 2003 inauguró un período de «revitalización sindical» caracterizado por el retorno de las negociaciones colectivas anuales —denominadas paritarias— y una alianza política explícita entre el gobierno y la CGT —ahora bajo conducción de Hugo Moyano—. Autores como Etchemendy y Collier (2008) y como referencian Del Bono y Bulloni (2013)

y Morris (2018), optan por describir este esquema como un «neocorporativismo segmentado», cuyo rasgo definitorio es un favorecimiento y apoyo del Estado al fortalecimiento de los sindicatos formales a cambio de moderación salarial y respaldo político. Si bien la coyuntura crítica del giro neoliberal constituyó un severo embate para el desarrollo de la CGT y del movimiento obrero en su conjunto, esta ofensiva no fue el fin de esta ni un debilitamiento permanente; por el contrario, se sostiene que el resurgimiento de la CGT tras el período neoliberal «sorpresivo» de Menem —al decir de Stokes (2001)— se explica, en gran medida, por la recuperación de prácticas políticas que ya formaban parte de su experiencia organizativa —vinculadas al legado peronista—, como la representación en espacios de negociación colectiva y el diálogo con el Estado y otros actores políticos (Etchemendy y Collier, 2007; Varela, 2016). Como sostiene Coscia (2012) a fin de ejemplificar, en tiempos posteriores, durante el gobierno de Néstor Kirchner —quien inicia su primer mandato en el año 2003—, este «resurgimiento» sindical estuvo impulsado por un incremento en la conflictividad laboral y una revitalización de las estructuras y prácticas negociación colectiva, lo que, junto con un ciclo de expansión económica, permitió a la CGT asumir nuevamente un rol protagónico.

De igual modo, se resalta que la promulgación de la Ley 14.250 (2004) fortaleció esta posición al establecer la obligatoriedad de los convenios colectivos para todos los trabajadores, consolidando así la negociación colectiva como un pilar de las relaciones laborales en Argentina (Robles, 2009). Lejos de convertirse en una fractura irreversible, las heridas abiertas por el sorpresivo giro neoliberal se convirtieron en un motor de la conflictividad y de las luchas sindicales posteriores, centradas en una respuesta «defensiva» ante las consecuencias nefastas de las privatizaciones, la precariedad y desocupación masiva que legó Menem (Cotarelo, 2007, como se citó en Coscia, 2012). Esta renovada dinámica de conflictividad contribuyó al robustecimiento de la cohesión organizativa sindical, así como el ulterior aumento de la capacidad de movilización de las estructuras gremiales, fortaleza corporativa que se expresa en la aptitud de la CGT para retener elevadas tasas de densidad sindical (Coscia, 2012); cifras que, si bien han experimentado fluctuaciones recientes y presentan claras limitaciones de representatividad frente al avance de la informalidad, continúan garantizando un poder excepcional en el panorama regional comparado (Orsatti, 2025; Tomada et al., 2018; Varela, 2013). Así, el aumento en la afiliación y en los acuerdos tripartitos entre el gobierno, el empresariado y las organizaciones gremiales reflejó un fortalecimiento de la CGT y su capacidad para adaptarse y consolidarse en el nuevo panorama político (Coscia, 2012). Como resultado, los indicadores de esta revitalización fueron, cuanto menos, contundentes; en primer lugar, la negociación colectiva pasó de homologar 200 convenios en 2003 a cerca de 2 mil en 2014 (Senén et al., 2021); por otro lado, la tasa de afiliación se mantuvo estable y alta —oscilando entre un sólido 37-40 % en el sector privado registrado— en un contexto de fuerte crecimiento del

empleo (Tomada et al., 2018); y finalmente, siguiendo a Senén y Del Bono (2013) la «recuperación del dinamismo de la negociación colectiva y en el aumento del conflicto laboral, como su contracara» (p. 8) pero institucionalizado a través de las paritarias.

Ahora, si bien gran parte de la literatura institucionalista ha tendido a celebrar la supervivencia de la CGT durante el vendaval neoliberal y su posterior resurgimiento como un caso de éxito del «neocorporativismo segmentado» (Etchemendy y Collier, 2007), perspectivas críticas como la de Varela (2013, 2016) obligan a problematizar esta lectura. Como advierte la autora, la mirada «estatalista» invisibiliza que esta resiliencia institucional se cimentó sobre la consolidación de un «sindicalismo de servicios» o de impronta empresarial (Varela, 2016). Mediante este formato, la cúpula sindical argentina logró independizar su reproducción económica e institucional de su base de representación directa, sin embargo, al refugiarse en la administración de fondos millonarios como las Obras Sociales y en el cobro de cuotas solidarias, la dirigencia de la CGT garantizó su supervivencia a costa de aceptar la precarización, flexibilización y fragmentación de la clase trabajadora impuesta en los años noventa (Varela, 2013, 2016). Por consiguiente, la recuperación de la centralidad política de la cúpula gremial no implicó una reversión de las derrotas estructurales que el neoliberalismo había impuesto a la clase obrera. Por el contrario, su revitalización durante los gobiernos kirchneristas estuvo atravesada por una profunda contradicción constituyente, dada la consolidación de una dirigencia institucionalmente fuerte, pero representativa de un sector cada vez más acotado de asalariados formales, administrando la puja distributiva de una minoría, operando a espaldas de una inmensa masa de trabajadores precarizados e informales (Varela, 2013, 2016).

Sin embargo, esta contradicción estructural no se asentó en una conflictividad estéril e improductiva, sino que operó como la base objetiva para la emergencia de un renovado «sindicalismo de base» en los lugares de trabajo (Varela, 2013). Ante la inercia de la burocracia sindical para representar a los sectores más precarizados y vulnerables, surgió una nueva vanguardia obrera a nivel de fábrica, una renovada generación de activistas y delegados que revitalizó la disputa por la representación obrera (Duhalde, 2018; Varela, 2013). Conformada por jóvenes trabajadores —la denominada «generación 2001»— que no cargaban con la memoria de las derrotas de los noventa, y en articulación orgánica con corrientes de la izquierda radical y clasista, este sindicalismo de base protagonizó intensos conflictos, como los del subterráneo de Buenos Aires o la fábrica Kraft (Varela, 2013). De este modo, como bien señala Varela (2013), sería un error asumir que la revitalización del sindicalismo argentino representó un proceso armónico dictado desde el Estado; por el contrario, se desarrolló un escenario tensionado permanentemente desde abajo, donde las comisiones internas y los cuerpos de delegados debieron enfrentar

simultáneamente la intransigencia patronal y el conservadurismo de sus propias cúpulas sindicales (Varela, 2013).

3.1.8 Post-kirchnerismo: retroceso neoliberal y resistencia defensiva (2015-presente)

Por último, el agotamiento del ciclo económico expansivo del kirchnerismo y el posterior triunfo electoral de la alianza de centroderecha «Cambiemos» — encabezada por Mauricio Macri en 2015— clausuraron la etapa de revitalización sindical y marcaron el inicio de una nueva etapa de retroceso para los trabajadores (Senén et al., 2021). Este ciclo político reeditó recetas de corte neoliberal orientadas al ajuste estructural, la contracción del mercado interno y los intentos de flexibilización laboral, lo que implicó un retroceso perceptible en los indicadores socioeconómicos y empujó a los sindicatos a adoptar, nuevamente, una postura defensiva frente al Estado (Senén et al., 2021). El impacto de este cambio de época sobre las bases materiales del sindicalismo fue innegable y se reflejó en una retracción de la densidad sindical. Según estimaciones recientes, la tasa de sindicalización sobre la ocupación asalariada general experimentó una caída sostenida: pasó de un 33 % en el período 2014-2015, al 30 % entre 2016-2018, y descendió hasta un 24 % en el período 2019-2023 (Orsatti, 2025). Sin embargo, este declive general debe ser matizado para comprender la verdadera resiliencia del modelo sindical argentino, de tal manera que, si se restringe el universo de análisis a los trabajadores asalariados registrados —formales—, la tasa de afiliación se mantuvo en niveles sumamente altos, promediando un 39 % hacia 2018, con la mayor fuerza de concentración en el sector público (46%) y en empresas privadas de mayor tamaño (Tomada et al., 2018).

En relación con la tesis central sobre la resiliencia organizativa, resulta fundamental destacar que la drástica caída en la afiliación directa no se tradujo en una pérdida proporcional de poder estructural; por el contrario, el andamiaje institucional heredado del modelo fundacional peronista —cimentado en la unicidad promocionada y en la retención de recursos corporativos— operó como un firme escudo protector que garantizó la preservación del poder asociacional de la central obrera (Etchemendy y Collier, 2007; Varela, 2013, 2016). Tal como señala Orsatti (2025), el sistema argentino de unicidad promocionada y convenios por rama de actividad garantiza el efecto *erga omnes* —la extensión automática de los acuerdos a los trabajadores no sindicalizados—. Gracias a este mecanismo, la «densidad negocial» o cobertura de la negociación colectiva logró mantenerse entre un 45 % y un 50 % de la fuerza laboral (Orsatti, 2025), e incluso algunas estimaciones la ubican cerca del 60 %, un contraste abismal frente a otros países de la región (Santella y Montes de Oca, 2020). Aunque el período previo (2013-2015) había culminado con una marcada dispersión y fractura política de las centrales sindicales

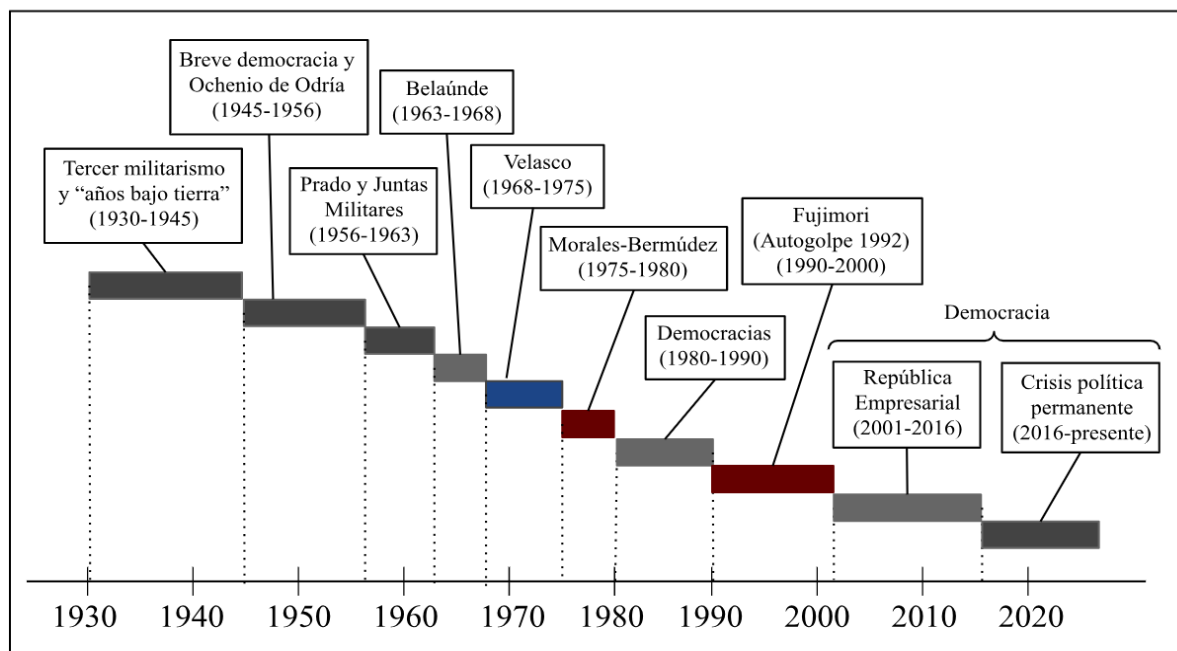
(Morris, 2017), frente a la hostilidad del nuevo escenario político-económico, las dirigencias sindicales reactivaron su capacidad de veto, dado que la amenaza que representaban las políticas del gobierno de Macri forzó un reacomodamiento. La Confederación General del Trabajo (CGT) apeló al pragmatismo para reunificar sus estructuras y sostener «una permanente conflictividad laboral y social» (Senén et al., 2021, p. 185).

A modo de balance, si bien la etapa post-2015 evidencia los límites de la expansión sindical frente a ciclos macroeconómicos regresivos (Senén et al., 2021), la experiencia de la CGT demuestra una extraordinaria resiliencia institucional. A diferencia del colapso organizativo observado en Perú bajo condiciones neoliberales similares (Levitsky, 2003), la central obrera argentina logró mantener su rol de interlocutor indispensable y su capacidad de movilización para amortiguar el ajuste y frenar reformas laborales más agresivas. De esta forma, confirma que las trayectorias de dependencia (*path dependency*) forjadas en sus vínculos históricos con el Estado le dotaron de herramientas de supervivencia perdurables en el tiempo.

3.2 Desarrollo del sindicalismo en el Perú y la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP)

En contraste directo con la experiencia argentina, el desarrollo del sindicalismo en el Perú y de su principal central obrera, la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), ilustra un modelo de vinculación sociopolítica e institucional opuesto. Mientras la central argentina cimentó su resiliencia organizativa en la integración estatal y la acumulación de recursos corporativos, la CGTP se constituyó bajo las banderas del «sindicalismo clasista», forjando una identidad sobre la base de la confrontación directa, la movilización de masas y la autonomía frente al Estado, aunque manteniendo una fuerte subordinación estratégica a los partidos de la izquierda marxista (Balbi, 1989; Sulmont, 1976). Esta matriz de origen consolidó una trayectoria de dependencia (*path dependency*) marcada por la precariedad institucional y la atomización organizativa, fuertemente anclada en el débil modelo del «sindicato de empresa» (Mejía, 2005; Villavicencio, 2015). Si bien esta dinámica clasista le permitió a la CGTP alcanzar un apogeo histórico de poder movilizador durante la década de 1970 (Balbi, 1989; Parodi, 1987), la carencia de un blindaje institucional —como el que otorgaban las Obras Sociales en la experiencia argentina— y la ausencia de alianzas orgánicas con fuerzas políticas con vocación o acceso real al poder gubernamental, dejaron al movimiento obrero peruano en una posición de extrema vulnerabilidad estructural (Mejía, 2005; Villavicencio, 2015).

Figura 3
Procesos políticos de Perú



Como resultado, al enfrentar las sucesivas coyunturas críticas —la profunda crisis económica, el fuego cruzado del Conflicto Armado Interno (CAI) en los ochenta y, de manera definitiva, el violento shock autoritario-neoliberal de los años noventa—, el sindicalismo peruano sufrió un colapso organizativo y una caída ininterrumpida de su densidad afiliativa (Florian, 2024). A continuación, se examina paso a paso este proceso de auge, crisis y estancamiento a través de los principales hitos históricos que marcaron la historia de la CGTP.

3.2.1 Orígenes y hegemonía aprista: el «Sindicalismo libre» y la gestación de la oposición clasista (1930-1968)

Para comprender la debilidad estructural del sindicalismo peruano contemporáneo, es ineludible remontarse a sus orígenes y a la temprana fractura de su consolidación organizativa. A diferencia del caso argentino, donde el movimiento obrero logró unificarse progresivamente hasta su integración estatal con el peronismo, el caso peruano experimentó una represión temprana que amputó su primer intento de centralización. En 1929, bajo el impulso intelectual y estratégico de José Carlos Mariátegui, se fundó la primera CGTP con una clara orientación socialista; sin embargo, la irrupción de la crisis capitalista mundial y el posterior golpe militar de Sánchez Cerro en 1930 inauguraron una coyuntura de feroz represión, donde la joven CGTP fue declarada ilegal, disuelta por decreto, y sus líderes encarcelados o asesinados (Contreras y Cueto, 2004; Klarén, 2004; Sulmont, 1985).

La promulgación de la Ley de Emergencia de 1932, además de empujar a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) a la clandestinidad, arremetió contra los cimientos de la primera CGTP. Para sobrevivir ante este escenario de severa represión, el incipiente movimiento sindical tuvo que subordinarse orgánicamente a la dirección del partido aprista (Sulmont, 1985). Esta rápida consolidación hegemónica aprista se vio facilitada por la extrema fragmentación y dispersión geográfica, así como el escaso volumen del joven proletariado peruano, sumado a los graves errores tácticos del Partido Comunista de la época, que, cuya dirigencia pretendió aplicar de manera mecánica las consignas internacionales de enfrentamiento frontal —«clase contra clase»—, ignorando que en el Perú aún no existía una estructura de clases moderna ni un proletariado maduro y nítidamente definido, lo que demostró una desconexión de la ortodoxia marxista con respecto a la realidad sociológica peruana, que cedió así el espacio a la retórica policlasista del aprismo (Flores-Galindo, 1977; Sulmont, 1985). Es así que el vacío dejado por la represión del proyecto mariateguista fue ocupado por el APRA, liderado por Víctor Raúl Haya de la Torre, movimiento que emergió con una propuesta policlasista —el «Frente Único»— que logró captar a las masas obreras desorganizadas, subordinando los intereses de clase del proletariado al proyecto político de los sectores medios (Sulmont, 1985). Esta temprana vinculación partidaria terminó por consolidar profundamente la trayectoria posterior del sindicalismo peruano. Más adelante, tras una breve apertura democrática, en 1944 se fundó la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP); si bien su génesis fue compartida con sectores comunistas, la conducción de la central fue monopolizada con rapidez por dirigentes apristas (Sulmont, 1985). Si bien la CTP sufrió los embates de la dictadura de Odría (1948-1956), la verdadera reconfiguración de sus prácticas se dio a partir de 1956, cuando el APRA inauguró la etapa conocida como «La Convivencia», sellando un pacto de colaboración con el gobierno de Manuel Prado —representante de la oligarquía financiera— a cambio de recuperar su ansiada legalidad (Balbi, 1989; Sulmont, 1985).

Durante la hegemonía del APRA, el «Sindicalismo Libre» y «La Convivencia» (1956-1962), la CTP se subordinó a la estrategia política del APRA. Para garantizar la estabilidad del régimen, las dirigencias sindicales apristas renunciaron a la confrontación de clases y abrazaron el «sindicalismo libre», una corriente ideológica auspiciada por la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) y los Estados Unidos, que pregonaba el apoliticismo, la paz laboral y el anticomunismo (Balbi, 1989). A diferencia del modelo peronista argentino —que otorgó a los sindicatos un inmenso poder institucional, mediante la concesión de la personería gremial única y, posteriormente, las cruciales Obras Sociales (Doyon, 1984; Fernández, 2010)—, la intermediación del APRA en el caso peruano generó una relación netamente clientelar (Arciniega, 1996; Balbi, 1989). En este escenario, la CTP institucionalizó un método que el politólogo James Payne definió como

«negociación política» (*political bargaining*), mecanismo que consiste en esgrimir la amenaza de la huelga general como un factor coercitivo de desestabilización política. Esto generó que las cúpulas del APRA negociaran concesiones directas con el Ministerio de Trabajo (Arciniega, 1996; Balbi, 1989), dinámica cupular que operó en detrimento práctico de la acción directa, desactivando la conflictividad y desmovilizando a las bases obreras en el seno de las fábricas:

La CTP usó el método del “political bargaining” [negociación política] [...] el juego fue que la CTP se esforzó por asustar al Ejecutivo tanto como fuera posible con amenazas de huelga general, mientras iba haciendo todo esfuerzo para posponer cada huelga, dando de ese modo al Ejecutivo amplia oportunidad para actuar y evitar que dicho choque ocurra (Payne, 1965, como se citó en Balbi, 1989, p. 29).

Esta dinámica de negociación política significó, en la *praxis*, la renuncia a la lucha directa en los centros de trabajo. Al desdibujarse la presión reivindicativa en las fábricas, se fomentó «un progresivo habituamiento al paternalismo empresarial y a pautas de clientelismo en las relaciones laborales» (Balbi, 1989, p. 31). El sindicalismo quedó así encerrado en una dinámica según la cual su capacidad de conquistar beneficios no residía en su fuerza organizativa intrínseca, sino que se hallaba supeditada a la intermediación institucional y al favor político del partido de turno (Arciniega, 1996; Balbi, 1989).

El modelo de conciliación del «sindicalismo libre» tutelado por el APRA entró en crisis definitiva de legitimidad en las postrimerías de la década de 1960 (Sulmont, 1985). Durante el primer gobierno de Fernando Belaúnde Terry (1963-1968), el país atravesó una severa crisis económica signada por la devaluación de la moneda en 1967, que pulverizó el salario real de los trabajadores (Klarén, 2004; Sulmont, 1985). Frente a este momento de crisis, la dirigencia aprista de la CTP —fiel a su alianza parlamentaria con la derecha— aceptó un ínfimo aumento salarial del 10 % dictado por el gobierno y rechazó la convocatoria de una huelga general, con el objetivo de evitar la desestabilización del régimen (Sulmont, 1985). Fue este gesto ostensiblemente claudicante el que generó el clima propicio para quebrar su hegemonía sobre las bases obreras, abriendo paso al repudio generalizado y al surgimiento de la alternativa del sindicalismo clasista (Klarén, 2004; Sulmont, 1985). Además, nuevos y más dinámicos sectores del proletariado —bancarios, mineros, metalúrgicos, maestros de construcción civil— comenzaron a desbordar a las dirigencias cetepistas. Inspirados por la creciente influencia de la nueva izquierda marxista y el Partido Comunista Peruano-Unidad (PCP-U), estos sectores gremiales disidentes conformaron en 1966 el Comité de Defensa y Unificación Sindical (CDUS), un núcleo articulador que denunciaba el inmovilismo y la traición del sindicalismo aprista (Balbi, 1989; Sulmont, 1985). El proceso de radicalización culminó en junio de 1968, cuando el CDUS convocó a un congreso nacional que

decidió la reconstitución histórica de la CGTP. En sus documentos fundacionales, la nueva central marcó una ruptura total con el modelo de conciliación anterior, declarando que:

La formación de una nueva central de orientación clasista acabará con el monopolio que ejerce la dirección de la CTP, sobre cuya base ha prosperado su actividad patronal y traidora y acelerará el proceso de unificación del movimiento sindical en torno a una línea de defensa consecuente de los trabajadores (Confederación General de Trabajadores del Perú [CGTP], 1968, como se citó en Sulmont, 1985).

El nacimiento de la nueva CGTP marcó el surgimiento del «sindicalismo clasista», cuya identidad se forjó sobre el rechazo absoluto al clientelismo patronal y la asunción de la huelga y la confrontación directa como métodos ineludibles para la conquista de derechos (Balbi, 1989). Sin embargo, a diferencia de la fortaleza macroestructural de la CGT argentina, este nuevo clasismo peruano nacía con una vulnerabilidad genética severa, puesto que su estructura organizativa se asentaba predominantemente sobre el débil modelo de «sindicato de empresa», fragmentando la fuerza laboral en miles de gremios aislados incapaces de negociar por ramas de actividad (Mejía, 2005). Esta atomización inicial sería la debilidad inherente que impediría al sindicalismo peruano sobrevivir a la irrupción neoliberal de las décadas siguientes.

3.2.2 Gobierno Militar y reformismo: Expansión organizativa, «Apoyo crítico» y corporativismo (1968-1975)

La irrupción del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (GRFA) en octubre de 1968, liderado por el General Juan Velasco Alvarado, inauguró un nuevo episodio que reconfiguró radicalmente las relaciones entre el capital, el trabajo y el Estado en el Perú (Arciniega, 1996; Cotler, 1978; Sulmont, 1976). Con el objetivo de erradicar el poder de la oligarquía tradicional y neutralizar la amenaza de la insurgencia armada rural, el régimen militar implementó un programa de reformas estructurales sin precedentes, tales como la reforma agraria, nacionalización de industrias estratégicas y fomento de la industrialización por sustitución de importaciones (Cotler, 1978; Klarén, 2004). Para el movimiento obrero, y en particular para la recién reconstituida CGTP, este período representó la etapa de mayor expansión numérica y movilización de su historia (Sulmont, 1985; Huber, 1983, y Yépez y Bernedo, 1985, como se citó en Ministerio de Trabajo y Promoción del Empleo [MTPE], 2023). No obstante, dicha masificación se gestó sobre bases institucionales que resultaban, cuanto menos, frágiles, dada su precariedad estructural, signada por la aguda atomización del modelo de «sindicato de empresa» y una gran dependencia de la tutela legal del Estado (Arciniega, 1996; Mejía, 2005).

A diferencia de la represión abierta que caracterizaría a las dictaduras y regímenes burocrático-autoritarios del Cono Sur en la década siguiente, la primera fase del gobierno militar peruano engendró un entorno jurídico e institucional altamente favorable para la organización de los trabajadores (Arciniega, 1996). El punto de inflexión fue la promulgación de la Ley de Estabilidad Laboral (Decreto Ley 18471) en 1970, que, al eliminar el despido arbitrario, erradicó el temor histórico de los trabajadores a perder su empleo por afiliarse, catalizando así una expansión organizativa sin precedentes en la historia del movimiento obrero nacional (Parodi, 1987; Sulmont, 1976). Como señalan los registros del Ministerio de Trabajo, entre 1968 y 1975 se reconocieron más de 2.000 nuevos sindicatos, duplicando en un solo septenio la cantidad de organizaciones creadas en las tres décadas anteriores (Sulmont, 1985; Yépez, 1986).

En paralelo, en su intento por forjar una «tercera vía» —ni capitalista ni comunista—, el gobierno impuso la creación de la Comunidad Industrial (CI), un mecanismo diseñado para armonizar las relaciones de clase otorgando a los trabajadores participación progresiva en las utilidades, la gestión y la propiedad de las empresas (Klarén, 2004). Sin embargo, lejos de apaciguar la conflictividad laboral, la imposición de este modelo corporativista generó un efecto paradójico (Santistevan, 1997, como se citó en Balbi, 1989). La CI agudizó las contradicciones en las fábricas, pues, al obtener acceso formal a la información económica de las empresas, los obreros, en estrecha articulación con sus sindicatos, comenzaron a fiscalizar los balances financieros, denunciar los mecanismos patronales de evasión de utilidades y exigir ante el Estado el estricto cumplimiento de la ley (Santistevan, 1997, como se citó en Balbi, 1989; Sulmont, 1976). Según se advierte:

[...] la comunidad alentará la sindicalización para proteger sus derechos [...] diseñada para reconciliar intereses del capital y el trabajo [...] lejos de reducir el conflicto, esto lo agudizaría, incrementando la sindicalización y la actividad sindical (Stephens, 1983, p. 69, citado en Balbi, 1989, p. 67).

En el plano político, la relación entre el Estado y la central obrera fue fundamentalmente distinta a la simbiosis orgánica experimentada por la CGT argentina bajo el peronismo. La CGTP, bajo la hegemonía de liderazgo del PCP-Unidad —de línea prosoviética—, adoptó una postura de «apoyo crítico» frente al régimen velasquista. El PCP respaldaba el carácter antioligárquico y antiimperialista de las reformas, pero mantenía su independencia organizativa (Sulmont, 1976). Por su parte, los militares velasquistas, fieles a los preceptos de la «Doctrina de Seguridad Nacional» y albergando una profunda desconfianza hacia cualquier organización de raigambre marxista, se negaron a integrar a la CGTP en el aparato estatal (Sulmont, 1976). En su lugar, el régimen optó por una estrategia de corporativismo autoritario para neutralizar al sindicalismo clasista,

intentando cooptar y controlar a las masas mediante la creación de sus propios aparatos burocráticos «desde arriba», como el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS) en 1971, y el fomento del paralelismo sindical auspiciando la fundación de una central oficialista, la Central de Trabajadores de la Revolución Peruana (CTRP) en 1972 (Cotler, 1978; Haworth, 1989, como se citó en Klarén, 2004; Sulmont, 1976).

A pesar de las presiones, de la inyección de recursos estatales y de la represión selectiva a los sectores más radicales, el régimen fracasó en su intento de domesticar al proletariado. Las bases obreras consolidaron lo que Sulmont (1976) define como una profunda «autonomía política de clase», visto que la CGTP se erigió como la fuerza sindical hegemónica y obtuvo su reconocimiento oficial en 1971. Sin embargo, su consolidación no estuvo exenta de profundas tensiones políticas. Si bien la central hizo suya la identidad del «sindicalismo clasista», su dirigencia —hegemonizada por el Partido Comunista (PC-Unidad)— adoptó estratégicamente una política de «apoyo crítico» y cierta conciliación frente al gobierno militar de Velasco Alvarado (Sulmont, 1976). Esta postura moderada frente al régimen militar fue duramente cuestionada por las organizaciones políticas de la llamada «nueva izquierda», dando lugar al surgimiento de corrientes sindicales ubicadas más a la izquierda de la CGTP que le disputaron el monopolio de legitimidad de la identidad clasista, tildando a su conducción de revisionista, lo que generó, como consecuencia, espacios alternativos de coordinación gremial (Balbi, 1989; Sulmont, 1976, 1985). Fueron precisamente estos sectores disidentes los que rompieron orgánicamente con la CGTP para asumir la vanguardia del radicalismo confrontacional. Destacan en este proceso el magisterio —que, tras rechazar la actitud de la central de levantar inconsultamente su huelga en 1971, conformó el SUTEP en 1972— y la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos (FNTMMP), la cual terminó por desafiliarse en 1973. Al impulsar una constante conflictividad antigubernamental en las calles y fábricas, ambas organizaciones desbordaron la capacidad de mediación de la propia confederación oficial (Balbi, 1989; Sulmont, 1976, 1985).

Ahora bien, el apogeo de la CGTP durante el velasquismo resulta un tanto ilusorio al someterse al análisis comparado, pues este pone de manifiesto su profunda fragilidad estructural. Si bien el sindicalismo clasista peruano triunfó ideológicamente al derrotar al viejo sindicalismo aprista y resistir la cooptación corporativa militar (Balbi, 1989; Sulmont, 1976), fracasó en la acumulación de recursos de poder a largo plazo. A diferencia del robusto modelo de sindicalización por rama de actividad argentino, la principal herencia o legado organizativo de este periodo en el Perú fue la aguda atomización y consolidación del «sindicato de empresa» como célula básica de la representación laboral (Mejía, 2005; Villavicencio, 2015). Mejía (2005) expone la fatal debilidad de esta estructura:

Esta relación entre estabilidad laboral y sindicato de empresa va a marcar la identidad y las prácticas del sindicalismo peruano hasta los 90. [...] El trabajador se siente identificado con su «sindicato de empresa» antes que con un movimiento social o popular. La solidaridad adquiere entonces un carácter accesorio y coyuntural (pp. 20-22).

A diferencia del sindicalismo argentino —que aprovechó el favor estatal para establecer negociaciones centralizadas por rama de actividad y capturar el manejo de fondos millonarios por medio de las Obras Sociales—, la CGTP operaba como un mero coordinador ideológico de miles de pequeños sindicatos atomizados a nivel de fábrica, que dependían exclusivamente de la intervención tutelar del Ministerio de Trabajo y de la Ley de Estabilidad Laboral para sobrevivir (Villavicencio, 2015).

En suma, la coyuntura de 1968-1975 demostró que el clasismo peruano albergó profundas contradicciones estratégicas en su interior. Si bien las bases y los sectores de la «nueva izquierda» construyeron su identidad en la confrontación directa, la dirección de la CGTP —hegemonizada por el PCP-Unidad— mantuvo en la práctica una alianza táctica de «apoyo crítico» al gobierno de Velasco Alvarado. De esta forma se reeditaron los mecanismos de «negociación política», propios del antiguo sindicalismo aprista, desde el Ministerio de Trabajo (Balbi, 1989; Sulmont, 1976). Al intentar canalizar el conflicto estrictamente por vías oficiales y frenar las huelgas para no desestabilizar al régimen, la cúpula sindical reprodujo una política de contención que terminó por distanciarla de sus bases más radicalizadas (Sulmont, 1976). Sin embargo, pese a este nivel de intermediación, subordinación táctica y movilización de masas en favor del Estado, la central no logró consolidar alianzas orgánicas permanentes ni conquistar resortes institucionales propios —económicos o jurídicos— que garantizaran su resiliencia a largo plazo frente a las futuras coyunturas críticas (Cotler, 1987; Sulmont, 1981). Esta dependencia de un marco legal tutelar y de la movilización de bases dejaría a la CGTP desprovista de escudos defensivos cuando el péndulo político girara de forma abrupta hacia la derecha ortodoxa durante la «Segunda Fase» de la dictadura militar, etapa que dismanteló las reformas previas y reprimió duramente al movimiento obrero (Klarén, 2004; Sulmont, 1981).

3.2.3 Contrarrevolución y Paro Nacional: Represión y el inicio del desgaste estructural (1975-1980)

La caída del general Velasco en agosto de 1975 y su reemplazo por el general Francisco Morales-Bermúdez inauguraron la llamada «Segunda Fase» del gobierno militar, lo que marcó el inicio de un período reaccionario de giro conservador (Klarén, 2004). Este drástico cambio de mando significó el abandono de la retórica revolucionaria y el progresivo dismantelamiento de las reformas previas, además de coincidir con el estallido de una profunda recesión económica (Klarén, 2004; Sulmont, 1981). Frente a la escasez de divisas y el déficit fiscal, el gobierno

se alineó con las políticas de estabilización ortodoxas del Fondo Monetario Internacional (FMI) y aplicó severos «paquetazos» económicos que provocaron una depresión sustancial de los salarios reales de los trabajadores, los cuales, hacia 1979, habían perdido casi la mitad de su poder adquisitivo en relación con 1973 (Klarén, 2004; Parodi, 1987). Para imponer este modelo de ajuste y «disciplinar» la fuerza laboral, la dictadura militar dio un brusco giro antilaboral, signado por el desmantelamiento del andamiaje protector de la fase velasquista, el congelamiento de los salarios, la declaratoria de emergencia en los sectores estratégicos —minero y pesquero— y, mediante el Decreto Supremo 011-76, la suspensión de las garantías constitucionales y se prohibió el derecho a huelga bajo amenaza de despido automático (Sulmont, 1981).

Lejos de apaciguar la conflictividad, la sistemática ofensiva económica y política del régimen terminó por catalizar la histórica respuesta unificada del movimiento sindical (Parodi, 1987; Sulmont, 1981). No obstante, esta convergencia organizativa no fue inmediata; durante los primeros embates de la crisis, la resistencia obrera se caracterizó por una profunda descoordinación, producto tanto de la severidad del estado de emergencia como de la actitud inicialmente vacilante de la cúpula de la CGTP, lo cual derivó en una serie de huelgas sectoriales aisladas antes de cristalizar en un frente único (Sulmont, 1977, 1981). Tras el reemplazo de Velasco Alvarado en 1975, la cúpula de la CGTP mantuvo durante los dos primeros años de la «Segunda Fase» de Morales Bermúdez una actitud de expectativa y conciliación, resistiéndose a romper definitivamente con el gobierno a pesar de que el periodo de reformas ya evidenciaba su agotamiento (Sulmont, 1981). Incluso frente a los severos paquetes de ajuste ortodoxo de 1976 y la declaración del estado de emergencia, la dirigencia cegetepista dilató la convocatoria a medidas de fuerza nacionales para intentar mantener un nivel de negociación con el Estado (Sulmont, 1976). Fue recién ante el dramático deterioro material y el inminente desborde de sus propias bases obreras —las cuales, fuertemente influenciadas por los sectores más radicales de la «nueva izquierda», exigían pasar a la ofensiva (Balbi, 1989)— que la central se vio forzada a rectificar su estrategia.

Como expone Sulmont (1976), la inmensa presión ejercida desde las bases llevó a que la CGPT, la CTRP-Lima, la CNT y diversas federaciones independientes superaran temporalmente sus divisiones ideológicas y conformaran el Comando Unitario de Lucha (CUL). Esta articulación convocó al histórico Paro Nacional del 19 de julio de 1977, el cual fue acatado en masa y generó una movilización popular sin precedentes en todo el país, articulando las demandas obreras con las de los movimientos urbano-populares —pueblos jóvenes—. Según Sulmont (1981), esta movilización «afectó profundamente a la dictadura militar [y] el gobierno se encontró profundamente aislado» (p. 12), en consecuencia, viéndose forzado a anunciar un cronograma de transferencia del poder a los civiles mediante la

convocatoria a una Asamblea Constituyente. El sindicalismo clasista demostró así su enorme poder de veto político y su capacidad para arrinconar a la dictadura.

Paradójicamente, el innegable triunfo político del retorno a la democracia escondía una derrota estructural de la cual el sindicalismo peruano no lograría recuperarse. Como represalia directa al paro nacional, el gobierno militar expidió el Decreto Ley 010-77, dispositivo que autorizó a las empresas a despedir sumariamente a los promotores de la huelga (Sulmont, 1976). Al amparo de esta norma, fueron cesados más de 5.000 trabajadores de manera arbitraria, en su inmensa mayoría los dirigentes sindicales más experimentados y combativos (Parodi, 1987; Sulmont, 1981). La literatura coincide en que este hecho constituyó un punto de quiebre fatal, cuyo «objetivo evidente [...] era alejar de sus bases a toda una generación de dirigentes forjados en el sindicalismo clasista y desarticular toda posibilidad de protesta frente a las medidas económicas» (Comisión de la Verdad y Reconciliación [CVR], 2003, p. 322). Es así que Parodi (1987) ilustra con claridad esta dramática paradoja del movimiento obrero peruano, que, a diferencia de la resiliencia mostrada por la CGT argentina, se desangró en su victoria política:

En ese periodo, tras convocar las movilizaciones populares que dieron fin al gobierno militar, el sindicalismo sufre derrotas importantes que lo debilitan organizativamente. De un lado, se produce el despido de unos 5.000 dirigentes tras el paro nacional de julio de 1977. De otro, diversos sindicatos que se la jugaron al radicalizar sus luchas, no consiguieron mejoras salariales sino, en cambio, el despido de sus dirigentes pues se enfrentaron a un gobierno que estaba dispuesto a cesarlos antes que acceder a sus reclamos económicos (pp. 6-7).

El desgaste organizativo se profundizó al año siguiente. A pesar de que los sindicatos lograron convocar a un nuevo y masivo paro en mayo de 1978, el gobierno militar ya había asestado un golpe definitivo a las bases materiales de la afiliación, por medio de la promulgación del Decreto Ley 22126 en marzo de ese mismo año, bautizado por los trabajadores con singular ironía como la «ley de inestabilidad laboral». Esta norma eliminó la protección absoluta que garantizaba la ley velasquista de 1970, ampliando el periodo de prueba de tres meses a tres años y facilitando los despidos por «falta grave» (Balbi, 1989; Sulmont, 1981).

Desde una perspectiva comparada, la coyuntura de 1975-1980 expone la extrema vulnerabilidad de la trayectoria de dependencia del modelo peruano. A diferencia del sindicalismo peronista en Argentina —que frente a la dictadura militar logró sobrevivir refugiándose en estructuras centralizadas por rama y en la administración de recursos propios por medio de las Obras Sociales (Fernández, 2010)—, la CGTP basaba su poder de manera casi exclusiva en la movilización de calles y en la protección jurídica del Estado. Al encontrarse el sindicalismo peruano atomizado en débiles «sindicatos de empresa» (Mejía, 2005), la represión estatal y el

despido de los 5.000 delegados de fábrica destruyeron el tejido dirigencial de base del movimiento en su nivel más celular (Parodi, 1987; Sulmont, 1981). Desprovisto de recursos institucionales para sostener a los cesados, y paralizados por el temor generalizado al desempleo en medio de una profunda recesión, el sindicalismo peruano ingresó a la década de 1980 habiendo conquistado la democracia formal, pero profundamente debilitado, desarticulado y sin las herramientas estructurales e institucionales necesarias para enfrentar el inminente vendaval de la ofensiva neoliberal (Balbi, 1989; Parodi, 1987).

3.2.4 Democracia, hiperinflación y violencia política: Aislamiento y crisis de representatividad (1980-1990)

El retorno a la democracia en 1980, tras doce años de dictadura militar, generó enormes expectativas en el movimiento sindical peruano. Con la restitución de las libertades constitucionales y el inicio del segundo gobierno de Fernando Belaúnde Terry (1980-1985), los sindicatos aspiraban a institucionalizar la negociación colectiva y recuperar el poder adquisitivo perdido durante el régimen militar (Parodi, 1987). Sin embargo, el naciente escenario democrático expuso las debilidades estructurales del sindicalismo peruano, que al verse carente de una robusta centralización por ramas de actividad y desprovisto de recursos institucionales propios, no pudo resistir los embates de una recesión económica brutal y la naciente violencia política (Arciniega, 1996; Cameron, 1994, como se citó en Stokes, 2001; Parodi, 1987; Roberts, 1998).

A partir de 1982, y agudizándose en 1983, el Perú ingresó en una profunda crisis marcada por la drástica caída de la producción industrial, la contracción del mercado interno y la liberalización de las importaciones (Parodi, 1987; Yépez, 1986). A diferencia de la CGT en Argentina, que durante la transición democrática de Alfonsín logró utilizar su robusto poder institucional —apoyado en los sindicatos nacionales y los fondos de las Obras Sociales— para blindar a sus afiliados y confrontar al Estado (Fernández, 2010), la CGTP en Perú carecía de estas «redes de seguridad» o resortes corporativos de contención. Al sostenerse sobre frágiles y atomizados «sindicatos de empresa» (Mejía, 2005), el sindicalismo peruano no pudo impedir el cierre masivo de fábricas ni la consecuente ola de despidos (Balbi, 1989; Yépez, 1986). Ante el crecimiento descontrolado del desempleo y el subempleo, la huelga —histórico mandoble principal del sindicalismo clasista— perdió su efectividad como mecanismo de presión (Parodi, 1987; Yépez, 1986). En un mercado laboral severamente precarizado, el temor a perder el puesto de trabajo desarticuló la acción colectiva, y condujo a los obreros a priorizar estrategias de supervivencia individual, buscando ingresos complementarios en el creciente sector informal. En ese sentido, Parodi (1987) describe este fenómeno de desarticulación organizativa:

La crisis tuvo así un poderoso efecto disolvente sobre la clase porque hizo pasar a un primer plano la preocupación sobre sus estrategias personales de sobrevivencia, desplazando al sindicato como forma social de acción para el logro de mejoras individuales. De manera que los obreros desarrollaron actividades complementarias a la fábrica y esto mismo tendió a disminuir su participación en la organización sindical (p. 20).

De este modo, se consolidó la percepción de que «ser obrero es algo relativo» (Parodi, 1986), lo que vació de contenido la identidad de clase que había impulsado las grandes movilizaciones de los años setenta. El sindicalismo asumió una postura defensiva *stricto sensu*, preocupado ya no por la meta ambiciosa de conquistar nuevos derechos, sino, pragmáticamente, por evitar el cierre de las empresas (Yépez, 1986; Arciniega, 1996).

A la crisis material se sumó una profunda crisis de representación política (Arciniega, 1996). Durante la dictadura militar, los partidos de la «nueva izquierda» habían utilizado a los sindicatos como su principal base de movilización opositora y acumulación de fuerzas. Lejos de afianzar esta alianza, la apertura democrática consolidó una alteración radical de esta dinámica. En línea con los postulados teóricos de Murillo (2013), si bien en escenarios autoritarios el sindicalismo puede erigirse como un interlocutor político estratégico frente al vacío de representación, la transición hacia regímenes democráticos tiende, paradójicamente, a debilitarlo, puesto que la democracia habilita mecanismos alternativos —como el sufragio individual y la competencia partidaria— para la canalización de las demandas ciudadanas. Este fenómeno se materializó con claridad en el Perú cuando la naciente coalición Izquierda Unida (IU) desplazó su prioridad hacia la competencia electoral en el parlamento y los municipios. Al institucionalizarse, los partidos de izquierda cortaron los estrechos vínculos orgánicos y cotidianos que mantenían con el espacio fabril (Balbi y Parodi, 1981, como se citó en Balbi, 1989; Roberts, 1998). Este viraje estratégico generó una profunda desazón en las bases obreras, puesto que, como advierte la CVR (2003), «con el cambio de régimen político, estas organizaciones [...] desplazan su atención a otros ámbitos, como el barrial y el municipal, algo que los dirigentes obreros percibirán como un abandono a los trabajadores» (p. 333). En consecuencia, el sindicalismo peruano quedó huérfano de una mediación política eficaz, perdiendo su anclaje partidario precisamente en un momento en que la aguda crisis económica exigía respuestas programáticas y capacidad de concertación estatal.

En la segunda mitad de la década, el primer gobierno de Alan García (1985-1990) intentó aplicar políticas heterodoxas para reactivar el aparato productivo; sin embargo, el agotamiento de este modelo derivó en la más terrible hiperinflación de la historia del país, lo que devastó el poder adquisitivo y los salarios reales de los trabajadores (Klarén, 2004; Zapata, 2021). Este colapso macroeconómico tuvo un

impacto profundamente destructivo sobre la Población Económicamente Activa (PEA) asalariada. Ante la paralización de la industria y la drástica contracción del empleo formal, la hiperinflación supuso el crecimiento explosivo de lo que se llamará el «sector informal», lo que dio lugar a una precarización extensa en el mundo del trabajo (CVR, 2003; Klarén, 2004). De esta forma, el subempleo y el trabajo independiente pasaron a constituir la actividad mayoritaria, lo que redujo drásticamente el peso estructural del proletariado fabril y fragmentó de manera irreversible la base material sobre la cual se asentaba la representatividad del sindicalismo peruano (CVR, 2003; Zapata, 2021).

Sumado a este escenario de colapso, el movimiento obrero quedó atrapado en la devastación del CAI, entre la insania y violencia del terrorismo subversivo y la respuesta contrainsurgente gubernamental, lucha que albergó, por su parte, un cruento terrorismo de Estado (CVR, 2003). Por un lado, el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL) intentó infiltrar y hegemonizar las estructuras sindicales en las ciudades y centros mineros para sumarlas a su guerra popular (CVR, 2003). Los senderistas impulsaron paros armados y huelgas extremas que los trabajadores, preocupados por preservar sus escasas fuentes de empleo, rechazaban, y ante la negativa de los dirigentes sindicales a subordinarse, Sendero Luminoso recurrió al aniquilamiento (CVR, 2003). La CVR (2003) documenta cómo la subversión asesinó sistemáticamente a líderes obreros que se oponían a sus directivas o intentaban negociar soluciones pacíficas con las empresas, como los casos de Alejandro Patiño y Fidencio Coronel en el sector minero. De manera simultánea, el Estado y las fuerzas policiales estigmatizaron a las organizaciones sindicales, al asimilar de forma recurrente el reclamo laboral legítimo con el terrorismo. Esta criminalización de la protesta sirvió como coartada para justificar una feroz represión gubernamental y el asesinato o desaparición de numerosos activistas bajo tácticas de guerra sucia (CVR, 2003; Degregori, 1990).

La perceptible vulnerabilidad de la CGTP frente a la crisis de los años ochenta y noventa evidencia los límites estructurales de su propia matriz ideológica. Al analizar las potencialidades y debilidades del sindicalismo clasista, Duhalde (2012) sostiene que la dependencia exclusiva en la acción directa y la movilización constante obedece a una curva de «U invertida», según la cual, si bien la huelga y la confrontación logran una rápida acumulación de fuerzas en un inicio, no pueden sostenerse indefinidamente. Si estas acciones no se traducen en una negociación institucionalizada que cristalice los logros, el mantenimiento del conflicto conduce inevitablemente al desgaste, al cansancio y al agotamiento de los trabajadores, lo que acarrea la pérdida del poder acumulado (Duhalde, 2012). En consecuencia, frente a la clausura sistemática de los espacios de diálogo por parte del Estado — dado que gobiernos como los de García y Fujimori excluyeron deliberadamente al movimiento sindical y no contemplaron vías eficaces de concertación—, la

dirigencia de la CGTP se vio imposibilitada de ejercer cualquier pragmatismo negociador (Arciniega, 1996; CVR, 2003; Klarén, 2004).

Confinada a un repertorio de protesta circunscrito casi exclusivamente a la reiterada convocatoria de «paros nacionales», la central terminó desgastando a sus bases, debido al contexto marcado por la hiperinflación, el avance del terrorismo y la reducción masiva de asalariados formales, que condujo a que estas medidas de fuerza perdieran efectividad y devinieran en fracasos (Arciniega, 1996; CVR, 2003). Ante la amenaza constante de la desocupación, se impuso una actitud conservadora entre los trabajadores, quienes, temerosos de perder sus precarias fuentes de ingresos mediante huelgas ineficaces, priorizaron su supervivencia individual, en un repliegue que terminó por distanciar a las bases de la movilización confrontacional, mermando irreversiblemente la capacidad de retención afiliativa de la organización (CVR, 2003).

La dramática desafección de las bases de la CGTP frente a la reiterada convocatoria a paros nacionales evidencia los límites estructurales de depender de manera exclusiva de una lógica de «acción colectiva dialógica» en contextos de crisis material extrema (Balbi, 1989; Offe y Wiesensthal, 1980; Parodi, 1987). En consonancia con las advertencias teóricas de Offe y Wiesensthal (1980), los sindicatos que carecen de recursos de poder institucionalizados se ven forzados a exigir a sus miembros que asuman altos costos y sacrificios individuales en nombre de la identidad colectiva y la solidaridad de clase; sin embargo, esta «disposición a actuar» es altamente inestable. A medida que las políticas de ajuste estructural, la hiperinflación y el riesgo inminente de desocupación elevaron los costos punitivos de la acción colectiva para el trabajador peruano la retórica clasista resultó insuficiente para sostener la movilización (Parodi, 1987). Al constatar que las paralizaciones extremas no se traducían en victorias materiales concretas que compensaran el riesgo de perder el empleo, la racionalidad utilitaria de supervivencia individual primó sobre la identidad de clase (Balbi, 1989; Parodi, 1987), forzando a los trabajadores a un repliegue defensivo que dejó a la dirigencia de la CGTP aislada y vaciada de su principal recurso de poder y movilización (Offe y Wiesensthal, 1980; Parodi, 1987).

A modo de balance, al culminar la década de 1980, la trayectoria de dependencia del modelo peruano había llegado a su límite. Acorralado por la hiperinflación, marginado por sus antiguos aliados políticos, atomizado estructuralmente y diezmado por el terrorismo subversivo y de Estado, el movimiento obrero peruano quedó sumido en una situación de extrema vulnerabilidad organizativa (Manky, 2011; Villavicencio, 2015). A diferencia de la CGT en Argentina —que logró conservar sus resortes corporativos y su anclaje partidario para negociar su supervivencia institucional (Levitsky, 2003)—, la CGTP llegó a los años noventa carente de los recursos institucionales o la cohesión política necesarios para frenar el inminente embate del *shock* neoliberalismo autoritario (Collier y Collier, 1991; Roberts, 1998; Stokes, 2001).

3.2.5 «Fujishock» y neoliberalismo autoritario: colapso organizativo y desregulación (1990-2000)

La década de 1990 representó la coyuntura crítica definitiva que selló el colapso estructural del sindicalismo peruano. Este periodo estuvo marcado por el ascenso al poder de Alberto Fujimori, cuyo gobierno implementó un programa de ajuste estructural brutal bajo una dinámica que Stokes (2001) ha conceptualizado como «neoliberalismo por sorpresa» en su obra homónima. Como explica la autora, durante la campaña presidencial de 1990, Fujimori captó el voto de los sectores populares, trabajadores e informales al presentarse como el candidato del «anti-shock» con la promesa de estabilizar la economía de forma gradual y sin costo social frente a la amenaza de un ajuste radical propuesto por su rival de derecha, Mario Vargas Llosa. En un giro radical, apenas diez días después de asumir el mando, Fujimori traicionó su mandato electoral y aplicó el denominado «Fujishock», un drástico paquete que elevó el precio de la gasolina en más de 3000 % y eliminó abruptamente los subsidios a los alimentos y servicios básicos, provocando que productos como el pan, el aceite y el kerosene incrementaran sus precios entre un 500 % y un 6.900 %, lo cual pulverizó en cuestión de días los salarios reales de los trabajadores privados a la mitad de su valor (Klarén, 2004; Stokes, 2001). Esta maniobra sorpresiva fue posible porque Fujimori carecía de un partido político institucionalizado —Cambio 90 era un mero vehículo electoral, capitalizado por su figura de *outsider*— que lo anclara a sus promesas o lo vinculara orgánicamente con los sindicatos, dejándolo con total autonomía para ceder ante las presiones de los organismos financieros internacionales e imponer la ortodoxia de libre mercado (Klarén, 2004; Stokes, 2001).

Esta maniobra inesperada dejó al movimiento obrero descolocado y sin capacidad de reacción política frente a la abolición de sus derechos históricos. A diferencia del sindicalismo argentino y la CGT que, pese al giro sorpresivo de Menem, lograron negociar concesiones y retener el control de sus bases materiales corporativas valiéndose de su histórico peso institucional en el seno del peronismo (Levitsky, 2003; Murillo, 2000), la CGTP en el Perú carecía por completo de este escudo político e institucional de contención. El régimen de Fujimori, especialmente tras el autogolpe de Estado de 1992 y su consolidación dictatorial, emprendió un asalto legislativo frontal contra la organización de los trabajadores. La promulgación de la Ley de Relaciones Colectivas de Trabajo (Decreto Ley 25593) en 1992 tuvo efectos devastadores, dada la imposición de un intenso control administrativo que casi extinguió el derecho a la huelga y confinó la negociación colectiva casi de manera exclusiva al nivel de la empresa. Esta norma suprimió la posibilidad de negociar por ramas de actividad, cimentando una «hiperdescentralización» que atomizó aún más a los sindicatos y los condenó a una «microconflictividad» aislada e impotente (Arciniega, 1996; Florian, 2024; Villavicencio, 2015).

En paralelo, la flexibilización extrema de las relaciones laborales facilitó el despido y promovió en masa la contratación temporal y la subcontratación, lo cual precarizó en gran medida la vida de los asalariados, y además fragmentó la base misma de la afiliación sindical al dividir a los trabajadores temporales de los estables dentro de una misma planta (Parodi, 1987; Tostes y Villavicencio, 2012). El impacto de esta ofensiva neoliberal sobre un movimiento ya vulnerado por la crisis económica y su precaria estructura de «sindicato de empresa» fue devastador; la tasa de sindicalización, que a nivel nacional rondaba el 18,4 % a inicios de la década de 1990, sufrió una caída en picada hasta ubicarse en un exiguo 4,7 % hacia 1997 (Saavedra, 1999).

En último término, a la debacle legal y económica se sumó el asedio de la violencia política. La máxima expresión de esta ofensiva represiva desde el aparato estatal fue el asesinato de Pedro Huilca Tecse, secretario general de la CGTP, ocurrido el 18 de diciembre de 1992, en un contexto de fuerte oposición de su parte a las reformas laborales del régimen fujimorista (Decreto Ley 25593). Esta confrontación alcanzó su punto crítico a inicios de ese mismo mes durante la Conferencia Anual de Ejecutivos (CADE), escenario donde el propio Alberto Fujimori lanzó una amenaza directa frente al auditorio empresarial y en presencia del líder sindical: «Señores empresarios, ¿este ya no es el país donde manda la cúpula de la CGTP!» (Federación de Trabajadores en Construcción Civil del Perú [FTCCP], 2017, p. 64). Aunque la versión oficial inicial atribuyó el asesinato a Sendero Luminoso, el avance judicial y la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos [Corte IDH] (2005) desvirtuaron dicha narrativa y probaron que la amenaza del autócrata no fue un recurso retórico, sino más bien, el anuncio premeditado de una ejecución extrajudicial. Ante este tribunal, el Estado peruano reconoció su responsabilidad internacional y admitió, en primer lugar, que el crimen fue ejecutado por el destacamento paramilitar «Colina» bajo las directivas del régimen de Fujimori y Vladimiro Montesinos —asesor presidencial y jefe del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN)—, y en segundo, que existió un encubrimiento sistemático posterior, materializado en la desviación de las investigaciones y en la aplicación de leyes de amnistía para garantizar la impunidad estatal (CVR, 2003; Corte IDH, 2005). De este modo, ya fuera bajo las balas del terrorismo subversivo o por el accionar de grupos paramilitares del gobierno, este crimen terminó por descabezar y aterrorizar a un movimiento obrero que ya se encontraba en pleno desbande (CVR, 2003). Como advierte Mejía (2005), fue este brutal crimen a manos de la dictadura lo que asestó un golpe letal al movimiento, esto obligó a la CGTP a replegarse hacia una actitud defensiva y paralizar durante años cualquier intento de renovación sindical.

Por último, a modo de balance comparativo, el «Fujishock» y el autoritarismo de los años noventa demostraron las fatales consecuencias de la trayectoria de

dependencia del caso peruano. Al carecer de anclajes partidarios sólidos y de recursos institucionales centralizados que le otorgaran poder estructural, la clase trabajadora peruana se vio incapaz de resistir la reestructuración neoliberal, terminando la década en un estado de desarticulación organizativa y marginalidad casi absolutas (Silva, 2017; Stokes, 2001).

3.2.6 Post-fujimorato: crecimiento económico, «hiperdescentralización» y estancamiento (2000-presente)

La caída de la dictadura fujimorista en el año 2000 y el inicio del nuevo milenio abrieron una etapa de transición democrática que, a diferencia del caso argentino tras la crisis de 2001, no trajo consigo una «revitalización sindical» (Etchemendy y Collier, 2007; Senén, 2011). Esta crisis sostenida del movimiento obrero peruano en el siglo XXI es transversal al largo ciclo de la denominada «República Empresarial», marcado por un extraordinario crecimiento macroeconómico de corte primario-exportador, y a la posterior etapa de «crisis política permanente» —desde 2016, y recrudecida con especial ímpetu desde el 2018, extendiéndose hasta la actualidad—, caracterizada por el debilitamiento de las instituciones estatales, colapso del sistema de partidos y la alta volatilidad presidencial, producto de la recurrente crisis de gobernabilidad y el constante choque entre los poderes del Estado (Zapata, 2021), mediado por el uso abusivo e instrumentalizado de una desvirtuada figura de vacancia presidencial por incapacidad moral. A través de ambos ciclos, la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) demostró su incapacidad para revertir la precarización heredada de los años noventa, lo que mantuvo sus tasas de afiliación estancadas en niveles críticos y padeciendo un continuo declive en su cobertura de negociación colectiva (Florian, 2024; MTPE, 2023; Villavicencio, 2015).

Durante el ciclo de la «República Empresarial», el país experimentó altas tasas de crecimiento económico gracias al *boom* de los *commodities* —exportación de materias primas—; sin embargo, este crecimiento no se tradujo en un fortalecimiento de las organizaciones de los trabajadores. La recuperación democrática no derogó el uso intensivo de la contratación temporal ni fortaleció la fiscalización estatal, lo cual hubiese permitido que la riqueza empresarial fluyera sin canales institucionales de redistribución hacia los trabajadores (Cuadros y Sánchez, 2008, como se citó en MTPE, 2023). A diferencia del «neocorporativismo segmentado» que emergió en Argentina bajo el kirchnerismo —donde el Estado promovió activamente la recuperación del poder sindical y la negociación colectiva por rama de actividad (Etchemendy y Collier, 2008)—, los gobiernos democráticos —Toledo, García, Humala— mantuvieron, en gran medida, intacta la matriz laboral neoliberal legada por el fujimorismo; no obstante, resulta imperativo matizar este escenario reconociendo las aperturas institucionales y la capacidad de agencia y

renovación estratégica de la propia central obrera. Por un lado, en el plano político-institucional, la primera década del presente siglo atestiguó la incorporación de la CGTP como central representativa en el Acuerdo Nacional y en el Consejo Nacional de Trabajo y Promoción del Empleo (CNTPE), lo que habilitó instancias de diálogo social inéditas (Bazán, 2014). Esta participación exigió a la central redefinir su rol, complementando su tradicional accionar político con la necesidad de elaborar propuestas de carácter técnico orientadas al consenso (Bazán, 2014). En este contexto, la central jugó un rol articulador en el proceso de reparación y reincorporación al Estado de los trabajadores públicos cesados en los noventa; un proceso amparado en la Ley 27487, iniciada bajo el mandato de Valentín Paniagua y ejecutada durante el gobierno de Alejandro Toledo (Ferrer, 2022). A ello se sumó su incidencia técnica en la normatividad de la Ley de Seguridad y Salud en el Trabajo, que reconoció el rol del sindicato e instauró mecanismos de cooperación institucional (Gonzales, 2014).

Por otro lado, frente a las transformaciones del mercado, la CGTP emprendió, a inicios de siglo, un profundo proceso de «reestructuración organizativa» (Mejía, 2005). Este esfuerzo culminó en el Congreso Nacional Estatutario de 2003 con la aprobación de un nuevo estatuto que instauró cuotas de inclusión de género y juventud en las instancias de dirección, y, además, incorporó el innovador mecanismo de la «afiliación directa» para contrarrestar la atomización del modelo de sindicato de empresa (Mejía, 2005). El éxito más emblemático de esta nueva orientación fue el restablecimiento de la negociación por rama en la industria de la construcción, logro materializado por la Federación de Trabajadores en Construcción Civil del Perú (FTCCP) —principal base de la central, de la cual han provenido secretarios generales históricos como Isidoro Gamarra, Pedro Huilca y Mario Huamán— (Bazán, 2014; FTCCP, 2017; Mejía, 2018). Esta victoria se alcanzó al articular la tradicional presión de masas con exitosas Acciones Contenciosas Administrativas en el Poder Judicial, esto obligó al Ministerio de Trabajo a reconocer el nivel de rama (FTCCP, 2017; Mejía, 2018). A partir de este hito, la FTCCP y el gremio empresarial (CAPECO) lograron resolver sus pliegos en «trato directo» durante más de una década consecutiva, escalando su nivel de diálogo hacia la formulación de una inédita «agenda sectorial» conjunta frente al Estado (Mejía, 2018). Este conjunto de hitos evidencia, en suma, una superación del «clasismo» orientado al combate exclusivo, lo que dio paso a una *praxis* sindical que entrelaza la movilización en las calles con el pragmatismo negociador y la propuesta técnica.

El principal obstáculo en esta etapa fue la consolidación legal y práctica de la «hiperdescentralización». El marco normativo heredado de la dictadura —la Ley de Relaciones Colectivas de Trabajo de 1992— cimentó a la empresa como la unidad exclusiva de negociación viable para casi todas las actividades

económicas, atomizando a la clase trabajadora en una «microconflictividad» aislada (Villavicencio, 2015). A diferencia de la robusta centralización de la CGT argentina, la CGTP se vio desbordada y fragmentada, operando sobre un tejido sindical constituido principalmente por pequeños sindicatos de empresa o simples delegados de personal que carecían de poder de fuego real frente a las patronales (Manky, 2011; Villavicencio, 2015). El impacto numérico fue innegable, resultando en una tasa de densidad sindical en el sector privado formal que fluctuó en niveles críticamente bajos, bordeando apenas un promedio del 5 % durante todo el período, una cifra que realza un significativo contraste con el casi 40 % de cobertura que ostenta el sindicalismo argentino formal (MTPE, 2023).

A esta debilidad estructural se sumaron sofisticadas tácticas patronales de desincentivo afiliativo que terminaron por asfixiar a los pocos sindicatos sobrevivientes. En un aporte de gran relevancia para la comprensión de este fenómeno, Florian (2024) argumenta que el descenso ininterrumpido de la cobertura de la negociación colectiva desde 2006 en adelante obedece a la «discreta extinción del sindicato mayoritario» —como titula a su artículo—. Ante la falta de una protección estatal efectiva contra actos lesivos a la libertad sindical, las empresas peruanas adoptaron la práctica —avalada por la jurisprudencia de la Corte Suprema de Justicia— de extender unilateralmente los beneficios económicos logrados por los sindicatos a los trabajadores no afiliados (Florian, 2024). Esta maniobra generó un pernicioso efecto de conducta parasitaria o de *free-rider* al percibir los mismos aumentos salariales sin asumir los costos ni los riesgos de represalias por estar organizados, los trabajadores perdieron todo incentivo para afiliarse y de esta forma condenaron a los sindicatos a una inevitable minorización y pérdida de poder representativo (Florian, 2024).

Por último, el ingreso a la etapa de «crisis política permanente» a partir de 2016 no hizo más que profundizar la marginación de la agenda laboral del debate público. En un escenario de inestabilidad política crónica, censuras ministeriales, vacancias presidenciales y un profundo descrédito de las instituciones estatales (Zapata, 2021), la crisis de representación se extiende al sector obrero, donde la CGTP quedó desprovista de interlocutores políticos válidos. A diferencia del sindicalismo argentino que, frente al retroceso neoliberal del gobierno de Mauricio Macri (2015-2019), logró unificar posturas defensivas y utilizar su pesado andamiaje institucional —en particular, el importante legado de las Obras Sociales— para resistir el ajuste y sostener la conflictividad (Senén, Trajtemberg y Borroni, 2021; Varela, 2016), el movimiento obrero peruano quedó sumido en un estado de extrema vulnerabilidad organizativa y orfandad institucional.

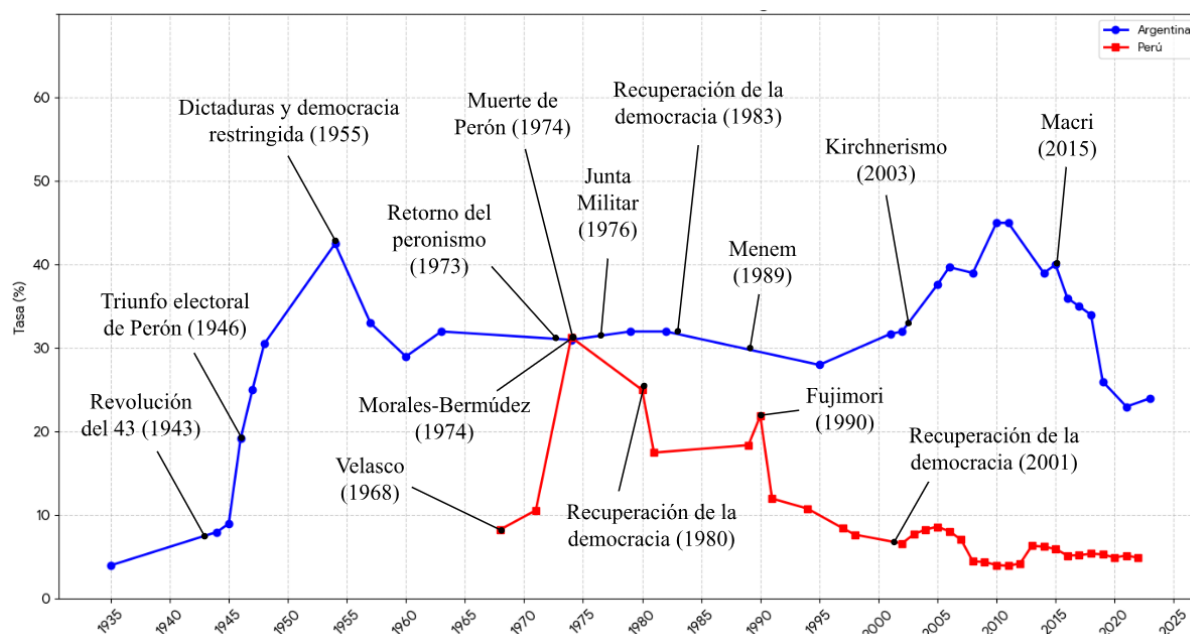
A modo de conclusión general del caso, la trayectoria del sindicalismo peruano demuestra que la identidad clasista y la retórica confrontacional de los años setenta, al no haber estado acompañadas por la conquista de recursos corporativos

e institucionales sólidos, dejaron al movimiento operando sobre bases de suma fragilidad. Sin embargo, una lectura integral del proceso exige reconocer que fueron los profundos cambios estructurales en el mercado de trabajo y la drástica imposición de políticas neoliberales en los años noventa los factores que desarticularon y debilitaron severamente a la masa asalariada formal, socavando el sustento material y afiliativo de los sindicatos (Manky, 2011; Villavicencio, 2015). Frente a este escenario de vulnerabilidad extrema, el «sindicalismo clasista» se vio obligado a diversificar su tradicional repertorio de acciones, transitando desde la confrontación directa hacia la búsqueda de espacios de diálogo institucional, la formulación de propuestas técnicas y la reestructuración de sus estatutos (Bazán, 2014; Mejía, 2005). No obstante, este indispensable proceso de adaptación estratégica e institucional se desarrolló de manera parcial y tardía, impidiendo que la CGTP lograra amortiguar el colapso organizativo y retener el poder de veto que sí conservaron sus pares regionales. Es así que, finalmente, golpeados con severidad durante las dictaduras, marginados por sus antiguos aliados de izquierda y atomizados legalmente por la imposición del neoliberalismo y el ajuste estructural, la CGTP llegó al siglo XXI convertida en un actor con prestigio y arraigo histórico, pero vaciada de poder estructural para proteger a las nuevas generaciones de trabajadores precarios, más aún en un contexto vigente de continuismo y profundización neoliberal.

4. Conclusiones

El análisis comparado de las trayectorias de la Confederación General del Trabajo (CGT) en Argentina y la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) confirma la hipótesis central de esta investigación, al demostrar empíricamente cómo la divergencia en la supervivencia institucional y en la capacidad de afiliación frente a las sucesivas coyunturas críticas —quiebres autoritarios e imposición neoliberal— se explica por las distintas estrategias de vinculación política y la acumulación de recursos institucionales. Al trasladar el concepto de «resiliencia organizativa» (ISO, 2017) al ámbito político-institucional, queda en evidencia que la capacidad de una organización obrera para absorber, resistir y adaptarse estratégicamente a un entorno hostil y cambiante no radica de modo único en su combatividad en las calles o su lealtad ideológico-doctrinal, sino también en la solidez de sus anclajes estructurales e institucionales (Duhalde, 2015; Levitsky, 2003). En este sentido, ambos casos desarrollaron trayectorias de dependencia (*path dependencies*) divergentes a partir de sus respectivos modelos de incorporación política.

Figura 4

Evolución comparada referencial de las tasas de sindicalización (%) en Argentina³ y Perú⁴

Como se pudo apreciar en el caso Argentino, la CGT demostró una sólida resiliencia organizativa cimentada en su alianza histórica e integración corporativa con el peronismo (Doyon, 1984) y en el modelo de unicidad promocionada, de esta forma consolidaron una trayectoria que dotó al movimiento obrero de formidables recursos institucionales —por ejemplo, la negociación colectiva por rama de actividad y la administración de las Obras Sociales— que operaron como un escudo corporativo y seguro para sus intereses materiales y para amortiguar el impacto autoritario y neoliberal. Gracias a estos recursos, el sindicalismo argentino pudo sobrellevar la represión del terrorismo de Estado, negociar su supervivencia institucional frente al sorpresivo giro neoliberal de la década de 1990 —refugiándose en un pragmático «sindicalismo empresarial» (*business-unionism*) orientado a la retención de sus fuentes de financiamiento y recursos organizacionales clave (Hattam, 1993; Levitsky, 2003; Murillo, 1997)—. Al preservar estos resortes estructurales, la CGT logró posicionarse estratégicamente para protagonizar una vigorosa «revitalización sindical» a partir de 2003 en el

3. Para el caso argentino se consideran las cifras de Doyon (1984, 1988) —1946, 1948, 1950, 1954— a partir de las actas de los comités centrales confederales y los congresos de la CGT y de Campos y Orsatti (2014) hasta 2002, y para años recientes, se considera el registro de Tomada et al., (2018) hasta 2018 y Orsatti (2025) hasta el último año observado, 2023.
4. Para el caso peruano se toman las cifras de Florian (2024) con base en registros del MTPE (1997-2022), quien a su vez nota que la tasa de afiliación sindical registrada desde 1997 hasta 2007 se ha calculado a partir de las hojas de resumen de planillas del mes de junio de cada año. A partir de 2008 en adelante, se expresa como el promedio anual de trabajadores sindicalizados entre la PEA asalariada.

marco del ciclo kirchnerista (Etchemendy y Collier, 2007), resistiendo, incluso, el posterior retroceso neoliberal iniciado con el gobierno de Mauricio Macri (Senén et al., 2021).

Es así que la trayectoria de resiliencia organizativa de la CGT argentina ilustra de manera paradigmática el éxito del modelo sindical orientado hacia el eje mercado-sociedad, según la tipología triangular de Hyman (2001), apostando históricamente por una pragmática integración institucional y la búsqueda constante de «asociación social» (*social partnership*). Esta orientación le permitió sostener un continuo «intercambio político» (*political exchange*) con el Estado (Hyman, 2001; Fernández, 2010), mecanismo mediante el cual la cúpula sindical moderaba su conflictividad a cambio de concesiones clave en políticas públicas, el resguardo de su monopolio de representación y la retención de inmensos recursos corporativos. De este modo, al anclar su supervivencia tanto en la gestión de servicios y fondos de salud en el vértice del mercado —mediante la administración de las Obras Sociales— como en su institucionalización dentro del sistema político o el vértice de la sociedad, la CGT logró blindar su poder asociacional frente a los embates del neoliberalismo menemista (Etchemendy y Collier, 2007; Hyman, 2001; Murillo, 1997). Tal como lo conceptualiza Hyman (2001), esta flexibilidad para transitar hacia un «sindicalismo empresarial» (*business unionism*) garantizó su supervivencia institucional y demostró que su fortaleza residía, precisamente, en su capacidad para articular la negociación económica con la integración estatal (Etchemendy y Collier, 2007; Levitsky, 2003).

En agudo contraste, la experiencia de la CGTP en el Perú ilustra la vulnerabilidad estructural de una central cuya trayectoria se forjó en el aislamiento político, comprometida con el «sindicalismo clasista», fuerte autonomía y confrontación política, pero apoyada sobre el frágil y fragmentado modelo del «sindicato de empresa» (Balbi, 1989; Confederación General de Trabajadores del Perú [CGTP], 2006; Mejía, 2005). Al carecer de anclajes partidarios con acceso al poder del Estado y hallarse desprovista de recursos económicos e institucionales propios y de mecanismos para absorber los sucesivos impactos externos, el sindicalismo peruano adoleció de la resiliencia organizativa necesaria para resistir las coyunturas críticas de fines del siglo XX; el despido masivo de sus cuadros de base a fines de la década de los setenta (Parodi, 1987; Sulmont, 1981), el golpe de la hiperinflación y el fuego cruzado del terrorismo subversivo y de Estado en los ochenta (CVR, 2003), y finalmente, el drástico y sorpresivo *shock* neoliberal de la dictadura fujimorista de los noventa (Stokes, 2001).

Este último episodio crítico consolidó su colapso, mediante la «hiperdescentralización» normativa y prácticas empresariales que fomentaron la conducta parasitaria (*free-rider*), y arrebató los incentivos para la afiliación (Florian, 2024; Villavicencio, 2015). En consecuencia, la CGTP experimentó un colapso

del cual no ha logrado recuperarse en el actual periodo democrático, estancando su representatividad en niveles ínfimos hasta el presente. Esta vulnerabilidad se explica, en gran medida, por las asimetrías en la arquitectura jurídica de ambos países. Mientras en Argentina el andamiaje legal protegió históricamente la centralización organizativa a través de fuertes sindicatos de actividad y el reconocimiento de la unicidad promocionada, en el Perú el marco normativo —profundizado drásticamente con la Ley de Relaciones Colectivas de Trabajo (LRCT) de 1992— impuso un modelo de hiperdescentralización anclado casi con exclusividad en el precario sindicato de empresa (Tostes y Villavicencio, 2012; Villavicencio, 2015). Esta arquitectura jurídica constriñó a la CGTP, atomizando institucionalmente a sus bases y limitando severamente su capacidad estructural para forjar recursos organizativos robustos frente a la ofensiva neoliberal (Florian, 2024; Tostes y Villavicencio, 2012; Villavicencio, 2015).

Es así también que la incapacidad de la CGTP para retener a sus afiliados frente al avance autoritario-neoliberal ilustra de manera paradigmática los límites del «sindicalismo de clase» cuando este opera de forma aislada (Duhalde, 2012). Retomando la propuesta de Hyman (2001) y su tipología triangular, la identidad sindical basada en la oposición total de clase —es decir, que prioriza el vértice clasista de movilización y oposición al capital antes que el vértice de mercado y negociación colectiva de reivindicaciones económicas, o el vértice de sociedad e integración institucional— encierra una paradoja estructural; dado que para ser sostenible en el tiempo, requiere ineludiblemente articularse con algún nivel de acomodación dentro del orden social existente y garantizar la defensa efectiva de los intereses económicos inmediatos de los trabajadores. Al carecer de resortes institucionales que le permitieran un anclaje en el ámbito de la sociedad mediante el diálogo, y al fracasar en el ámbito del mercado debido a la hiperinflación y la precarización, la dirigencia de la CGTP comprobó empíricamente que la movilización radical y las huelgas reiteradas, desprovistas de victorias tangibles, terminan por desmoralizar a las bases y conducen a la marginación organizativa (Balbi, 1989; Parodi, 1987).

En síntesis, la investigación demuestra que la retórica radical, el compromiso ideológico, doctrinario o clasista y la capacidad de movilización, si bien relevantes, resultan insuficientes para inmunizar al movimiento obrero frente a reestructuraciones políticas y económicas agresivas si estas no se traducen en conquistas estructurales y relacionamiento institucional sólido. La divergencia entre ambas trayectorias confirma que la resiliencia a largo plazo no depende en única medida de la combatividad, sino también —y en un grado crucial— del fortalecimiento del «recurso organizativo» interno de las centrales (Duhalde, 2015). Mientras la CGT argentina logró mantener una alta cohesión interna y centralización para blindarse corporativamente e integrarse de modo estratégico

al sistema político, el sindicalismo peruano padeció una fragilidad organizativa crónica que, sumada a su atomización en sindicatos de empresa (Manky, 2011; Villavicencio, 2015) y a su excesiva dependencia de la acción directa (Duhalde, 2012), lo privó de las herramientas necesarias para absorber los impactos de la reestructuración neoliberal. En definitiva, el análisis de la divergencia entre ambas trayectorias confirma que la resiliencia organizativa y el éxito representativo a largo plazo en América Latina han dependido críticamente de la habilidad de las centrales sindicales para entrelazar la defensa de sus bases materiales con una inserción estratégica en el sistema político y la gestión estatal.

Ahora bien, introducir la exigencia de Varela (2016) respecto a la ineludible necesidad de dar un «debate de estrategias» sindicales permite ponderar el balance final de ambas trayectorias. La comparación demuestra que el modelo corporativo de la CGT priorizó una estrategia de adaptación institucional y pragmática que, si bien la salvó del colapso organizativo bajo el ropaje de un «sindicalismo de servicios», finalmente subordinó y distanció a la cúpula de las bases más precarizadas. Por su lado, la CGTP peruana, desprovista de aquellos resortes estatales y atomizada jurídicamente en el nivel micro del «lugar de trabajo» —espacio que la autora rescata precisamente como el *locus* privilegiado de resistencia, politización y organización clasista—, mantuvo una mayor coherencia ideológica desde sus bases obreras. Sin embargo, su extrema vulnerabilidad normativa y su incapacidad para articular una estrategia política de alcance nacional que superara los muros de la fábrica frente a la hiper-flexibilización fujimorista, terminaron por socavar su viabilidad representativa a largo plazo (Manky, 2011; Varela, 2016; Villavicencio, 2015).

A la luz de estos contrastes, resulta insoslayable problematizar el propio concepto de «resiliencia organizacional sindical» empleado a lo largo de este estudio. Si bien la noción remite a la capacidad de supervivencia institucional, la densidad afiliativa y la preservación de recursos organizativos, es imperativo preguntarse qué tipo de sindicalismo sobrevive y a costa de qué adaptaciones políticas lo hace. En este sentido, una comprensión plena de la comparación exige distinguir analíticamente entre la fortaleza institucional-organizativa y la fortaleza político-clasista. Desde esta óptica, la CGT argentina demostró ser indiscutiblemente más fuerte en términos institucionales y organizativos; no obstante, esa resiliencia estuvo íntimamente asociada —especialmente durante la década de los noventa— a profundos procesos de burocratización, integración corporativa y a una pérdida relativa de su autonomía clasista frente al Estado y el capital (Fernández, 2023; Varela, 2016). En contraste, la CGTP peruana, pese a exhibir una marcada debilidad institucional y organizativa, mantuvo una mayor coherencia en términos de identidad clasista y de confrontación directa frente a la ofensiva patronal (Balbi, 1989; Sulmont, 1976). Por consiguiente, la mayor resiliencia institucional de la CGT no debe asumirse de manera automática como una defensa más consistente

de los intereses históricos de la clase trabajadora, sino como el resultado de un pragmatismo corporativo que, si bien garantizó la pervivencia del aparato sindical, implicó en determinados momentos la subordinación y subalternización de su potencial emancipatorio.

Por último, en un escenario latinoamericano caracterizado por una informalidad que ha adquirido un carácter estructural, a causa de la precarización de las condiciones de vida y por una profunda crisis de legitimidad de la representación política, de las instituciones e incluso de la propia democracia, la historia de estas trayectorias sindicales deja una enseñanza ineludible: la construcción de una democracia plena y auténticamente participativa exige otorgar un papel protagónico a la sociedad civil y a las organizaciones de trabajadores. Este protagonismo debe extenderse a los movimientos estudiantiles y a los diversos frentes gremiales, cuyas voces organizadas constituyen un componente indispensable para la consolidación democrática. Frente al agotamiento de las instituciones estatales y la crisis de los partidos políticos, la revitalización de la sociedad civil y, puntualmente, del movimiento sindical, trasciende la mera reivindicación sectorial para perfilarse como un horizonte social y político fundamental. Se trata de la urgencia de forjar una nueva institucionalidad que no se limite a la «inclusión pasiva» de las mayorías desprotegidas —reducidas a meras receptoras de un ocasional asistencialismo clientelar y paternalista que las subalterniza y excluye del poder de decisión— sino que se geste desde su seno, desde abajo, para reconocer con autenticidad la voz, la participación, la capacidad de decisión, la agencia estructural y la dignidad de quienes, con su labor, sostienen nuestras sociedades. Tienen —aún— un mundo por ganar.

5. Referencias

Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens.

Arciniega, R. (1996). Relaciones industriales y sindicalismo en Perú. *Estudios Sociológicos*, 14(41), 331–352. <http://www.jstor.org/stable/40420402>

Azpiazu, D., y Schorr, M. (2010). *Hecho en Argentina: industria y economía, 1976-2007*. Siglo Veintiuno.

Balbi, C. R. (1989). *Identidad clasista en el sindicalismo: Su impacto en las fábricas*. DESCO Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.

Basualdo, E. (2013). El legado dictatorial. El nuevo patrón de acumulación de capital, la desindustrialización y el ocaso de los trabajadores. En H. Verbitsky y J. P. Bohoslavsky (Eds.), *Cuentas Pendientes: Los cómplices económicos de la dictadura* (pp. 81-100). Siglo Veintiuno.

Basualdo, V. (2006). Complicidad patronal-militar en la última dictadura argentina. *Revista Engranajes*, (5), 1-21. https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/ejes/transformaciones_basualdo.pdf

Bazán, P. (2014). Cambios surgidos en la organización de la Confederación General de Trabajadores del Perú a propósito de su participación en el Consejo Nacional de Trabajo y Promoción del Empleo (2001-2008). [Tesis de Maestría en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica del Perú] <http://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/5639>

Bozza, J. A. (2009). La voluntad organizada. La CGT de Los Argentinos, una experiencia de radicalización sindical. *Anuario del instituto de historia de Argentina*, (9), 179-208. <https://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/AHn09a08/pdf>

Campos, L. y Orsatti, A. (2014). *Densidad sindical en Argentina en el largo plazo y sus determinantes estructurales*. RELATS Argentina. <https://www.relatsargentina.com/documentos/RA.1-HIST/RELATS.A.HIST.CamposOrsatti.pdf>

Capoccia, G., y Kelemen, R. D. (2007). The Study of Critical Junctures: Theory, Narrative, and Counterfactuals in Historical Institutionalism. *World Politics*, 59(3), 341-369. <https://doi.org/10.1017/S0043887100020852>

Collier, D. (2011). Understanding Process Tracing. *Political Science and Politics*, 44(4), 823-830. <https://www.jstor.org/stable/41319974>

Collier, R. B., y Collier, D. (1991). *Shaping the political arena: Critical junctures, the labor movement, and regime dynamics in Latin America*. Princeton University Press.

Comisión de la Verdad y Reconciliación. (2003). *Informe Final: Tomo III, Capítulo 3: Las organizaciones sociales, 3.2. Los sindicatos, los gremios empresariales y las organizaciones de mujeres*. <https://www.cverdad.org.pe/ifinal/>

Confederación General de Trabajadores del Perú. (2006). *Manual sindical: Historia del movimiento sindical*. Instituto de Estudios Sindicales. <https://www.iesiperu.org.pe/wp-content/uploads/2021/03/06-Historiamovimientosindical2006.pdf>

Contreras, C. y Cueto, M. (2004). *Historia del Perú contemporáneo. Desde las luchas por la independencia hasta el presente*. Instituto de Estudios Peruanos.

Corte Interamericana de Derechos Humanos. (2005). Sentencia de 3 de marzo de 2005. Caso Huilca Tecse Vs. Perú. https://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_121_esp.pdf

Coscia, V. (2012). Fortalezas y debilidades de los sindicatos en Argentina (2004-2007). *Revista Electrónica Gestión de las Personas y Tecnología*, 5(14), 32-44. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=477847112004>

Cotler, J. (1978). *Clases Estado y nación en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.

Damin, N. (2010). *Plan Conintes y Resistencia Peronista 1955-1963*. Instituto Nacional Juan Domingo Perón.

Dawyd, D. (2016). Sindicatos y partidos políticos. Aspectos históricos de una relación compleja, y una aproximación al caso peronista (1945-1974). *Revista de Investigación del Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales Universidad Nacional de La Matanza*, (10), 46-76. <https://www.redalyc.org/pdf/5819/581968937003.pdf>

Degregori, C. I. (1990). *El surgimiento de Sendero Luminoso: Ayacucho 1969-1979*. Instituto de Estudios Peruanos.

Del Bono, A. y Bulloni, M. N. (2013). Los claroscuros de la revitalización sindical en contextos de tercerización: un apunte regional sobre el sector de call centers en Argentina en C. Senén y A. Del Bono (Coords.), *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas* (pp. 123-144). Universidad Nacional de La Matanza.

Doyon, L. (1984). La organización del movimiento sindical peronista 1946-1955. *Desarrollo económico*, 24(94), 203-234. <http://www.jstor.org/stable/3466739>

Doyon, L. (1988). La formación del sindicalismo peronista en J. C. Torre (Dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*. (pp. 260-305). Sudamericana.

Duhalde, S. (2012). Las potencialidades políticas de lo gremial y sus límites: Un caso de sindicalismo clasista. *Sociohistórica*, (30), 121-145. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4357390>

Duhalde, S. (2015). El recurso organizativo como base de la acción sindical: Una aproximación a su estudio. *Estudios del trabajo*, (49), 5-30. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2545-77562015000100001

Duhalde, S. (2018). El regreso del sindicalismo de base en los años 2000. Sobre dos experiencias argentinas. *Sociología Política*, 15(1), 223-242. <http://dx.doi.org/10.5007/1806-5023.2018v15n1p223>

Emili, M. (2011). Experiencias sindicales de la historia reciente en Mendoza: la presencia de la CGT de los argentinos en la provincia. *Cuadernos de Historia*, (12), 95-109. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/cuadernosdehistoria/ea/article/view/9977/10651>

Etchemendy, S. y Collier, R. B. (2008). Golpeados pero de pie. Resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007). *Revista POSTData*, (13), 145-192. <https://revistapostdata.com.ar/index.php/postdata/es/article/view/402>

Fair, H. (2009). El Estado y los trabajadores durante el primer gobierno de Menem en Argentina (1989-1995). *Estudios Sociológicos*, 27(80). <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6164056.pdf>

Federación de Trabajadores de Construcción Civil del Perú (2017). *58 años en la lucha obrera del Perú. Reseña Histórica. Federación de Trabajadores de Construcción Civil del Perú*. Fondo Editorial FTCCP. <https://www.ftccperu.com/images/historia-ftccp/Sintesis%20historica%20FTCCP%201.pdf>

Fernández, A. (2010). El sindicalismo argentino frente al bicentenario: Una reseña histórica. *Revista del Trabajo*, 6, 83-104. <https://www.relatsargentina.com/documentos/RA.1-HIST/RELATS.A.HIST.Fernandez1.pdf>

Fernández, A. (2023). *Actor sindical y Estado en Argentina, 1990-2000: textos sobre prácticas políticas y relaciones de trabajo*. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales - CEIL-CONICET. <https://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2023/09/CL03-Fernandez.pdf>

Ferrer, M. (2022). Movimiento estatal en el Perú 1978-1991: Visión política e histórica. Sindicatos Estatales del Ministerio de Economía y Finanzas SETMEF y SUTDGC. *La Vida y la Historia*, 9(1), 12-33. <https://revistas.unjbg.edu.pe/index.php/vyh/article/view/1482/1709>

Flores-Galindo, A. (1977). Historia del movimiento obrero peruano: debate en la presentación del libro de Denis Sulmont. *Tarea: Boletín de Educación Popular*, (22), 1-21. <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/156015>

Florian, R. V. S. (2024). La crisis de la negociación colectiva y la discreta extinción del sindicato mayoritario en el Perú. *Derecho PUCP*, (93), 313-346. <https://doi.org/10.18800/derechopucp.202402.009>

Gilly, A. (1998). La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores). *Revista Cuadernos del Sur*, (4), 5-39. https://cuadernosdelsur.org/wp-content/uploads/2017/02/gilly_anomalia_ocr.pdf

Gonzales M. Y. (2014). La participación de las organizaciones sindicales en el gobierno regional de Lima, en aplicación de la Ley de Seguridad y Salud en el Trabajo. [Tesis de Maestría en Derecho del Trabajo y la Seguridad Social, Universidad Nacional Mayor de San Marcos]. <https://cybertesis.unmsm.edu.pe/handle/20.500.12672/90974>

Hattam, V. C. (1993). *Labor Visions and State Power: The Origins of Business Unionism in the United States*. Princeton University Press.

Hyman, R. (2001). *Understanding European Trade Unionism: Between Market, Class and Society*. SAGE Publications Ltd.

Klarén, P. (2004). *Nación y sociedad en la historia del Perú* (J. Flores, Trad.) Instituto de Estudios Peruanos.

Larraquy, M. (2007). *López Rega, el peronismo y la Triple A*. Punto de Lectura.

Leibman, M. (2006). *La fragmentación de la identidad política nacional argentina: los presidentes y las antinomias* [Tesis de maestría]. Georgetown University. <https://repository.digital.georgetown.edu/handle/10822/551642>

Levitsky, S. (2003). *Transforming Labor-Based Parties in Latin America: Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambridge University Press.

Levitsky, S. (2004). Del sindicalismo al clientelismo: La transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999. *Desarrollo Económico*, 44(173), 3-32. <https://doi.org/10.2307/3455865>

López de la Torre, C. F. (2020). La Alianza Anticomunista Argentina. Análisis de su trayectoria y articulaciones represivas. *Estudios Sociales del Estado*, 6(12), 155-193. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7680453>

Manky, O. (2011). El día después del tsunami. Notas para comprender a los sindicatos obreros peruanos en las últimas décadas del siglo XX. *Debates En Sociología*, (36), 107-134. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/2172>

Manky, O. (2021). Organizaciones de trabajadores en Perú: Un catálogo sobre lo escrito desde 2010. *Cuaderno de Trabajo*, (61), 4-33. Departamento Académico de Ciencias Sociales PUCP. <https://repositorio.pucp.edu.pe/server/api/core/bitstreams/de5e226d-6486-4bc7-8886-351905c3bca7/content>

Mejía, C. (2005). El proceso de reestructuración organizativa en el sindicalismo peruano. En M. Bartual (Ed.), *Iniciativas de autorreforma en la región andina* (pp. 19-70). Fundación Paz y Solidaridad Serafín Aliaga de Comisiones Obreras. <https://pazysolidaridad.ccoo.es/576f64b14960ce951f3dd4248238f93a000001.pdf>

Mejía, C. (2018). El modelo de relaciones laborales en la industria de la construcción del Perú entre 1992 y 2015. [Maestría en Relaciones Laborales, Pontificia Universidad Católica del Perú]. <http://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/20.500.12404/13001>

Merele, H. (2016). El proceso represivo en los años setenta constitucionales: De la «depuración» interna del peronismo al accionar de las organizaciones paraestatales. En G. Águila, S. Garaño, & P. Scatizza (Coords.), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado* (pp. 99-123). Universidad Nacional de La Plata. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=10050649>

Ministerio de Trabajo y Promoción del Empleo. (2023). *La sindicalización en el sector privado formal en Perú, 2015- 2022*. (Economía Laboral N.º 55). Plataforma Digital Única del Estado Peruano (Gob.pe). <https://www.gob.pe/institucion/mtpe/informes-publicaciones/5233379-economia-laboral-n-55-la-sindicalizacion-en-el-sector-privado-formal-en-peru-2015-2022>

Morris, M. B. (2017). La revitalización sindical en Argentina (2003-2015): dimensiones e indicadores para su conceptualización. *Población & Sociedad*, 24(2), 195-226. <https://www.redalyc.org/pdf/3869/386953729007.pdf>

Morris, M. B. (2018). *¿El Movimiento Obrero Organizado?: La acción política de las centrales sindicales argentinas (2007-2015)* [Tesis de doctorado] Universidad Nacional de la Plata. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1762/te.1762.pdf>

Murillo, M. V. (1997). La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem. *Desarrollo Económico*, 37(147), 419-446. <https://www.jstor.org/stable/3467188>

Murillo, M. V. (2000). From Populism to Neoliberalism: Labor Unions and Market Reforms in Latin America. *World Politics*, 52(2), 135-174. <https://www.jstor.org/stable/25054107>

Murillo, M. V. (2013). Cambio y continuidad del sindicalismo en democracia. *Revista SAAP*, 7(2), 339-348. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5205582.pdf>

Murmis, M., y Portantiero, J. C. (1974). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo Veintiuno.

Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Paidós.

Offe, C. y Wiesenhal, H. (1980). Two Logics of Collective Action: Theoretical Notes on Social Class and Organizational Form. *Political Power and Social Theory*, 1, 67-115. <https://www.hwiesenhal.de/publik/hw/2logics.pdf>

Organización Internacional de Normalización. (2017). *Seguridad y resiliencia - Resiliencia organizacional - Directrices*. (ISO 22316:2017). <https://www.iso.org/standard/50053.html>

Orsatti, A. (2025). *Sindicalización en Argentina: ¿Cambio de época?* RELATS Argentina. <https://www.relatsargentina.com/documentos/RA.1-EAyTA/2025.AO.CambioEpocaarg.relats.pdf>

Parodi, J. (1986). *Ser obrero es algo relativo: obreros, clasismo y política*. Instituto de Estudios Peruanos.

Parodi, J. (1987). Los sindicatos en la democracia peruana. *Estudios Sociológicos*, 13, 3-32. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6164576.pdf>

Pérez-Liñán, A. (2007). El método comparativo: fundamentos y desarrollos recientes. *Documento de trabajo de Política Comparada*, (1). https://gc.scalahed.com/recursos/files/r161r/w25016w/MAS/El_metodo_comparativo_Fundamentos.pdf

Pozzi, P. (1988). *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Contrapunto.

Roberts, K. (1998). *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*. Stanford University Press.

Robles, J. A. (2009). *Historia del movimiento obrero y del sindicalismo en Argentina*. Confederación de Educadores Argentinos.

Saavedra J. (1999). *La dinámica del mercado de trabajo en el Perú antes y después de las reformas estructurales*. Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CELAC). <https://www.cepal.org/es/publicaciones/7475-la-dinamica-mercado-trabajo-peru-antes-despues-reformas-estructurales>

Santella, A. y Montes de Oca, I. (2020). Recursos de poder sindicales y relaciones de clase. Elementos para una mirada de largo plazo de Argentina y México. *Sociohistórica*, (45), 101. <https://doi.org/10.24215/18521606e101>

Schorr, M. (2013). El poder económico industrial como promotor y beneficiario del proyecto refundacional de la Argentina (1976-1983). En H. Verbitsky y J. P. Bohoslavsky (Eds.), *Cuentas Pendientes: Los cómplices económicos de la dictadura* (pp. 275-298). Siglo Veintiuno.

Seawright, J. (2016). *Multi-method social science: Combining qualitative and quantitative tools*. Cambridge University Press.

Senén, C. y Del Bono, A. (Coords.) (2013). *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas*. Universidad Nacional de La Matanza. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/854/1/revitalizacionsindical.pdf>

Senén, C., Trajtemberg, D. y Borroni, C. (2021). Conflictos entre sindicatos en la Argentina durante el periodo 2008-2013. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (91), 183-212. <https://revistaiztapalapa.izt.uam.mx/index.php/izt/article/view/1640>

Silva, E. (2017). Reorganizing Popular Sector Incorporation: Propositions from Bolivia, Ecuador, and Venezuela. *Politics & Society*, 45(1) 91-122. <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0032329216683166>

Stokes, S. (2001). *Mandates and democracy: Neoliberalism by surprise in Latin America*. Cambridge University Press.

Sulmont, D. (1976). El Movimiento Sindical en un Contexto de Reformas: Perú 1968-1976. *Nueva Sociedad*, (26), 39-62. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/259_1.pdf

Sulmont, D. (1981). *La evolución reciente del movimiento sindical. Los trabajadores durante el gobierno militar*. Antología Denis Sulmont. <https://dokumen.pub/la-evolucion-reciente-del-movimiento-sindical-en-el-peru-los-trabajadores-durante-el-gobierno-militar-1968-1980.html>

Sulmont, D. (1985). *El movimiento obrero peruano (1890-1980). Reseña histórica* (5.a ed.). Tarea Asociación de Publicaciones Educativas.

Tanaka, M. (2005). *Democracia sin partidos, 2000-2005*. Instituto de Estudios Peruanos.

Tomada, C., Schleser, D. y Maito, M. (2018). *Radiografía de la sindicalización en Argentina*. Universidad Nacional de San Martín. <https://noticias.unsam.edu.ar/wp-content/uploads/2018/10/sindicalizacion.pdf>

Torre, J. C. (2004). *El gigante invertebrado: los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976* (2da ed.). Siglo XXI.

Tostes, M. y A. Villavicencio. (2012). Flexibilización del Derecho del Trabajo y sus implicancias sobre las relaciones laborales en el Perú. *Derecho PUCP*, (68), 355-382. <https://doi.org/10.18800/derechopucp.201201.013>

Trajtemberg, D. y Borroni, C. (2013). La relación entre la estructura de la negociación colectiva y el desempeño de la economía. Aspectos teóricos y evidencias sobre el caso argentino en C. Senén y A. Del Bono (Coords.), *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas* (pp. 29-52). Universidad Nacional de La Matanza.

Varela, P. (2013). Los sindicatos en la Argentina kirchnerista: entre la herencia de los 90 y la emergencia de un nuevo sindicalismo de base. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 2, 77-100. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8803410>

Varela, P. (2016). ¿Revitalización sindical sin debate de estrategias? En P. Varela (Coord.), *El gigante fragmentado: sindicatos, trabajadores y política durante el kirchnerismo*. (pp. 13-50). Final Abierto.

Villavicencio, A. (2015). La negociación colectiva en el Perú: la hiperdescentralización y sus múltiples inconvenientes. *Derecho PUCP*, (75), 333-353. <https://doi.org/10.18800/derechopucp.201502.015>

Yépez, I. (1986). Perú: continuidad y ruptura sindical. *Nueva Sociedad*, (83), 156-163. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/1402_1.pdf

Zapata, A. (2021). *Lucha política y crisis social en el Perú Republicano 1821-2021*. Fondo Editorial de la PUCP.

Zavaleta, M. (2014). *Coaliciones de independientes. Las reglas no escritas de la política electoral*. Instituto de Estudios Peruanos.

Zicolillo, J. (2013). *La era de los culatas. La derecha peronista y el patoterismo*. Vergara.

El desayuno electoral como escenario de politización de la familia: representaciones y reacciones en la elección presidencial peruana de 2021

Jairo Rodriguez Bustamante

University of North Carolina at Greensboro, Estados Unidos

<https://orcid.org/0000-0002-4929-4025>

jcalebrb@gmail.com

Recibido: 07.04.2026

Aceptado: 08.07.2026

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.254>

Resumen

El artículo analiza la representación de la familia peruana durante la campaña presidencial de 2021, centrada en los candidatos Pedro Castillo y Keiko Fujimori. Desde el concepto de *politicización de la familia*—entendido como el uso estratégico de narrativas familiares en debates políticos—se examina cómo este proceso se manifiesta en el desayuno electoral: una tradición política peruana en la que los candidatos interactúan públicamente con sus familiares y círculo cercano para influir en los votantes indecisos el día de la elección. Para el estudio, de alcance exploratorio, se utilizó una metodología predominantemente cualitativa basada en el análisis de videos del evento difundidos por medios de comunicación en YouTube y 315 comentarios asociados. Los resultados sugieren que, aunque los candidatos proyectaron representaciones igualitaristas de la familia, en sus discursos persistió un modelo familiar tradicional centrado en el jefe proveedor. Por otro lado, una parte significativa de los usuarios interpretó estas representaciones desde tres perspectivas: la etnicidad, cuyas referencias oscilaron entre la autenticidad nacional y lo extranjero; percepciones de desajuste situacional, especialmente cuando los candidatos y sus familias aparecían fuera de contexto en determinados espacios populares; y la familia extendida, utilizada como un recurso para valorar o cuestionar atributos asociados a las trayectorias políticas de los candidatos.

Palabras clave: *politicización de la familia, desayuno electoral, campañas electorales, representaciones familiares, redes sociales.*

The Electoral Breakfast as a Site of Family Politicization: Representations and Reactions in Peru's 2021 Presidential Election

Abstract

This article examines the representation of the Peruvian family during the 2021 presidential campaign, focusing on candidates Pedro Castillo and Keiko Fujimori. Drawing on the concept of the politicization of family—defined as the strategic use of family narratives in political debates—it explores how this process unfolded through the electoral breakfast, a Peruvian political tradition in which presidential candidates publicly interact with their family members and close associates in an effort to influence undecided voters on election day. Adopting an exploratory research design, the study employs a predominantly qualitative methodology based on the analysis of YouTube videos of the event published by news media outlets and 315 associated user comments. The findings suggest that, although both candidates projected egalitarian representations of the family, their discourse continued to reproduce the breadwinner traditional family model. At the same

time, a substantial proportion of users interpreted these representations through three main lenses: ethnicity, with references ranging from national authenticity to foreignness; perceptions of situational mismatch, particularly when candidates and their families appeared out of place in popular social settings; and the extended family, which served as a resource for evaluating or contesting personal attributes linked to the candidates' political trajectories.

Keywords: *politicization of family; electoral breakfast; campaigns; family representations; social media.*

O Café da Manhã Eleitoral como Espaço de Politização da Família: Representações e Reações na Eleição Presidencial Peruana de 2021

Resumo

Este artigo examina a representação da família peruana durante a campanha presidencial de 2021, com foco nos candidatos Pedro Castillo e Keiko Fujimori. Partindo do conceito de politização da família — entendido como o uso estratégico de narrativas familiares nos debates políticos —, analisa como esse processo se manifesta no café da manhã eleitoral, uma tradição política peruana na qual os candidatos à presidência interagem publicamente com seus familiares e pessoas próximas na tentativa de influenciar os eleitores indecisos no dia da eleição. Adotando um desenho de pesquisa exploratório, o estudo utiliza uma metodologia predominantemente qualitativa, baseada na análise de vídeos do evento publicados por meios de comunicação no YouTube e de 315 comentários de usuários associados. Os resultados sugerem que, embora ambos os candidatos tenham projetado representações igualitárias da família, seus discursos continuaram a reproduzir o modelo tradicional de família centrado no provedor. Ao mesmo tempo, uma parcela significativa dos usuários interpretou essas representações a partir de três perspectivas principais: a etnicidade, com referências que oscilaram entre a autenticidade nacional e a estrangeiridade; as percepções de desajuste situacional, especialmente quando os candidatos e seus familiares apareciam deslocados em determinados espaços populares; e a família extensa, utilizada como um recurso para avaliar ou contestar atributos pessoais associados às trajetórias políticas dos candidatos.

Palavras-chave: *politização da família; café da manhã eleitoral; campanhas eleitorais; representações familiares; redes sociais.*

1. Introducción

En años recientes, el debate sobre la familia en el Perú ha estado marcado por la inclusión de una agenda moral o religiosa promovida por organizaciones políticas provida y profamilia de orientación conservadora. Si bien esta agenda no se ha convertido en un tema central del debate político-electoral, sigue siendo recurrente, especialmente cuando se busca movilizar votos dentro de comunidades religiosas o conservadoras (Gil, 2022). La literatura peruana ha puesto énfasis en el estudio de estos nuevos grupos conservadores, en sus respectivas agendas y sus vínculos con el *establishment* político (Fonseca, 2022; Gil, 2022; 2024; Pérez, 2017, entre otros). No obstante, aún se conoce poco sobre cómo estas narrativas familiares son representadas por los candidatos en sus estrategias políticas y cómo el electorado reacciona, interpreta o disputa dichas representaciones.

Este artículo busca abordar de manera exploratoria esta brecha. Para ello, responde a las siguientes preguntas: ¿cómo se representan a sí mismos y a sus familias los candidatos para ganar votos en un país conservador como el Perú?, y ¿qué aspectos de esta representación de la familia son más discutidos por los usuarios en redes sociales? Los hallazgos muestran que, pese a desenvolverse en un contexto marcado por narrativas conservadoras, los candidatos analizados —Pedro Castillo y Keiko Fujimori— proyectaron versiones igualitaristas de sus familias y de sus roles conyugales. Sin embargo, estas representaciones coexistieron con la persistencia de un modelo familiar centrado en la figura del jefe proveedor. En cuanto a las reacciones de los usuarios, una parte significativa de la discusión se concentró en tres dimensiones: la etnicidad familiar, el desencaje situacional y la familia extendida, elementos utilizados como criterios para validar o cuestionar la legitimidad de los candidatos y sus trayectorias familiares y políticas.

2. Politización de la familia

La politización de la familia es un concepto que alude a la creciente discusión y uso estratégico de narrativas familiares en los debates políticos. En este proceso, los candidatos suelen presentarse como «los verdaderos defensores de la familia» e incorporan en sus campañas relatos sobre paternidad, infancia, crianza y relaciones con padres, cónyuges e hijos con fines electorales (Burge, Hodges y Rinaldi, 2020). La literatura sobre el tema, predominantemente norteamericana, se ha orientado en dos direcciones principales: por un lado, describe cómo la paternidad y la maternidad influyen en las preferencias políticas de los ciudadanos (Elder y Greene, 2012) y cómo la maternidad puede influir en la participación de candidatas mujeres con hijos en las contiendas electorales (Deason, Greenlee, and Langner, 2015); por otro, la literatura examina cómo los candidatos se representan a sí mismos en relación con sus familias y cómo los medios de comunicación

median esta retórica de forma racializada y con sesgos de género (Burge, Hodges y Rinaldi, 2020). La retórica familiar, como menciona Collins (2012), funciona en estos espacios como «un marcador maleable y ambiguo que condensa una serie de significados raciales, los cuales a su vez se refractan a través de ideas de género, clase e identidad nacional» (p. 127).

En América Latina, la politización de la familia ha recibido escasa atención. Sin embargo, las investigaciones existentes pueden agruparse en dos vertientes principales. La primera, vinculada a los estudios sobre élites políticas, analiza el capital político familiar como una ventaja electoral (Joignant, 2014) y examina cómo determinadas carreras políticas se construyen de manera asociada entre matrimonios (Martín, 2019; 2025). La segunda, procedente de los estudios de comunicación política, se ha centrado en el uso estratégico de la familia durante las campañas electorales (Fernández y Toscana, 2014), así como en su función para humanizar a los candidatos y fortalecer los vínculos afectivos con el electorado (Fox y Fuertes, 2018).

En el contexto peruano, donde tampoco se ha desarrollado una línea específica de investigación, existen algunos estudios que permiten aproximarse indirectamente a este proceso. En primer lugar, Kanashiro (2018) analiza la incorporación de las esposas en la propaganda electoral peruana desde 1980. La autora señala que estas actúan simultáneamente como compañeras políticas y recursos visuales al servicio de la candidatura masculina. Esta estrategia presenta a la pareja como encarnación de un ideal de familia tradicional que se consolidaría en campañas posteriores. En ese sentido, el estudio muestra cómo la representación de la familia trasciende el ámbito privado y adquiere una función política dentro de las campañas electorales. En segundo lugar, Li (2021) examina las barreras intrafamiliares que enfrentan las mujeres que deciden postular a cargos de representación política. La autora identifica visiones predominantes dentro del hogar que refuerzan una división sexual del trabajo, confinando a las mujeres al ámbito privado y contribuyendo a normalizar su exclusión relativa de la esfera pública. Aunque la familia no constituye el foco central de su análisis, el estudio evidencia cómo las dinámicas familiares influyen en las oportunidades de participación política y en la reproducción de desigualdades de género. Finalmente, Nureña, Toche y Pérez-Pachas (2022) analizan las preferencias étnicas del electorado andino y muestran cómo estas tienden a cuestionar a candidatos asociados con la élite criolla limeña —cuyo estatus se sustenta en estructuras familiares extendidas organizadas en torno al linaje, el apellido y estrategias matrimoniales orientadas a preservar vínculos con inmigrantes europeos u otros miembros de la élite—. Si bien los autores no examinan directamente la familia como objeto de estudio, sus hallazgos sugieren que determinados atributos familiares vinculados al origen étnico y a la pertenencia social adquieren relevancia política, en la medida en que los

candidatos despliegan estrategias de autorrepresentación destinadas a mostrarse más cercanos al electorado andino.

En conjunto, estas investigaciones refuerzan la noción de que la familia es inherentemente política, ya que moldea la participación de los individuos, así como las actitudes y preferencias de los electores. En ese sentido, las narrativas familiares constituyen un marco de referencia significativo para las agendas, los discursos y las iniciativas políticas (Elder y Greene, 2012). No obstante, estas narrativas trascienden la mera exhibición pública de los vínculos familiares de los candidatos. Como señalan Burge et al. (2020), la politización de la familia también funciona como un archivo de la retórica nacional y un reflejo de las ideologías culturales de una nación, haciendo visibles debates más amplios sobre la familia, en los que convergen categorías como la raza, la clase, el género y la identidad nacional.

A partir de esta perspectiva, el presente estudio busca introducir y ampliar de manera exploratoria la comprensión de la politización de la familia en el Perú, incorporando dimensiones como la etnicidad, la representación situacional de los candidatos y las percepciones sobre la familia extendida, esta última una singularidad de alta prevalencia en los hogares latinoamericanos (Esteve, Castro-Martín y Castro Torres, 2022). Para efectos de delimitación conceptual, a partir de lo propuesto por Burge et al. (2020), se entiende por politización de la familia el uso estratégico de las narrativas familiares con fines electorales por parte de los candidatos. Esta conceptualización distingue dos niveles interrelacionados: (1) la autorrepresentación de los candidatos, referida a la forma en que estos se presentan a sí mismos y a sus familias en un contexto electoral específico; y (2) la recepción de dichas representaciones por parte del público, entendida como las interpretaciones, validaciones o cuestionamientos que los usuarios realizan al interactuar en espacios públicos digitales.

3. Metodología

Con el objetivo de examinar cómo los candidatos se autorrepresentan y presentan a sus familias, así como identificar qué aspectos de este proceso de politización fueron más debatidos por los usuarios en redes sociales, se analizó la campaña electoral peruana de 2021. La investigación se centró en los desayunos electorales de Pedro Castillo —maestro de origen andino-rural— y Keiko Fujimori— hija del dictador Alberto Fujimori, de ascendencia japonesa— quienes disputaron la segunda vuelta presidencial y representan trayectorias sociales, familiares y políticas distintas.

El desayuno electoral es una tradición política peruana instituida desde la década de 1990, en el gobierno de Alberto Fujimori. Se trata de un evento en el que los

candidatos, antes de emitir su voto, escenifican ante los medios de comunicación un desayuno en espacios vinculados a su vida personal y política, como sus hogares, locales de campaña, organizaciones comunales o comunidades asociadas a sus bases de apoyo político. El objetivo es exhibir su entorno familiar y su círculo político más cercano, en un intento por influir en los votantes indecisos. Este evento adquiere especial relevancia debido a su alta visibilidad mediática, ya que permite la captura de momentos que suelen viralizarse rápidamente en redes sociales (Infobae, 2022). En este sentido, constituye una oportunidad privilegiada para analizar la interacción de los usuarios con las representaciones familiares de los candidatos.

Para examinar el evento y sus repercusiones en redes sociales, se empleó una metodología predominantemente cualitativa. Mediante muestreo de bola de nieve, se inició la búsqueda de videos en YouTube con el título «desayuno electoral 2021». La selección consideró únicamente videos publicados por medios de comunicación peruanos, excluyéndose aquellos producidos por usuarios individuales. La búsqueda dio como resultado nueve videos en total: tres correspondientes a la primera vuelta y seis a la segunda vuelta.

Posteriormente, se recopilaron todos los comentarios de cada video y se obtuvo un total de 3307 comentarios. Dado que el objetivo del estudio era analizar la politización de la familia, la unidad de análisis estuvo constituida por las referencias familiares presentes en la interacción de los usuarios. Por ello se seleccionaron aquellos comentarios que contenían palabras claves relacionadas con el término «familia», tales como «padre», «madre», «hijo», «hija», «hermano», «hermana». Este procedimiento permitió identificar las intervenciones en las que los usuarios hacían referencia explícita a la familia de los candidatos o a relaciones familiares utilizadas para evaluarlos electoralmente. La submuestra final quedó conformada por 315 comentarios.

Por último, se realizó un análisis de contenido de los videos mediante una ficha diseñada para identificar las principales tendencias en las narrativas familiares de los candidatos, este proceso se complementó con la información de notas periodísticas y fotografías publicadas por los medios de comunicación que cubrieron la jornada electoral. Paralelamente, los comentarios fueron analizados a partir de categorías construidas inductivamente mediante una lectura sistemática de los datos y posteriormente cuantificada para identificar los temas más recurrentes. Este proceso permitió distinguir tres ejes temáticos en las reacciones de los usuarios: la etnicidad familiar, el desajuste situacional de los candidatos y sus familias¹ y la familia extendida. No obstante, es necesario reconocer las

1. El desajuste situacional es un concepto construido a partir de la sistematización de datos del presente estudio que refiere a la percepción, por parte de los usuarios de YouTube, de una incoherencia entre la representación que un candidato proyecta de sí mismo y de su familia, y las expectativas asociadas

limitaciones de esta aproximación. Los comentarios de YouTube constituyen un espacio particularmente polarizado y no representativo de la población peruana en su conjunto. En consecuencia, los hallazgos, presentados a continuación, tienen un alcance exploratorio y las interpretaciones sobre etnia, desajuste situacional y familia extendida deben entenderse como referidas al espacio discursivo específico de los comentarios analizados, sin pretensión de generalización hacia el conjunto de la sociedad peruana.

4. Resultados

¿Hacia una representación más igualitaria de la familia?

A pesar de representar proyectos políticos opuestos y pertenecer a trayectorias sociales marcadamente distintas, Pedro Castillo y Keiko Fujimori convergieron en una estrategia de representación familiar similar. El análisis del desayuno electoral de 2021 revela que, en medio de una intensa polarización política, ambos candidatos mostraron una representación ambivalente de la familia: por un lado, incorporaron elementos asociados a relaciones conyugales más igualitaristas; por otro, mantuvieron la centralidad del arquetipo del jefe de hogar proveedor, en consonancia con posturas conservadoras en materia de género, matrimonio igualitario y aborto (La República, 2021).

Pedro Castillo llevó a cabo el evento en su casa, ubicada en Puña, región Cajamarca. En los videos analizados, el candidato aparece rodeado de su esposa, hijos, padres y hermanos. Su narrativa se centró en la herencia familiar campesina como núcleo de identidad y legitimidad, enfatizando valores como la humildad y la generosidad y elementos simbólicos como la «sangre» y su origen rural. Paralelamente, Castillo proyectó una imagen de padre proveedor. En los videos se le puede observar repartiendo alimentos entre los periodistas con frases como «que alcance para todos» y «que nadie se quede sin comida», vinculando su discurso con las familias afectadas por la inseguridad alimentaria durante la pandemia de la COVID-19.

Esta figura del proveedor se matizó con gestos públicos orientados a mostrar una distribución más igualitarista de las labores domésticas. Ante la pregunta de una periodista sobre si ayudaba a su esposa en el hogar, Castillo respondió afirmativamente. Además, una fotografía publicada por *Los Angeles Times* lo muestra preparando el desayuno familiar ataviado con ropa campesina (ver Figura 1). No obstante, este discurso contrastó con una imagen más distante de su esposa en el desayuno electoral de la segunda vuelta, donde ella queda relegada al cuidado de los hijos y encargada de las labores domésticas.

al escenario físico y social en el que dicha representación se desarrolla. En otras palabras, ocurre cuando los usuarios consideran que la imagen familiar presentada por el candidato no encaja con el lugar, el contexto o las circunstancias en que esta es exhibida.

Figura 1
Representación de Castillo en el Desayuno Electoral



Nota. De *El Peruano*, por H. Curotto, 2021.

«Me siento muy nutrido. Esta es mi casa, esta es mi herencia, esta es mi sangre y, en nombre de esta sangre y en nombre de esta familia, yo quisiera extender mi mayor deseo a toda la población, a todo el pueblo peruano».



Nota. De *Los Angeles Times*, por Associated Press, 2021.

«Sí, nosotros mismos lo preparamos [el desayuno]. No hay empleadas acá... Nosotros mismos hemos tratado de hacerlo con alimentos de nuestra zona... y voy a repartir los tamales [comida] para todos».

Por su parte, Keiko Fujimori trasladó el evento a un Asentamiento Humano de Lima, donde estuvo acompañada por su esposo, sus dos hijas y dos de sus hermanos. Su narrativa se articuló en relación con dos ejes principales: la reconciliación familiar y el modelo de maternidad proveedora. El primer discurso hace referencia a su acercamiento público con su hermano Kenji —tras tensiones por el indulto a su padre, Alberto Fujimori—, de esta forma proyectó una imagen de unidad familiar mediante un acto de reconciliación, cuyo mensaje se mantendría durante el desayuno electoral.

El segundo eje central en su narrativa fue la exaltación de su identidad como madre y la celebración de la resiliencia de la mujer peruana como sustento del hogar (ver Figura 2). Keiko se dirige a las madres solteras y dirigentes de las asociaciones populares, vinculando su propia experiencia materna con la lucha cotidiana de las mujeres en contextos de pobreza ante la ausencia del Estado. Esta apelación a la maternidad se combina con la imagen de cercanía y alianza conyugal moderna con su esposo Mark Vito. A diferencia de su imagen doméstica en 2016 —cuando

apareció cocinando y atendiendo a sus hijas—, en 2021 se la mostró tomada de la mano de su esposo. Este, presentado como un empresario «exitoso», tomó la palabra para elogiarla y declarar su «orgullo», describiéndola como «una mujer valiente» y «preparada para liderar el país». Con este gesto se refuerza la imagen de Keiko como líder capaz, avalada por su pareja, y, al mismo tiempo, exhibe un modelo familiar de clase media-alta unida y exitosa.

Figura 2

Representación de Fujimori en el Desayuno Electoral



Nota. De *Andina*, por J. Rodríguez, 2021.

«Agradecerles a las mamitas dirigentes de las asociaciones de base, dirigentes de ollas comunes, vasos de leche... ustedes que día a día sacan adelante a sus hijos y expresan su solidaridad con los demás, erigiéndose con mucha creatividad aunque el Estado las haya dejado de lado... Ustedes saben que esta elección la definen las mujeres... Ha llegado el momento de la mujer peruana».



Nota. De *El Comercio*, por H. Pérez, 2021.

«Estoy muy orgulloso de mi esposa. Es una mujer valiente que ha enfrentado muchos retos. Retos de todo tipo y siempre los ha enfrentado con mucha convicción y alegría... y estoy convencido que tú, Keiko, ya estás preparada para dirigir este país... Les invito a votar por el Perú y por sus hijos»

Ambos candidatos incorporaron elementos que sugieren una mayor equidad en la distribución de roles familiares: Castillo mediante la visibilización de su participación en tareas domésticas y Fujimori a través de la proyección de una alianza conyugal de apariencia más horizontal en el espacio público. Sin embargo, estos gestos coexistieron con narrativas que reafirmaban roles tradicionales de género: la figura del proveedor en el caso de Castillo y la maternidad sacrificial proveedora como eje narrativo en el de Fujimori. Esta combinación sugiere que las representaciones familiares proyectadas durante la campaña no reemplazaron los modelos tradicionales, sino que incorporaron elementos de una visión

igualitarista de la familia. Lo que no implica necesariamente una transformación de las relaciones de género que estructuran dichos modelos familiares.

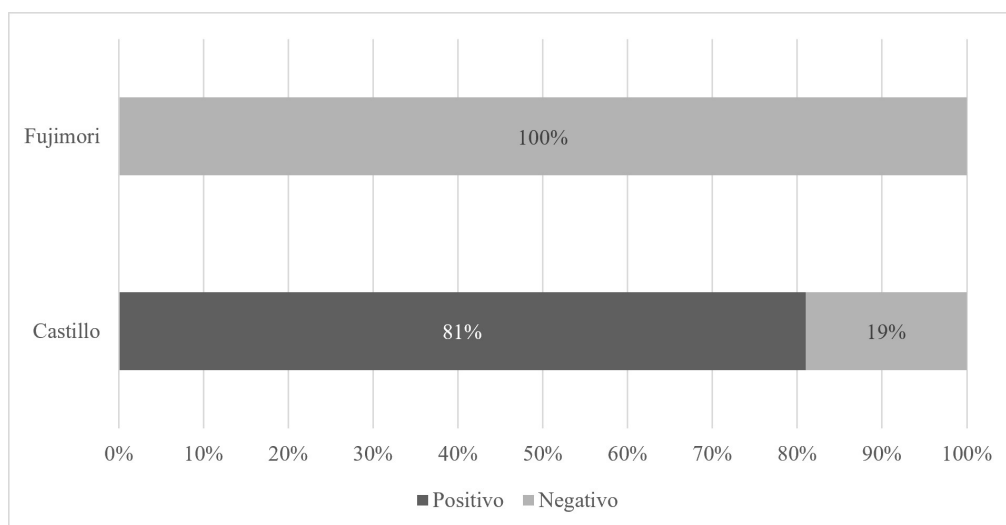
Esta tensión entre elementos igualitaristas y tradicionales en la autorrepresentación de los candidatos no operó en un vacío, sino que fue activamente interpretada y cuestionada por el público. Para comprender cómo se procesó esta politización de la familia, el análisis se desplaza ahora hacia las reacciones de los usuarios en YouTube. Como se verá a continuación, en conjunto, la etnicidad (23 %), las reacciones hacia los hijos e hijas de los candidatos (18 %) y las referencias a la familia extendida (11 %) concentraron el 55 % de los 315 comentarios analizados, constituyéndose en los principales ejes de discusión sobre la familia por parte de los usuarios. Debido a que un mismo comentario podía abordar simultáneamente más de una dimensión de análisis, las categorías empleadas no son mutuamente excluyentes.

Etnicidad en debate: autenticidad vs. extranjería

La etnicidad emergió como el tema más discutido de los comentarios (23 %), a su vez, marcados por una asimetría radical en la valoración de los candidatos. Como se muestra en el Gráfico 1, el 100 % de los comentarios sobre Keiko Fujimori fueron unánimemente negativos. Los usuarios utilizaron un repertorio de palabras asociadas a su ascendencia japonesa y su vínculo conyugal con un ciudadano estadounidense, percibidos como falta de autenticidad peruana. Entre los recursos empleados destacaron referencias a estereotipos gastronómicos, mediante alusiones a la cadena de comida rápida McDonald's y al sushi, plato tradicional de la gastronomía japonesa. Asimismo, aparecieron expresiones explícitas como «familia de japoneses» o «extranjeros», utilizadas para cuestionar la pertenencia nacional de la candidata y de su núcleo familiar.

Gráfico 1

Distribución de Comentarios en relación con la etnicidad del Candidato



Por el contrario, los comentarios sobre la etnicidad de Pedro Castillo fueron mayoritariamente positivos (81 %). Como se muestra en la Tabla 1, su familia fue enmarcada como «familia típica», «verdaderos peruanos», símbolos del «Perú multicultural» o la verdadera «familia peruana». Estas reacciones positivas fueron reforzadas por la cobertura mediática que describió la escena como una «estampa peruana» con elementos tradicionales. No obstante, un 19 % de comentarios negativos vinculó esta identidad con lo subversivo, usando epítetos como «terrucos» o «familia de comunistas», mostrando la persistencia de estigmas asociadas al conflicto armado interno hacia lo rural y lo andino.

Tabla 1
Comparativa de comentarios sobre etnicidad de Castillo y Fujimori

Pedro Castillo	Keiko Fujimori
Reacción positiva	Reacción negativa
<i>Me llena de emoción mirar esa familia típica de mi hermosa tierra... somos afortunados de nacer en Cajamarca.</i>	<i>A la señora K le faltó en su desayuno un combo Mc Donald. Para su esposo. También le faltó añadir sushi para ella y su clan oriental.</i>
<i>...estos son los verdaderos peruanos, vamos Dios permitió que un MAESTRO DIRIJA AL Perú, que bendición.</i>	<i>No compares, familia japonesa que no tienen raíces peruanas.</i>
Reacción negativa	Reacción positiva
<i>...ese terruco es la miseria con su idea de comunismo. Ojalá no ganes y que gane el Perú y su democracia.</i>	(La muestra no mostró una reacción positiva)

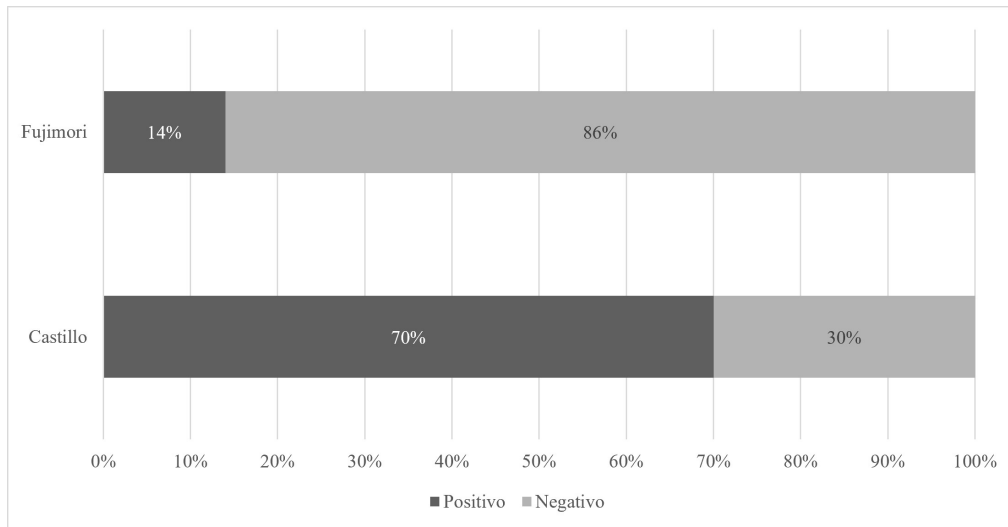
Desajuste situacional: la performance familiar en escrutinio

El segundo foco de atención de los comentarios (18%) fueron las reacciones dirigidas hacia los hijos e hijas de los candidatos, cuya actitud fue percibida como un indicador de autenticidad y coherencia entre la representación del candidato y su familia y los escenarios escogidos para la realización del evento. Para ambos candidatos, la evaluación de los usuarios fue diametralmente opuesta. Mientras las reacciones hacia los hijos de Castillo fueron mayoritariamente positivas, pues se les percibía como parte natural del espacio físico, las hijas de Fujimori fueron percibidas como ajenas a este.

La familia de Castillo fue señalada como coherente y auténtica. De acuerdo con los videos, el hijo y las hijas de Castillo asumieron un rol protagónico. El candidato, por su parte, aparece junto a su hija menor con gestos de cercanía, mientras que su hija mayor dirige la oración para bendecir los alimentos —una práctica vinculada a la tradición evangélica de la familia—. Como se muestra en el Gráfico 2, los comentarios fueron mayoritariamente positivos (70 %), destacando la ternura, los «valores» familiares, la cercanía del padre y el hecho de que la hija mayor sea adoptada, aunque algunos usuarios incluyeron connotaciones afectivo-sexuales hacia los hijos mayores del candidato (ver Tabla 2).

Gráfico 2

Distribución de comentarios en relación con los hijos de los candidatos



La familia de Fujimori fue percibida como situacionalmente incoherente. Sus hijas, mostradas en segundo plano, aparecieron en los videos con mascarillas y manteniendo el distanciamiento social requerido por las medidas adoptadas durante la pandemia de la COVID-19. Frente a esta representación, los usuarios interpretaron el comportamiento de las hijas como distantes e incómodas, aludiendo a que no se encontraban en un ambiente acorde con su «estatus» o «clase social». Entre los comentarios (86 % negativos), se incluyeron frases como «no querían comer», «miran el desayuno con desprecio», muestran rechazo porque «están en un lugar maloliente» o porque «las llevaron a un cerro» (ver Tabla 2). La actitud de la familia fue percibida por los usuarios como una intrusión hipócrita en un espacio de pobreza, invalidando su intento de cercanía a un electorado popular.

Tabla 2

Comparativa de comentarios sobre performance de los hijos de Castillo y Fujimori

Pedro Castillo	Keiko Fujimori
Tendencia Principal: Positiva	Tendencia Principal: Negativa
<i>No me gusta Pedro Castillo!! Pero su hija pequeña es muy tierna 🥰❤❤❤</i>	<i>Llevar a un cerro a sus hijas, para tener un desayuno privado, sólo para tomarse fotos, es una hipocresía.</i>
<i>Su hija mayor es adoptada. Son una familia con valores con bondad. Dios los bendiga.</i>	<i>...su hija miro el desayuno con desprecio ... Qué dirán sus hijas de la Keiko en que barrio mal oliente he llegado.</i>
Connotación afectivo-sexual	Connotación afectivo-sexual
<i>No les pasa que el pasa que el hijo de Castillo 🍆🍆🍆.</i>	<i>Alguien más vio las hijas de Keiko. No sé, cómo que se me dio sensación de votar por ella.</i>

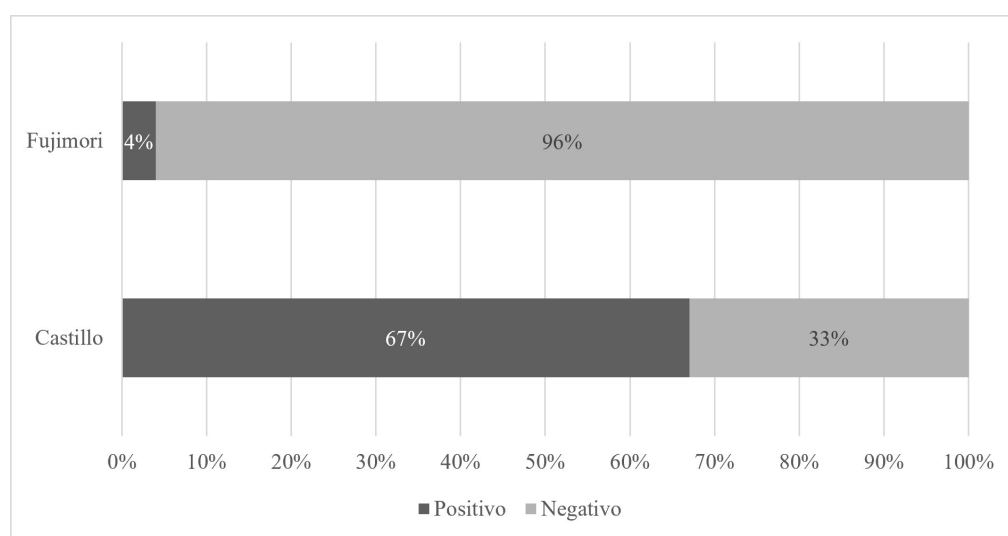
La familia extendida como elemento de validación

El tercer factor de reacción identificado en los comentarios fue la valoración de la familia extensa (14 %) como un criterio para evaluar la autenticidad de los candidatos. Sin embargo, esta valoración fue marcadamente asimétrica. Mientras que la familia extensa de Castillo fue interpretada como una fuente de arraigo social, cercanía y autenticidad, la de Fujimori fue evaluada negativamente debido a su asociación con el legado autoritario de su padre y a los conflictos familiares que adquirieron visibilidad pública antes y durante la contienda electoral.

Como se muestra en el Gráfico 3, la familia extensa de Fujimori tuvo una marcada tendencia negativa entre los usuarios (96 %). En los videos del desayuno electoral, se la muestra acompañada de su hermano Kenji y su hermana Sachi, quienes tuvieron un rol protagónico al dirigir algunas palabras durante el evento. Las críticas se concentraron en el legado autoritario y criminal de su padre, las dinámicas de conflicto y reconciliación interesada con su hermano Kenji (percibida como un cálculo político) y la relación rota con su madre. Un único comentario positivo rescató la figura paterna por su rol en la lucha antiterrorista y el crecimiento económico del país, evidenciando la persistencia de esta narrativa en los usuarios analizados.

Gráfico 3

Distribución de comentarios en relación con la familia extendida de los candidatos



Para Pedro Castillo, en cambio, la familia extensa se constituyó en una fuente de valoración positiva. La imagen del candidato junto a sus padres y hermanos en su hogar rural fue leída como un signo de humildad, raigambre y valores tradicionales. De los comentarios dirigidos a la familia del candidato, el 67 % fueron positivos, elogiaron su cercanía afectuosa con sus padres, el gesto de respeto hacia ellos y la «unión» fraternal con sus hermanos. No obstante, los comentarios negativos (33

%) aplicaron un estigma político con lo andino, asociando su apellido Terrones con el término «terruco» o señalando supuestos vínculos familiares con grupos terroristas. Esta contra narrativa, aunque minoritaria, revela el uso de estigmas como recurso discursivo para deslegitimar no solo las identidades políticas asociadas a lo andino y popular, sino también a lo familiar en espacios de discusión polarizada (ver Tabla 3).

Tabla 3

Comparativa de comentarios sobre la familia extendida de Castillo y Fujimori

Pedro Castillo	Keiko Fujimori
Tendencia Principal: Positiva	Tendencia Principal: Negativa
<i>Lo primero que hizo Castillo al partir el pan fue darle a sus padres y a los padres de su esposa. Respeto y prioridad a los mayores.</i>	<i>Quien fue, qué hizo [el] régimen dictatorial [de] Alberto Fujimori, el padre de Keiko.</i>
<i>Qué linda familia de unión entre sus padres y hermanos del sr. Candidato, Sr. Pedro Castillo de Perú Libre. Es una persona humilde y de buen corazón y compartir con todos que le acompañan.</i>	<i>En dónde está la mamá de Keiko, ¿está enfermita? O ¿está? ¿Por ahí? Porque a lo mejor yo no la veo. En verdad lo ignoro por eso pregunto.</i>
Connotación negativa	Connotación positiva
<i>Yo viendo a su papá del terruco, oh mejor dicho terrones.</i>	<i>Yo no hablo de que el señor Alberto sea santo, porque tampoco lo es, sin embargo, la que se está postulando es Keiko Fujimori no Alberto.</i>
<i>Su hermana estuvo en el MOVAREF y hasta esta o estuvo presa por ello.</i>	

Consideradas en conjunto, las tres dimensiones analizadas muestran una marcada asimetría en la valoración de los candidatos. Mientras Pedro Castillo recibió evaluaciones predominantemente positivas en relación con su origen étnico, la participación de sus hijos y la presencia de su familia extendida, Keiko Fujimori concentró valoraciones mayoritariamente negativas en las mismas dimensiones. Estos resultados sugieren que la familia no operó únicamente como un elemento complementario de la imagen de campaña, sino como un criterio a partir del cual los usuarios evaluaron la autenticidad, legitimidad y cercanía de los candidatos.

5. Discusión

Este estudio examinó cómo se politizó la familia durante el desayuno electoral peruano de 2021, mediante el análisis tanto de la autorrepresentación de los candidatos como la recepción e interpretación pública de estas narrativas. Los resultados, dentro del alcance exploratorio de la investigación, revelan un proceso complejo donde las representaciones familiares chocan con las identidades, memorias y jerarquías sociales, al menos, en el espacio digital analizado.

Dentro de lo descrito desde el concepto de *politización de la familia*, se observa que ambos candidatos —con tendencias políticas e ideológicas distintas— presentaron de manera similar una imagen tradicional en torno a variantes del modelo de jefe proveedor. Pedro Castillo proyectó la figura del *jefe proveedor andino*: un proveedor cuya legitimidad emana de su arraigo a la tierra y la familia extensa rural. Además de un discurso *anti-establishment* que se alinea con el patrón de rechazo a la élite criolla limeña descrito por Nureña et al. (2022). Keiko Fujimori, por su parte, encarnó la figura de la madre proveedora y sacrificada. Una narrativa dirigida a un electorado con alta prevalencia de hogares monoparentales liderados por mujeres o madres solteras —modelo recurrente en América Latina (Esteve et al., 2022)—, combinando la apelación a la maternidad resiliente ante el abandono paterno y la ausencia del Estado.

Paralelamente, ambos candidatos incorporaron gestos performativos hacia una versión igualitarista del matrimonio, limitada y funcional. Según Bell y Cross-Barnett (2018), el igualitarismo puede aplicarse a diversos roles dentro del matrimonio. No obstante, aunque persiste la dificultad de alcanzar un consenso sobre su significado, la idea detrás de este concepto radica en un balance equitativo del poder, la economía, las relaciones, el tiempo y las decisiones entre los miembros de una pareja. En ese sentido, los candidatos mostraron actitudes igualitaristas, aunque no necesariamente prácticas igualitarias. Castillo adoptó una retórica de «ayuda» hacia los roles domésticos, en tanto Fujimori cedió protagonismo temporal a su esposo. Estas representaciones, mediadas por la prensa, parecen responder más a la necesidad de desmarcarse de posturas conservadoras extremas y de ajustarse a expectativas sociales cambiantes que a un cuestionamiento sustantivo de los roles tradicionales de género. En este marco, la politización de la familia operó, como señalan Collins (2012) y Burge et al. (2020), como un juego de equilibrio retórico en el que los candidatos navegan entre distintos espectros de valores y prácticas asociados a las visiones sobre la familia del electorado al que se dirigen durante la campaña.

Si la autorrepresentación fue ambivalente, la recepción de los usuarios fue polarizada y asimétrica en tres marcos críticos: etnicidad, desajuste situacional y familia extensa. En primer lugar, la etnicidad se constituyó en el debate principal bajo la dicotomía autenticidad vs. extranjería. Mientras la familia andina, representada por Castillo, fue celebrada como encarnación de la «peruanidad verdadera» y el «Perú multicultural», la ascendencia japonesa de Fujimori fue estigmatizada como ajena y desleal. Este hallazgo sugiere considerar a la etnicidad como una retórica maleable tanto para candidatos como para votantes, cuyo significado estratégico fluctúa según la coyuntura: si en otros contextos lo «extranjero» se asoció a modernidad (PPK) o desarrollo tecnológico (Fujimori padre), en 2021 se cargó de connotaciones negativas en el marco de una campaña anti-elitista liderada por Castillo.

En segundo lugar, el análisis de comentarios reveló como el *desajuste situacional* —entendido como la percepción de incoherencia entre la representación del candidato y su familia y las expectativas asociadas al escenario físico y social donde la performance tuvo lugar— constituye un recurso para validar o invalidar a un candidato. Aunque, tanto Fujimori como Castillo buscaron identificarse retóricamente con sectores populares del electorado, la *performance* de la familia Fujimori fue interpretada como un *desencaje*. La incomodidad percibida en las hijas de Fujimori en un asentamiento humano evidenció, para los usuarios analizados, un descuadre entre su estatus socioeconómico —percibido como extranjero, limeño y adinerado— y su intento por conectar con un electorado popular. Castillo, en cambio, al ser percibido como material y simbólicamente propio del espacio donde performaba, fue calificado como auténtico y coherente.

Por último, la familia extendida funcionó para los usuarios como un elemento de validación de la trayectoria familiar y política de los candidatos. Para Fujimori, fue el activador de debates alrededor de los cuestionamientos al gobierno de su padre; para Castillo, una percepción positiva asociada a valores de unidad y respeto por la tradición familiar. Este contraste no solo refleja legados políticos opuestos, sino también percepciones moldeadas por la centralidad cultural del modelo de familia extendida en América Latina y el Perú como red de soporte en contextos de precariedad económica estructural.

6. Conclusión

La politización de la familia como proceso que presta atención a las representaciones familiares en contextos electorales, encuentra en el desayuno electoral un escenario performativo por excelencia. Desde esta perspectiva, este evento ya no solo se puede interpretar como un acto protocolar, sino como un espacio donde se movilizan y discuten públicamente aspectos asociados a la identidad, las jerarquías sociales y la estructura familiar.

Al ser un estudio exploratorio sobre la base de un grupo acotado de comentarios de una red social y centrado en un único ciclo electoral (2021), los hallazgos presentados aquí no pretenden ser representativos de la población peruana en su conjunto. Más bien, constituyen un primer esfuerzo por ofrecer pistas iniciales sobre cómo opera la politización de la familia en espacios digitales polarizados. Esta naturaleza exploratoria sugiere, además, la necesidad de profundizar, en futuras investigaciones, varias de las dimensiones aquí identificadas, particularmente la intersección entre raza, género y clase, así como el papel que estas desempeñan como recursos discursivos de identidad nacional en los debates sobre la familia peruana.

En este sentido, este estudio ha permitido problematizar cómo, en este espacio reducido, se reproducen y adaptan narrativas familiares estratégicas y ambivalentes,

donde candidatos opuestos ideológicamente, apelan a variantes de un mismo modelo tradicional de familia e incorporaron gestos discursivos hacia una versión más igualitarista de los roles conyugales, sin cuestionar sustancialmente los roles tradicionales de género. Esta ambivalencia sugiere que la «igualdad» esgrimida en este espacio de análisis, operó principalmente como un recurso retórico funcional a las demandas del electorado y los medios de comunicación, más que como una propuesta de cambio estructural.

No obstante, como se ha señalado a lo largo del estudio, la politización de la familia no culmina con la performance del candidato. El análisis de la recepción de los comentarios seleccionados demuestra que el público actúa como un agente interpretativo activo que cuestiona estas narrativas a través de diversos elementos como la etnicidad, el desajuste situacional y la estructura familiar. Es decir, la familia como categoría politizada no genera consenso, sino que activa y visibiliza conflictos latentes sobre identidad, pertenencia y legitimidad política en los individuos.

En estos términos, el desayuno electoral podría funcionar como un microcosmos donde se condensan luchas por definir simbólicamente «la familia peruana» y, por extensión, «el Perú mismo». Los hallazgos subrayan la necesidad de profundizar cómo estas representaciones mediáticas de la familia también construyen y refuerzan narrativas hegemónicas en torno al género, la raza y la clase así como la resistencia a ellas. Comprender esta dinámica es fundamental para develar cómo se sostienen o se podría desafiar las inequidades estructurales de la familia peruana desde el debate político actual.

Referencias

- Bell, K. y Cross-Barnett, C. (2018). Men and Women, Husbands and Wives: New Perspectives on Egalitarianism. En *Marriage in Black: The Pursuit of Married Life Among American-born and Immigrant Blacks* (Cap. 4). Routledge.
- Burge, D., Hodges, C., and Rinaldi, R. (2020). Family Matters? Exploring Media Coverage of Presidential Candidates' Families by Gender and Race. *Politics, Groups, and Identities*, 8(5):1022–42. <https://doi.org/10.1080/21565503.2019.1584748>
- Collins, P. (2012). Just Another American Story? The First Black First Family. *Qualitative Sociology*, 35(2),123–41. <https://doi.org/10.1007/s11133-012-9225-5> .
- Deason, G., Greenlee, J. y Langner, C. (2015). Mothers on the Campaign Trail: Implications of Politicized Motherhood for Women in Politics. *Politics, Groups, and Identities*, 3(1),133–48. <https://doi.org/10.1080/21565503.2014.992792> .
- Elder, L. y Greene, S. (2012). *The Politics of Parenthood: Causes and Consequences of the Politicization and Polarization of the American Family*. State University of New York Press.
- Esteve, A., Castro-Martín, T. y Castro Torres, A. (2022). Families in Latin America: Trends, Singularities, and Contextual Factors. *Annual Review of Sociology*, 48(1):485–505. <https://doi.org/10.1146/annurev-soc-030420-015156>
- Fernández, A. y Toscana A. (2014). El género, la familia y el físico en las campañas presidenciales de 2012. *El Cotidiano*, 184, 47-62.
- Fonseca, J. (2022). El conservadurismo evangélico en el Perú: identidades y proceso de hegemonización (1980-2020). *Discursos del sur*, 9,13-40. <https://www.redalyc.org/pdf/7678/767879450003.pdf>
- Fox, A. y Fuertes, J. (2018). El rol de la familia en política. *ACOP Papers*.
- Gil, R. (2022). «Viva la vida, la familia, la libertad y la patria». *Anotaciones sobre la derecha política y el movimiento conservador en el Perú en clave comparada* (Documento de Trabajo N.º287). Instituto de Estudios Peruanos.
- Gil, R. (2024). *Entre Dios y el Estado. La politización del movimiento conservador en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Infobae. (2022, 1 de octubre). ¿Qué es el desayuno electoral y por qué es una tradición entre los candidatos? <https://www.infobae.com/america/peru/2022/10/01/que-es-el-desayuno-electoral-y-por-que-es-una-tradicion-entre-los-candidatos/>.
- Joignant, A. (2014). El Capital Político Familiar: Ventajas de parentela y concentraciones de mercado en las elecciones generales chilenas de 2013. *Política. Revista de Ciencia Política*, 52(2),13–48. <https://doi.org/10.5354/0719-5338.2014.36134> .
- Kanashiro, L. (2018). Propaganda electoral y la mujer en la política (1980-2011). En W. Hernández Breña (Ed.), *Género en el Perú: Nuevos enfoques y miradas interdisciplinarias* (pp. 205-238). Universidad de Lima.

La República. (2021, 3 de mayo). Pedro Castillo y Keiko Fujimori, dos candidatos conservadores. Repositorio Lexis-Nexis.

Li, D. (2021). *¿Por qué a las mujeres peruanas les cuesta tanto llegar a ser congresistas? Un análisis sobre los obstáculos que enfrentaron las mujeres que accedieron al Parlamento por Lima durante el periodo legislativo 2020-2021*. [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú].

Martín, M. (2019). Carreras políticas a nivel subnacional: los matrimonios políticos como modo de construcción del poder. *Miríada: Investigación En Ciencias Sociales*, 10(14), 179–200. <https://p3.usal.edu.ar/index.php/miriada/article/view/4629>

Martín, M. (2025). Cuando política y relaciones familiares convergen: Carreras de cinco matrimonios políticos de América Latina. *Ejes De Economía Y Sociedad*, 9(16), 1–24. <https://doi.org/10.33255/25914669/7239>

Nureña, C., Toche, C. y Perez-Pachas, J. (2022). El comportamiento electoral en el sur andino peruano frente a candidaturas de la élite criolla de Lima, 1980-2021. *Discursos Del Sur, Revista De Teoría Crítica En Ciencias Sociales*, 10(10), 31–66.

Pérez, J. (2017). *Entre Dios y el César. El impacto político de los evangélicos en el Perú y América Latina*. Instituto de Estudios Social Cristianos y Fundación Konrad Adenauer.

Reseña: *La montonera liberal del cura
Chumán. Norte del Perú, 1910*
Piedad Pareja Pflücker y Alfredo Muro
Flores. Piedad Pareja Pflücker, 2024,
180 pp.

Isaac Trujillo

Universidad Nacional de Trujillo. Perú

<https://orcid.org/0000-0003-3650-1010>

isaactru@hotmail.com

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.244>

En el 2024, Piedad Pareja Pflücker y Alfredo Muro Flores publicaron un libro en el que abordan las causas del levantamiento armado de las montoneras de la provincia de Lambayeque, así como el rol que jugó la prensa nacional y local al cubrir los acontecimientos. Los autores presentan también las motivaciones políticas de los líderes rebeldes y cuestionan interpretaciones previas sobre el mismo tema.

El libro está dividido en cinco capítulos. En los tres primeros se exponen los antecedentes y la dinámica del conflicto; en los dos últimos, se examina el papel de la prensa y la manera en que informaron sobre los enfrentamientos armados. Cronológicamente, esta investigación se enfoca en el primer gobierno de Leguía, quien sucedió como presidente a José Pardo y Barreda, ambos miembros del partido civil.

Este partido ejercía el poder desde finales del siglo XIX y, debido al esfuerzo sistemático por desarrollar y fortalecer al Estado, sus gobiernos habían adoptado características centralistas (Contreras & Cueto, 2000). Un proceso que tuvo sus antecedentes en la era del guano (Quiroz, 2010) y que se acentuó, sobre todo, después de la guerra con Chile. Estas nuevas reglas de juego, instauradas por el civilismo, trajeron consecuencias en las regiones, las cuales se manifestaron en acciones políticas contra el gobierno central por parte de quienes aspiraban a ser autoridades locales. A ello se sumó la continuidad en el poder del mismo partido que provocó la radicalización de algunos de sus cuadros (lo que se evidenció, sobre todo, entre las filas del partido liberal); así, ambos factores convergieron a inicios de la segunda década del siglo XX.

Precisamente, Pareja y Muro abordan estos problemas políticos en un espacio local del norte del Perú: la provincia de Lambayeque. En particular, analizan la respuesta en Ferreñafe y Jayanca de liberales y demócratas contra las medidas políticas del gobierno de Leguía respecto a la amnistía de los insurgentes de 1908 y las elecciones municipales de 1910. Al inicio del libro, se explica que las ideas de Augusto Durand sobre el derecho a la insurrección influyeron en la decisión de las montoneras para levantarse en armas. Él había defendido esta postura en su tesis de bachiller en jurisprudencia y se oponía a la omisión de este derecho en la constitución política peruana, el cual, como señalan los autores, tampoco había sido incluido en las cartas magnas del siglo XIX, sino recién en la de 1979. Por ello, no sorprende que algunos jefes de las montoneras, al pertenecer al partido liberal, hayan sido influenciados por las ideas del líder fundador.

Los autores consideran también un factor importante, para entender este alzamiento de las montoneras, la demarcación territorial, es decir, la manera en que estaba constituido políticamente este espacio local. Lambayeque como provincia fue separada del departamento de La Libertad por el presidente Balta, quien había encabezado una rebelión en Chiclayo en 1867 (acto que le permitió acceder,

luego, a la presidencia de la República). Una vez independiente fue convertida en departamento y se conservó para la nueva jurisdicción el nombre de Lambayeque; sin embargo, Chiclayo fue elegida como la capital. Su creación se efectuó durante el gobierno de Manuel Pardo. Y, aunque para 1911 aún Lambayeque, como provincia, superaba demográficamente a Chiclayo, a esta última la tendencia creciente en número de habitantes le era favorable, lo que explica la decisión para esta nueva configuración territorial.

De esta manera, la ciudad de Lambayeque, en un periodo de cuarenta años, fue desplazada políticamente por Chiclayo y con tendencia a serlo también demográficamente en pocos años; además, como se sostiene en el libro, aquella provincia tuvo que soportar directamente los efectos del centralismo en el interior del país en el ámbito social y económico, manifestados a través de un proceso de ruralización después de la creación del departamento del mismo nombre. Esto dio lugar, a su vez, a una escasez de mano de obra disponible para las haciendas, las cuales sostenían su economía sobre la base de la agricultura que era controlada por los hacendados agroexportadores, entre los que destacaban tres como los mayores contribuyentes: Juan Aurich, de la hacienda Batán Grande; Víctor Moreno, de la hacienda La Viña y Genaro Barragán, de la hacienda Luya y Pencal. A esta problemática, se sumaron la falta de conocimientos e instrumentos técnicos de los agricultores, así como la escasez de agua. No obstante, Pareja y Muro descartan estos factores como sustento para el alzamiento en armas en la provincia de Lambayeque, como ha sido esgrimido por otros investigadores. Respecto al agua, afirman, por ejemplo, que el gobierno atendió los reclamos a inicios de 1910 y puso en marcha medidas para la mejora en su distribución, lo que explica que los montoneros no apelaran a este problema como motivación para la decisión que habían tomado.

Los autores consideran que la causa de la insurrección fue de carácter político «y no fue un suceso generado por problemas locales, sino que obedeció al llamamiento de un grupo de conjurados liberales del sur» (p. 54). El primer gobierno de Leguía estuvo marcado por convulsiones internas y externas. Comenzando su gobierno, sufrió un intento de golpe de estado por parte de demócratas y liberales en 1909 y, a inicios del 1910, un conato de guerra tras el incumplimiento de Ecuador de respetar el laudo arbitral del rey de España sobre el problema fronterizo. A finales de octubre del mismo año, comenzarían los levantamientos armados de las montoneras en la sierra sur y norte peruano.

En el libro se indica que los alzamientos se debieron a que la ley de amnistía que presentó el diputado Mariano Lino Urquieta a la cámara de diputados, para que liberaran a los presos políticos, no fue aprobada por el Congreso. El rechazo a esta ley ocurrió el 25 de octubre; días después, comenzaría un estallido político en diversas partes del Perú, encabezado principalmente por liberales, y secundado

por demócratas. En el caso de Lambayeque, sin embargo, se sumaron otras motivaciones. Manuel Casimiro Chumán, antes de levantarse en armas en Ferreñafe, a inicios de noviembre, había intentado ser alcalde de este distrito en 1908, sin conseguirlo debido a que la decisión de la Junta Departamental no le favoreció. Así, ante las elecciones controvertidas de 1908, el Congreso promulgó la Ley N.º 1072 de elecciones municipales en 1909. Chumán, frente a este nuevo escenario, hizo su reclamo a la Junta, la cual se ratificó en su decisión sobre el gobierno de Manuel Mesta para el periodo 1909-1911. La nueva ley municipal contemplaba, no obstante, que deberían realizarse elecciones en el mes de noviembre de 1910; este detalle, el de no respetar la ley dada por el Congreso, fue interpretado por el candidato perdedor como un acto de injusticia que lo llevó a alzarse contra el gobierno, ya que la autoridad departamental dependía del poder central, vale decir, de Leguía. Así, en este espacio local, Casimiro Chumán y los integrantes del partido liberal, como Orestes Ferro, terminaron teniendo un enemigo político en común.

En cuanto a Orestes Ferro, Pareja y Muro mencionan que era integrante del partido liberal y había participado del golpe de estado contra el presidente. Debido a ello, fue capturado y puesto en prisión; sin embargo, al poco tiempo, fugó del panóptico y viajó a Eten. De este modo, era un conocido antileguista y, cuando decidió oponerse al gobierno central mediante la violencia, tuvo el respaldo del partido liberal de la región y de otros partidos también desafectos al presidente. Una vez en la provincia de Lambayeque, se alzó contra Leguía (junto con Juan de Dios Lora y Cordero, el comandante César Mendiburu y José Cadillo) en el distrito de Jayanca a inicios de noviembre de 1910, en paralelo al alzamiento del clérigo Chumán y Aurelio Matute en Ferreñafe, y a la conjura que se realizaba en el sur.

En los dos últimos capítulos, los autores señalan que cuando iniciaron los alzamientos armados en el norte y el sur, los enfrentamientos no se limitaron al campo de batalla, sino también al de las ideas y representaciones discursivas. Esto se vio reflejado en la prensa escrita cuando los diarios más importantes de circulación nacional comenzaron a informar sobre el desarrollo de los acontecimientos. *El Comercio* y *La Prensa*, de ideologías distintas (el primero, conservador y gobiernista; el segundo, liberal y de oposición, fundado por Augusto Durand), calificaron de manera diferente a esos movimientos: *El Comercio* los denominó subversivos, mientras *La Prensa* evitó usar ese calificativo, en cambio puso su atención en lo que pasaba en el sur y moderaba su retórica sobre los hechos que ocurrían en el norte. Asimismo, criticaba y condenaba al gobierno por las medidas represivas que ejercía, y justificaba implícitamente los alzamientos en el departamento de Lambayeque. Por su parte, el diario de los Miró Quesada difundía con más detalle la información y respaldaba las acciones represivas que Leguía tomaba.

En el libro se destacan los detalles de los enfrentamientos armados entre los rebeldes y las fuerzas del orden a través de esos periódicos (principalmente a través de *El Comercio*, que siguió el desarrollo de los hechos) y también por medio de algunos diarios locales y regionales. Así, se sabe que los alzamientos de Ferreñafe y Jayanca ocurrieron de manera simultánea y que en aquel distrito entraron al grito de: ¡Viva la revolución! ¡Viva Piérola! ¡Viva Durán! ¡Viva Chumán! Luego, asaltaron el cuartel y se llevaron las armas, seguidamente atacaron las casas del gobernador y del teniente gobernador, al cual asesinaron. Por último, secuestraron a diversas personalidades del lugar y se las llevaron a la hacienda Batán Grande. Por su parte, Oretes Ferro entró a la oficina telegráfica de Jayanca y junto con sus secuaces destruyeron los equipos y asesinaron al gobernador Demetrio Alvarado; posteriormente, atacaron la hacienda La Viña. Los montoneros, después de saquear las casas de los gobiernistas, se dedicaron a imponer cupos a los pobladores de Motupe, Olmos y Batán Grande.

Pareja y Muro mencionan que, frente a estos hechos, Augusto B. Leguía, Enrique Stevenson, ministro de gobierno y policía; José Ramón Pizarro, ministro de guerra y marina, y el Gral. Pablo Clemente, jefe del Estado Mayor, tomaron las medidas del caso. Así, se designó como jefe de la operación para la contención de los insurgentes a José A. Baca, quien llegó con el Batallón N.º 3 de Pacasmayo a Eten Puerto. A este lugar también se trasladó al escuadrón de caballería N.º 7 y N.º 9 de infantería de Paita y una partida de la infantería montada del Callao.

Los autores concluyen su estudio con la descripción del enfrentamiento armado y su desenlace. Mencionan que los rebeldes estuvieron divididos en tres grupos. El primero, liderado por Orestes Ferro y Juan de Dios Lora (jefe de Estado Mayor de los insurgentes), se hallaba en Motupe, donde se encontraba también el segundo grupo, liderado por Manuel Casimiro Chumán, José y Francisco Samamé, entre otros. El tercer grupo se ubicaba en Batán Grande, encabezado por Aurelio Matute, quien era secundado por Carlos Condemarín, los Tello de Chiclayo y algunas personalidades locales. Los montoneros no recibieron el apoyo de la población, por ejemplo, en San Miguel, distrito de Hualgayoc, capturaron a Anibal Chavarri y al ingeniero José Vilchez, integrante del grupo liderado por Matute. Según información oficial, este caudillo y sus huestes fueron derrotados el 27 y 28 de noviembre en Litcan y Catache, en Cajamarca. Días después, el 30 de noviembre, cayeron los grupos liderados por Orestes Ferro y Casimiro Chumán tras un desigual enfrentamiento con el Ejército, en un intento por volver a capturar Ferreñafe, resguardado por el capitán Pablo Rossel y setenta soldados, quienes respondieron el ataque abriendo fuego con las ametralladoras, lo que provocó, rápidamente, un número importante de bajas y heridos entre sus miembros y la huida de otros hacia Batán Grande. Según el reporte oficial del general Enrique Varela, comandante militar del norte, en total murieron veintiún montoneros y

un soldado. En el libro se señala que, a partir de este momento, respecto a los que consiguieron huir (entre ellos Orestes Ferro y Casimiro Chumán), las versiones oficiales y, sobre todo, de los diarios se confunden y pierden exactitud: se habla de la prisión de uno y la muerte del otro. Sin embargo, por medio de la prensa, se supo que ambos fueron enjuiciados en 1910 y 1912, pero que ninguno fue a prisión gracias a la Ley de Amnistía N.º 1409 que Leguía promulgó el 26 de setiembre de 1911.

En la reconstrucción de los hechos que hacen Pareja y Muro, se aprecia la existencia de varios liderazgos; no obstante, el título del libro sugiere lo contrario. Se menciona: «La montonera liberal» del cura Chumán, pero, más adelante, indican que fue dirigente del partido «Demócrata de Ferreñafe» (p.50.), aliados circunstanciales de los liberales contra Leguía. No hubo un liderazgo único en los hechos, más bien, como los mismos autores sostienen, convergieron intereses de los jefes ante un enemigo en común. Mencionan que lo sucedido en esa provincia se trató de un plan mayor orquestado por el partido liberal, al cual Ferro pertenecía, y que Chumán solo se sumó al alzamiento en armas motivado más por intereses personales que por principios ideológicos: su no reconocimiento como alcalde. Por otro lado, como complemento de las motivaciones políticas, hubiera sido interesante también que en el libro se ahondara más en las tensiones sociales detrás de la presencia de las montoneras en Lambayeque para tener una imagen más acabada de por qué solo en esta provincia del norte se formó un movimiento insurgente con relativa facilidad contra Leguía en 1910. Sin embargo, también es cierto que los autores se han enfocado en estudiar a los líderes de estos movimientos, debido a la poca información disponible, como lo indicaron en la introducción.

De todos modos, este libro constituye un aporte significativo al estudio de las montoneras en el norte peruano a inicios del siglo XX; asimismo, es una contribución valiosa para la comprensión de una parte importante de la historia de Lambayeque. A través del estudio de la motivación política como causa del conflicto, los autores logran mostrar la agencia de los líderes involucrados en el alzamiento armado y vincular un acontecimiento local a un proceso histórico nacional: al desarrollo de un estado centralista que venía imponiéndose desde finales del siglo anterior, y que tuvo en Leguía a unos de sus propulsores como integrante del partido civil.

Referencias

Contreras, C. y Cueto, M. (2000). *Historia del Perú contemporáneo*. Instituto de Estudios Peruanos.

Quiroz, F. (2010). *Historia y nación. Historiografía peruana desde Túpac Amaru a la Guerra del Pacífico* [Tesis de doctorado, Universidad Mayor de San Marcos]. Repositorio ALICIA (CONCYTEC) https://alicia.concytec.gob.pe/vufind/Record/UNMS_17c1d2ee239066d8a7e10837d8a1a1df/Details

ARGUMENTOS

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

Año 7 • N° 1 • 2026 / pp. 183 - 189 / ISSN: 2076-7722

Reseña: *Cuando éramos dioses. Historia de la última guerra asháninka en el Palcazu* de Natalí Durand. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 2024, 276 pp. ISBN: 9789972467585.

Bhin Palacios Gamboa

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

<https://orcid.org/0009-0005-2219-6811>

bhin.palacios@unmsm.edu.pe

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.253>

Cuando hablamos sobre eventos de violencia en el periodo de conflicto armado interno (CAI) en el Perú, generalmente aludimos a los sucesos ocurridos en los Andes, especialmente el sur. Así, Huancavelica, Huánuco, Apurímac y, principalmente, Ayacucho emergen como zonas desde las cuales rememoramos algunos de los eventos más lamentables de dicho periodo. Sin embargo, muchas veces se suele obviar que la región amazónica fue también escenario de esta vorágine de violencia política. Según el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR, 2003a), entre las regiones más afectadas por la violencia se encuentran tanto las ya mencionadas como también Junín, San Martín y Pasco, regiones que concentran gran cantidad de población amazónica representada en comunidades indígenas. Ciertamente, existe una limitada literatura al respecto de la Amazonía y el CAI si la comparamos con la ya existente sobre el campo andino o, incluso, limeño. A esto se le suma una visión todavía generalizada en el país sobre el territorio amazónico que lo relegan a categorías como «el área salvaje» o de indomabilidad, términos que constituyen ese legado histórico de exotización hacia la Amazonía y su población que tiene su contraparte en la noción del «buen vivir». En consecuencia, se consolida una mirada que invisibiliza los procesos históricos y políticos de su población, lo que posteriormente generaría estigma y criminalización en situaciones de movilidad social y protesta, como ocurrió durante los sucesos del Baguazo en 2009. En ese sentido, y desde las ciencias sociales, existen programas de investigación (ya sea a nivel de tesis de licenciatura, así como de otras con mayor alcance) que han abordado las dinámicas de resistencia, acción y memoria que aparecen en las comunidades amazónicas en contextos de violencia como el CAI. El libro que desarrollo a continuación tiene mucho que decirnos al respecto, sobre todo desde la antropología y el uso de las memorias.

Cuando éramos dioses de Natali Durand es un libro que nace de un trabajo de investigación previo, bajo la forma de tesis de maestría en la especialidad de Antropología. En este, Durand (2015) analiza cómo el pueblo asháninka construye una memoria colectiva sobre el CAI a partir de las experiencias que tuvieron con las incursiones del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). A lo largo de su investigación, la autora señalará que los asháninkas no solo recuerdan los sucesos del CAI como algo histórico y neutral, sino que lo reinterpretan bajo sus propias lógicas culturales construidas sobre la base de sus mitos, historias locales y relatos orales. Así, la memoria no sería simplemente una forma de registro del pasado, sino un proceso dinámico donde historia, experiencia colectiva y mito se entrelazan. Además, la tesis posiciona a los pobladores asháninkas como actores históricos y políticos más que como «víctimas», categoría de la cual hablaremos más adelante. Esta mirada eleva y visibiliza la participación activa de los pueblos amazónicos en contextos de violencia, pues se desentiende de las categorías antes mencionadas, así como de la del «buen vivir» que parece ser el correlato de la categoría de víctima a la que hicimos alusión.

Con un estilo narrativo distinto al del trabajo de maestría, *Cuando éramos dioses* retoma y desarrolla en los tres últimos capítulos de dicha investigación, la construcción de la figura mítica de Alejandro Calderón. El *pinkatzari*¹ Calderón, líder indígena asháninka, será un personaje recurrente a lo largo del libro, pues su trayectoria (esto es, su vida y muerte) se convertirán en punto de articulación de historia, mito y memoria del CAI en los asháninkas. A través de él, no solo se narrará un momento² de la violencia política, sino el proceso de transformación del pueblo asháninka a formas de organización comunal contemporáneas e, incluso, su contraofensiva armada. De este modo, y al igual que la tesis, el libro intenta reconstruir la experiencia del pueblo asháninka en el CAI desde el análisis antropológico de la memoria colectiva y los relatos orales. Tanto el libro como la tesis hacen énfasis en el trabajo de campo etnográfico realizado entre el 2012 y 2016, periodo en el que la autora pudo realizar alrededor de 50 entrevistas, así como desarrollar la historia de vida de Alcides Calderón, hijo de Alejandro Calderón.

Entre los ejes centrales que se presenta en el libro, podemos señalar cinco. El primero refiere a la memoria, el mito y la historia, elementos que se fundan en la figura del líder asháninka. Como explica Durand (2015, 2024), los asháninkas no separan historia y mito como tales, pues los sucesos de violencia como los del CAI son narrados como historias vivas, con movimiento y presencia. Estos eventos, después de todo, son reinterpretados con elementos míticos propios de los pobladores asháninkas del Palcazu. Como resultado, y siguiendo a Halbwachs (1968/2004), se construye una memoria comunal que utiliza historia y mito como sus propios márgenes sociales (o, mejor dicho, culturales) de interpretación. Así, Alejandro Calderón no solo es plasmado narrativamente como un líder político que existió y fue desaparecido por subversivos, sino como alguien que genuinamente existió rozando el plano mítico-divino.

El segundo eje constituye el territorio desde donde se analizan y narran los hechos. Como se mencionó al principio, mucha de la literatura sobre el CAI se ha producido desde y sobre los territorios andino y limeño. El libro, por el contrario, analiza el impacto del CAI en pueblos amazónicos, específicamente el pueblo asháninka de Palcazu, distrito de la provincia de Oxapampa en la región de Pasco. Dicha provincia conforma el grueso poblacional de la selva central, zona poco abordada incluso dentro de las investigaciones sobre Amazonía y CAI. La autora, además, visibiliza los encuentros en dicho territorio, en un primer momento, con las facciones guerrilleras del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y, posteriormente, con el MRTA. Al igual que ocurre con la figura de Alejandro Calderón, la de Guillermo Lobatón —líder y uno de los principales dirigentes

1. Término asháninka para referir a la figura de jefe o líder.

2. Según la CVR (2003b), Alejandro Calderón habría sido secuestrado por integrantes del MRTA un 8 de diciembre de 1989 sin haber algún rastro de él luego del suceso.

del MIR al lado de Luis de la Puente Uceda— también será reinterpretada desde una dimensión mítica. Según el libro, Guillermo Lobatón habría interactuado y generado una relación un tanto íntima con la población asháninka a tal punto de ser visto por la comunidad como un genuino líder al mismo nivel del *pinkatzari* con toda la parafernalia mítica. Ciertamente, tanto Lobatón como Calderón existieron y sus encuentros con la población son, como describe el libro, expresados en el relato mítico asháninka.

El tercer eje señala a la figura de Alejandro Calderón que, como ya mencionamos, aparece como líder político y héroe mítico en los relatos asháninkas sobre el CAI. A lo largo del texto, la antropóloga va a señalar la importancia de Calderón en el proceso de articulación y consolidación de la unidad asháninka que se traducirá en la *Apatyawaka Nampitsi Asháninka*³ (ANAP). Dicha federación contempla a aproximadamente 52 comunidades asháninkas de la selva central y fue, además, espacio político donde, según la CVR (2003b), Alejandro Calderón ocupó el rol de presidente hasta su desaparición a manos del MRTA. Dicho evento desencadenaría en la población una respuesta armada que se materializaría en la formación del «Ejército Asháninka», destacamento liderado por el hijo de Alejandro Calderón, Alcides Calderón. Este destacamento, con reconocimiento y legitimidad del pueblo asháninka, buscó enfrentarse a los miembros del MRTA asentados en la zona. En este apartado, el libro nos invita a leer esta movilización como consecuencia del trastocamiento de la cosmovisión asháninka. Alejandro Calderón no solo es una figura política, sino también un ente que roza lo mítico-divino. Según los relatos asháninkas que se traen a colación en el texto, Calderón estaría relacionado míticamente con las categorías de orden y unidad. Después de todo, su participación activa en la consolidación de la unidad política asháninka le habría valido esta interpretación. Así, esta trayectoria política le permitió fundar no solo su estatus de *pinkatzari*, sino también de figura-margen para las reinterpretaciones míticas del periodo de violencia que constituirán la memoria colectiva asháninka, sobre todo en relación con el MRTA.

El cuarto eje se vincula a los procesos de resistencia y organización indígena representados en los asháninkas del Palcazu. La respuesta armada, producto de la transgresión a la cosmovisión asháninka que señalamos anteriormente, se explica, según la autora, por esa presencia compartida entre tradición (chamanismo, mitos y rituales) y estrategias contemporáneas de organización (la organización política, las alianzas y el uso de armas). Al ser Alejandro Calderón una presencia importante en la historia política de los asháninkas, su desaparición forzada representaba también el quiebre de la unidad y la puesta en peligro del territorio mismo. A este respecto, la autora señala un evento anterior al CAI en la historia asháninka donde, frente al peligro que corría el territorio asháninka, producto

3. La Asociación de Nacionalidad Asháninka del Pichis.

de la construcción de carreteras en el primer gobierno de Fernando Belaunde, Calderón representaría ese ímpetu del pueblo de proteger el territorio. Después de todo, será en ese contexto donde se gestará la unidad política de los pueblos asháninkas representada en la federación.

El quinto eje gira en torno a la guerra como proceso transformador en la cosmovisión y acción política de los asháninkas. A lo largo del texto se alude a la guerra como un escenario que produce liderazgos. Ya sea en las guerras independentistas del siglo XVIII con Juan Santos Atahualpa a la cabeza, como en las de finales del siglo XX que cristalizó la condición de líder de Alejandro Calderón y, tras su desaparición, la de Alcides Calderón, todos ellos son líderes emparentados con escenarios de violencia. Quizás este sea el eje que mayor potencial nos ofrece para la comprensión de las dinámicas de definición y redefinición de la organización social en contextos del conflicto armado. Como lo ha señalado Henríquez Ayín (2006), el CAI trastocó las dimensiones étnicas y de género en las zonas afectadas, tanto a nivel comunal como familiar. El hecho de que la mayoría de víctimas mortales (desaparecidos y asesinados) fueran varones, muchos de ellos jefes de hogar y autoridades locales, generó una reconfiguración en la organización social que posicionó a las mujeres como líderes tanto de sus comunidades como de organizaciones de búsqueda de familiares desaparecidos. Así, las guerras generan personalidades que se harán del liderazgo en tanto reconocen una situación de alteración y transgresión del orden social (la intromisión de grupos subversivos o agentes armados del Estado) que amerita tomar de decisiones de forma individual y colectiva.

Finalmente, *Cuando éramos dioses* nos muestra una imagen de la Amazonía muy diferente de la mirada tradicional que, aún hoy, considera a su población como totalmente desprovista de agencia política. En el contexto del CAI, esta idea ha sido revelada en la tipificación y uso de categorías como el de «víctima». Tal y como lo reconocen Robin Azevedo y Delacroix (2017), la construcción de la categoría «víctima» en el CAI que va a utilizar la propia CVR y los consiguientes programas de reparación son consecuencia de una categorización étnica de la población afectada por la violencia. Así, la población «víctima» sería aquella con un perfil étnico reconocible como ser quechuablante (o, en este caso, cualquiera que hable una lengua originaria) y ser, preferiblemente, víctima directa de algún grupo subversivo. En esta relación entre identidad étnica y condición de víctima se produce una idea sobre la población andina y amazónica como ajenas al conflicto o a ese «fuego cruzado» (Robin Azevedo, 2021; Ulfe & Málaga, 2015). En consecuencia, la capacidad de decisión o la agencia política les quedan suspendidas, al menos en el relato de la «víctima perfecta» que se construye con los elementos mencionados. El texto de Natali Durand, sin embargo, nos revela a un pueblo indígena consciente y partícipe de los sucesos de violencia, principalmente con las incursiones del MRTA y la posterior desaparición de Alejandro Calderón. El momento cumbre en

el que se expresan estas voluntades políticas y la agencia como tal —alimentadas, ciertamente, por el relato mítico de la figura de Calderón— es en la respuesta armada, por un lado, y en la construcción de la memoria comunal alrededor de la figura del *pinkatzari*, por el otro. Siguiendo a Todorov (1995/2000), la memoria comunal asháninka del CAI que expone el libro no es, naturalmente, una memoria literal relegada a la rememoración pasiva, sino una genuina memoria ejemplar que, aún hoy, desplaza voluntades y moviliza acciones en torno al territorio, la comunidad y la federación.

Referencias

Comisión de la Verdad y Reconciliación [CVR]. (2003a). *Informe Final: Primera parte: El proceso, los hechos, las víctimas* (Vols. I-IX). Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Comisión de la Verdad y Reconciliación [CVR]. (2003b). *Informe Final: Primera parte: el proceso, los hechos, las víctimas*. (Vols. VII-IX). Comisión de la Verdad y Reconciliación.

Durand, N. (2015). *Cuando los ríos se cruzan. Etnicidad, memoria y mitos en el conflicto armado interno peruano. Una mirada desde el pueblo Asháninka* [Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)].

Durand, N. (2024). *Cuando éramos dioses: Historia de la última guerra asháninka en el Palcazu* (1.^a ed.). Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Halbawchs, M. (2004). *La memoria colectiva* (I. Sancho-Arroyo, Trad.; 1.^a ed.). Prensas Universitarias de Zaragoza. (Obra original publicada 1968)

Henríquez Ayín, N. (2006). *Cuestiones de género y poder en el conflicto armado en el Perú* (1.^a ed.). Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica.

Robin Azevedo, V., & Delacroix, D. (2017). Categorización étnica, conflicto armado interno y reparaciones simbólicas en el Perú post-Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Debates*, 1-22. <https://journals.openedition.org/nuevomundo/71688>

Robin Azevedo, V. (2021). *Los silencios de la guerra: Memorias y conflicto armado en Ayacucho-Perú* (A. Gálvez Olaechea, Trad.; 1.^a ed.). La Siniestra Ensayos.

Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria* (M. Salazar, Trad.; 1.^a ed.). Paidós. (Obra original publicada 1995)

Ulfe, M. E., & Málaga, X. (2015). Los nuevos suplicantes del Estado peruano: Las víctimas y el Programa Integral de Reparaciones (PIR). En L. Huber & P. Del Pino (Eds.), *Políticas en justicia transicional. Miradas comparativas sobre el legado de la CVR* (1.^a ed., pp. 169-189). Instituto de Estudios Peruanos.

Reseña: *Estallido popular.
Protesta y masacre en el Perú, 2022-2023*
Gustavo Montoya y Homero Quiroz (eds.).
Editorial Estallido SAC, Editorial Horizonte,
2023, 295 pp. ISBN: 9789972467585

Fernando Enrique Pazos Ruiz

Pontificia Universidad Católica del Perú

<https://orcid.org/0009-0005-1481-3066>

f.pazos@pucp.edu.pe

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.256>

Corre el año 2026 y cada día, cada semana, cada quincena que expiró nos condujo hasta abril, el cuarto mes del calendario. La cuarta flor de un tallo que sujeta otras once. Objeto de magra consideración, típicamente, salvo en año electoral, cuando abril deviene en esperanza para algunos, disgusto para otros e interpelación para todos.

Dice una voz de disgusto: el peruano, dolido por una habitual carencia de padre, prefiere candidatos que ofrecen tutela y protección. La entrega de víveres se intuye como gesto de un padre postizo, al que se da afecto en las urnas. Semejante diagnosis es una entre tantas visiones reunidas en *Estallido popular. Protesta y masacre en Perú, 2022-2023*. De ahí que el prólogo exalte la variedad disciplinar de los ensayistas, convocados a evaluar la tragedia que años atrás sumiera al país en luto y zozobra.

El estallido popular contra el gobierno de Dina Boluarte es el objeto de esta antología de ensayos llamada *Estallido popular*. Engarzado al tema por metonimia, el libro no agota en él sus energías, lo excede. Plantea que la empatía y el trato digno responden a una valoración del territorio. Así, correspondería a cada región y a los rostros que la evocan un nivel de bienestar —y un acceso a servicios públicos de calidad— acorde a una convención devaluadora de lo andino y lo amazónico. Las ramificaciones de esto se dejan ver en un programa fallido de apoyo alimentario, un caso de represión en Loreto y el estallido de 2022-2023.

Aunque en el título de los ensayos no haya mención del neoliberalismo, muchos toman posición sobre el tema. Observan que el modelo impuesto hace tres décadas cosecha frustraciones colectivas y que fue «otro elemento [...] detonante de las protestas y movilizaciones» (p. 18). Ello a pesar de un crecimiento anual de 4,5 % que aviva el clamor de un *milagro peruano*. Y como Waldo Mendoza es clave en este campo, no podían menos que dedicarle una nota al pie. Citando al exministro Mendoza —ya no al libro—, estas décadas vieron al PBI per cápita quintuplicarse, al tiempo que el ingreso fiscal per cápita hacía lo propio, por un factor de nueve. Lo primero se traduciría en una mayor cuota de alimentos, servicios de salud y educación privados, amén de activos de capital para la nación. Lo segundo supone la construcción de carreteras y la ejecución de los programas Juntos, Cuna Más y Qali Warma.¹

Esta loa al crecimiento envejeció como la leche. Se agrió con la inocente mención de Qali Warma, el extinto plan alimentario que puso conservas viciadas en boca de infantes puneños, cajamarquinos y ayacuchanos. En 2024, la briosa economía peruana, «fábrica de recursos para el Estado», financió contratos públicos por más de S/ 88 millones con Frigoinsa, empresa que intoxicó a escolares de varios

1. Declaraciones de Waldo Mendoza, exministro de Economía, recogidas de la presentación de su libro *Constitución y crecimiento económico*, en 2023: <https://www.youtube.com/watch?v=sRPAJfi1GKc>

poblados en varias fechas.² La circulación ilegal de conservas adulteradas con carne de caballo y de avena con mohos tóxicos para el hígado —cancerígenos si el consumo es frecuente— encarna la tesis de un «desprecio por la vida» arraigado en la moral peruana (p. 25).³ Rasgo de larga duración, descifrado en *Estallido popular*, previo al auge mediático de Qali Warma. Un desprecio que el libro acusa en los ríos profanados por «montañas de escoria que han ubicado [...] en los Andes, las empresas mineras» (p. 26), en el vaho mefítico de combis informales, en el «próspero negocio de los cupos» (p. 30) y en la extraña ojeriza de líderes institucionales contra los derechos humanos. Todas ellas, ofensas al decoro público que, ojalá, el crecimiento económico no tarde en remediar. O, más bien, indicios de que es preciso crecer, pero también desarrollarnos.

No es grato reseñar una semblanza del Perú que nos ve como un país reñido con la vida. Brota el ansia de negarla, de no dar a tan necio libraco un lugar en la repisa. Tal ha sido y será el reflejo de muchos, con menos o más virulencia, ante el libro. Pero *Estallido popular* no hiere por falso, hiere por veraz. Tiene fuerza la tesis de que las carencias en salud, educación y sustento son expresión incruenta de esta riña.⁴ Es veraz que por cada 10 mil habitantes el Perú cuenta con 16,79 médicos.⁵ Es veraz que aun duplicando esta cifra nos supera el promedio de la OCDE, de 39 por 10 mil habitantes.⁶ Y, además, nadie objetará que la urbe atrae a muchos médicos, en detrimento del espacio rural y periurbano. Una asimetría espacial en toda regla, impresa en la anemia, que en 2024 afectó a 42,4 % de niños de 6 a 35 meses en el departamento de Lima, pero solo a un 24 % en Lima Metropolitana. Y, con una tasa de 53,1 %, Puno está en otra liga.

Tales problemas no precisan el aval del libro. Amplio es el consenso en torno a ellos y exhaustivo el respaldo de la Encuesta Demográfica y de Salud Familiar. El aporte de la investigación no es la compilación de datos ni el cómputo de relaciones ocultas entre ellos, sino el examen crítico y normativo del presente desde la historia, con las cifras en segundo plano.

Escarbando las «cuentas pendientes objetivas o imaginarias» (p. 217) tras la pugnacidad popular, el libro trae a la memoria las rebeliones de Túpac Amaru II

2. Precisiones, datos e imputaciones de responsabilidad en torno al caso Qali Warma, según Proética: <https://www.proetica.org.pe/oficina-legal-anticorrupcion/caso-qali-warma/>

3. Fanny Casado Peña, PhD en química toxicológica, advirtió de un riesgo de cáncer asociado al consumo prolongado de alimentos con moho: <https://www.youtube.com/watch?v=kvYt8defmW4>

4. Tomo del ensayo de Jorge Sánchez la idea de un binomio cruento/incruento en las formas de violencia social (p. 98).

5. Dato actual, más holgado que el de 12 médicos por 10 mil, que figura en el libro.

6. Otra discrepancia respecto del libro, que atribuye a la OCDE un promedio de 33 médicos por cada 10 mil habitantes.

(Cusco, 1780-1781), Juan Bustamante (Puno, 1866-1868) y Rumi Maqui (ídem, 1915), amén del Paro Nacional de 1977. Pero la incursión de manifestantes en un lote petrolero de Breña (Loreto, 2020) destaca por dos razones. Primero, la humanidad del motivo: «la falta de acceso a atención sanitaria durante la pandemia» (p. 44). Segundo, la discrepancia entre el relato oficial y la cinta de seguridad. Se adjudicó al grupo la posesión de retrocargas y la renuncia al diálogo, pero la cinta exhibe lanzas en manos de los comuneros, sin armas de fuego a la vista.⁷ Hay dudas del respeto policial a los derechos humanos, pero el relato oficial vuelca la culpa en los movilizados.⁸

En su ensayo, Tania Romero, investigadora del IFEA, y la antropóloga Valérie Azevedo analizan la «violencia física perpetrada por las fuerzas del Estado [...] en las regiones rurales de los Andes y la Amazonía» (p. 232).⁹ La noción de muertes «menos dignas de ser lloradas que otras» (p. 236) —según el texto— «autoriza tácitamente el uso de la violencia física y posteriormente legitima su impunidad» (p. 231). La noche de su prematuro fin, Willian López, Chemilton Flores y Elix Ruiz fueron «una amenaza que necesita ser sofocada por el bien común» (p. 236). Reducidos a tal condición por fuerzas del orden que no logran «sobrepasar la lógica y la herencia de la lucha antisubversiva» (p. 234). Breña es excluida de la comunidad nacional, que la supone «inhabitada o habitada solo por salvajes» (p. 236); presa de una ficción que tolera su déficit sanitario. Y el desfile nocturno, con astas y clamores, concitó una sospecha que el miedo a «un imaginario regreso del terrorismo» (pp. 232-233) tornó en condena, disparos y muerte. Desprotección incruenta al inicio, desenlace cruento al final: así opera el asedio vital que agrieta el desarrollo del Perú.

La otredad, así en el Ande como en Breña, se ancla en una ficción ruin: la de «indígenas atrasados» en un «espacio de montañas impenetrables y hostiles al progreso» (p. 236). Se aunó a ella, en 2023, la de una afición por «el fuego, la destrucción y el caos»; una pugnacidad baldía, casi un *appel du vide*. De ahí la sugestión de un bombardeo a Juliaca para saciar una equívoca sed pirómana. El mordaz conductor de TV que propuso esta *cura* acertó en los síntomas —incendios, saqueo, destrucción—, pero erró el diagnóstico. Un estallido político y social fue, a su juicio, una «patología mental» colectiva. Un paréntesis clínico, divorciado del curso de la historia.

7. Adjudicaciones hechas en el Comunicado N.º 05-2020 del Ministerio del Interior. No he podido hallarlo en portales web del Estado. Una versión en formato de imagen se encuentra en Actualidad Ambiental, una web de la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental: <https://www.actualidadambiental.pe/loreto-3-muertos-y-10-heridos-en-enfrentamiento-en-lote-petrolero/>

8. Dudas divulgadas por medios periodísticos independientes: <https://ojo-publico.com/ambiente/territorio-amazonas/video-expone-represion-policial-que-provoco-tres-muertos-loreto>

9. *Crisis sociopolítica, masacre y deshumanización* (pp. 226-241).

El libro le lleva la contraria a este relato. Afirma que el sur andino es «una región consistente y estructurada por la historia» (p. 217). En 2021, el 80 % del territorio votó por «uno de los suyos, venido de abajo y con un discurso de cambio social» (p. 194).¹⁰ Sobrevino después «el intento de desconocer sus votos alegando un fraude electoral» (p. 149). Y dieciséis meses más tarde, este bloque ciudadano, identificado con «la idea de Castillo en Palacio» (p. 163), leyó la clausura precoz del mandato como el «secuestro del voto popular» (p. 194). O más bien, la insidia de un Congreso golpista, como sostuvo el 74 % de sureños encuestados por Ipsos. ¿Recogió esta encuesta un delirio endémico, o una reacción a las afrentas de *castiburro*, *cojudigno*, *terruco* y derivados? Lo segundo es plausible. Más aún, con el asedio vital que de antiguo llevan a cuestras.

Lo dicho no exime de reproche a Castillo. Silvio Rendón lo critica por no presentar, en la segunda vuelta de 2021, «una propuesta de cambio bien articulada que estuviera a la altura de las esperanzas populares» (p. 194). Jorge Frisancho traza su gobierno como «un año de espectacular inoperancia política» (p. 163), en que el mandatario —según Homero Quiroz y Emil Beraun— «fue desnudado como una figura mediocre y corrompida» (p. 177). *Estallido popular* no es indulgente con él.

Tampoco lo es con la violencia de los manifestantes. Su devenir «en “alternativa” para resolver las aspiraciones postergadas» (p. 220) es lamentado por Gustavo Montoya y Yizza Delgado. «Tristemente, somos una sociedad con experiencia en violencia, tanto para plantear las demandas como para responder a quienes piden un cambio» (p. 152), refiere la historiadora Natalia Sobrevilla. Y agrega: ¿cómo «encontrar el camino de salida sin interlocutores realmente representativos y [...] dispuestos a entablar el diálogo» (p. 153)? La respuesta es fatal. Jamás se abrirá una salida. No una de matriz democrática. No una que sosiegue a los mal llamados *ilusos*, *extremistas* o *faltos de juicio*; divorciados de toda agenda social que el país necesita. Palabras más, palabras menos, así los llamaba Boluarte. Así los descalificaba para cualquier conato de diálogo.

Estallido popular es un mar impetuoso. En sus aguas zozobra el lector entre embates recios y diatribas airadas. Nada más ojear el prólogo, los editores, Montoya y Quiroz, increpan a la «prensa monopólica» por alentar el *terruqueo* y no dar cuenta de excesos en la represión. Acto seguido, califican de «silencio cómplice» el proceder de los medios y de una pacificación con sangre y fuego la actuación del gobierno (p. 12). Una infracción al tono templado y sutil de la escritura académica, reiterada muchas veces en el libro; por ejemplo, en la caracterización del «Poder Judicial ya tomado por las mafias enquistadas» (pp. 18-19). La prosa abunda en sentencias categóricas que a ratos nublan el análisis. No precisan quién tomó la judicatura, en qué modalidad, ni qué indicios hay de ello. Y el paroxismo de la imprecisión está

10. Porcentaje tomado del ensayo de Juan Diego Motta (p. 74).

en el traslado de los rótulos *fascismo* y *fascista* a la realidad peruana; un sistema que llevaría 500 años oprimiendo pueblos indígenas, según Tatiana Béjar. Una revisión debiera situar el enfoque en colonialismo, trabajo forzoso y gamonalismo; no en un fascismo extraviado en el tiempo.

Con todo, el texto figura en un balance editorial de *La República* como uno de los mejores de 2023.¹¹ Hoy aún brilla, en este ciclo electoral que delata una visión desoladora. «Las deudas que tenemos como sociedad exigen más compasión, empatía y solidaridad» (p. 161), sostiene el libro. No obstante, un candidato trivializa los «abusos genocidas de la explotación del caucho» (p. 159) con el eufemismo de «zonas discutibles» en una «historia maravillosa» de exportación y *progreso* que para él es ejemplar. Coronando esta visión, desde un estrado en Andahuaylas resonó: «el Perú va a salir adelante con ustedes o sin ustedes. Ustedes son una minoría. Son basura». ¿Asoma en estas frases un proyecto de nación latente? Convengamos con Natalia Sobrevilla en que «las palabras importan mucho, muchísimo, en un país escindido» (p. 156). Una lección para el mañana y, en especial, para el presente.

11 *El 2023 en páginas. La República*, 24 de diciembre de 2023. Disponible en: <https://larepublica.pe/domingo/2023/12/24/el-2023-en-paginas-domingo-literatura-peruana-1538160>

Referencias

Instituto Nacional de Estadística e Informática. (2025). *Departamento de Lima: Encuesta Demográfica y de Salud Familiar 2024: Nacional y Departamental*. INEI. https://proyectos.inei.gob.pe/endes/2024/departamentales/Endes15_1/

Instituto Nacional de Estadística e Informática. (2025). *Lima Metropolitana: Encuesta Demográfica y de Salud Familiar 2024: Nacional y Departamental*. INEI. <https://proyectos.inei.gob.pe/endes/2024/departamentales/Endes15/>

Instituto Nacional de Estadística e Informática. (2025). *Puno: Encuesta Demográfica y de Salud Familiar 2024: Nacional y Departamental*. INEI. <https://proyectos.inei.gob.pe/endes/2024/departamentales/Endes21/>

Ipsos Perú. (2023). *Encuesta América TV / Ipsos-abril 2023*. <https://www.ipsos.com/es-pe/encuesta-america-tv-ipsos-abril-2023-segunda-entrega>

Ministerio de Salud del Perú. (2022). *Información de Recursos Humanos en el sector Salud, Perú 2021*. MINSA. <https://www.gob.pe/institucion/minsa/informes-publicaciones/3310532-informacion-de-recursos-humanos-en-el-sector-salud-2021>

Montoya, G., y Quiroz, H. (Eds.). (2023). *Estallido popular. Protesta y masacre en Perú, 2022-2023*. Editorial Estallido SAC; Editorial Horizonte.

Organisation for Economic Co-operation and Development. (2025). *Health at a Glance 2025: OECD Indicators*. OECD. https://www.oecd.org/en/publications/health-at-a-glance-2025_8f9e3f98-en/full-report.html

En la confluencia de los caminos feministas en Cusco

Alice Pecheur

Université Catholique de Louvain. Lovaina la Nueva, Bélgica

<https://orcid.org/0009-0006-4892-6963>

alice.pecheur@uclouvain.be

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.242>

Introducción¹

Al participar en la marcha del 8 de marzo de 2024 en Cusco, me di cuenta que era distinta a las que había vivido anteriormente en Bélgica, país donde resido. El feminismo que presencié estaba profundamente arraigado en realidades locales con luchas que se inscriben tanto en dinámicas globales como en una historia andina singular. Esta experiencia me impulsó a preguntarme: ¿cómo se expresan en la práctica las múltiples fuentes de los feminismos en Cusco?

Sin embargo, persiste en el imaginario colectivo belga —y más ampliamente occidental— la idea de que el feminismo habría sido «importado» a América Latina. Este prejuicio surge sobre la base de una visión neocolonial y occidentalocéntrica que tiende a invisibilizar la multiplicidad de las luchas feministas y su arraigo histórico, cultural y local. De hecho, tanto la cuestión del género como los discursos científicos sobre mujeres racializadas siguen siendo atravesados por una mirada occidental y (neo)colonial (Curiel, 2007; Ochoa Muñoz, 2018).

Metodología

En esta investigación se ha utilizado una metodología cualitativa inspirada por la sociología y la antropología, en una dinámica inductiva. Se sustenta en una experiencia de terreno —la marcha del 8 de marzo de 2024 en Cusco— y en ocho entrevistas semiestructuradas con miembros de colectivos y ONG feministas de la ciudad. Este corpus empírico está completado por una lectura feminista de la historiografía, crítica de la historiografía clásica androcéntrica que mal representa o borra a las mujeres (Guardia, 2021; Rodrigues de Oliveira, 2007; Silverblatt, 2022), y por una exploración de la literatura sobre los feminismos descoloniales y el concepto de ONGización.

La pregunta central que guía esta investigación es: «¿Cómo revelan las especificidades de los feminismos en Cusco su arraigo histórico y cultural y deconstruyen el imaginario neocolonial de una importación de los feminismos desde Occidente?»

Marco teórico: feminismos descoloniales y ONGización

El análisis se inscribe en los aportes de los feminismos descoloniales desarrollados en Abya Yala, e incorpora la noción de colonialidad del género para pensar la co-constitución histórica de raza, género y poder en los contextos coloniales y poscoloniales (Lugones, 2007). Los feminismos descoloniales critican radicalmente la lectura que supone un «progreso en la conquista de derechos de las mujeres»

1. Tesis para optar el grado de Master en sciences de la population et du développement, à finalité spécialisée: développement. Université Catholique de Louvain (UCLouvain). Bélgica, 2025. Disponible en: <https://hdl.handle.net/2078.2/45487>

(Espinosa Miñoso, 2016, p. 145), pues esta visión conduce la idea de Europa como punto de partida y de llegada de la historia. Varias autoras proponen entender estos feminismos como un espacio de diálogo abierto donde se construyen ideas feministas que buscan reforzar una voz subalterna (Espinosa Miñoso, 2016; Curiel, 2007).

Paralelamente, el concepto de ONGización, definido por Lacombe (2011) y Karim (2022) como un proceso de formalización de los movimientos sociales que se estructuran en ONG, permite comprender las tensiones actuales del movimiento feminista cusqueño. Este proceso implica transformaciones como la profesionalización, el acceso a financiamientos, pero también debates sobre una posible despolitización (Lacombe, 2011; Karim, 2022). En el contexto cusqueño, esta distinción entre «institucionales» y «autónomas» resulta fundamental para entender las dinámicas internas del movimiento. La noción de ONGización permite comprender las tensiones internas del movimiento feminista cusqueño entre institucionalización, acceso a recursos y preservación de la autonomía política.

Viaje histórico: de la complementariedad a la jerarquización

Desde el preincanato, las relaciones de género en los Andes se han transformado. Antes de la colonización inca, la región andina conocía culturas organizadas en ayllus, donde existía una complementariedad entre lo masculino y lo femenino. Dos linajes paralelos (masculino y femenino) garantizaban el acceso de las mujeres a los recursos y a las tierras (Sigal, 2003; Silverblatt, 2022).

Durante el Tahuantinsuyo (1400-1530), aunque persistía la complementariedad, se gestaron las premisas de una jerarquización. Los incas reorganizaron la cosmología integrando una filiación binaria donde las mujeres descendían de la luna y los hombres del sol. La institucionalización de la virginidad por la creación de las acllas —vírgenes elegidas que podían ser ofrecidas como recompensa— marcó la transformación de las relaciones de género y la posibilidad de apropiarse del trabajo y el cuerpo de las mujeres (Silverblatt, 2022).

La conquista española (1532-1821) profundizó estas jerarquías. Los rituales femeninos fueron prohibidos y las divinidades se consideraron demoníacas. Mujeres respetadas en la cultura prehispánica, fueron perseguidas y calificadas de «brujas» (Federici, 2017; Silverblatt, 2022). La complementariedad andina fue reemplazada por una dominación racial y patriarcal, colocando a las mujeres indígenas en la intersección de formas de opresión.

Hoy en día, la visión de complementariedad entre hombres y mujeres, heredada de las cosmologías andinas, continúa presente en Cusco, en las zonas rurales.

Sin embargo, como señala De La Cadena (1991), esta división del trabajo se ha convertido en un mecanismo de jerarquización donde los hombres acceden más a empleos y reconocimiento social, mientras las mujeres quedan relegadas a la esfera rural o a puestos valorados.

Panorama contemporáneo: diversidad y alianzas estratégicas

Las entrevistas realizadas revelan la gran diversidad del movimiento feminista cusqueño contemporáneo. Las militantes provienen de trayectorias variadas y están comprometidas en diferentes estructuras (colectivos, ONG), varias pasando también por instituciones estatales como la RNPM (Red Nacional de Promoción de la Mujer). Un motivo común que construye su compromiso es la experiencia personal de violencias dentro de su familia. Como expresa Juana: «A veces es mi motivo, de que no haya más mujeres que puedan pasar las cosas que yo pasé que las experimenté siendo niña». Las principales luchas giran en torno al derecho al aborto —con matices entre ONG y colectivos— y a la eliminación de los feminicidios. Valentina insiste: «Es importante porque todos los días muere una mujer y una mujer trans». El contexto conservador de Cusco, donde la Iglesia católica ocupa un lugar preponderante, hace que estas luchas sean particularmente difíciles.

A pesar de luchas comunes, existen divergencias relacionadas con la emergencia de las organizaciones, las palancas de cambio movilizadas y la diversidad de origen y edad de las militantes. La distinción entre «institucionales» —organizadas en ONG con acceso a recursos financieros— y «autónomas» —organizadas en colectivos de manera voluntaria— marca una tensión importante, aunque en Cusco estas dos corrientes mantienen un diálogo permanente. Eventos catalizadores como las esterilizaciones forzadas (1990-2000) y el estallido social (2022-2023) han visibilizado fracturas de clase y raza dentro del feminismo peruano. Como explica Paulina: «Hay una gran ruptura dentro del feminismo [...] el estallido social hizo que se cayeran las máscaras entre las burguesas y las demás».

Una particularidad del movimiento cusqueño es que muchas mujeres, especialmente de zonas rurales, no se identifican como feministas, aunque llevan luchas similares. Prefieren hablar de «lucha de mujeres» u «organizaciones de mujeres». Esta resistencia al término «feminista» tiene múltiples causas: el estigma asociado al término, la idea de complementariedad andina, y la fractura de clase y raza. Como señala Paulina: «Si las feministas solo representan a ellas, solo representan un sector de mujeres y las demás dicen: ellas no me representan».

Sin embargo, a pesar de estos clivajes, el movimiento feminista de Cusco muestra una voluntad real de alianza. Los colectivos y ONG se reúnen regularmente para asistir a «encuentros regionales» y para organizar manifestaciones en fechas clave (8 de marzo, 28 de mayo, 25 de noviembre). Esta estrategia proviene de una doble

necesidad: tener suficientes personas para llevar las luchas feministas y acceder a recursos financieros. No obstante, existe, una ambigüedad sobre el tipo de alianza. Más allá de la unificación de agendas —principalmente alineadas con las de las ONG—, varias militantes expresan la voluntad de hacer emerger un feminismo «desde nosotras», crítico del feminismo limeño y del feminismo blanco. Como dice Sonia: «Lo que siempre les digo también aquí a las chiques es “ojo cuidado, no repliquemos los feminismos, citaditos, citadinos, urbanos blancos. Veamos qué feminismo se puede construir desde acá de Cusco”».

Hacia un feminismo «desde nosotras»

Más allá de las alianzas estratégicas y de la coexistencia entre corrientes institucionales y autónomas, en Cusco emerge una reflexión crítica sobre la necesidad de construir un feminismo «desde nosotras». Esta expresión, recurrente en los discursos de las militantes entrevistadas, remite a la voluntad de producir un pensamiento y una práctica feminista anclados en las experiencias, los cuerpos, las memorias y los territorios andinos. Se trata de una postura que cuestiona la reproducción acrítica de marcos teóricos, agendas y lenguajes provenientes tanto del feminismo hegemónico occidental como del feminismo limeño, percibido como urbano, blanco y de clase media.

El feminismo «desde nosotras» no se define por una ruptura total con otros feminismos, sino por un gesto de reapropiación y resignificación. Como señala Sonia, el desafío no es negar las luchas globales, sino evitar replicar «feminismos citadinos, urbanos, blancos» que no dialogan con las realidades locales. En este sentido, este enfoque se inscribe plenamente en los feminismos descoloniales, que reivindican el carácter situado del conocimiento e implica reconocer las trayectorias históricas de las mujeres andinas, sus formas propias de organización, así como las tensiones entre complementariedad, opresión y resistencia (Espinosa Miñoso, 2016). Lejos de ser una ausencia de conciencia política, esta distancia frente al término «feminismo» puede leerse como una crítica a su carga colonial, clasista y excluyente.

En Cusco, este feminismo en construcción se expresa tanto en los discursos como en las prácticas: en el uso del quechua, en la referencia a figuras históricas locales, en la centralidad del territorio y en la voluntad de articular luchas feministas con demandas más amplias de justicia social. Más que un modelo acabado, el feminismo «desde nosotras» aparece como un proceso abierto, conflictivo y creativo, que cuestiona las jerarquías internas del movimiento feminista y afirma el derecho de las mujeres andinas a nombrar el mundo desde su propia posición.

El análisis del panorama contemporáneo del movimiento feminista cusqueño muestra que la voluntad de alianza entre actrices diversas es ampliamente

compartida. Colectivos autónomos y organizaciones institucionales reconocen la necesidad de articularse para sostener las luchas feministas en un contexto adverso, marcado por el conservadurismo, la represión y la precariedad organizativa. Sin embargo, esta voluntad de unidad no elimina las tensiones que atraviesan al movimiento. Las diferencias en los modos de organización, en las prioridades políticas, en el acceso a recursos y en las formas de nombrar las luchas generan una alianza que se construye de manera frágil y negociada. Así, la cooperación aparece como una estrategia indispensable, pero no exenta de ambigüedades, que plantea interrogantes sobre su sostenibilidad y su capacidad de representar la pluralidad de experiencias y demandas de las mujeres en Cusco. Estas tensiones estructuran el presente del movimiento y permiten identificar una serie de desafíos centrales para el futuro de los feminismos cusqueños.

Desafíos y horizontes

Cruzando los pasos teórico, histórico y empírico, la investigación identifica cuatro desafíos mayores para el movimiento feminista cusqueño: primero, mantener un equilibrio entre los recursos que aportan las ONG y la necesidad de preservar autonomía política; segundo, representar la pluralidad de identidades y luchas (feministas urbanas, organizaciones de mujeres rurales, colectivos LGBT+); tercero, superar el conservadurismo religioso y estatal que dificulta la movilización masiva; cuarto, navegar en un contexto político marcado por la represión y la pérdida activa de derechos.

Frente a estos desafíos, el movimiento demuestra una capacidad notable de adaptación estratégica. La alianza entre diferentes actoras, aunque frágil y atravesada por tensiones, permite mantener una presencia en el espacio público y continuar presionando por cambios legislativos y sociales. Como afirma Carmen: «No podemos rendirnos. No se puede. No debemos».

Aportes y conclusión

Esta investigación contribuye a la deconstrucción del imaginario neocolonial que presenta el feminismo como un fenómeno exclusivamente occidental. Los feminismos en Cusco no pueden reducirse a una importación de ideas exteriores: son el resultado de una circulación, reapropiación y construcción política anclada en un contexto local, cultural e histórico específico. Articulando la memoria de luchas pasadas, referencias culturales andinas y dinámicas contemporáneas, el movimiento cusqueño deconstruye la pretensión universal de un feminismo pensado desde Occidente.

Al articular análisis histórico, teórico y empírico, esta investigación pone en evidencia la necesidad de pluralizar nuestras comprensiones del feminismo. No

existe «el» feminismo sino feminismos, situados en contextos específicos, que dialogan entre sí sin perder sus especificidades. La movilización del pasado no sirve solamente como herencia, sino como apoyo para comprender y contestar las formas actuales de opresión. El uso del quechua en los nombres de colectivos —Sonqo Warmi, Sayari Warmi, Warmikuna Puririsun—, las referencias a figuras históricas —Micaela Bastidas, Flora Tristán— y la recuperación de la imagen de las «brujas» criminalizadas durante la colonización testimonian una voluntad de construir un feminismo situado y crítico.

Esta investigación subraya la importancia metodológica de escuchar las voces de las protagonistas. Como plantea Iavarone-Turcotte (2023), las mujeres minorizadas son las mejor «posicionadas» para hablar de su realidad. Colocar sus testimonios en el centro del análisis no es solo una cuestión ética sino epistemológica: permite producir conocimientos más justos y cercanos a las realidades vividas.

Los feminismos en Cusco emergen como espacios de confluencia donde se encuentran memorias ancestrales, resistencias contemporáneas y aspiraciones de transformación social. El movimiento feminista cusqueño no solo lucha por derechos específicos, sino que realiza una operación descolonial más amplia: reivindica el derecho de las mujeres andinas a ser sujetas de su propia historia y de sus propias luchas.

Referencias

- Curiel, O. (2007). Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista. *Nómadas*, (26), 92-101.
- De La Cadena, M. (1991). Las mujeres son más indias: Etnicidad y género en una comunidad del Cusco. *Revista Andina*, 9(1), 7-29.
- Espinosa Miñoso, Y. (2016). De por qué es necesario un feminismo descolonial: diferenciación, dominación coconstitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de identidad. *Solar*, 12(1), 141-171.
- Federici, S. (2017). *Caliban et la sorcière. Femmes, corps et accumulation primitive* (J. Guazzini, Trad.). Entremonde/Senonevero.
- Guardia, S. B. (2021). *Mujeres peruanas. El otro lado de la historia* (6.ª ed.). Edición del autor.
- IavaroneTurcotte, A. (2023). Un terrain miné, un travail de déminage ou comment parler de l'oppression des femmes minorisées en tant que chercheuse de la majorité. *Les Cahiers du CEDREF*, (26). <https://doi.org/10.4000/cedref.1933>
- Karim, N. (2022). *Les mouvements féministes et les mouvements de femmes dans le contexte de l'élimination de la violence contre les femmes et les filles: Une analyse documentaire externe*. Fonds d'affectation spéciale des Nations Unies pour l'élimination de la violence à l'égard des femmes. https://untf.unwomen.org/sites/default/files/2022-07/2022_FR_Feminist%20and%20Women%27s%20Movements.pdf
- Lacombe, D. (2011). Entre survivance des ONG et mise en mouvement: Pratiques et débats des féminismes nicaraguayens à l'heure de la globalisation du genre. *Cultures & Conflits*, 83(3), 15-37.
- Lugones, M. (2007). Heterosexualism and the Colonial/Modern Gender System. *Hypatia*, 22(1), 186-219.
- Ochoa Muñoz, K. (2018). Feminismos de(s) coloniales. *Conceptos clave en los estudios de género* (Vol.2, pp.108-121).
- Rodrigues de Oliveira, S. (2007). Os indícios do possível: Heroínas, líderes e guerreiras nas tradições históricas do Peru pré-hispânico e colonial. *Labrys, études féministes*.
- Sigal, P. H. (2003). *Infamous desire: Male homosexuality in colonial Latin America*. University of Chicago Press.
- Silverblatt, I. (2022). *Luna, Sol y Brujas: Género y clases en los Andes prehispánicos y coloniales*. Centro Bartolomé de Las Casas.

«En primera línea»

Experiencia psicosocial en brigadistas voluntarios de salud desplegados en las protestas sociales de diciembre del 2022 a febrero del 2023 en Perú.

Luis Ricardo Yapura Sequeiros

Pontificia Universidad Católica del Perú. Perú

<https://orcid.org/0009-0007-9089-3023>

ricardo.yapura@pucp.edu.pe

DOI: <https://doi.org/10.46476/ra.v7i1.243>

Resumen

Esta investigación tiene como objetivo principal describir las experiencias psicosociales de brigadistas voluntarios de salud, quienes participaron en las protestas sociales de diciembre del 2022 a febrero de 2023 en Perú.¹ Se empleó una metodología cualitativa con enfoque fenomenológico y se aplicó entrevistas semiestructuradas acompañadas de un protocolo de contención emocional. Los resultados se dividen en tres dimensiones: las razones previas para participar en las protestas, las vivencias durante las protestas y las reflexiones posteriores a las protestas.

El contexto de las protestas sociales

El Perú vive desde el 2016 una crisis continua de representación política y polarización social. Esta crisis es el resultado de desigualdades estructurales históricamente persistentes que padece el país (Degregori, 2004). Este contexto se vio agudizado en diciembre del 2022 tras un intento de golpe de estado fallido y posterior asunción de una nueva representante del Estado (Corte Interamericana de Derechos Humanos, 2023). Esto generó numerosas protestas sociales, que concluyeron con muchas pérdidas humanas, económicas y desconfianza institucional (Nieto Degregori, 2023). Así también, estas acciones se llevaron a cabo en un marco de discriminación étnico-racial y bajo el uso de fuerza desmedida por parte de las fuerzas del orden (Amnistía Internacional, 2023).

En respuesta a este contexto, en muchas regiones surgieron brigadistas voluntarios de salud. Estos grupos cumplían labores de asistencia a víctimas de la represión y acompañaban las movilizaciones con escudos, bidones de agua, cascos con una cruz roja y mandiles de enfermeros (Aparicio y Peña, 2024). Sin embargo, estas brigadas también fueron objeto de ataques directos por parte de las fuerzas del orden (Casas, 2022). De ahí que se registró ataques como varazos, gaseadas, insultos e incluso amenazas y detenciones arbitrarias por parte de las fuerzas del orden, (Rafaele, 2023). Además de un brigadista fallecido en ejercicio de su labor (Amnistía Internacional, 2023).

Es importante señalar que estos escenarios de fuerte represión y violencia política puede traer consecuencias psicosociales y sociopolíticas (Arenas y Malvaceda, 2024). Asimismo, la exposición directa o indirecta pueden ocasionar o empeorar problemas de salud mental en la población (Valle y Contreras-Pizarro, 2023).

Por lo tanto, las experiencias de los brigadistas estuvieron atravesadas por un contexto sociopolítico complejo, ya que representó un reto la asistencia en salud

1. Tesis para optar el título profesional de Psicólogo, por la Universidad Andina del Cusco. Perú, 2025. Disponible en: <https://hdl.handle.net/20.500.12557/8731>

e implicó un desafío de autocuidado a nivel físico y psicosocial durante y después de haber participado en las protestas sociales.

Teoría referencial y metodología

La propuesta teórica se plantea desde un enfoque psicosocial, mediante el cual se entiende el comportamiento desde variables psíquicas, colectivas, contextuales y políticas (Beristain, 2010; Castaño, 2004). Por lo tanto, se considera lo desarrollado por Martín Baro (1990) sobre la experiencia psicosocial como un acontecimiento que abarca toda subjetividad y que se da a consecuencia de la relación dinámica entre el sujeto individual y social. Al mismo tiempo, se tomó planteamientos de la experiencia como conocimiento de punto de partida y retorno (Larrosa, 2006). Así como memoria y tradición, donde se resalta la importancia del testimonio y las narrativas (Benjamín, 1999; Sánchez, 2011; Elizalde, 2008).

En cuanto al término protesta social, este se definió desde un marco teórico de derechos humanos, como un ejercicio de libertad importante para la vida democrática y cuyo origen fluctúa en las tensiones de poder (Amnistía Internacional, 2003; Riaño, 2020). Es así que su desarrollo desencadena frecuentemente en acciones violentas debido a la acumulación de tensiones, resaltando la criminalización, la represión estatal y la violencia colectiva (Gamallo, 2017; Ganon, 2017; Ponce et al., 2021).

Asimismo, se definió a las brigadas voluntarias de salud desde el contexto de las protestas sociales como organizaciones voluntarias que auxilian a personas víctimas de las manifestaciones, según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (2021). Además, estas brigadas surgen como repertorios de resistencia ante el vacío de asistencia en salud y la respuesta de tipo militarizada (Casas, 2022; Molina 2021). Del mismo modo, tienen su origen en las juntas vecinales, asambleas populares e iniciativas de jóvenes universitarios (Betancur, 2021).

Respecto al método, se utilizó un paradigma cualitativo (Katayama, 2014), con enfoque fenomenológico orientado a la representación y significados de la experiencia (Sandín, 2003). Así también, como técnica de recolección de información se utilizó la entrevista semiestructurada (Vargas, 2012) y se ejecutó hasta llegar a un punto de saturación (Neuman, 2009). Como resultado, fueron nueve entrevistas aplicadas a miembros de tres brigadas voluntarias de salud de Cusco, Puno y Lima, usando el muestreo por conveniencia (Battaglia, 2018).

Sumado a esto, la ejecución de cada entrevista estuvo acompañada por un protocolo de contención emocional, como consideración ética (Rivera Holguín et al., 2021). Ya que en contextos donde ocurren violación de derechos humanos

surgen experiencias traumáticas (Beristain, 2012). Finalmente, los resultados del estudio se devolvieron y se contrastaron con los participantes, utilizando el criterio de credibilidad en investigación cualitativa (Trochim y Donnelly, 2001).

Las experiencias psicosociales

Los resultados se dividen en tres dimensiones, las cuales se describirán en este apartado con citas y evidencias como sustento.

Las razones previas para participar en la protesta: Por un lado, tenemos factores contextuales como la crisis sociopolítica, la violencia desmedida y las desigualdades estructurales. «Mucha injusticia, demasiado, porque había muchos heridos, muchos muertos» (Tomas). Por otro lado, tenemos los factores individuales, como la participación política, la identidad de pertenencia con la población y algunas habilidades de liderazgo. «Yo hago actividad política dentro de la universidad, desde diciembre y enero. Yo tomé esa decisión por conciencia social, por patriotismo» (Máxima). De acuerdo con Betancur (2021), estos factores marcan una idea de despertar en la población, lo cual transforma modos de pensar, actuar y hace surgir sentimientos de pertenencia. En esa misma línea, Ramírez (2022) hace referencia a la cohesión social como un paso del yo a un nosotros y que es producto de resignificar el malestar en acciones colectivas de autogestión de riesgo. Es decir, las experiencias dañinas también pueden hacer surgir ayuda y cooperación mutua (Uriarte, 2013). En ese sentido, el surgimiento de estas brigadas voluntarias de salud es una expresión de resiliencia frente a un contexto de emergencia como fueron estas protestas sociales.

Las vivencias durante las protestas: Estas vivencias tienen que ver con las formas de organización, la generación de vínculos y las funciones cumplidas, donde resaltan la asistencia a heridos, asfixiados, la desactivación de bombas lacrimógenas, el registro audiovisual y la participación en ollas comunes. «Espontáneamente todos asumían un rol, todo ya era una dinámica asumida, supongo desde el preguntarse cada uno cómo puedo ayudar en qué soy bueno» (Josep). Molina (2021) destaca estas acciones como repertorios de resistencia ante circunstancias y recursos que se cuenta en un momento determinado. En ese sentido, Casas (2022) resalta que estas brigadas son dispositivos de atención de salud comunitario con diferentes formas de participación.

Por otro lado, estas experiencias ocurren en escenarios violentos de reglajes, hostigamientos, escasa atención de instituciones de salud y experiencias de discriminación. «He caído herida, me llevaron de emergencia, por una de las calles hubo un enfrentamiento desmedido, esa noche por primera vez habíamos caído bastantes brigadistas» (Alejandrina). De acuerdo con Amnistía Internacional (2023), durante las protestas sociales en Perú se dio el uso de fuerza represiva de

forma generalizada contra la población y tuvo un alto contenido racista. Esto dialoga con lo planteado por Casas (2022), quien resalta estos escenarios como deshumanizadores y campos de batalla sin ninguna regla, donde los brigadistas también son blanco de ataques al cumplir su labor. En efecto, estas acciones traen consecuencias no solo físicas sino psicológicas, comunitarias y espirituales. (Santamaria y Bonilla, 2020).

Las reflexiones posteriores a las protestas: Los y las brigadistas reflexionan sobre las consecuencias psicosociales y manifiestan signos de desesperanza, desconfianza, miedo, hipervigilancia, sentimientos de odio hacia las fuerzas del orden y ruptura de relaciones interpersonales. «Estoy en el proceso de desesperanza, estoy pasando como un periodo depresivo, todo está apagado, de que valió y me da igual entrar a la cárcel, digo de que sirven las leyes, protegen a la gente que nos masacró» (Bartolina). De acuerdo con Martín Baro (1990; 2003), estas afectaciones como trauma psicosocial, son una respuesta normal a una situación atípica, la cual se manifiesta en el fatalismo, resignación, desesperanza y comportamientos autodestructivos. Esta mirada se amplía con los aportes de Barrero (2023), quien propone hablar no solo del trauma psicosocial, sino también de un trauma psicopolítico e indica que decisiones políticas violentas someten a la población al estigma, humillación, persecución, tortura física y psicológica, y a vivir en condiciones de indignidad, a ello se suma que a nivel social se ve la ruptura de procesos colectivos por un daño comunitario.

Frente a ello, surgieron reflexiones de afrontamiento y resignificación del malestar. Los brigadistas refieren que autogestionaron el mejoramiento de su salud mediante métodos ligados al arte, volver a su territorio, pasar tiempo en familia y retomar reuniones con amigos. «Fueron las clases de canto, tener amigos que me llamaban, hacía que sintiera menos pena y que fuera de alguna forma una terapia, también por lo que estaba en provincia, con mi familia, con mi gato y mi perro» (Tomas). Montero (2009) sostiene que estas acciones tienen que ver con el saber popular que contribuye al mantenimiento de la salud y curación del malestar. Mientras que Laslo-Roth et al. (2022) señala estas acciones como crecimiento postraumático e indica que la participación social, la esperanza, el apoyo social y la revaluación cognitiva son puntos importantes en este proceso. Es así que, estas acciones de autogestión en el mejoramiento de salud de los brigadistas representaron una capacidad de resiliencia individual y comunitaria (Arciniega, 2010).

Reflexiones finales

Este estudio brinda una comprensión sobre la cohesión social en contextos de emergencia como las protestas sociales de gran magnitud. Esto se dio en la conformación de las brigadas voluntarias de salud desde acciones como el apoyo mutuo, solidaridad, la autogestión, la participación y el sentido de pertenencia.

Estas categorías son planteadas por Montero (2004) como ejes importantes para sostener acciones colectivas. Sumado a esto, la acción voluntaria de los miembros de estas brigadas no se limitó a una labor humanitaria y asistencialista, sino que tuvo una posición ética y política de compromiso y justicia social.

Otro aspecto importante son las formas de afrontamiento al trauma psicosocial y psicopolítico (Martín Baro, 1990; 2003; Barrero, 2023). En ese sentido, el arte, la cultura, las redes de amistad, el territorio y las creencias representaron una resiliencia comunitaria y de autogestión del bienestar desde el conocimiento popular para curarse (Montero, 2009). Este hallazgo resulta relevante para los procesos de intervención en salud dirigidos a estas brigadas, ya que subraya la importancia de reconocer tanto los recursos disponibles como las percepciones sobre el cuidado en salud (Escribens et al., 2008).

Finalmente, frente a la constante crisis social y política que se vive en el país, la conformación de estas brigadas son expresiones de resistencia y resiliencia comunitaria que, mediante el cuidado en salud, devolvieron al manifestante su lugar como sujeto de derechos. En ese marco, resulta urgente promover políticas que reconozcan estas iniciativas y las articulen con otras instituciones del sistema de salud, especialmente en escenarios futuros de protesta social. Asimismo, desde un enfoque de derechos humanos, es fundamental construir memoria a partir de estos relatos y encaminar procesos de justicia y reparación dirigidos a los miembros de estas brigadas voluntarias de salud.

Referencias

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH). (2021). *Informe de seguimiento del ACNUDH al «Informe sobre la misión a Chile del 30 de octubre al 22 de noviembre de 2019»*. Naciones Unidas. <https://acnudh.org/wp-content/uploads/2021/10/Informe-de-seguimiento>

Amnistía Internacional. (2023). *Racismo letal: Ejecuciones extrajudiciales y uso ilegítimo de la fuerza por los cuerpos de seguridad de Perú*. Amnesty International Ltd.

Aparicio, M., Peña, O. (2024). *La movilización social en Lima Metropolitana: una crónica de la protesta*. Instituto de Estudios Peruanos.

Arciniega, U. J. (2010). La resiliencia comunitaria en situaciones catastróficas y de emergencia. *International Journal of Developmental and Educational Psychology* 1(1), 687-693.

Arenas, E. & Malvaceda E. (2024). El rol de la psicología social en contexto de protesta y movilización social. En R. R. Bustinza Capaca, L. S. Pachari Centeno & R. M. Quispe Carcasi (Eds.), *Psicología y crisis en el Perú: Memoria del ciclo de conversatorios virtuales sobre el conflicto sociopolítico en el Perú, 2022–2023* (pp. 73–130). Consejo Directivo Regional XVI Puno, Colegio de Psicólogos del Perú; Asociación Centro de Acción Social CAS Vivencias.

Ariza Santamaría, R., & Velásquez Bonilla, E. S. (2020). La violencia estatal frente a la protesta social: El Escuadrón Móvil Anti-Disturbios (ESMAD) en Colombia. *Revista Jurídica de Derecho*, 9(13), 19-38.

Barrero Cuéllar, E. (2024). Violencia de Estado y trauma psicopolítico en el Perú. En R. R. Bustinza Capaca, L. S. Pachari Centeno & R. M. Quispe Carcasi (Eds.), *Psicología y crisis en el Perú: Memoria del ciclo de conversatorios virtuales sobre el conflicto sociopolítico en el Perú, 2022–2023* (pp. 131–156). Consejo Directivo Regional XVI Puno, Colegio de Psicólogos del Perú; Asociación Centro de Acción Social CAS Vivencias.

Benjamin, W. (1999). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. (Iluminaciones IV).

Beristain, C. M. (2010). *Manual sobre perspectiva psicosocial en la investigación de derechos humanos*. Hegoa.

Beristain, C. M. (2012). *Acompañar los procesos con las víctimas: Atención psicosocial en las violaciones de derechos humanos*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD); Programa Promoción de la Convivencia.

Betancur, A. P. (2021). *Para que el manifestante pueda seguir manifestándose: Etnografía sobre la constitución de la Brigada Cruz Negra como movimiento social de salud en contextos de estallido social*. [Tesis de licenciatura, Universidad Católica de Temuco]. DOI:10.13140/RG.2.2.32346.06084

Casas, J. M. (2022). *Brigadas sanitarias populares, Aportes desde la psicología de la emergencia para los dispositivos de intervención y asistencia desplegados en el marco de la protesta social*. [Tesis de maestría, Universidad Internacional Menéndez Pelayo]. DOI:10.13140/RG.2.2.27798.83525

Castaño, B. (2004). A propósito de lo psicosocial y el desplazamiento. En M. N. Bello (Ed.). *Desplazamiento forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (pp. 187-196). Universidad Nacional de Colombia.

Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (2023). *Situación de derechos humanos en el Perú en el contexto de las protestas sociales*. Organización de los Estados Americanos. <https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/Peru2023-Protestas.pdf>

Degregori, C. I. (2004). *Desigualdades persistentes y construcción de un país pluricultural. Reflexiones a partir del trabajo de la CVR*. Red Internacional de Estudios Interculturales, Pontificia Universidad Católica del Perú. <https://red.pucp.edu.pe/ridei/files/2011/08/241.pdf>

Elizalde, S. (2008). Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y la praxis feminista. *Oficios Terrestres*, (23), 18-30.

Escribens, P., Portal, D., Ruiz, S., & Velázquez, T. (2008). *Reconociendo otros saberes. Salud mental comunitaria, justicia y reparación*. DEMUS.

Gamallo, L. (2017). ¿Qué hacer con la violencia colectiva? Universidad Nacional de San Martín, 1-5.

Ganon, G. (2017). El derecho a la protesta social y la crítica de la violencia. *Revista Derechos en Acción* 2(3), 41-52.

Katayama, R. J. (2014). *Introducción a la investigación cualitativa: Fundamentos, métodos, estrategias y técnicas*. Fondo Editorial de la UIGV.

Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia. *Revista de Psicologia i Ciències de l'Educació*, 19, 87-112.

Laslo-Roth, R. G.-L. (2022). Social participation and posttraumatic growth: The serial mediation of hope, social support, and reappraisal. *Journal of Community Psychology*, 50(1), 47-63.

Martín-Baró, I. (1990). *Acción e ideología: Psicología social desde Centroamérica*. UCA Editores.

Martin-Baro, I. (1990). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Editorial Trotta.

Molina Vera, N. (2021). Repertorios de la resistencia. *Pensamiento y Acción Interdisciplinaria*, 7(2), 64-85. <https://doi.org/10.29035/pai.7.2.64>

Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos*. Paidós.

Montero, M. (2009). Para una psicología clínica comunitaria: Antecedentes, objetivo de estudio y acción. En A. Hincapié et al. *Sujetos Políticos y acción comunitaria* (pp. 197-219). Universidad Pontificia Bolivariana.

- Neuman, W. L. (2009). *Research methods in social sciences* (7th ed.). Pearson Education.
- Nieto Degregori, L. (2023). *El estallido social en Cusco. Nuevas demandas, nuevos actores (de diciembre de 2022 a febrero de 2023)*. Grupo Propuesta Ciudadana. <https://www.propuestaciudadana.org.pe/>
- Ponce, D. S. (2021). La criminalización y judicialización de las protestas sociales en el Perú en tiempos de pandemia (COVID-19). *Revista de Derecho*, 6(2), 15-33.
- Rafaele, G. (2023, enero 31). *Brigadas salvadoras: escapan de los perdigones, se refugian de las piedras, reciben varazos y patadas de la policía*. Wayka. <https://wayka.pe/brigadas-salvadoras-escapan-de-los-perdigones-se-refugian-de-las-piedras-reciben-varazos-y-patadas-de-la-policia/>
- Ramírez Soto, R. (2022). *Sistematización de la experiencia comunitaria de autogestión del riesgo por parte de la Brigada Cruz Bellavista, durante la coyuntura de Revuelta Popular Chilena (octubre 2019-2021)*. [Tesis de licenciatura, Universidad de Chile]. DOI: [10.58011/5shm-4t95](https://doi.org/10.58011/5shm-4t95)
- Riaño, C. (2020). La protesta social en América Latina: una aproximación a su fisonomía a propósito de los estallidos sociales de 2019. *Rumbos TS*, 15(23), 159-184.
- Rivera Holguín, M., Velázquez, T., Trigos, A. M. y Winkler, M. I. (2021). *Lineamientos éticos para la investigación en psicología comunitaria*. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Sánchez, J. Z. (2011). Escritura autobiográfica y traumas colectivos: De la experiencia personal al compromiso universal. *Revista de Literatura*, 73(146), 379-406.
- Sandín, M. (2003). *Investigación Cualitativa en Educación. Fundamentos*. Mc Graw Hill,
- Trochim W. M, & D. (2001). *Research methods knowledge base* (Vol. 2). Atomic Dog Pub. Macmillan Publishing Company.
- Uriarte, J. (2013). La perspectiva comunitaria de la resiliencia. *Psicología Política*, (47), 7-18.
- Valle, R., & Contreras Pizarro, C. (2023). Protestas sociales en el Perú: Consecuencias en la salud mental de la población. *Anales de la Facultad Medicina*, 84(2), 217-218. <https://doi.org/10.15381/anales.v84i2.24991>
- Vargas-Jiménez, I. (2012). La entrevista en la investigación cualitativa. *Revista Electrónica Calidad en la Educación Superior*, 3(1), 119-139. <https://doi.org/10.22458/caes.v3i1.436>